

Los años rojos

Españoles en los campos nazis

Mariano Constante

Los años rojos

Espanoles en los campos nazis

Ediciones Martínez Roca, S. A.

1.ª edición: octubre 1974

© 1971, Mercure de France

© 1974, Mariano Constante

© 1974, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Avda. José Antonio, 774, 7.º - Barcelona-13

ISBN 84 - 270 - 0261 - 0

Depósito Legal: B. 40378 - 1974

Impreso en Gráficas Diamante, Zamora, 83 - Barcelona-5

Índice

1	España 1936-1939	9
2	Francia: 9 febrero-21 agosto 1940	45
3	Prisionero de los alemanes	69
4	En el III Reich alemán	83
5	K. L. Mauthausen	105

1

España 1936-1939

Sublevación militar, julio 1936

18 de julio de 1936: un día que podía haber sido como cualquier otro; y, sin embargo, no lo fue. Desde la mañana la radio difundía los boletines de información dando cuenta de un levantamiento militar contra el gobierno de la República. La víspera ya habían empezado a circular rumores sobre la sublevación militar que bastante gente preveía. El gobierno nada había hecho para evitarla, impedirla o hacerla abortar.

Mi hermana de 14 años y yo, que acababa de cumplir 16, vivíamos en el pueblo de Ayerbe, provincia de Huesca, alejados de nuestros padres por la necesidad de tener que trabajar para sustentarnos, puesto que su situación era muy modesta. Yo me había visto obligado a interrumpir mis estudios y a colocarme como dependiente en un comercio, en espera de poder ingresar a los 18 años en una escuela de ferrocarriles. Mis padres vivían en el pueblo de Riglos, a unos 15 o 16 kilómetros, donde mi padre ejercía como maestro nacional. Dos hermanos: uno de once y el otro de ocho, componían el resto de la familia.

Al conocer las noticias difundidas por la radio me dirigí

al Centro Republicano, lugar de reunión de los republicanos de la ciudad. Los dirigentes locales de las organizaciones de izquierdas se encontraban allí sin saber las decisiones a tomar. Como yo era muy joven, no tenía carnet de ningún partido, pero mis simpatías —aun entendiendo muy poco de política— iban hacia los jóvenes libertarios. Tras largas discusiones se decidió ir a Huesca, capital de la provincia, para pedir instrucciones y armas. El gobernador confirmó su lealtad a la República, rogándonos que regresáramos a nuestros pueblos y lugares. Nuestros dirigentes confiaron en su lealtad, máxime cuando junto a él estaba el teniente de la Guardia de Asalto, que era republicano: ese teniente desapareció poco tiempo después.

En Ayerbe se prosiguieron las discusiones sobre la táctica que debíamos seguir. Finalmente, una delegación fue enviada a entrevistarse con el oficial de la Guardia Civil y el Jefe de los Carabineros. Uno y otro se negaron a entregar las armas de sus hombres a los republicanos. Así pues, armados con algunas escopetas decidimos montar guardia en la carretera de la entrada a la villa. Se esperaban las tropas de Jaca por el norte, pero fueron las de Huesca, por el sur, las que se presentaron al atardecer. Alrededor de las 9 de la tarde estalló un nutrido tiroteo, pero cesó pronto toda resistencia (si puede llamarse «resistencia» a sólo cuatro disparos hechos por los republicanos). Los hombres de las organizaciones de izquierdas se dispersaron rápidamente, unos hacia el monte, mientras otros regresaron a sus casas. Como otros muchos, yo me reintegré a la mía.

Al día siguiente, alrededor de las ocho de la mañana, se presentó mi padre en casa, estaba preocupado porque nos encontrábamos solos, lejos de ellos. Había recorrido unos 20 kilómetros a campo traviesa, desviándose de la carretera para evitar un tropiezo con alguna columna de militares. Sabiendo que mi padre tenía ideas socialistas y era conocido en la región, temía que fuese detenido de un momento a otro. ¿Cómo había logrado entrar en la ciudad sin ser reconocido y detenido? Todavía me lo pregunto hoy. Preparamos nuestros hatos sin perder un instante y, pocas horas después, salimos por la puerta de un corral que daba al campo y nos dirigimos por senderos y montes hacia el pueblo donde nos esperaba mi madre.

Los insurgentes no habían llegado todavía a Riglos, por lo que nuestra marcha se desarrolló sin novedad. En el pueblo, los amigos de mi padre esperaban su llegada para saber las últimas noticias y decidir lo que debían hacer. Como la víspera en Ayerbe, algunos republicanos, armados de escopetas, creían poder impedir el paso de los sublevados...

Por la tarde, una columna de camiones cargados de militares, procedentes seguramente de Pamplona, se detuvieron en el llano de Murillo, al otro lado del río Gállego. Puesto que el río nos separaba de ellos y no pudieron atravesarlo, abrieron fuego con sus fusiles durante varios minutos; luego, subiéndose de nuevo a los camiones, se alejaron en dirección a Huesca.

Durante dos o tres días el pueblo no fue hostigado por nadie. Allí estábamos horas enteras pegados al aparato de radio, esperando las noticias. Eran noticias contradictorias y diferentes, según la emisora que las difundía. Madrid y Barcelona seguían en manos de la República, tras duros combates en algunos cuarteles y en las calles. Sus emisoras daban los partes de guerra del gobierno republicano. Zaragoza, que había caído en manos de los sublevados, relataba los hechos y daba órdenes del movimiento «nacionalista». Nosotros creíamos que la situación volvería a ser normal muy pronto, con la llegada de las fuerzas del gobierno. Sin embargo, la situación en nuestra región no cambió y los nacionalistas se implantaron sólidamente en ella. Mi padre y sus amigos, viendo el cariz que tomaban las cosas, dejaron las escopetas en un rincón. La gente prosiguió sus labores de trilla, y todo siguió con el mismo orden.

Eran las últimas horas que pasábamos unidos en familia. Nunca más volveríamos a reunirnos los seis...

Alrededor del 25 de julio, mi padre se marchó a la montaña y nos quedamos sin noticias de él. Entonces comenzaron los momentos difíciles para nosotros, faltos de medios para subsistir. Menos mal que los vecinos del pueblo, en su casi totalidad, nos mostraron su simpatía y solidaridad ayudándonos en lo que podían. ¡Cuántas veces la gente de aquel pueblo nos demostró su estima y amistad!

Intento de cruzar la sierra
La vida en los pueblos del Alto Aragón

Al ver que la guerra se prolongaba, sin saber cuándo se normalizarían las cosas, decidimos con mi madre marcharnos por la montaña hacia Poleñino, que era el pueblo donde vivían mis abuelos y la familia de mi madre. Intento insensato, pues este pueblo se encontraba a 80 ó 90 kilómetros de Riglos y, además, para poder alcanzarlo era necesario atravesar las líneas de fuego nacionalistas y republicanas, lo cual nosotros ignorábamos. Después de dos días de marcha por la sierra de Guara, bajo un sol abrasador que convertía en ascuas los peñascos, hambrientos, cansados, enfermos y desanimados, tuvimos que volver hacia nuestro punto de partida.

Algunos días más tarde, mi madre fue detenida y conducida al fuerte de Rapián, en Jaca.

Al quedarnos solos, los cuatro hermanos pedimos ayuda a nuestra familia de Loarre, pueblo distante unos 15 kilómetros, y fuimos allí para refugiarnos. Al marcharnos del pueblo, nuestra gran amiga Joaquina —que se había encargado de nosotros, haciéndonos de madre— me dijo emocionada:

—Si un día necesitáis mi ayuda, aquí estoy a vuestra disposición.

Mientras las cosas transcurrían así, la guerra continuaba. Las fuerzas republicanas avanzaban hacia Huesca, que estaba casi cercada. Una única carretera la unía a Ayerbe, por la cual los nacionalistas suministraban a la ciudad y transitaban sus tropas y el material. Al igual que la guerra, los problemas familiares fueron agravándose día a día, ya que éramos cuatro bocas más y las dificultades de nuestra familia eran grandes. Yo comprendí que no era posible continuar más tiempo en aquella situación y un día le dije a mi abuelo:

—Abuelo, me marchó a Riglos, a trabajar en el campo.

—Pobre... —contestó mi abuelo.

Y me fui a Riglos, en busca de Joaquina:

—Un día me dijiste que viniera a verte si me encontraba apurado; aquí me tienes. Quiero trabajar en el campo y ganar algún dinero.

Yo anhelaba ganarme la vida y no ser una carga para nadie, pero los vecinos de Riglos no querían que yo trabajase en las labores del campo. ¿El hijo del maestro trabajar en el campo? —decían—. ¡Ni hablar! Fueron momentos de extraordinaria emoción al comprobar tantas pruebas de simpatía, pero mi decisión era irrevocable: quería ganar mi pan trabajando. Y fue así como conseguí que me tomaran como «corderero», es decir: pastor cuya misión consistía en guardar un rebaño de corderitos pequeños.

Por fin podía ganar algo de dinero y comer. Salía todos los días al monte hacia las cinco de la mañana, para conducir a mi rebaño al pasto. Por las noches regresaba al pueblo y Joaquina me contaba las noticias de la guerra, que desgraciadamente se había extendido a toda España. Los rumores y bulos eran increíbles, dando victorias de unos u otros, cuando no prediciendo el final próximo de la contienda. De mi madre recibía noticias por mediación de mi prima de Jaca, que la visitaba a menudo. A mis hermanos iba a verles una vez por semana, de noche, cuando había encerrado el rebaño.

A menudo juntábamos los rebaños con el pastor Botaya y los conducíamos a la montaña. En aquellos tiempos la sierra de Guara servía de refugio, y paso a la otra zona, a muchos republicanos. Más de una vez fuimos sorprendidos por grupos que nos pedían que les enseñáramos los caminos y senderos. Mi amigo, el pastor Botaya, era sumamente bueno conmigo, esforzándose para que mi vida fuera soportable, y me enseñaba el arte de guardar y cuidar un rebaño de ovejas.

La sierra de Guara, con su cadena de montañas, era la frontera que separaba los dos bandos. El pico de Gratal era el punto culminante, donde los republicanos encendían hogueras enormes, sin duda para manifestar su presencia allí. Aquellos fuegos, debo reconocerlo, eran una obsesión para mí, al mismo tiempo que un punto de interrogación. No comprendía por qué los republicanos no avanzaban hacia el norte, ya que Huesca se encontraba casi sitiada por ellos. Su inactividad permitió a los nacionalistas concentrar tropas y reforzar sus líneas en todo aquel sector. Sin embargo, bajando de la sierra era fácil —a mi parecer— apoderarse de Ayerbe y desbordar así el frente nacionalista

por la espalda. (Algunos meses más tarde tuve ocasión de conocer los motivos de esta pasividad.)

Una de las noches en que fui a ver a mis hermanos, José María —que tenía 11 años—, me dijo:

—Quiero ir contigo a guardar el ganado o los bueyes. No voy a la escuela y aquí soy una carga para la familia.

Cuando regresé a Riglos pedí a unos familiares lejanos que le aceptaran como «bueyero», para conducir al pasto los animales y guardarlos. Por humanidad, más que por necesidad, dieron su consentimiento, y se vino al pueblo conmigo. Con mis tíos de Loarre sólo quedó el hermano más pequeño, Jesús, puesto que mi hermana Paquita también había buscado trabajo como sirvienta en Jaca, lo cual le permitía estar más cerca de nuestra madre.

Un día de febrero de 1937, nuestra amiga Joaquina vino a verme, aconsejándome que me alistara en Acción Ciudadana. Ello me facilitaría —según ella— una situación más legal con relación a las nuevas autoridades, y me evitaría posibles disgustos. (No hay que olvidar que yo iba a cumplir los 17 años y que no tenía ni cédula personal; además, ya había sido detenido una vez en Ayerbe, por los soldados del Tercio, falto de documentación.) El padre de Joaquina, que era el jefe de Acción Ciudadana en el pueblo, aceptó enrolarme, pese a que temía que un día pudiera ser tiroteado por alguna patrulla republicana de las que circulaban, más o menos controladas, por la sierra. La verdad es que para mí aquello era un drama, y reflexioné mucho en lo que me había dicho el padre de Joaquina. Yo no sabía dónde estaba mi padre, pero presumía que se encontraba en zona republicana. ¿Y si un día, montando guardia, éramos atacados por un grupo republicano en el cual estaba mi padre...? Para mí era un golpe rudo, pero no había otro camino: era necesario continuar en el monte, como un «fuera de la ley», hasta ver en qué quedaba todo aquello. Pero, desgraciadamente, lo único que se vislumbraba, o mejor dicho, se incrementaba, era la guerra, con todos sus horrores y todas sus tragedias.

Unos días más tarde, en plena noche, fui sorprendido por un hombre armado. Iba de paisano y llevaba una gorra de cuero.

—¿Estás solo? —me preguntó.

—Sí señor —le contesté, temblando de miedo, pues no sabía lo que me esperaba.

—Yo soy un miliciano republicano que voy de patrulla por la sierra —agregó.

Llamó a cuatro compañeros que se habían escondido detrás de unos matorrales. Todos iban vestidos con ropa de paisano, lo cual me extrañó mucho, ya que yo creía que los militares de un bando y de otro llevaban el uniforme de ejército español. Querían saber el número de fuerzas y material de que disponían los guardias de los puentes, de las centrales eléctricas, etc. Les dije lo que sabía y se perdieron en la noche de la sierra. Antes, venciendo mi miedo, les había preguntado si por casualidad conocían a mi padre, y me alegré enormemente cuando me contestaron que estaba bien de salud.

Joaquina me envió, unos días después, una carta de mi madre. Me pedía que fuese a verla al fuerte de Rapitán tan pronto pudiera. Mi madre se había enterado de la voladura del puente de Riglos y temía por nosotros. Con un miedo indescriptible —pues debo decir que en aquella época, a la menor contrariedad el miedo me atenazaba hasta dejarme paralizado— y la tristeza de pensar que iba a ver a mi madre detenida, tomé el tren y fui a Jaca. Un par de horas después llegaba a dicha ciudad, donde me esperaban mi hermana y mis primas. Solicité una autorización de la Comandancia militar para visitar a mi madre, y, tras muchas dificultades, pude obtenerla valiéndome de un oficial amigo de mi padre, que había sido su compañero de estudios. Al día siguiente, a las tres de la tarde, subí la larga cuesta que va de Jaca al fuerte de Rapitán. A medida que avanzaba, el corazón me latía con fuerza y las lágrimas se me venían a los ojos, pese a que me había jurado no llorar, para no dar una impresión de desánimo y tristeza a mi madre. Entré en el fuerte y un soldado me condujo a una oficina en la cual había un teniente de artillería. Calcúlese mi sorpresa cuando vi que el oficial no era otro que el teniente Latas, viejo amigo de mi padre, y de la familia, desde hacía muchos años. El teniente estaba emocionado. Más tarde, recordando este hecho, he pensado en el caso de conciencia que debió de ser para él aquella entre-

vista: por un lado la amistad, y por el otro su deber militar. No me habló de nada ni me preguntó por nadie; me trató como si fuésemos desconocidos. Solamente me dijo:

—Abre esa puerta y entra en la sala. Te pido que tengas cuidado con lo que vas a hablar con tu madre, habrá otros oficiales presentes. No olvides que tu madre es una prisionera.

Me acompañó al lugar designado e hizo venir a mi madre. Al verla no pude impedir que las lágrimas saltaran de mis ojos. Sin embargo, mi madre estaba serena y tranquila; por lo menos, aparentemente. Había adelgazado y la encontré muy pálida, pero, mantenía su aspecto digno, que en cualquier trance difícil sabía mantener. Fue su actitud la que hizo que yo me calmara e intentase comportarme como un hombre.

Me preguntó por todos, interesándose en los detalles de nuestra vida, que la tenía muy preocupada. De pronto, mirándome fijamente en los ojos, me dijo:

—Hijo mío, vete con tu padre.

El teniente Latas vino entonces hacia mi madre y, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—Por Dios, doña Baltasara, ¿se da usted cuenta del compromiso en que nos pone?

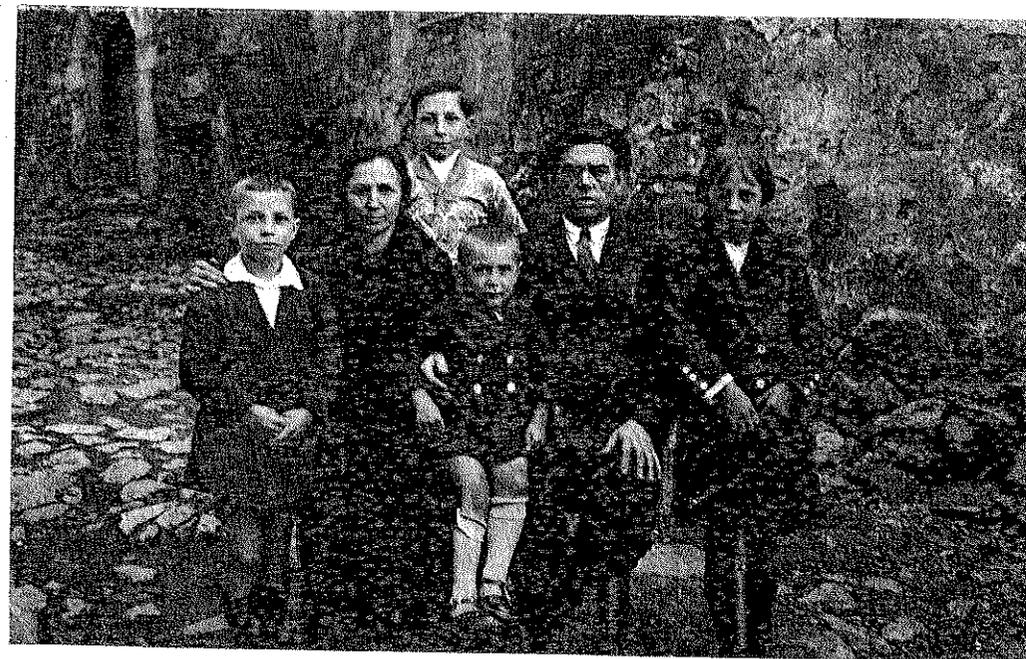
Dirigiéndose a él, y a los demás oficiales allí presentes, mi madre contestó:

—Señores, yo sólo deseo salvar a mis hijos. Ustedes seguramente tienen hijos, ¿no harían lo mismo con ellos?

Los oficiales se quedaron sin habla. Es posible que en el fondo le diesen la razón. Ordenaron a mi madre que siguiera al guardia. Antes de salir de la sala se volvió hacia mí y con fuerza me dijo:

—No lo olvides: ¡con tu padre! Y, sobre todo, rogar a san Antonio para que la suerte nos acompañe; él es nuestro protector. ¡Adiós!

Salí del fuerte de Rapitán como un autómatas, sin darme cuenta de lo que hacía. ¿Debía seguir los consejos de mi madre? ¿Y ella? ¿Y mis hermanos? No sé cuánto tiempo deambulé por las calles de Jaca. Llegué a casa de mi prima y conté a mi hermana lo sucedido; luego nos fuimos con ella a la cárcel, a visitar a nuestra tía.



El autor (detrás de pie) junto a sus padres y hermanos en Riglos (Huesca), en el verano de 1933.



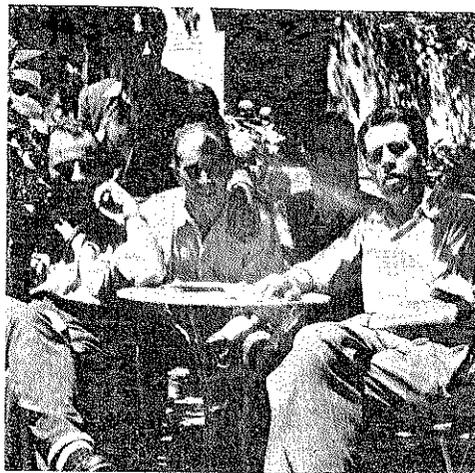
El autor en la Escuela de tanques de Gornalera (Borja).



Dos oficiales de la recién creada Escuela de Tanques de Gornalera (Borja).



Patrulla de la 43ª División en el valle de Biolsa (Huesca).



Lavín, Constante, Sánchez, Perlado y Pagés en vísperas de partir hacia la zona de guerra. Noviembre de 1939.

El autor en el campo disciplinario

Sin pensarlo mucho —como se hace cuando se tiene diez y siete años— tomé la resolución de marcharme inmediatamente a Riglos. Me dirigí a la estación, y como no quería ser detenido por ninguna patrulla militar, lo hice atravesando huertos y jardines. Una vez en la estación fui a ver a un conocido que era mozo de tren y que hacía el recorrido de Canfranc a Zaragoza. Lo llamaban «El Choni» y pertenecía al Partido Socialista. Le pedí ayuda para trasladarme a Riglos lo antes posible y me prometió que aquella misma noche podría salir, en un tren de mercancías que llevaba como jefe de tren a un amigo suyo. Hacia las once de la noche me presentó a su amigo, el cual me hizo montar en el furgón. (Dato curioso: aquel convoy transportaba tropas y municiones para el frente de Huesca.) El ferroviario me inclinó que, para evitar líos, antes de llegar a la parada de Riglos, yo debía saltar del convoy en marcha. Hice el viaje acurrucado en un rincón del vagón, esperando a que me avisara cuándo tenía que saltar. Al llegar a Carcavilla, el amigo de una noche me llamó, me dio una palmada en la espalda y me dijo que ya podía saltar, pues estábamos llegando al lugar escogido: la entrada del túnel. Allí hay una cuesta muy fuerte y no era difícil apearse, ya que el tren iba muy despacio.

A las dos de la madrugada entraba en casa de la tía Pascuala, donde nadie me esperaba a aquellas horas. Así se terminaba mi viaje a Jaca, sin cédula personal, sin salvoconducto, ni documento alguno de identidad. Mi hermano tuvo una gran alegría al verme y saber que nuestra madre estaba bien.

El monte, las ovejas, la soledad..., me parecía la felicidad completa, casi. Ciertamente, si no hubiera sido por la guerra, aquel lugar era un auténtico cuadro idílico. Pero la maldita guerra existía y, como una avalancha, lo arrollaba y lo arrastraba todo, cambiando situaciones, creando dramas, y haciendo, de la noche a la mañana, de personas tranquilas verdaderos aventureros. ¡La aventura! Lo que yo tanto soñaba —como todo joven de esa edad, seguramente— había empezado para mí, pero yo estaba muy lejos de pensar hasta dónde me conduciría.

Evasión hacia la zona republicana

Pasé varios días en el monte, reflexionando sobre mi situación, y al fin tomé la decisión de pasarme a la zona republicana, atravesando la Sierra de Guara. Lo haría solo o acompañado, pero mi decisión estaba tomada: me marcharía lo antes posible.

Quizá se piense que yo actuaba como si se tratara de un paseo; como si el pasar de una zona a la otra, entre los dos ejércitos que se enfrentaban, no fuera peligroso. Creo que es necesaria una explicación. Los nacionalistas no controlaban las alturas de la sierra de Guara: sus fuerzas se encontraban en el Castillo de Loarre y en la vertiente opuesta, en Rasal. Varios kilómetros separaban esos puestos de guardia, que durante la noche estaban libres y permitían poder atravesar aquella porción de montaña a toda persona decidida. Un sólo peligro: caer en manos de una patrulla nacionalista y ser fusilado, o correr el riesgo de ser acerbado a balazos por los republicanos al acercarse a sus líneas. Las fuerzas nacionalistas, además, eran insuficientes para vigilar todos los pueblos de la sierra; fue así como se dio el caso de Ambrosio «El Manco», que ayudaba a pasar gente a la zona republicana, se escondía de día en la sierra y algunas noches iba a su casa tranquilamente, a pesar de que todo el mundo creía que se encontraba «en el otro lado». Eso puede dar una idea, también, de la pésima organización de las milicias republicanas, que fueron incapaces de aprovechar una situación tan favorable.

Tuve la suerte de ponerme en seguida en contacto con varios amigos, antiguos discípulos de mi padre, que me habían manifestado su intención de pasarse al campo republicano. Eran cinco, de los cuales yo era el más joven.

Aún estuve unos días por la montaña guardando mi rebaño, y sin decir una palabra a mi hermano sobre mi decisión. Dos días antes de marcharme, Joaquina —que estoy seguro adivinó lo que yo tramaba— me llamó para aconsejarme y ponerme en guardia, ya que no podía ser eternamente un «incontrolado». Como ya dije, yo no tenía documento alguno. En el pueblo esto no era grave, ya que todo el mundo me conocía, pero, si deseaba trasladarme a cualquier lugar, entonces podía ser dete-

nido, al encontrarme en situación irregular. Discutimos durante un rato y al final me dijo:

—Ya ves la situación, a ti te toca decidir ahora.

No añadió nada más y, sin embargo, me pareció comprender que me aconsejaba igual que mi madre. (Pobre Joaquina. Fue una amiga, una hermana. Sabía que no volvería a verla antes de marcharme, pero no pensé que me despedía de ella para siempre, ya que murió pocos años más tarde.) Le di un fuerte abrazo y salí de su casa embargado por la emoción, sin decir una palabra.

Llegó la fecha escogida para la evasión; era un domingo. Teníamos cita a las nueve de la noche en el único café del pueblo. Debo reconocer que éramos bastante inconscientes: nos queríamos ir secretamente y nos citábamos en un lugar público. Compramos cigarrillos en cantidad y bebimos hasta gastar todo el dinero que les quedaba a José e Isidoro. Antes de marchar fui a decir adiós a mi hermano y le entregué veinticinco pesetas que tenía ahorradas. Nada le dije, pero comprendió que algo grave estaba a punto de ocurrir.

A las nueve y media, después de haber pedido la última copa de coñac para darnos ánimo, salimos del café, uno tras otro, para reunirnos en la fuente, a la salida del pueblo. Isidoro, Vicente, José, Mariano, Joaquín y yo. Los seis estábamos dispuestos a empezar «la gran aventura». Sentimental, influido sin duda por mis lecturas de aventuras y de historia, tuve un gesto infantil: me agaché y besé la tierra del camino. Para mí, aquel gesto representaba el amor a los míos y a la tierra donde me había criado.

En seguida nos pusimos en marcha en silencio. La noche era tan oscura que no se distinguía nada a tres pasos. Yo había hecho mis cálculos, teniendo en cuenta la tentativa que habíamos hecho meses antes. Antes de las siete de la mañana teníamos que haber rebasado los picos de la sierra, frente al castillo de Loarre, que era la zona más peligrosa para pasar entre las líneas. De no conseguir este objetivo era necesario esperar todo el día en la sierra. Al llegar a la cima de Santo Román, nuestra senda pasaba junto a una caseta que servía de refugio a los pastores. Quedamos sorprendidos al oír salir de ella algunas voces. De pronto creímos

que se trataba de una patrulla militar. Isidoro se adelantó y nos dijo:

—Esperad un momento, voy a ver qué pasa ahí dentro.

¡Ya podía hacerse el valiente aquel bribón! Él sabía muy bien lo que había en la caseta. Unos segundos después salía con dos mujeres y un niño. Encendimos una cerilla y, con la sorpresa que se puede imaginar, reconocimos a la novia de Isidoro, acompañada de su madre y el hermano. Aunque al principio nos juró no saber nada de aquella evasión. Isidoro terminó confesando que era él quien les había dicho que nos esperaran en la caseta. La discusión duró varios minutos, pues se planteaba una situación nueva, pero de ninguna manera pensábamos dar media vuelta. Abandonar a las mujeres y al chico tampoco nos parecía justo. Al final, decidimos llevárnoslos con nosotros hasta el sector peligroso. Una vez allí, las dejaríamos escondidas en un bosque y, si conseguíamos llegar a las líneas republicanas, pediríamos que una patrulla fuera en su búsqueda. Hacia las cuatro de la madrugada divisamos las hogueras republicanas, todavía algo lejanas, que nos servían de guía. Andábamos algo retrasados de tiempo, por lo que hubo que acelerar la marcha. Sobre las seis de la mañana nos encontrábamos frente al castillo de Loarre, en lo alto de la sierra. Nos quedaba todavía el tramo más difícil por recorrer. Dejamos las mujeres y el chico en un pinar, y nosotros, agachándonos, salimos corriendo en dirección a los fuegos que habíamos visto por la noche. En vez de subir a la cúspide de la montaña, donde veíamos moverse unos hombres, nos dirigimos, ladeando la montaña, hacia el pico de Gratal. No estábamos seguros de encontrarnos ya en zona republicana; de ahí nuestro deseo de infiltrarnos lo más lejos posible. Unos kilómetros más allá vimos acercarse cinco hombres, que nos detuvieron. ¿Se trataba de republicanos o de nacionalistas? No los podíamos distinguir. Al ver que no llevábamos armas nos preguntaron:

—¿Sois evadidos? Nosotros somos republicanos.

En seguida me di cuenta de que llevaban una gorra de cuero, como la que había visto sobre la cabeza del miliciano encontrado en la sierra poco tiempo antes. Vestían de civil y llevaban un pañuelo rojo y negro —que eran los colores anarquistas— atado

al cuello y dos de cuyas puntas caían sobre las espaldas. No cabía duda; estábamos en la zona republicana. Por una parte me parecía que era el final de una pesadilla, y por otra me atezaba la angustia de pensar que había dejado atrás a mi madre y a mis hermanos. Era como si hubiera corrido un espeso telón entre ellos y yo.

Combatiente a los diez y siete años

Los milicianos se hicieron cargo de nosotros, llevándonos a una tienda de campaña que servía de puesto de mando. En el interior había una docena de milicianos que, por lo visto, componían la guarnición de aquella zona. El responsable era un catalán. Un poco más adelante había una trinchera con un parapeto de sacos de tierra, en la cual hacían guardia tres hombres con un fusil ametrallador. Celebraron nuestra llegada brindando con unos vasos de vino. Puestos al corriente del problema de las dos mujeres y el niño, enviaron una patrulla que los recuperó, evacuándolos seguidamente hacia la retaguardia. Así se terminó nuestra «expedición».

Por la tarde fuimos conducidos a Arguis, primer pueblo en poder de los republicanos, al pie de la sierra, en donde se encontraba el Estado Mayor de la Columna. Mi primera sorpresa fue ver allí un gran número de milicianos tomando el sol. ¿Era aquello el ejército republicano? La idea que yo me había hecho de él era completamente distinta. Lo imaginaba disciplinado, vestido con el uniforme militar, y en vez de ello me encontraba ante gente mal vestida, barbudos, con los pantalones replegados hasta la rodilla. Parecían salidos de una película de corsarios. No les faltaban ni las patillas largas, ni la camisa desbotonada, ni el pañuelo atado en la cabeza.

Me chocó tanto aquella visión, comparada con la disciplina escrita de los nacionalistas, que inmediatamente pregunté:

—¿Pero, qué hacen aquí estos hombres, a tantos kilómetros de la línea de fuego?

—Estamos descansando —me contestó alguien.

Para mí aquello era inconcebible. ¡Descanso cuando podían

estar en el frente! Un frente, en aquellos tiempos, donde solamente había pequeños combates de tarde en tarde. La verdad es que mis concepciones eran muy diferentes a las de aquella realidad. Pregunté qué unidad era la que ocupaba el sector, y un amigo me dijo:

—Aquí no estás en la zona nacionalista; aquí sólo hay columnas. Esta es la Roja y Negra de la CNT-FAI, o columna Ascaso. Nosotros no tenemos oficiales, solamente responsables. Aquí no hay galones, somos todos iguales. Por algo nos llamamos comunistas libertarios.

Como yo era incapaz de asimilar todo aquello, me callé.

Pedí que me dejaran marchar para ir con mi padre y mi familia a Poleñino. Cuando expliqué quién era mi padre, varios milicianos se echaron a reír y uno de ellos me dijo:

—Tu padre es un granuja; estuvo una temporada de ayudante con «El Negus», y un buen día se largó a juntarse con esos puercos socialistas.

Después de habernos tomado declaración nos pusieron en manos de un responsable que debía acompañarnos a otro puesto de mando. Nuestra primera etapa era Sariñena, a donde nos trasladaron en un camión. Al pasar por Monte Aragón, el viejo castillo que domina Huesca, hicimos una breve parada y pude contemplar la capital casi cercada. Desde allí distinguía fácilmente la Catedral, el Instituto, la Plaza de Toros, etc. Veía también la línea del frente a la entrada de la ciudad, que, sin embargo, jamás caería en manos de los republicanos. Y esto por culpa —a mi juicio— de la indisciplina y la mala organización de las columnas instaladas en aquella región desde agosto de 1936. Me dolía marcharme de allí y, a la vez, me pesaba no quedarme en la «Roja y Negra», porque dejaba a compañeros que se habían jugado la vida cientos de veces y que, buenas o malas, estaban dispuestos a defender sus ideas. Estaba convencido, no obstante, que si no lograban escapar de aquel caos se condenarían a la impotencia.

Mis cinco compañeros estaban contentos de haber encontrado amigos y familiares en la «Roja y Negra». Su deseo era poder incorporarse rápidamente al frente junto a ellos. Para mí la cosa era diferente: ciertamente yo era joven pero, cuando se ha

vivido durante largos meses en medio de tantas dificultades, se tiene tiempo para pensar en los problemas y reflexionar en los medios de cambiar una situación. Y las dudas que se apoderaron de mí en los primeros momentos de estancia en las líneas republicanas me parecieron cada vez más fundadas. ¡Increíble! Aquella situación no la entendía.

En Sariñena, se nos interrogó otra vez durante dos días y al final nos fue notificada la noticia de salida para Lérida y Barcelona, donde seríamos interrogados de nuevo. Mientras tanto estábamos alojados en la prisión de la ciudad, lo cual motivaba la consiguiente sorpresa, pero nos explicaron que era para protegernos. Nos custodiaba la Guardia Civil. Confieso que en aquellos tiempos me imponía temor sólo ver sus uniformes. El hecho de meternos en la cárcel nos sentó muy mal. Protestamos ante el sargento responsable, pero hizo todo lo posible para convencernos de que aquella medida era necesaria, ya que, al fin y al cabo, nadie podía decir quiénes éramos, ni por qué habíamos pasado de una zona a la otra. Nos encerraron en una gran sala de la cárcel donde encontramos a 18 compañeros que también esperaban ser trasladados a Barcelona. Eran soldados de caballería que habían desertado del ejército enemigo, con su sargento, pasando las líneas por el sector de Tardienta. El sargento Álvarez había sido el instigador de dicha desertión.

Dos días después, de madrugada, fuimos conducidos a la estación de Sariñena, acompañados y vigilados por seis guardias civiles. Me daba la impresión, a ratos, de sentirme vigilado como un criminal. En Lérida hicimos otra parada y nos sometieron a otro interrogatorio. Al mediodía nos llevaron a comer al castillo, que servía de cuartel, y al ver al responsable que nos recibió me quedé de piedra: se trataba de un primo lejano, de Ayerbe, que había sido ejecutado en septiembre de 1936, y al que su familia creía muerto y enterrado. Al verme, vino hacia mí y me abrazó:

—Sí, Marianito, soy yo y no un fantasma. Me dejaron por muerto, pero sólo estaba herido. Logré llegar hasta una casa de campo donde me dieron cobijo y me curaron. Tiempo después crucé las líneas, ayudado por unos amigos, y aquí me tienes.

Le expliqué que en Ayerbe todos lo daban por muerto.

Por fin salimos hacia Barcelona. Una vez llegados a la capital nos condujeron al cuartel Espartaco, del que sólo salíamos, acompañados de un guardia, para ir a Capitanía General a prestar declaración. Álvarez y yo fuimos más veces que nuestros compañeros, para completar las declaraciones ya hechas en el frente, en Sariñena y en Lérida. Por ver primera vez oficiales del ejército republicano con uniforme. Un teniente coronel se encargó de mi expediente, pidiéndome detalles del sector de Huesca; me sorprendió el comprobar que ignoraban, en gran parte, la situación exacta de aquel frente y, especialmente, la de la sierra de Guara, el pasaje que había por dicha sierra, las posiciones nacionalistas, etc. (Todo aquello confirmaba mi impresión de que el mando republicano no tenía informaciones exactas y concretas de cómo andaban las cosas por Huesca.)

Mis compañeros de evasión salieron con destino a un centro de instrucción y, más tarde, fueron destinados, según su voluntad, a la Roja y Negra, que seguía en el frente de Huesca. Álvarez terminó sus declaraciones y también marchó a un centro de aquellos con la intención de ingresar luego en una escuela popular de guerra, para ser oficial. Yo recibí la orden de trasladarme a Barbastro, donde mi padre me esperaba. Varias horas más tarde caíamos en los brazos uno del otro. Fue un encuentro emocionante; sobre todo cuando le conté nuestra vida desde julio de 1936. Me puso a su vez al corriente de la suya: el paso por la sierra, su llegada a Siétamo, el enrolamiento en una columna, con «El Negus»; los desacuerdos con los métodos empleados por aquel «Jefe»; su traslado a Barbastro con el fin de incorporarse a un nuevo «Batallón de la FETE» (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), del cual era oficial. Su batallón, con otros tres, habían formado una de las primeras brigadas mixtas creadas en el frente de Aragón.

Mi hermano José María se reúne con nosotros

Decidí marchar con mi padre al frente del Pirineo, donde se encontraba su Brigada, a pesar de que él prefería que fuera a Poleñino, con la familia, considerándome demasiado joven para

ir al frente. Pero esa no era mi opinión; yo me sentía libre y consideraba que mi puesto estaba en primera línea, como los demás.

Aclarada mi situación, decidimos salir para Boltaña al día siguiente. Aquella tarde estábamos invitados a un espectáculo de folklore mexicano en el teatro de la ciudad, al que asistimos en compañía de varios amigos. Apenas había comenzado el espectáculo cuando un enlace de la FETE apareció en el teatro buscando a mi padre. Traía una noticia urgente: un grupo de 24 personas se habían pasado por la sierra de Guara, y entre ellos había dos chavales de 12 años y varias mujeres; venían todos de Riglos. Al oír la noticia me quedé como atontado, porque estaba casi seguro de que aquella evasión tenía cierta relación con la nuestra. Salimos rápidamente hacia el local de la CNT, desde donde mi padre telefoneó al mando de la Roja y Negra. Fue un amigo de Ayerbe quien le contestó, diciendo que entre los llegados se encontraba mi hermano José María. Inmediatamente nos dirigimos hacia Albero Bajo, con un camión de los Guardias de Asalto, y allí nos informaron de que los evadidos estaban ya en Sariñena, a donde nos trasladamos con un coche del EM. Una vez allí fuimos directamente a la cárcel (yo conocía muy bien el camino). Con emoción abrazamos a mi hermano y a sus compañeros. Eran las familias de los seis que nos habíamos fugado unos días antes. Al evadirnos nosotros habían sido arrestados, pero luego tuvieron la suerte de poder escapar por la sierra, como tantos otros.

Mi hermano trajo noticias de mi madre, de mi hermana y del hermano pequeño: todos seguían bien. Le sacamos de la cárcel y lo llevamos a casa de mis abuelos, a Poleñino. Las familias de mis compañeros de aventura fueron enviadas a un pueblo de la retaguardia, a trabajar en la agricultura.

Me incorporo a la 130 Brigada Mixta

Mi padre y yo regresamos a Barbastro. Allí tomamos un camión de los que salían hacia el frente del Alto Aragón, con intención, por mi parte, de incorporarme también al batallón

FETE, que se encontraba entonces en el puerto de Santa Orosia. Teníamos que pasar por Boltaña, donde se encontraba el mando de la Brigada. Allí me presentaron a todos los oficiales del EM, en su mayoría amigos de mi padre. Desde el jefe hasta el último oficial, nadie quería que yo fuese al frente con mi padre. Siempre por lo mismo: porque era muy joven. Decidieron que me quedara en el EM como escribiente, y mi padre prosiguió su ruta hacia el frente. Mi decepción fue inmensa.

Y allí me quedé «enchufado». A partir de aquel momento pertenecía a la 130 Brigada Mixta, unidad militar que se había creado con las mismas características que las existentes en el Ejército del Centro. La componían cuatro batallones: el 517 (Alto Aragón), integrado en su mayoría por evadidos de la región pirenaica; el 518 (Cinco Villas), compuesto también, casi todo, por hombres de la región de Cinco Villas, en la provincia de Zaragoza; el 519 (FETE), formado, casi exclusivamente, por maestros nacionales —de ahí su nombre— venidos de todos los rincones de Aragón y otras provincias vecinas; y el 520 (Izquierda Republicana), cuya plantilla la componían militantes del partido de Izquierda Republicana. Teníamos bajo nuestro mando la 9.ª Batería de Artillería, y el «Batallón Pirenaico», compuesto de esquiadores venidos de Cataluña. El jefe de la brigada era el comandante Bueno, militar de carrera, de Jaca, y el comisario político era Berdala, maestro de la región de Jaca. El jefe de la Batería era el capitán Bueno (hermano del jefe de la brigada). El jefe de los «Pirenaicos» era el capitán Benet, de Barcelona, perteneciente a Esquerra Catalana.

Se me destinó a la compañía de Intendencia de la brigada, mandada por el capitán Francisco. El papeleo de la oficina me aburría, y como creía tener madera de héroe, decidí pedir el ingreso en la escuela de aviación, para ser piloto. Pero mi petición fue rechazada por el jefe de la brigada, porque, según él, «mi deber estaba allí y allí debía seguir». Yo era «un soldado del ejército popular y mi obligación era la de acatar la disciplina...». Tenía razón, pero yo no estaba dispuesto a aceptar mi destino como definitivo. La aventura me obsesionaba, y, varios días después, hice una nueva petición para otra escuela. A las veinticuatro horas me encontraba ya en Cataluña, en la Escuela de

Tanques, de Granollers. En los ejercicios de tiro logré ser uno de los primeros (yo, que no había empuñado nunca un fusil), y eso me valió ser nombrado tirador de carro de combate. Los ejercicios eran durísimos y se hacían en viejos tanques ligeros «Renault», la mayoría de los cuales databan de la guerra 1914-18. Estar encerrado en ellos era peor que ser «prensado» en una lata de sardinas. Mi estancia allí fue muy corta ya que la dirección de la escuela me declaró «inepto total para ser tanquista». La razón de aquella «ineptitud» venía del mando de la 130 Brigada, que me había reclamado.

Nuestra brigada ocupaba un sector demasiado ancho para poder ser defendido con los hombres que la componían. Fue así como el mando republicano envió refuerzos que se componían de una nueva brigada de reclutas movilizados recientemente. La nueva brigada era la 72, que venía de Guadalajara, donde había combatido contra los italianos, y era de tendencia marxista, socialistas en su mayoría. Con cuadros sacados de la 130 y de la 72 se formó una nueva brigada: la 102. De la agrupación de todas estas fuerzas nació más tarde la 43 División.

Se creó, pues, la 43 División, a la que se confiaría la defensa del frente pirenaico: desde las alturas de la sierra de Guara, encima de Anzánigo, hasta la frontera francesa. A la 43 se le agregó una nueva batería de artillería y el Batallón Pirenaico.

Como jefe de la 43 División fue nombrado el teniente coronel Beltrán, «El Esquinazado», dirigente comunista de Canfranc y de Jaca, muy conocido en toda la provincia de Huesca. El comisario de la división era el diputado socialista por Jaca, Borderas, llamado «el sastre de Jaca». El mando de la división se instaló en Boltaña, y por esto tuvimos que trasladarnos nosotros a Broto, cerca del valle de Ordesa. En Broto, nuestro nuevo acantonamiento fue instalado en el hotel «Tres Oros». Al adquirir más sensatez y seriedad —por lo menos en apariencia— me fueron otorgadas nuevas responsabilidades, y una de ellas fue la de colaborar en el desarme de una columna del POUM, ordenado por el Alto Mando republicano. Dicho desarme se realizó en Fiscal, y en él participó también mi padre. Gracias al plan que «El Esquinazado» había preparado, la operación se realizó fácilmente y sin enfrentamientos serios. Me dolía y sentía remor-

dimiento por tener que desarmar a compañeros nuestros, pero la situación había llegado a tal extremo en el frente de Aragón que se imponían medidas como aquella. A los desarmados se les dio a escoger entre el alistamiento en nuestra división o volver a sus casas. La mayoría se quedaron con nosotros.

Poco tiempo después perdíamos el puerto de Santa Orosia. El «Pirenaico», que no había tenido otra actividad que la de esquiar, pues en los altos picos no había frente establecido, fue enviado al lado del Batallón 519. ¡Error monumental!, sobre todo si se tiene en cuenta que aquellos hombres no tenían la menor experiencia de los combates. Al despuntar el alba de un día de junio de 1937, los nacionalistas atacaron por los montes de Yebra. En pocas horas desalojaron a los «pirenaicos» de sus posiciones y atacaron al 519 por la espalda; este último tuvo que batirse en retirada, bajo el fuego de los obuses y bombas, abandonando el puerto de Santa Orosia, que era una posición importantísima, dada su situación geográfica que dominaba Sabiñánigo. Fue un rudo golpe para nosotros ya que, por vez primera, perdíamos terreno. Y para mí lo sería aún más, puesto que estuve varios días sin noticias de mi padre.

Me trasladan a Servicios Especiales

Una compañía, llamada de Servicios Especiales, llegó a nuestra Brigada poco tiempo después. Estaba bajo las órdenes directas del jefe de la brigada para cumplir misiones especiales. Me gustaba la vida arriesgada que llevaban los componentes de aquel destacamento. Pero estaba lejos de pensar que iba a compartirla con ellos en varias ocasiones. Un día el comandante Bueno me llamó para confiarme una misión: se trataba de trazar algunos croquis en territorio enemigo. Saldría con la compañía de Servicios Especiales y tomaría notas y croquis de los lugares donde había depósitos de municiones, material de ingenieros, etc. ¡Yo que me creía un valiente, tuve que hacer esfuerzos sobre-humanos para poder dominar el miedo! Me puse a las órdenes del capitán Anguita y salimos de noche en dirección a Jaca y a la carretera de Navarra. Por montes y barrancos, evitando

los lugares donde podíamos ser sorprendidos, llegamos hasta las cercanías de Jaca. Dejamos la ciudad atrás no sin que yo le echara una mirada al fuerte de Rapián, donde seguía encerrada mi madre. Hechos los croquis, y tomados los informes más interesantes, regresamos hacia nuestras líneas, llevando con nosotros 16 prisioneros. Sólo respiré tranquilo cuando me encontré en las oficinas de la brigada.

El 20 de agosto de 1937, un batallón de nuestra brigada, el 517 (Alto Aragón), fue enviado a Farlete, en el frente de Zaragoza. Ya tenía galones. Había sido nombrado cabo de intendencia y me confiaron la responsabilidad del abastecimiento de los hombres del 517. En Farlete instalamos nuestro depósito, pero el frente estaba a varios kilómetros. El 24 de agosto atacamos frente a Villamayor, sin resultado. Nosotros teníamos que abastecer a nuestros soldados y era sumamente difícil bajo aquel sol de plomo. Allí pasé momentos terribles: el calor, la sed, el polvo, los obuses y bombas, y las dificultades de todo orden, hacían la resistencia y los ataques casi insostenibles. El día 27 de agosto los contraataques nacionalistas redoblaron su intensidad con medios bélicos importantes, y tuvimos que replegarnos. Allí fui herido, aunque no de gravedad. Nuestro batallón, que contaba más de 200 heridos y más de 100 muertos, fue relevado y enviado, lo que quedaba, de nuevo al Pirineo. Ciertamente, habíamos pagado cara la batalla de Villamayor.

De regreso al Alto Aragón, me encontraba de «oficial de guardia» en el EM, en Broto, cuando de madrugada llamó «El Esquinazado» desde Boltaña, anunciando que mi madre estaba sana y salva en el EM de la división. Durante la noche, 11 mujeres de la prisión de Jaca habían sido enviadas por los nacionalistas, atravesando las líneas en el sector de Orna de Gállego, previo aviso con los altavoces para que los republicanos no tiraran sobre ellas. ¡Quedé paralizado, sin poder llegar a creer aquella noticia! Me repetía una y otra vez: «no es posible, no es cierto...» Pero era verdad, mi madre estaba con vida y en nuestras líneas. Con mi padre, salimos a su encuentro, que fue emocionante y triste a la vez pues en el otro campo quedaban mi hermana y mi otro hermano, el más pequeño. Mi padre fue retirado del ejército, siendo nombrado maestro en una escuela de Graus,

a donde se trasladó con mi madre y mi hermano. Con la llegada de mi madre cesaba para nosotros la mayor preocupación.

Días más tarde, nuestra brigada atacó al norte de Sabiñánigo, tomando Biescas, Gavin y otros pueblos de aquella región. En aquella operación cayó, entre otros, nuestro amigo Telmo, comandante del 519 (FETE).

Poco después fui enviado otra vez con la compañía de Servicios Especiales a la retaguardia nacionalista, pero en aquella ocasión los acontecimientos se desarrollaron de distinta manera a la de otras veces. Al ser descubiertos en la sierra de Santa Bárbara, tuvimos que replegarnos haciendo frente al enemigo. Fuimos copados en un monte y, tras duros combates, pudimos salir todos ilesos gracias al sacrificio de uno de los nuestros, un sargento de aviación, llamado Vizcarra, que cubrió nuestra retirada. Cuando los nacionalistas iban a cogerle prisionero se mató con una bomba de mano. (Este hecho lo supimos más tarde por un prisionero nacionalista que había participado en el combate.)

En octubre hubo una orden del gobierno para que fueran desmovilizados los menores de 18 años. Al enterarme de ello pedí al jefe de la división que me dejara seguir con ellos. Yo pertenecía a la 43 y quería continuar en ella; no deseaba ser enviado a la retaguardia. Me reintegré a mi oficina, con prohibición de salir de nuevo al frente.

Invierno de 1937-38 y ofensiva nacionalista de Aragón

Después de un invierno muy duro, con más de dos metros de nieve en algunos sectores, llegó la primavera de 1938 y con ella la ofensiva nacionalista en Aragón. Todo el sector de la 43 resistió a los ataques adversos sin perder un sólo palmo de terreno. Sin embargo, no fue así en el frente de Huesca, que se rompió en varios sitios. La 31 División, que ocupaba nuestro flanco izquierdo, tuvo pérdidas enormes y los nacionalistas lograron avanzar hacia Barbastro y el valle de Graus-Benasque.

Barbastro cayó en manos de los nacionalistas y estos continuaron el avance hacia Cataluña, al este, y hacia el norte por el valle de Graus-Benasque. «El Esquinazado» vio el peligro que

corríamos de ser cercados y decidió el repliegue del frente de Biescas hacia el valle de Aínsa-Bielsa. Para impedir que el adversario fuera más rápido que nosotros dirigió algunas compañías a El Grado, con el fin de contener el avance mientras se operaba nuestro repliegue hacia nuevas posiciones que pudieran ser defendidas. En el sector de Naval tuvimos combates muy duros, pero mantuvimos nuestras posiciones a pesar de que la 31 División, ya muy diezmada, continuó su retirada hacia Graus y fuimos quedando poco a poco «encerrados» en el valle de Bielsa.

La resistencia de la 43 División en el Pirineo

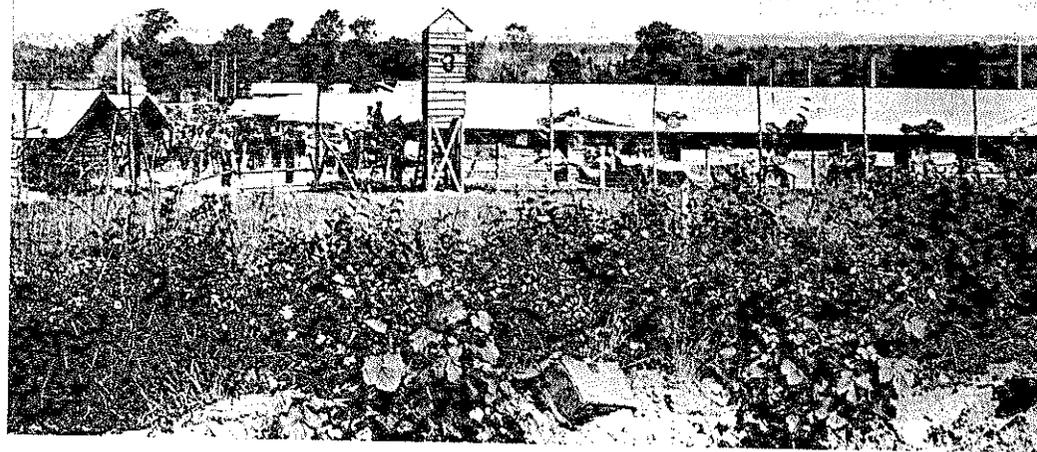
Al caer Graus en manos de los nacionalistas volví a quedar sin noticias de mis padres y sin saber si habían podido ser evacuados hacia Cataluña o hacia Francia. A mis preocupaciones militares vinieron a añadirse las de orden familiar. Pero la guerra continuaba y raros eran los momentos que nos permitían pensar en otra cosa que hacer frente a nuestra crítica situación.

«El Esquinazado» y su EM decidieron que nuestra división se defendería sin abandonar el terreno, mientras tuviéramos municiones. Fue llevado a cabo un repliegue rápido por parte de nuestra brigada, que era la más avanzada en el sector de Biescas. Yésero, Broto y Sarvisé fueron evacuados; de este pueblo la compañía de intendencia salió la última. Marchamos arrastrando, a lomo de mulos y por senderos y caminos malos, todas las reservas de comida hacia el pueblo de Fanlo, situado no lejos de Monte Perdido. ¡Cuántas horas de marcha por pinares y despeñaderos de acceso difícilísimo! En Fanlo instalamos los almacenes de intendencia y de municiones. Sólo 60 hombres quedamos allí para guardarlos, el grueso de nuestras fuerzas estaba ya cerca del valle de Bielsa preparando una línea de frente. Aquel pueblo parecía un lugar tranquilo y seguro, al cual el enemigo tardaría una semana en llegar, por lo menos eso calculábamos. Con gran sorpresa nuestra fuimos atacados al día siguiente por una compañía de «pirenaicos». La sorpresa fue tal que el miedo se apoderó de mí y solamente bajo la amenaza del comisario recobré mi serenidad. Durante la noche fuimos

copados dentro del pueblo y, al amanecer, no nos quedaba más solución que resistir hasta morir. Tuvimos bastantes bajas. Para mí aquel día fue uno de los que marcaron mi vida, pues tenía plena consciencia de que no había salida posible. Pero el dios de la guerra estaba aquel día con nosotros. Una compañía del Batallón 517 vino a liberarnos del cerco nacionalista, atacándonos por detrás y causándonos numerosas bajas; la compañía del 517 la mandaba aquel día el comandante Jaques. La unidad nacionalista se llamaba «Las Panteras del valle de Tena», y estaba compuesta por aragoneses y navarros. Aquel día tuve ocasión de presenciar el colmo de los horrores de una guerra civil: dos hermanos habían combatido frente a frente, y a uno de ellos, al del bando nacionalista, le encontramos entre los muertos recogidos.

En el valle de Bielsa se reorganizó la defensa de nuestro sector. La Brigada 102 ocupó las montañas que dominan el valle de Benasque; la 72 el centro, con la entrada del valle de Bielsa; y la 130 el sector de Aínsa hasta Monte Perdido. Detrás teníamos la frontera francesa, con sus picos de más de 2.500 metros de altura. Toda la población civil había sido evacuada a Francia, pasando por los senderos y pistas de montaña. A medida que nuestro sector se organizaba para la resistencia los ataques nacionalistas eran más fuertes. Con la reorganización, muchos servicios fueron suprimidos y enviados los hombres al frente. Yo, que continuaba en las oficinas de intendencia, hacía de enlace en el EM, y toda clase de servicios especiales que se presentaban. Lo más duro era hacer de enlace, sobre todo cuando la única carretera de Escalona a Bielsa era bombardeada continuamente por los cañones y los aviones. Pasábamos horas y horas, durante el día, agazapados o gateando para no ser vistos por el enemigo. Raro era el día en que no hacía trizas los pantalones al arrastrarme por el suelo.

Mi aprendizaje de combatiente iba haciéndolo a través de las dificultades y los horrores de la guerra. Un día recibimos la noticia de que Álvarez había organizado su desertión para pasar a Francia. (Álvarez era el sargento amigo mío que había encontrado en la cárcel de Sariñena, el evadido con sus soldados del sector de Tardienta.) Después de haber estado en la escuela



El campo de Judas en Septfons (Francia).



32.* Compañía de trabajo española en la Línea Maginot. De pie: Franco, Toro, Carlos y Balaguer. Arrodillados: Constante, Pozas y Beguería. Todos ellos irían a parar a un campo de exterminio, del que sólo regresaron Constante y Bequería.

Kriegsgefangenenpost
 Correspondance des prisonniers de guerre

205
GEPRÜFT

XVII A

14.14.40

España

Anahme: *Constante*

Empfangsort: *Loarre*
 Lieu de destination:

Straße: _____
 Rue

Land: *(Huesca)*
 Landesteil (Provinz usw.)
 Dép.

Gebührenfrei! Franc de port!

339

ENTRADA 26 FEB 1941

MENSURA

Absender:
 Envoi de

Vor- und Zuname: *Constante Lariano*
 Nom et prénom

Gefangenenummer: *79863*
 No. du prisonnier

Lager-Bezeichnung: *Stalag XVII A*
 Nom du camp

Deutschland (Allemagne)

militar fue nombrado teniente y pidió ser destinado a la 43 División. Era mi compañero y uno de mis mejores amigos desde nuestro encuentro en Sariñena. Cuando tomamos Biescas conoció una chica de la cual se enamoró ciegamente; más tarde, ella fue evacuada a Francia con la población civil, y a partir de entonces Álvarez no tenía más que una obsesión: reunirse con ella. Y para conseguir esto había tramado su desertión y evasión a Francia. Fue muy duro para mí, pero no tuve más remedio que formar parte del grupo encargado de desarmar a los presuntos desertores, y también fui designado para el pelotón de ejecución que debía fusilar a Álvarez, tras un juicio sumarísimo. Me negué y fui castigado a primera línea por desobediencia. Permanecí varios días en la línea de fuego —aunque la primera línea estaba en realidad en todas partes— compartiendo la dura vida de los combatientes. Me enviaron a uno de los sectores más duros: Escalona.

Cuando Negrín y Rojo vinieron a la «bolsa de Bielsa», me tocó, con otros soldados, rendir los honores. Fui presentado al presidente Negrín como uno de los más jóvenes combatientes. Por aquel entonces me nombraron sargento.

También tuve las primeras noticias de mis padres desde antes de la retirada de Aragón. Estaban en Francia, en un «Refugio», y a mi padre, al ser maestro, le habían confiado la escuela para los niños de aquella «colonia». Una vez más supe noticias de toda la familia, puesto que ellos podían escribirse con mi hermana, que seguía en zona enemiga.

A medida que las semanas pasaban la lucha era más dura y la situación más difícil para nosotros. Nuestras fuerzas resistían los ataques adversos sin perder terreno, pero no teníamos artillería —los últimos obuses fueron tirados a fines de abril—, el suministro era más difícil cada día, y las reservas de carne y harina estaban agotadas. De Francia pasaban muy pocos alimentos, puesto que el gobierno francés vigilaba la frontera para impedir que nos trajeran armas y comestibles. (Una «satisfacción» que debe anotarse en la larga lista de las que nos deparó la «no intervención» del gobierno francés...) Pese a la voluntad de los combatientes y a la capacidad de «El Esquinazado» para dirigirlos, la resistencia no podía prolongarse mucho tiempo.

Tal como consta en esta carta, los españoles capturados, antes de ser enviados al campo de exterminio, eran considerados prisioneros de guerra.

En los primeros días de junio de 1938, los nacionalistas comenzaron la ofensiva final, empleando importantes medios bélicos. Hacia el día 10 nuestras reservas de municiones se agotaron, y con ellas las energías de nuestros hombres. El día 16, la mayoría de los destacamentos de la 43 pasaban a Francia. Desde Parzán, último lugar de España, se veía la interminable fila de hombres que escalaba la montaña para alcanzar el territorio galo. Una última misión de enlace me fue confiada por el EM, pero en Salinas ya no quedaba ninguna unidad republicana. Replegado con la Compañía de Servicios Especiales, que cerraba la marcha, emprendimos el paso a Francia hacia las ocho de la tarde.

Así terminaba la «epopeya» de nuestra 43 División, que había durado tres meses.

Paso a Francia y regreso a Cataluña

Al despuntar el día nos encontrábamos en la vertiente francesa del Pirineo, donde nos esperaban los *gardes mobiles*, para desarmarnos y conducirnos ante la comisión internacional que debía preguntarnos a qué zona deseábamos ser evacuados. Sólo unos centenares de hombres solicitaron ser conducidos a Irún. La inmensa mayoría optó por Barcelona. En trenes especiales fuimos conducidos desde Arreau, primer pueblo francés, a Port-Bou, integrándonos así al ejército de Cataluña. En Figueras nos dijeron que tendríamos un mes de licencia. Aproveché este permiso para trasladarme a Barcelona, donde tenía familia de mi madre, evacuada de Aragón. No tenía la dirección de nadie, pero mi tía, que sabía que yo pertenecía a la 43, logró encontrarme dirigiéndose a nuestro cuartel. De nuevo conseguí establecer contacto con mis padres, que seguían en Francia. La familia de mi madre había quedado separada, unos habían permanecido en Aragón y otros habían abandonado el pueblo, pasando a Cataluña. ¡Otro de los dramas de nuestra guerra civil! No solamente me impresionó el problema familiar, sino también ver a Barcelona tan bombardeada, y cómo la gente carecía de lo primordial para vivir.

Santa Coloma de Farnés y creación de la División 55

Antes de finalizar mi permiso recibí orden de incorporarme al mando de la División, como todos los de la 43. Debía presentarme en Santa Coloma de Farnés. Allí supe que, con los mandos de la 43, y una nueva promoción que se creaba, iba a constituirse una nueva división, a la cual era yo destinado. La nueva unidad tomaba el nombre de 55 División del ejército del Este, la cual fue puesta bajo el mando del teniente coronel Ramírez, militar de carrera que hasta entonces había sido jefe del EM de «El Esquinazado», en Boltaña y en Bielsa.

Siendo sargento, y propuesto para teniente, fui destinado al servicio de cartografía de la 176 Brigada Mixta, bajo las órdenes de mi amigo y camarada Castejón, quien, junto con Miguel, había sido para mí el mejor ejemplo de disciplina y voluntad de los oficiales junto a los cuales había tenido que actuar en la 43. El jefe de la brigada era «Juanito», otro gran amigo oriundo de Jaca, como los otros dos. En cuanto a «El Esquinazado», siguió mandando la 43 y fue destinado más tarde al ejército del Ebro. Fue una separación dura para nosotros, que habíamos compartido victorias y derrotas, alegrías y tristezas.

Durante el período de reorganización fuimos enviados a Vich y su región. La 55 División se componía de tres Brigadas: la 176, la 177 y la 178. De todos los puestos a los cuales podía ser destinado, me tocó en suerte el que menos me interesaba. Pero, como soldado disciplinado, debía aceptarlo. Duró poco aquel servicio ya que, ocho días después, recibí una orden del EM del ejército del Este de presentarme en la 177 Brigada Mixta, de la cual era nombrado pagador adjunto, bajo las órdenes de mi amigo y compañero Arcas. La responsabilidad era importante, pero las tareas de pagador me permitían una gran movilidad. Iba de una unidad a otra, y también a Barcelona, a recoger la paga de los oficiales y soldados. Formaba parte de la nueva promoción de tenientes y, aunque con la vanidad propia de todo joven de 18 años, en algunas ocasiones me sentía algo acomplejado. A esto se añadían las burlas e intrigas con que otros oficiales más viejos me gratificaban, hasta el punto de que varias veces pedí ser trasladado a infantería.

Frente de Balaguer y Pirineo catalán

En agosto de 1938 fuimos enviados al frente de Balaguer, donde nuestra brigada actuó en varios combates. Unas semanas más tarde, y tras una nueva reorganización, debida a las bajas que habíamos tenido, se nos destinó al sector de Pobla de Segur-Tremp. Nuestras oficinas de Pagaduría estaban instaladas en Seo de Urgel. El frente se había «paralizado» por nuestro sector, y, debido seguramente a los imperativos geográficos, allí no se desarrollaron operaciones importantes. Pero esta situación duró hasta que el mando ordenó el envío de tres compañías de nuestra división al frente del Ebro, donde ya combatía nuestra «vieja» 43. Se nos destinó precisamente a su lado, en la zona de Sierra Pándols, donde tendría la oportunidad de visitar a mis antiguos compañeros. Tuve, en efecto, el «privilegio» de ser enviado para efectuar el pago de los hombres y saldar los gastos ocasionados por nuestras compañías. Solamente tres días permanecí en aquel sector, pero tres días de los que cuentan en una vida, pues ni un solo momento cesaron los combates, terribles e inhumanos como no había tenido nunca ocasión de presenciar. Era desolador. Un infierno de fuego y metralla, algo espantoso de verdad. Ni un palmo de terreno donde no hubiera un cráter de obús o de bomba. Regresé a Seo de Urgel, prosiguiendo mis tareas burocráticas. (Muchas veces me pregunté por qué razón nosotros permanecíamos inactivos mientras nuestros compañeros del Ebro se batían hasta la muerte. ¡Misterios de la estrategia militar!)

A comienzos del invierno de 1938 fui castigado, una vez más, por indisciplina, y enviado al frente: a una de las posiciones más castigadas de nuestro sector. Aquella posición dominaba uno de los pasos más importantes del sector nacionalista, de ahí el ahínco de unos en defenderla y de los otros en intentar conquistarla. El resto del sector permanecía tranquilo mientras que allí, día y noche, había combates, duelos de artillería y de morteros. Los combatientes de aquella posición eran relevados cada dos días, pero los «castigados» teníamos que permanecer durante el período de nuestro castigo. El terreno parecía como el del Ebro, de tan labrado que estaba por los obuses y bombas. Por la

tronera del parapeto se veía el cuerpo de un combatiente, de uno u otro bando, que permanecía inerte, sin poder ser evacuado. Cuando cesaban los tiroteos —raramente, por cierto— un silencio de muerte nos envolvía a todos. ¡Ni un pájaro se aventuraba por aquellas lomas! Allí tuve una tremenda crisis de desmoralización. Ni la juventud, ni el «idealismo», ni la voluntad, impidieron aquel estado de ánimo ante los horrores de la guerra. Menos mal que, estando rodeado de amigos y compañeros excelentes, pude dominar mi crisis, al mismo tiempo que analizaba también el exceso de vanidad y presunción que sobre mí llevaba y que me había causado más de un disgusto.

Una vez terminado el castigo, reemprendí mi vida de «pagador». Me avergonzaba confesar ante los demás soldados cuál era mi «enchufe», pues, aunque arriesgaba la vida, como cualquier combatiente, ello no tenía ninguna comparación con la vida dura y penosa de los que estaban en primera línea.

Mi familia regresa a España

Del EM de la división me comunicaron, el 22 de diciembre de 1938, que mis padres y hermano habían regresado a España. Pedí autorización para ir a verlos y aquella misma tarde me trasladé a Barcelona. ¡Triste encuentro! Tuvimos que pasar la mitad de la noche en el refugio a causa de los bombardeos. ¡Y pensar que mis padres habían solicitado volver a España cuando estaban tan tranquilos en Francia! Pero en ningún momento hice el menor comentario sobre este asunto, ya que consideraba que el discutir hechos consumados no servía para nada, y menos aún entablar polémicas. Ya que teníamos que hacer la liquidación en la Pagaduría General de Barcelona, permanecí con mis padres hasta el 27, lo cual me permitió pasar las Navidades en su compañía. ¡Tristes Navidades! Para nosotros, que teníamos costumbre de celebrarlas con la solemnidad característica de nuestra tierra, aquella situación acrecentó nuestra melancolía; sobre todo al estar separados de mi hermana y hermano. Conmovedores y tristes fueron para mí aquellos días, resquebrajando aún más mi moral. Mientras me encontraba en mi

vida militar, en el frente o en las oficinas, sólo pensaba en cumplir con mi obligación. Pero, junto a mis padres y familiares, todo era diferente, me daba cuenta de la gravedad de la situación en que se encontraba el ejército de la República y el peligro que podían correr ellos en esta situación.

La ofensiva general nacionalista se desencadenó en todo el frente catalán la víspera de Navidad. Mi padre se puso a las órdenes del Ministerio de Instrucción Pública y pidió ser enviado al frente. Le dijeron que debía trasladarse a La Garriga, donde había una colonia de niños evacuados de Madrid, de la que tenía que hacerse cargo como maestro. Mi madre también fue destinada a dicho establecimiento infantil.

El 27 de diciembre recibí la orden de incorporarme con toda urgencia a mi destino, separándome, una vez más, de mi familia. Menos mal que frente a mi fragilidad estaba la voluntad y la serenidad de mis padres. Se abría una nueva separación, que, desgraciadamente, se prolongaría años y años...

Salí de Barcelona al anochecer, para llegar antes del alba a Seo de Urgel. En este sector, las unidades republicanas habían resistido hasta entonces los ataques del enemigo, si bien es cierto que el terreno montañoso se prestaba a la defensa de nuestras posiciones. Para nosotros se trataba de poner en práctica otra vez la táctica experimentada en el Pirineo aragonés, particularmente protegiéndonos de la aviación y de la artillería en refugios construidos en los roquedales de las montañas. Pero la situación no era la misma..., esta vez la guerra había tomado un rumbo diferente y definitivo. En el frente de Balaguer-Artesa de Segre, fueron duramente sacrificadas muchas compañías. Nuestra brigada fue dirigida hacia aquel sector, que ya había cedido ante el empuje enemigo. Sólo quedamos en las oficinas cuatro hombres, pues el personal había sido enviado a primera línea. Nos fue dada la orden de seguir en La Seo, puesto que nuestro EM de brigada no tenía acantonamiento fijo.

En aquellos días me enteré de que mi amigo Carlos se hallaba encerrado en la cárcel de Seo de Urgel, por haber «chaquetado». Lo que había ocurrido era lo siguiente: su batallón, del cual era comisario, se había quedado casi sin oficiales, caídos en combate. Los hombres restantes, sin mandos, habían retrocedido desorde-

nadamente, abandonando la línea que les habían ordenado defender hasta el último hombre. A causa de este «repliegue», otras unidades se encontraron en mala posición, casi copadas. Más tarde, cuando el frente se estabilizó, toda la responsabilidad cayó sobre mi amigo, ya que era el único mando que había quedado con vida. Aquello me pareció el colmo de la injusticia y, pese a que me daba perfecta cuenta de la insubordinación e indisciplina que suponía por mi parte, me dispuse a sacarlo de la cárcel. Conocía un maestro aragonés, amigo de mi padre, que era responsable del SIM de aquella comarca. Fui a verle en seguida para pedirle que dejara en libertad, como fuera, a mi compañero. Gracias a Paco Ponzán Vidal le sacamos ilegalmente, enviándole a una compañía de ingenieros que se dirigía hacia la frontera. Aquello era un acto fuera de la ley, pero en aquella ocasión me guiaba el pensar que un joven, que podía haber sido yo, por una falta que sólo podía imputarse a la maldita guerra, corría el riesgo de ser fusilado. No sé si fue una acción ejemplar, pero jamás me pesó el haberla hecho.

En todos los sectores del frente de Cataluña la retirada era general ante el empuje enemigo. En la mayoría de ellos el repliegue parecía hacerse «ordenadamente», pero a costa de pérdidas importantes. Nuestra brigada, como otras unidades, no tenía ya sector fijo, y las dificultades que encontrábamos para localizarla eran enormes. Sin embargo, aún pagamos el mes de enero a lo que quedaba de nuestra unidad. Repito: a lo que quedaba.

Barcelona cayó en manos del enemigo. Los servicios administrativos habían sido evacuados hacia la frontera. No había razón, por tanto, para permanecer en Seo de Urgel. Se nos dio orden de trasladarnos a Priguerdá. A dos pasos de la frontera francesa. Unos y otros sabíamos, desde hacía algún tiempo, que teníamos pocas posibilidades de resistencia, y que la única alternativa era pasar a Francia, o ir a la zona del Centro, en un lapso de tiempo más o menos corto.

Mi compañero Segundo y yo deseábamos hacer la liquidación de todas las pagas, recoger las nóminas y las cargas hechas por nuestras unidades, antes de evacuar Cataluña, para rendir cuentas en la zona Centro, si se nos enviaba allí. (En reali-

dad tampoco teníamos mucha esperanza de poder ir al Centro, para continuar un combate que nos parecía más difícil cada día, pese a que la esperanza de «un final honorable» nos parecía todavía plausible.) No nos quedaba más que un camión, que utilizábamos para ir de un sector al otro. En él habíamos instalado un fusil ametrallador y más de una vez tuvimos que abrir fuego para hacer frente a patrullas enemigas.

Últimos combates y repliegue final

Mientras nuestra brigada se retiraba por tierras de Solsona nosotros llegábamos a Puigcerdá con todo el material «burocrático». Allí empezamos a destruir la documentación y los archivos. El 6 de febrero recibí orden de trasladarme a La Pobla de Lillet, donde se encontraban los restos de nuestra brigada: después de los combates de Berga y Gironella había quedado completamente descoyuntada. Debía recuperar toda la documentación de los pagadores y replegarme con el EM. Retrocedimos hasta las cercanías de Campdevánol. La mayor parte de los documentos del mando de la brigada fueron destruidos allí mismo. Se habían desvanecido las ilusiones de resistencia y, frente al potencial enemigo, de poco servían el coraje y la voluntad de los hombres. No teníamos ni artillería, ni cobertura aérea, y las municiones escaseaban. Nuestro principal objetivo consistía en evacuar a los heridos y enfermos hacia Francia, junto a la población civil, cubriéndoles la retirada. Pedí al jefe de la brigada la autorización para reintegrarme a las oficinas, a fin de evacuarlas a Francia, pero me fue denegada. Se me ordenó que no me moviera de allí y que me hiciera cargo de una sección de infantería, con el fin de defender la carretera que va de Ripoll a Puigcerdá. (Me consta que aquella tardía e inesperada misión fue ordenada por motivos personales y fruto de una venganza por desacuerdos que había tenido con el comisario de la brigada.)

Junto a otras secciones, tan maltrechas como la mía, puesto que muchos de nuestros hombres estaban heridos, me instalé con unos treinta compañeros en el margen del río, al norte de Camp-

devánol. Dos fusiles ametralladores nuevos —llegados de Francia pocas horas antes— y varios fusiles eran todo nuestro armamento. (Este fue un hecho que me llamó la atención: Francia, que no dejaba pasar material bélico a la zona republicana desde hacía tiempo, había enviado a última hora un gran número de camiones con armamento venido de otros países. Armamento... sin municiones. Y esto, 48 horas antes del repliegue final. Otro de los muchos enigmas de nuestra guerra...)

La Brigada 176, de la cual era jefe de EM mi amigo Castejón, combatía en los alrededores de Ripoll. A continuación estaban nuestras fuerzas. Bajo la lluvia de bombas y obuses la situación era infernal. Resistir era una locura y, sin embargo, todo el día mantuvimos el frente marcado, sin que el enemigo pudiera avanzar. Pero, ¡cuánta sangre y cuántos sacrificios derrocharon nuestros combatientes! Y eso, ¿para qué? Al anochecer del día 8 me quedaban ya muy pocos soldados válidos. El mando y todos sus servicios habían evacuado hacia Camprodon. Nosotros debíamos seguir el mismo camino cubriendo la retirada. Teníamos fusiles ametralladores nuevos, pero sin cartuchos. Éramos los últimos y la decisión final estaba en manos de cada oficial o suboficial. Así pues, decidimos marcharnos de noche hacia la frontera. Entre tanto nos instalamos en una casa que había al borde de la carretera y desde allí controlábamos el sector sur, es decir, el lado de Ripoll. La mayoría de la población civil había huido, hacia Francia, o hacia las montañas vecinas. Las conversaciones entre nosotros brillaban por su ausencia. Teníamos el corazón en un puño, esperando, como los reos, el momento de ser ejecutados. Y, por si fuera poco, hacía un frío increíble, que agravaba nuestra miseria moral y física. Observar a mis compañeros me daba escalofríos: éramos los fantasmas de un ejército...

Con otros oficiales allí presentes, ordenamos a nuestros hombres que se fueran por la montaña rumbo a la frontera francesa. Nosotros nos quedaríamos allí para cubrir la retirada con las pocas municiones que nos quedaban.

En la oscuridad, esperando la marcha definitiva, empecé a recapitular mi aventura de aquellos casi tres años. Se estaba terminando y, tras pasar a Francia, si alcanzaba la frontera, una página de mi vida se acabaría. Me sentía humillado. La causa

que había hecho mía encajaba un golpe durísimo. Pasar a Francia derrotado era lo más humillante. Se agolpaban en mi imaginación los relatos de famosos jefes militares españoles que, en otras contiendas, antes que rendirse habían preferido sacrificarse combatiendo hasta el último cartucho.

Mientras estaba sumido en estas meditaciones, un camión apareció por la carretera de Ripoll, viniendo a detenerse delante de la casa donde estábamos. Dentro de la cabina había tres militares y entre ellos, y no sin cierto asombro, reconocí a mi amigo Juan, el capitán pagador de nuestra división.

—¿Qué haces aquí, «zagal»? —me preguntó.

—Ya lo ves. Aquí estoy, de teniente de infantería, me han encargado que defienda este sector con mis compañeros.

En pocas palabras le puse al corriente de lo que me había sucedido.

—Venga, sube al camión, que nos vamos a Puigcerdá, si no nos cogen antes...

Le recalqué las órdenes que tenía del jefe de la brigada, pero él, sin escucharme, me gritó:

—Como pagador de la división yo soy tu jefe, y te ordeno que vayas a Puigcerdá, para pasar a Francia los documentos y el material.

Los otros oficiales decidieron retirarse con los últimos grupos de la 176 Brigada, por Camprodón. No quisieron venir con nosotros, prefiriendo reunirse con sus hombres para cruzar la frontera con ellos. Subí al camión y arrancamos hacia Puigcerdá. Aquello ya era el «final». Sin embargo, aún no acababa de creérmelo. Nuestro camión avanzaba lentamente a causa de las destrucciones en la carretera, los vehículos abandonados, los animales errando de un lado para otro. Durante toda la ascensión hasta el puerto de Tosas trotaban por mi cabeza los recuerdos y la terrible pesadilla que desde hacía más de dos años y medio vivíamos los españoles. Para no caer en desánimo mayor, pensaba en mi familia y, especialmente, en mi madre, que había sido siempre una mujer ejemplar, con una voluntad indestructible. Al verme todavía con vida, tras tantas peripecias, me acordaba de las palabras que ella nos repetía: «Ánimo hijos, que san Antonio vela sobre nosotros y nos protege.»

Cuando llegamos a la vertiente que va hacia Puigcerdá, el avance de nuestro camión era casi imposible, tanta era la muchedumbre de fugitivos que intentaban alcanzar la frontera francesa. Militares y civiles mezclados, avanzaban sobre la nieve y el barro. Más adelante, ancianos, mujeres, niños, soldados heridos perdiendo su sangre, inválidos con miembros amputados, caminaban lentamente, algunos —los más afortunados— montados sobre un mulo o sobre una carreta tirada por un borrico. Era un espectáculo en verdad descorazonador. Hicimos subir a nuestro camión a un grupo de inválidos y nosotros terminamos el trayecto a pie. Para mí, que me sentía vacilar ante la adversidad, aquellas escenas —dignas de un cuadro de Goya— me enseñaron una cosa: la gran abnegación y el espíritu de sacrificio de nuestros hombres. Y, por encima de todo aquel caos: el silencio. Sí, el silencio con que la gente soportaba aquellos trances. Ni un grito, ni una queja contra el destino. Sólo el eco sordo de los cañones se oía a lo lejos.

En Puigcerdá cargamos todo nuestro material de oficinas en un camión y esperamos la orden de entrar en Francia. Durante todo el día ayudamos a evacuar heridos y civiles, y, en ciertos momentos, bajo la metralla de los aviones. Al atardecer recibimos la orden de ponernos en marcha con nuestros camiones, colocándonos en la larga fila de vehículos de todas clases que avanzaba lentamente hacia Francia, con el ronroneo de sus motores cubriéndolo todo...

Los combates habían cesado al caer la noche. ¡Silencio en los hombres! Silencio que nos oprimía a todos. Y un frío terrible, con un cielo oscuro, negro, que hacía aún más pesada nuestra tristeza.

¡La frontera! Un puentecillo, unos metros y ya estaríamos en Francia. Al cruzarlo sentí que todo había terminado, que aquello era el punto final de la gran epopeya de los soldados republicanos.

2

Francia:

9 febrero 1939-21 agosto 1940

Bourg-Madame, Septfonds

A las nueve y media de la noche, el 9 de febrero de 1939, nos presentamos en el puesto frontera de Bourg-Madame. Tenía a mi cargo un camión GMC con todo el material de la Pagaduría. Segundo, mi capitán, había pasado antes, a fin de organizar con los franceses nuestro lugar de destino y emplazamiento, ya que éramos los servicios administrativos de la división. Los *gardes mobiles* me indicaron que me dirigiera a un punto, entre Bourg-Madame y La Tour de Carol, por donde debíamos entrar nosotros. Un oficial de *Gendarmerie* se acercó a nuestro camión y me dijo:

—Teniente, aparque su camión en este prado, en espera de recibir órdenes para trasladarse al lugar destinado.

Allí esperamos varias horas. Hacía un frío muy intenso. En la oscuridad, invadido por la tristeza, me preguntaba cuántas de aquellas familias que había visto por la mañana habían alcanzado la frontera. No podía borrar la visión de aquella pobre gente con el paquete de ropa a la espalda, helados y hambrientos. Triste era la imagen que guardaba de mi última jornada

en España, de mi querida España, que no sabía cuándo volvería a ver...

Además del material de oficinas, en el camión llevaba varias cajas con fusiles ametralladores, «recuperados» en el sector de Campdevánol. Entre los hombres de nuestros servicios se encontraba un sargento amigo: Mora, oriundo de Zaragoza. Sus padres, tratantes de mulas, vivían en Toulouse, y él había venido voluntario a España. Hablaba muy bien el francés y por su mediación pedí a los gendarmes que nos dijeran a dónde debíamos dirigirnos. Uno de ellos nos sirvió de guía: atravesamos Bourg-Madame y nos indicó un terreno cerca de la carretera de Font-Romeu. Los franceses hicieron una selección, enviando los soldados a un campo vecino, donde ya había varios millares de combatientes republicanos. A los oficiales y suboficiales se nos confió nuestro material allí concentrado.

Instalamos una tienda de campaña y en ella empezamos a preparar nuestra liquidación, por si el gobierno francés nos devolvía a la zona republicana del Centro (pese a que, a decir verdad, no teníamos la impresión de que esto fuera a suceder.) Nuestra esperanza se esfumó totalmente al cabo de tres días, cuando un capitán de la *garde mobile* vino a decirnos que íbamos a ser internados en un campo de Francia. Cuando terminó de hablar a nuestro grupo se dirigió a mí, diciéndome:

—¿Es usted el responsable de este camión? Tengo orden de confiscar las armas que hay en él...

Le contesté que sólo entregaría las armas al representante del gobierno republicano, y a nadie más. Me intrigó mucho aquel hecho. (Eso significaba que alguien nos había denunciado.) Se marchó el capitán, pero volvió al día siguiente con unos cincuenta guardias, para llevarse los fusiles ametralladores que me había negado a entregar la víspera. Dos días después, otro grupo de guardias, con un inspector de policía, se incautaron de todo nuestro material «para entregarlo al gobierno español». Tuve la impresión de que aquella «incautación», como otras muchas cosas, no tenía nada de oficial, ni era para entregarlo a gobierno alguno. Sólo nos dejaron las maletas de cuero, en las cuales transportábamos cerca de dos millones de pesetas en billetes. No intentaron quitarnos ese dinero, pero, de haberlo in-

tentado, nosotros no estábamos dispuestos a entregarlo, eso desde luego.

A mi capitán le habían confiado el abastecimiento del fuerte de Mont-Louis, donde estaban encerrados los hombres de la 26 División, compuesta, en su mayoría, de confederales. (La 26 División era la antigua «Columna Durruti», y esa fue una de las razones por las que los franceses le reservaron un trato durísimo.) Cuando digo abastecimiento, debería decir: distribución de un mendrugo de pan seco para cada hombre, y nada más. A mí me confiaron la misma tarea en nuestro campo. Un hambre increíble reinaba ya entre nosotros, máxime cuando los escasos víveres que traíamos de España se habían terminado. Íbamos a buscar el pan con un camión a la estación de La Tour de Carol, en la cual habían concentrado a los inválidos y mutilados de la guerra, hacinados en los andenes de la estación, sin medicamentos ni cuidado alguno. Era un espectáculo vergonzoso y desolador ver a nuestros heridos y mutilados arrastrarse por el suelo para venir a solicitar un pedazo de pan cuando cargábamos los camiones. Era testigo de la primera escena de horror, de las muchas que tendría ocasión de presenciar, tantas veces, más tarde. Aquello me indignó a tal punto que fui a ver al responsable de la Cruz Roja francesa de aquel lugar, ante el cual protesté enérgicamente:

—¿Acaso han olvidado ustedes las leyes internacionales? ¿Es que no ven ustedes que estos hombres, desangrados, amputados, enfermos, están encerrados en condiciones que ni las bestias podrían soportar? ¿Acaso la palabra humanidad no tiene ningún sentido para ustedes? —les grité.

El orondo delegado francés me echó una mirada de impotencia y me dijo:

—Esto es ignominioso, lo reconozco, pero yo solo nada puedo hacer. He pedido ayuda y la estoy esperando.

Poco podía hacer, era cierto, pero era sobre todo «arriba», en las altas instancias, donde no se quería hacer nada. Decidimos distribuirles medio vagón de panes y algunas onzas de chocolate robado en uno de los vagones de suministro destinado a los *gardes mobiles*. Por fin, tras las repetidas y enérgicas protestas que hicimos ante las autoridades, la Cruz Roja francesa deci-

dió aportarnos algo de ayuda. Muy poca, por cierto, en comparación a lo que se necesitaba.

La mayoría de los internados en Mont-Louis fueron enviados al campo de Vernet (Ariège) y los demás fueron encerrados en los de Barcarés y Argelés. Un grupo importante de oficiales del X Cuerpo de Ejército fuimos enviados a Septfonds. Éramos unos 400 o 500 oficiales y comisarios, algunos de ellos miembros de nuestra división. A mi amigo Segundo, y todos los oficiales y suboficiales de nuestras pagadurías, se nos «embarcó» en el mismo vagón rumbo al departamento del Tarn y Garonne, donde estaba el campo de Septfonds. Toda mi fortuna era una tienda individual, una manta y, en la maleta, junto al dinero, un uniforme nuevo que me había hecho en Barcelona dos meses antes. Las autoridades francesas, excepcionalmente, nos transportaban en coches de tercera clase, en lugar de vagones para bestias.

Destrozado por nuestra derrota, abatido por el frío, las privaciones, y desmoralizado por el espectáculo de La Tour de Carol, viendo a nuestros hermanos de combate abandonados, caí enfermo al salir de aquella estación y empeoré durante el viaje. Cerca del pueblo de Caussade el tren se detuvo y allí bajamos todos para llegar al campo a pie. Una nueva sorpresa nos esperaba al bajar del tren: un batallón de senegaleses, mandados por un oficial francés, rodeaba nuestro tren para escoltarnos hasta Septfonds. Iban armados con fusiles y llevaban, coigados en la espalda, unos machetes impresionantes. A empujones, y sin miramientos de ninguna especie, nos alinearon. Abatido por la fiebre, apenas podía tenerme de pie y andar, mis compañeros llevaban mis paquetes. Al no poder avanzar tan rápidamente, un senegalés me empujaba con la culata de su fusil. Como un relámpago, el capitán Juan, dejando caer al suelo sus trastos, se abalanzó contra el africano y le asestó tal puñetazo que lo hizo caer del caballo. Los otros soldados negros al ver a uno de los suyos rodando por los suelos empezaron a gritar y a gesticular, lo cual llamó la atención del oficial, que se acercó a nosotros, pálido como un lienzo. Preguntó qué sucedía y Juan, que hablaba bastante bien el francés, le respondió:

—Procure que nos traten como seres humanos, porque noso-

tros no estamos dispuestos a ser maltratados y sabremos defendernos.

El oficial francés dio nuevas órdenes y nuestra columna llegó, sin mayores incidentes, a las inmediaciones de lo que sería más tarde el campo de Septfonds (digo más tarde, porque a nuestra llegada allí no había ni una sola barraca.) Fuimos colocados en un reducido perímetro, cercado de alambradas. Era un campo inculto, junto a una ermita, sin ninguna construcción, sin árboles ni arbustos; es decir, un terreno completamente desnudo, con un nombre predestinado: «Campo de Judas». No disponíamos más que de nuestras tiendas individuales y las mantas; muchos no tenían ni lo uno ni lo otro. Para hacer nuestras necesidades: una zanja al final del campo. ¿Cuántos éramos? ¿10.000, 15.000 ó 20.000? Lo ignoro, lo cierto es que no se podía dar un paso sin tropezar con otro compañero de cautiverio. Mis amigos montaron una tienda de campaña, me cubrieron con mi manta y me acostaron sobre la dura tierra del campo. Un médico de los nuestros vino a verme y diagnosticó una bronconeumonía. A pesar de los esfuerzos hechos por Segundo y por Juan, no lograron que me visitara un médico francés; naturalmente, nos era imposible obtener algún medicamento. Para colmo de mi infortunio, se puso a llover al día siguiente y el agua se filtró por debajo de la lona de mi tienda, con la evidente humedad. Devorado por la fiebre, perdí el conocimiento. Estuve entre la vida y la muerte durante una semana, y en todo ese tiempo no dejó de llover. Mis amigos consiguieron, por fin, que un enfermero francés viniera a verme y me diera unas aspirinas y un bote de leche condensada. Esas fueron todas las medicinas que me administraron.

En el campo de Septfonds

Unos días después de nuestra llegada, y a causa de mi estado de salud, pudimos trasladarnos al campo de Septfonds, donde habían empezado a construir algunas barracas. Segundo y Juan me acompañaban, pues yo no podía tenerme de pie. Allí nos «prensaron» en las primeras barracas construidas; barracas que

sólo tenían el techo y un lado cerrados. El otro lado seguía completamente abierto, a merced del viento del norte y de la lluvia. A medida que estábamos en el campo se iban construyendo nuevas barracas. Poco a poco, y gracias a la solicitud y cuidados de mis amigos, pude reponerme y recuperar mis fuerzas, sin médicos ni medicamentos. Mi juventud y la naturaleza lo hicieron todo. ¡Había adelgazado diez o doce kilos! El campo estuvo terminado a fines de marzo, cuando ya habían pasado los fríos.

La mayoría de nosotros pensábamos, al pasar la frontera, que si Francia no autorizaba nuestro traslado a la Zona Central, se nos concentraría en centros de acogida (*refuges*), tal como había sucedido con los evacuados del norte y de Aragón, donde se nos permitiría reorganizar nuestras vidas. Pero había que rendirse a la evidencia: éramos los inquilinos de un campo de concentración, y no había esperanzas de cambio alguno. Campo de concentración que, durante bastante tiempo, fue una auténtica charca. Estábamos rodeados de barro, de suciedad, de miseria. No teníamos ni agua para beber (los grifos se abrían una hora al día), ni agua para lavarnos, ya que la acequia que pasaba por un extremo del campo estaba sucia, llena de porquerías. El hambre nos acuciaba constantemente (nos daban un solo pedazo de pan al día, con un plato de arroz hervido, sin sal). Había que estar realmente acostumbrados a las privaciones y las miserias de la guerra para soportar aquella existencia...

La guerra había terminado en España y ahora, desde nuestro internamiento, era necesario hacer frente a cualquier situación. Sólo dos países, la URSS i México, aceptaban a los «refugiados españoles». El SERE, organismo encargado de nuestra evacuación, lo hacía tan lentamente que pronto nos dimos cuenta de que pasarían años antes de poder abandonar aquel «hospitalario lugar», sobre todo comprobando que las autoridades y la policía francesas entorpecían cuanto podían el funcionamiento de este organismo, al tiempo que ejercían presiones increíbles para que la gente regresara a España. La policía francesa, además de estos entorpecimientos, intentó infiltrar en el interior del campo a miembros de su organización, para que, aprovechándose de las detestables condiciones en que vivíamos allí, influyeran en el

ánimo de los hombres y consiguieran que éstos tomaran el camino de la frontera. Algunas veces incluso se empleó toda suerte de amenazas. Decidido a luchar por el respeto y la libertad, tenía la convicción, como tantos otros, de que debíamos hacer frente común contra la actitud inicua de las autoridades francesas. Para hacerlo era necesario que nos organizásemos. En España nunca había tenido cargos políticos, pese a que di mi adhesión al partido comunista. No los tuve porque no tenía ninguna noción de lo que era la política. Había dado aquel paso porque buscaba un ideal que correspondiera a mis aspiraciones de libertad y de justicia. En Septfonds comprendí que era necesaria una organización. No para discutir cuestiones políticas solamente, sino, y sobre todo, para guiar, aconsejar, prevenir y animar a la gente. Es decir: «algo» que fuera el reflejo de nuestros ideales, para no caer en el desánimo ni en la provocación, para mantener nuestra dignidad y dejar bien patente nuestra voluntad de no dejarnos avasallar por nadie.

Las barracas de madera fueron montadas rápidamente, sobre todo teniendo en cuenta que sólo tenían un techo y una pared lateral. El campo fue rodeado de una doble alambrada. Poco a poco, el campo de Septfonds se fue llenando con los miles de españoles venidos de las regiones fronterizas y los «inquilinos» del campo de Judas. De la barraca 34 a la 39, se reservó un «islote» para los oficiales y comisarios. Sin embargo, nada distinguía a estas barracas de las otras. Yo fui a la 37, junto con mis amigos y compañeros, y allí, una vez estructurada la organización a que pertenecía, fui nombrado responsable de la barraca. Por vez primera tenía una responsabilidad política. No faltaban problemas en el campo, puesto que a las dificultades interiores se añadían los choques con las autoridades francesas. Distribuíamos octavillas, escritas a mano, dando instrucciones y consejos a nuestros compatriotas, denunciando tanto la actitud del comandante del campo como la de ciertos individuos que trataban de sembrar la discordia y la cizaña entre nosotros, y la consiguiente desmoralización. Consagrándome a aquellas actividades olvidaba, a veces, la triste realidad de nuestra situación.

Los días y las semanas pasaban sin que ninguna solución

se vislumbrara en el horizonte. La esperanza de la evacuación hacia otro país, se esfumaba un poco más cada día. Para la mayoría de nosotros aquella existencia era más dura que la del frente. La escasez de agua extendía la miseria y pronto nos vimos invadidos por los piojos, hasta tal punto que los *gardes mobiles* se mantenían a cierta distancia de nosotros cuando patrullaban por el campo. Se declararon varias epidemias, sin que los tratamientos surtieran el menor efecto. Sólo una pequeña barraca había sido habilitada como enfermería, donde nuestros compañeros médicos intentaban atender a los más graves, con una abnegación admirable, totalmente faltos de medios y de medicamentos.

En varias ocasiones, la *garde mobile* a caballo entró en el campo en plena noche, y, con el pretexto de registrar tal o cual barraca, nos sacaban a todos a la intemperie durante horas y horas. El comandante francés exigió que, dos veces al día, el personal de una barraca, por turno, fuera a «presentar armas» en el momento de izar o bajar la bandera francesa, que flotaba en lo alto de un mástil a la entrada del campo. Nosotros no despreciábamos la bandera francesa, sino que sentíamos el máximo respeto hacia el estandarte de la Revolución Francesa, símbolo de la libertad, pero lo que no podíamos tolerar es que dicho homenaje se hiciera de una forma humillante, provocadora, teniendo en cuenta las condiciones en que se nos mantenía. Respetábamos los colores nacionales de Francia, pero no estábamos dispuestos a ponernos firmes ante sus oficiales. Aquella actitud nos costó muchos castigos colectivos e individuales: nos castigaban privándonos de la poca comida que recibíamos y encerrándonos en un rectángulo de unos cinco metros cuadrados, rodeado de alambradas, frente al mando francés, sin mantas y sin la menor protección contra el frío y la lluvia. Aquel recinto infame lo apodábamos «el hipódromo».

Nos negamos a ser tratados como esclavos

Hacia el 15 mayo las autoridades del campo pidieron voluntarios para formar una compañía de trabajo, que saldría todos

los días a trabajar a Montauban, la capital del departamento, cercana a Septfonds. Así nació, en Septfonds, la primera «Compañía de Trabajadores Españoles». Estas compañías estaban compuestas por ex combatientes republicanos, dirigidos por oficiales españoles, sobre los cuales ejercían el mando efectivo algunos cabos y suboficiales del ejército francés.

Las tareas que debía realizar aquella unidad eran las propias del ramo de la construcción; y un pequeño grupo se dedicaba a la carga y descarga de camiones en una fábrica. Nuestra organización clandestina se opuso inmediatamente al enrolamiento de los compañeros, que, sin ningún género de dudas, iban a efectuar trabajos mal pagados, al mismo tiempo que se robaban jornales a los obreros franceses. Es decir, que nos querían considerar como mano de obra barata. Se hizo una intensa campaña contra aquella tentativa, pero, muchas veces, el hambre reinante pudo más que la voluntad, y un pequeño número salió del campo con destino a dichos trabajos. Lo que nosotros habíamos previsto no tardó en producirse: los obreros de Montauban insultaron y amenazaron a los hombres de la compañía. A raíz de aquellos acontecimientos, el mando francés, dándose cuenta de la hostilidad de la mayoría de los españoles hacia sus métodos, emprendió una campaña de represalias contra los que consideraba dirigentes de las organizaciones políticas españolas. Varios amigos míos fueron encerrados en el «hipódromo», en las condiciones que ya se ha señalado, o sea: al raso, a pan y agua.

Luego intentaron crear nuevas compañías, pero, como no se apuntaba casi nadie, la *garde mobile*, para encontrar «voluntarios», iba de barraca en barraca, con la bayoneta calada, y al que acorralaban aisladamente lo enrolaban *manu militari*. Sin embargo, allí estábamos nosotros para tratar de desbaratar sus planes, cambiando de barraca a los «enrolados» o escondiéndolos. Desplegábamos una intensa actividad para impedir el enrolamiento en aquellas unidades, que nos parecía una forma moderna de esclavitud. Los partidos de izquierda franceses, y la CGT en particular, nos hicieron saber que apoyaban nuestra actitud y la oposición que habíamos desencadenado contra los actos arbitrarios de las autoridades. Teníamos contactos regulares

con estas organizaciones francesas, por mediación de un gendarme que trabajaba en las oficinas del mando francés. A nosotros nos parecía mentira que un gendarme, con la reputación que tenían en Francia, pudiera ser el «enlace» entre nosotros y las organizaciones de izquierda. Lo bueno del caso fue que dicho gendarme resultó ser miembro del Partido Comunista francés, facilitándonos, entre otras cosas, el periódico «L'Humanité», cuya venta estaba prohibida en todos los lugares cercanos al campo.

Desde hacía algún tiempo había conseguido restablecer relación con mis padres. Al separarme en Barcelona me habían dado una dirección de Toulouse, a la que podría dirigirme si quedábamos otra vez incomunicados (era ya casi una moda aquello, entre mis padres y yo). Sin saber si el amigo de mis padres residía todavía en aquella ciudad, le escribí desde Septfonds y tuve la alegría, pocos días después, de recibir una respuesta y con ella la dirección de los míos. Se encontraban de nuevo en el pueblo de Thouars, en el departamento de Deux-Sèvres, en las mismas condiciones que en su primera estancia allí. Mi padre ejercía de maestro en un refugio de niños españoles y por ello se relacionaba con algunos hombres políticos franceses y personalidades de aquel departamento, entre ellos con *monsieur* Barthélemy, diputado comunista, que sería fusilado por los nazis en 1941. Mis padres, apoyados por este diputado, pidieron al prefecto de aquel departamento que me permitiera reunirme con ellos, teniendo en cuenta que yo era muy joven y que los jóvenes de mi edad estaban en refugios y no en campos de concentración.

Cuál no sería mi sorpresa un día al oír por el altavoz del campo que debía presentarme urgentemente a la entrada del mismo. Fui conducido a las oficinas de la comandancia, y el jefe del campo, me dijo, por medio de un intérprete, poco más o menos lo siguiente:

—Tengo una petición «prefectoral» para enviarte al refugio de Thouars, pues al parecer eres «menor de edad». Pero, como conozco vuestras actividades clandestinas en el campo y las tuyas en particular, y el gobierno francés no quiere, ni puede, tolerar actividades revolucionarias, y menos aún el que sus propagandistas puedan ir y venir libremente por Francia, te propongo un pacto: nos firmas una promesa de renunciar a

cualquier actividad propia de «rojo español» y te dejaremos ir con tus padres.

Pese a mi carácter impetuoso, en aquella ocasión logré dominarme y, sin pensármelo dos veces, le contesté:

—Señor comandante, he luchado por una idea que, a mi juicio, era sinónimo de justicia y libertad, y nunca me vino a la mente renegar de ella. No será hoy cuando lo haga. Soy un republicano español y tengo mi dignidad, como la puede tener un francés; además, soy oficial y usted, como tal, creo que comprenderá que no esté dispuesto a someterme a sus exigencias.

Sin decir nada más, salí de las oficinas pegando un portazo y regresé a mi barraca. Sabía muy bien que aquello significaba mi sentencia a permanecer encerrado allí, pero no podía, no quería ceder a tal chantaje. No tenía la pretensión de ser un auténtico revolucionario, ni tenía ganas de meterme en ningún jaleo político en Francia, pero no estaba dispuesto a firmar aquel papel. ¡Qué mal conocían a los españoles!

Nuestras actividades en el interior del campo eran cada día más importantes. Organizábamos plantes y manifestaciones contra las autoridades, por una mejora de nuestras condiciones de vida, contra sus métodos de reclusión y de castigo, en una palabra: por el respeto de la persona humana. No pretendíamos hacer cambiar de actitud a los oficiales franceses, pero aquello servía para que vieran que no éramos ni esclavos ni borregos. Conseguimos que fracasaran sus intentos de enrolar en la Legión Extranjera a muchos de nuestros compatriotas, amenazados con ser expulsados de Francia si no se alistaban. Ellos disponían de sus policías armados, pero nosotros teníamos la voluntad y una gran fuerza moral que nos permitían sabotear sus intentos. Naturalmente, el jefe del campo conocía la existencia de nuestras organizaciones, pese a que actuábamos clandestinamente. Así que se propuso asestar un golpe duro para «liquidarlas». Un día, al amanecer, los *gardes mobiles* a caballo, y otros a pie, invadieron el campo y nos hicieron formar delante de nuestras barracas, empezando un registro severo y un cacheo en regla. Tenían una lista de sospechosos, que fueron detenidos, aunque muchos de nuestros hombres más comprometidos ya habían cambiado de barraca. Esposados unos con otros, fueron

conducidos al castillo de Colliure, en los Pirineos orientales, que utilizaban como mazmorra para encerrar a los republicanos españoles considerados como «cabecillas». Los detenidos vivían allí en condiciones infrahumanas, privados de todo, e incluso sin poder dar noticias de su paradero a sus familiares. ¡La cuna de la «democracia» nos demostraba así su fraternidad! Casi todos mis amigos fueron detenidos: Pastó, Latorre, Sampietro..., y fueron a dar con sus huesos al fatídico castillo. Sólo recibimos noticias suyas semanas más tarde por un conducto clandestino. Sin embargo, saber que cualquier actividad política en el campo podía conducirnos a Colliure no mermó nuestra voluntad. Al día siguiente de haberse llevado los *cabecillas*, fueron elegidos otros para sustituirles. Yo me encontraba entre ellos. Más tarde supe que fue el estallido de la segunda guerra mundial lo que nos salvó de «saborear» los fríos calabozos de aquella fortaleza a los que formábamos parte de la segunda redada prevista.

Mis padres me enviaban de vez en cuando algún dinero, que me permitía comprar un poco de pan, que compartía con mis compañeros, para matar un poco el hambre que nos atenazaba. Ellos estaban bastante bien, dentro de lo que cabía. Y mi madre, como siempre, dándome consejos y tan convencida, como en el pasado, de que san Antonio me protegía. En una de sus cartas, a fines de julio, me anunciaron que mi padre había sido detenido por la policía francesa y que lo habían llevado al campo de Agde, en el departamento de Hérault. Aquel «traslado» fue a consecuencia de algunos plantes y protestas en el refugio, a fin de obtener un mejor trato para las familias y los niños. Gracias a las actividades desplegadas por algunas organizaciones de izquierdas francesas pudo conseguir ser integrado de nuevo a su puesto de maestro. Entre otras razones porque no le podían acusar de nada, como no fuera de su afán de cuidar bien a los niños y a las familias allí concentradas.

El verano de 1939 transcurrió así, sin que nuestra evacuación se concretara. Ya habíamos tomado este asunto con la filosofía que nos caracterizaba a los españoles, es decir: como una farsa de la cual nosotros éramos protagonistas y víctimas a la vez. Pero estábamos ya tan acostumbrados a los reveses, que el tema de la evacuación no era entre nosotros más que un motivo de bro-

mas y chascarrillos. Menos mal que el humor lo perdíamos raramente. Esto nos ayudó muchísimo a mantener la moral y la confianza.

La «drôle de guerre»

1 de septiembre de 1939...

No éramos profetas y, sin embargo, lo que habíamos escrito y predicho desde hacía tanto tiempo, estallaba como un latigazo en la cara de las «democracias»: Hitler lanzaba su potente ejército a la conquista de Polonia. La segunda guerra mundial acababa de desencadenarse. Francia e Inglaterra, respetando por una vez su palabra y sus tratados con Polonia, entraban en guerra. Decir que esto nos sorprendió a los españoles sería mentir. Sin ser estrategas, ni políticos profesionales, hacía tiempo que habíamos previsto que la política de agresión de la Alemania hitleriana se desenvolvía de tal forma que, un día u otro, se lanzaría contra las naciones que se llamaban «defensoras de la libertad». Entre nosotros no hubo nadie que se alegrara de comprobar cómo Hitler desafiaba de nuevo a los países democráticos. Y, sin embargo, teníamos motivos sobrados, ya que los dirigentes de estos países habían tenido un comportamiento ignominioso para con nosotros. Pero también teníamos una triste experiencia de lo que era la guerra y de los sufrimientos que engendraba. Nos sentíamos desarmados y apesadumbrados, como si intuyéramos lo que le sucedería a Francia en tiempos venideros. Los únicos que parecían sorprendidos eran los oficiales franceses del campo, que no tenían idea de la que se les venía encima, pese a que muchos de nuestros responsables, conversando con ellos, les habían anunciado que lo que Hitler hacía con Polonia más tarde lo haría con Francia. El jefe del campo nos dio varias arengas de sargento reclutador. Días más tarde tuvimos la visita del general Gamelin, que vino a vernos, sobre todo con el propósito de solicitar voluntarios para la Legión Extranjera. Invocó nuestro pasado de combatientes por la libertad, nuestra dignidad de soldados, y nos hizo otros halagos por el estilo. Sin embargo, no por eso cambió la situación interior

del campo, ni el ritmo de nuestra vida. Muy bonitas eran sus palabras, pero, como la única salida que nos ofrecía era la de la Legión Extranjera, nosotros la rechazamos resueltamente. Queríamos ser soldados dignos, pero en modo alguno mercenarios. No nos oponíamos a la lucha antihitleriana, sino todo lo contrario, pero sí a los métodos empleados por la oficialidad francesa. Desde el primer día pedimos ser incorporados al ejército francés, con los mismos deberes, pero también con los mismos derechos que los nativos. Las autoridades creían que cederíamos ante la amenaza de ser devueltos a España, pero perdían el tiempo; no conocían todavía, o conocían mal, adónde podía llegar nuestra resolución. Y lo comprobarían el día que abrieron los enganches para la Legión: de los miles que allí estábamos solamente se enrolaron medio centenar de voluntarios. Al ver que no conseguían nada con lo de la Legión, crearon otras unidades: los Batallones de Marcha, compuestos solamente de españoles, y las Compañías de Trabajo, organizadas a imagen de destacamentos regulares incorporados en los regimientos de ingenieros. El tipo de «enrolamiento» era ya distinto, y las promesas fueron tales que, a fines de setiembre 1939, la mayoría habíamos firmado nuestro enganche en compañías de trabajo. Tampoco habíamos aceptado, en la mayoría de los casos, los batallones de marcha, que nos parecían una «copia» de la Legión. Sólo los que estaban en los campos de castigo, como los de Colliure, al ser puestos entre la espada y la pared se vieron obligados a optar por estas unidades. El enganche se firmaba para la duración de la guerra y el estatuto era similar al de los soldados franceses. Este estatuto duró tan sólo el tiempo que tardaron en llevarnos a la famosa Línea Maginot, donde el mando nunca tuvo en cuenta lo prometido.

*Redada de los oficiales y comisarios de Septfonds,
y destino a la 32 Compañía de TE*

La mayoría del personal de las barracas 34 a la 39, quinientos o seiscientos oficiales y comisarios, fueron puestos en «disponibilidad», es decir: a punto de salir para el frente. El día

1 de noviembre de 1939 fuimos «embarcados» como cerdos en vagones de mercancías y paseados por diferentes sectores de Francia, para dar con nuestros huesos en la estación de Sarre-Union, en el departamento de la Mosela. Las autoridades militares lo habían previsto todo, incluso nuestra llegada a las dos de la madrugada, para que, con la oscuridad de la noche, no pudiéramos protestar contra eventuales disposiciones tomadas por ellos. Y así fue como, sin darnos cuenta, subimos en los camiones que nos esperaban y que tomaron direcciones diferentes con sus cargamentos de hombres, separando familiares que habían salido juntas del campo y llevándolos a unidades y sectores distintos. (Padres e hijos, como mi amigo el maestro Serrano, que fue separado de su hijo; hermanos, como los Pozas, de Caspe, que fueron separados y no se volvieron a ver nunca más.)

Nuestro grupo de cuatro camiones tomó una carretera de segundo orden y, al cabo de dos horas, nos encontramos delante de una casa de campo aislada. Nos hicieron bajar de los vehículos, ordenando que no se fumara ni se encendiera fuego alguno, ya que estábamos en la zona de guerra. Unos oficiales franceses, utilizando lámparas de bolsillo, nos indicaron el camino hasta un establo, donde nos acostamos sobre la paja que habían extendido por el suelo.

Al día siguiente tuvimos la desagradable sorpresa de comprobar que allí sólo nos encontrábamos unos cien de los salidos de Septfonds. Delante de la puerta del establo, que daba a un inmenso patio, rodeado de un gran caserón con sus pajares y cuerdas, habían colocado varios rollos de alambradas que nos impedían salir al exterior. En el patio, un grupo de compatriotas vestidos con uniforme gris oscuro hablaban en voz alta esperando las órdenes de los oficiales para salir a construir trincheras. Un oficial intérprete vino a vernos y nos explicó dónde estábamos. Habíamos sido incorporados a la 32 CTE, que formaba parte de una agrupación de seis compañías, agregada al 125.º Regimiento de Ingenieros del ejército francés. Estábamos en la línea Maginot y en el sector militar número 396.

El mando francés había logrado aislar y separar a los rebeldes de Septfonds, dispersándolos en seis compañías...

Los compatriotas que encontramos allí habían salido de Barcarés y Argelés en mayo. Fueron llevados primero al Marne y después, en el otoño, al frente.

Nuestra primera reacción fue la de obtener que nos sacaran las alambradas de la puerta y poder circular libremente por el acantonamiento. ¿Éramos o no soldados del ejército francés? En una carta que recibí de mis padres, me decían que habían recibido el sueldo que el gobierno francés pagaba a las familias que tenían un hijo en el frente, que era de diez francos por día. Aquello bastaba para probar que éramos combatientes del ejército francés. Cobrábamos igual que los franceses, pero los derechos no pasaron de ahí. Por una parte teníamos las vejaciones de la oficialidad hacia nosotros, y por otra, nuestro aislamiento de todo campamento o pueblo donde pudiéramos tener contacto con los soldados franceses. Esto sin hablar de la comida, que era pésima, por lo que nos veíamos obligados a desenterrar patatas y zanahorias de los campos vecinos. Así ocurrió en la misma línea Maginot, en la que tuvimos que hacer huelgas y plantar para obtener mejor trato, alimentos, y autorización para poder circular libremente por nuestro sector y para poder visitar los acantonamientos vecinos.

El invierno 1939-40 fue muy crudo en las tierras de Alsacia, bajando a veces el termómetro a 35° bajo cero. Todo se helaba, hasta nuestras botas, y los árboles se cuarteaban bajo el peso del hielo. Gracias a nuestras protestas nos cambiaron los mandos y, en vez de gendarmes, el mando puso oficiales y suboficiales del ejército en todas las secciones; pero todos ellos eran escogidos —desde el capitán al cocinero— entre lo peor de que disponía el mando francés. Una muestra más de la falta de humanidad nos la dieron enviándonos a romper y a limpiar el hielo de las calles de Oërmingen, pueblecito donde se encontraba el EM de la división. Por allí no podían circular ni coches, ni carros, ni caballos, y nosotros, «los voluntarios para defender a Francia», éramos destinados a realizar tareas que ningún militar francés hubiera aceptado. Además del frío, teníamos tanta hambre que robábamos el pan seco que daban a los caballos, y a los soldados les quitábamos las latas de sardinas. (Cuando algún francés se olvidaba su macuto, sólo recuperaba el forro.) El co-

ronel del EM se enteró de que robábamos todo lo que nos caía a mano y vino un día a vernos para saber por qué cometíamos aquellas «fechorías», como la de robar la comida a los caballos, por ejemplo. Cuando supo que pasábamos hambre y en qué condiciones estábamos, se quedó estupefacto, proclamando que aquello era indigno de Francia y de su ejército. Y nos prometió, a «los valientes españoles», poner coto a tanta injusticia. Por vez primera encontrábamos un jefe con algo de humanidad. A partir de aquel día todo cambió en nuestra compañía. Fuimos solicitados, incluso, para jugar al fútbol y pronto nuestro equipo fue el campeón entre todas las unidades de aquel sector. ¡Así se hacía la guerra! Salvo el trabajo de fortificaciones, y algún cañonazo de vez en cuando, nada daba fe de que estábamos en el «frente de guerra»; aquello era una vida de vacaciones o poco menos.

Los primeros combates y la ofensiva alemana

La situación en aquellos apacibles bosques iba a empeorar rápidamente. A medida que el buen tiempo se acercaba, los alemanes intensificaban su actividad guerrera. La artillería y la aviación entraban en acción frecuentemente, bombardeando nuestras posiciones. Sobre nuestras cabezas pasaban todos los días los «Junkers» (los «Ramones», como los llamábamos en España) con el ronroneo característico que los españoles reconocíamos mucho antes de que nos sobrevolaran. Nuestra compañía fue enviada a realizar trabajos de fortificación delante de la línea Maginot, es decir, a unas docenas de metros de las avanzadillas alemanas. (Eso sucedió en Sarreguemines, y fue allí donde recibimos el «bautismo del fuego».)

Ya que la presión alemana se hacía cada día más intensa en el norte, fuimos trasladados a los alrededores de Forbach y, más tarde, a las cercanías de Longwy. Hicimos el camino a pie. Por vez primera, después de seis meses, íbamos a convivir con la población civil —todo el sector de la Maginot estaba evacuado— y, naturalmente, con mujeres, lo cual daría lugar a gastarles bromas, piropéandolas en español. Sin embargo, en Sarre-

Union quedamos sorprendidos de ver que la gente se escondía en cuanto nos veía llegar; hasta los comerciantes desconfiaban de nosotros, aceptando de mala gana el vendernos algo. La mala fama de que se había rodeado a los «rojos españoles» había llegado hasta allí. Nadie nos hablaba, las mujeres menos aún que los hombres, y nos miraban desde sus ventanas como si fuésemos animales raros. Ya que estábamos acostumbrados a toda clase de humillaciones, todo eso no nos extrañó demasiado y terminamos por tomar la cosa en broma, riéndonos del espectáculo.

En pocos días cambiamos varias veces de sector. Frente a Sarrelouis construimos un trecho de carretera entre dos puestos fortificados de la línea Maginot. Más tarde fuimos empleados en el sector de Thionville, donde cumplimos varias tareas: carga y descarga en la estación del ferrocarril, excavación de una zanja antitanques, construcción de una presa en el río Mosela para inundar los terrenos, trabajo de minar puentes junto a los especialistas franceses del cuerpo de ingenieros, etc., etc. Todo había cambiado, nuestra seriedad en el trabajo, nuestra disciplina, nuestra voluntad de luchar junto a ellos, habían demostrado a los franceses que éramos dignos de respeto y de simpatía. Y esto no sólo con los soldados —con los cuales nos entendimos siempre muy bien—, sino con los oficiales. El trabajo se hacía sin problemas de ninguna clase.

Habíamos logrado que nos concedieran permisos militares para visitar nuestras familias, sólo a los que la teníamos en Francia, naturalmente. Yo obtuve uno, y cuando me disponía a salir para Thouars, a primeros de mayo de 1940, un sujeto llamado Adolfo Hitler se encargó de cambiar el rumbo de mi viaje y de mi vida. Todos los permisos fueron suprimidos ante la situación militar crítica que existía en las fronteras de Holanda y Bélgica, y, en vez de salir hacia el sur con mi permiso, fuimos «embarcados» hacia el norte, en dirección a Bélgica.

Pronto nos dimos cuenta de la desorganización y de los fallos del ejército francés. Antes ya nos había chocado ver material inmovilizado, sobre todo la artillería: se veían muchos cañones esparcidos por los bosques de Alsacia, pero carecían de servidores. Regimientos enteros iban y venían, de una punta a otra de la línea de fuego, sin rumbo fijo. Aquello «olía» a desorgani-

gación a la legua. La falta de combatividad, la incapacidad de los mandos que daban mal las órdenes, evidenciaba que los jefes militares y los políticos franceses estaban desbordados por los acontecimientos. ¿Traición? ¿Incapacidad? Seguramente había de todo un poco. Una prueba más del desorden la tuvimos con nuestra compañía. Durante unos días deambulamos por la frontera belga y luxemburguesa sin tener un acuartelamiento fijo. Los nazis habían roto el frente en Holanda e invadido este país; y en el norte de Bélgica los aliados cedían con una rapidez increíble. Fuimos replegados hacia el departamento del Aisne y las Ardenas, con el fin de construir zanjas antitanques. Teníamos que trabajar por la noche, ya que la aviación alemana era dueña del cielo durante el día y no dejaba pueblo ni caserío sin bombardear o ametrallar. Pero de poco podían servir nuestros esfuerzos ante las unidades que avanzaban dotadas de un material jamás imaginado. El ejército francés empezó a tener sus primeras grandes batallas, y sus primeras grandes derrotas. La inferioridad de los aliados saltaba a la vista en cada paso.

En nuestro sector se desarrollaron durísimos combates entre las fuerzas coloniales francesas y los tanques alemanes. Una mañana nos encontramos detrás de las líneas avanzadas alemanas; las tropas hitlerianas habían atravesado el río Mosa por nuestro flanco izquierdo y se encontraban a 30 o 40 kilómetros al sur de nuestro sector. Nuestro capitán —un conde francés— supo organizar con gran habilidad una maniobra de repliegue que nos permitió volver a tomar contacto con las tropas francesas, pero el desorden era ya general. Muchos militares habían perdido sus unidades y andaban a la búsqueda de sus compañías. Aquello ya era lo que los franceses llamaron más tarde *la débâcle*. Aquella situación nos recordaba la nuestra de hacía año y medio, pero sin aquel increíble desorden.

Retirada hacia el este (Alsacia)

Andábamos unos 50 o 60 kilómetros por día, retirándonos hacia el este y sin parar de construir zanjas, que no servían para nada. Y lo increíble era que cuando llegábamos por la noche a

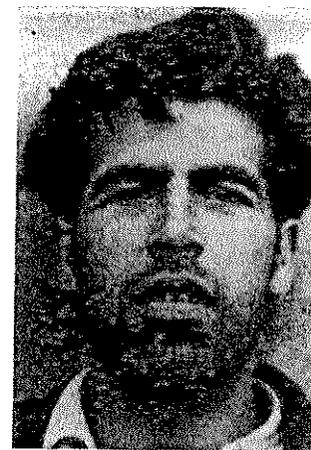
tal o cual ciudad, o pueblo, en un repliegue previsto por el mando, los alemanes estaban ya en las cercanías.

Fue entonces cuando solicitamos al mando que se nos dieran armas «recuperadas», para poder combatir y defendernos en caso de ser copados por los alemanes. Ante nuestra gran sorpresa, nos las negaron una vez más. Por lo visto no tenían confianza en nosotros (lo que no querían, quizás, era vernos hacer frente al enemigo mientras sus hombres huían). Preferían que los nazis invadieran su país antes que dejarnos participar en la lucha armada. Sin embargo, recuperamos bastante armamento —cosa que no era nada difícil, desde luego— y nuestro capitán nos autorizó a llevárnoslo, pero cuando llegábamos a un batallón o unidad de segunda línea teníamos que esconder nuestras armas. ¡Aquello era el colmo! ¡Una de tantas cosas raras de la *drôle de guerre*! (Un ejemplo vivido entre nosotros: entre el material recuperado teníamos tres fusiles ametralladores, y en la cola de la compañía íbamos seis o siete de los más jóvenes, protegiendo —cuando era necesario— la retirada de nuestra unidad. Al llegar junto a Verdún, fuimos interceptados por una compañía francesa de tropas «coloniales», que nos amenazaron si no les entregábamos nuestros fusiles ametralladores, nosotros pusimos los fusiles en posición y les dijimos que vinieran a buscarlos. Así estuvimos, frente a frente, cerca de media hora, hasta que intervino nuestro capitán. Guardamos las armas, pero tuvimos que camuflarlas en uno de nuestros carros durante algunas horas. Tales fueron los hechos que seguramente ningún historiador contará.)

Nuestro «avance», como el de los cangrejos, se proseguía ahora hacia el sureste. Verdun, Bar-le-Duc. Neufchâteau, Toul, Vittel y muchísimas otras ciudades serían abandonadas tras haber sostenido en ellas combates y sufrido bombardeos intensos. Era frecuente ver a hombres de nuestra compañía haciendo de camilleros para evacuar heridos: como en Bar-le-Duc, donde llegamos cuando la aviación alemana estaba descargando sus bombas y ametrallando las columnas de fugitivos civiles y militares. Combatimos los incendios, evacuamos heridos y enterramos cientos de muertos, y todo ello bajo el fuego de repetidas oleadas de bombarderos alemanes. Allí quedaron para siempre tres



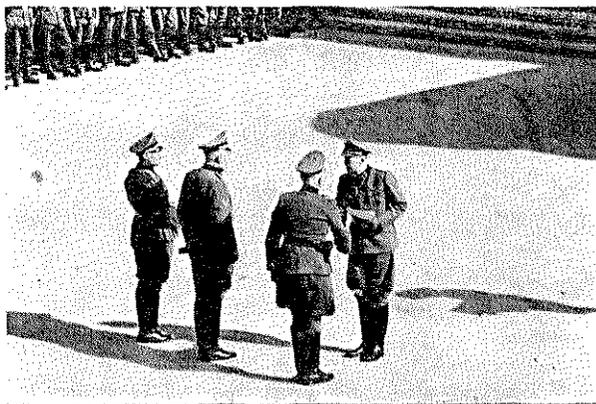
Noviembre de 1940. Grupo de españoles en el campo de prisioneros de Kaisersteimbruck (Austria). De los veinticuatro, más tarde internados en Mauthausen, sólo regresarían ocho.



Constante, Pagés y Lavín. Los tres formarían parte de la organización clandestina española que actuó en Mauthausen.



Campo de Mauthausen.



Junio de 1941: los capitanes Bachmayer, Alfuldich y Schulz, reciben las felicitaciones del comandante Zireis tras una jornada de «saneamiento».

de los nuestros (tres de los controlados, pues ignoramos si alguno de los «perdidos en ruta» no murió también en Bar-le-Duc). Presenciamos algo paradójico: una unidad de tiradores senegaleses —los mismos que nos habían vigilado en los campos de concentración— fue totalmente diezmada. Nosotros, sus ex-cautivos, tuvimos que enterrarlos o cargarlos en los camiones cuando los encontrábamos heridos. El amigo lector se preguntara por qué los españoles no teníamos tantas bajas como los franceses. Es muy sencillo: la experiencia de la guerra civil. Sí, una vez más, la experiencia trágica de nuestra guerra. A nosotros, los ametralladores y bombarderos de los aviones alemanes nos hicieron pocas bajas porque sabíamos guarecernos y camuflarnos, mientras que los franceses corrían a campo descubierto como locos, sirviendo de blanco a los tiradores enemigos.

Cuando llegamos cerca de Épinal nos dimos cuenta de que el «momento final» se aproximaba. ¿Qué hacer? Yo quería abandonar la compañía e intentar pasar a Suiza, pero mis amigos me hablaron del peligro de aventurarse solo por carreteras y caminos, sin dominar el idioma. Máxime sabiendo que hubo españoles que fueron acribillados por los franceses, al creer que eran paracaidistas alemanes, por culpa de no saber hablar bien el francés.

Nuestra compañía estaba destrozada de cansancio, sobre todo los heridos y enfermos, agotados por las marchas forzadas. En verdad éramos muy pocos los que teníamos ánimos para continuar. El capitán había hecho todo lo posible para evitar que cayésemos en manos de los alemanes y su conducta hacia nosotros fue admirable. Puso tal interés en «replegarnos hacia el sur» —como él decía— que, cuando le dijimos que no podíamos ir más lejos, se le saltaron las lágrimas. Él estaba convencido de que si los nazis nos cogían nos liquidarían a todos por ser republicanos españoles. Y no andaba nada errado, por cierto.

Pero la resistencia humana tiene un límite. Habíamos andado durante más de un mes y recorrido un millar de kilómetros. Era imposible continuar la retirada, y además inútil, pues los alemanes habían invadido Francia como una irresistible marea.

Así llegamos al 20 de junio de 1940. En los alrededores de Rambervilliers, en el departamento de los Vosgos, nos acanto-

namos en una finca, junto a un bosque, esperando cuál sería nuestro destino. Estábamos ya convencidos de que no era posible escapar a los hitlerianos. Por vez primera, después de dos meses terribles, teníamos la posibilidad de poder descansar y dormir. Sin embargo, aquella noche ni uno solo de nosotros pudo cerrar los ojos.

Al igual que en los últimos días de Cataluña, ya me había hecho a la idea de que todo estaba perdido. Tenía miedo de caer en manos de los alemanes, pero aquella noche casi me parecía un alivio la idea de ser hecho prisionero, y poner punto final a nuestro sufrimiento. Una vez más el silencio de la noche me impresionó mucho. Había silencio entre nosotros, aplastados por la terrible realidad de sentirse impotentes; silencio en todo el sector, como si la vida se hubiera parado. Ni canciones, ni bromas, ni tampoco las risas de otros días, las que nunca se apagaban. Y fuera, silencio también, como si la naturaleza estuviera atemorizada ante la inminente llegada de los invasores.

Una noche que pasé recordando a mi familia y nuestras tremendas «aventuras». Pocas esperanzas me quedaban esta vez. Sin embargo, pensando en el refrán: «mientras hay vida hay esperanza», no acababa de darme por vencido.

Al despuntar el día, aquel 21 de junio de 1940, muy pocos éramos los que teníamos ánimo para levantarse, y menos aún para comer. Con todo, nos juntamos una docena entre los más jóvenes —quizá también los más insensatos— para preparar una calderada de patatas sobre una gran fogata que habíamos encendido en la entrada del corral de la finca. Un amigo andaluz, Gandía, de Jaén, y yo, estábamos pelando patatas cuando de improviso, envueltos en una gran nube de polvo, se presentaron dos soldados alemanes montados en su «sidecar». Nos hicieron levantar los brazos, nos pusieron cara a la pared y luego desaparecieron como habían venido. Allí estábamos los tres, petrificados, esperando ver qué iban a hacer con nosotros. Llegó un soldado alemán solo, con un fusil en la mano, y aullando como un perro me apoyó el cañón de su arma en la espalda. Creí llegada mi última hora. Pero, dándome un golpe en el brazo derecho, me hizo soltar el cuchillo que todavía llevaba, y que, preso de miedo, había conservado en la mano. Como si quisiera bur-

larse de nosotros, empezó a reír, nos hizo bajar los brazos y me devolvió el cuchillo, después de haberlo recogido él mismo del suelo. Era un «mocoso», quizás algo más joven que yo. Al ver como se mofaba de nosotros, me dieron ganas de lanzarme sobre él y, de un puñetazo, tumbarlo sobre el montón de estiércol del patio.

Es obvio señalar que nadie comió patatas.

Todo había terminado para nosotros. Y cuando digo para nosotros debería decir para el ejército francés, puesto que Pétain, el mariscal colaboracionista, había capitulado y mendigado el armisticio a los alemanes. Pero esto nosotros aún no lo sabíamos.

3

Prisionero de los alemanes

En el Campo de Rambervilliers

Al atardecer de aquel 21 de junio fuimos conducidos, bajo buena escolta, al pueblo de Rambervilliers, llevándonos los heridos y los enfermos, y, por todo equipaje, el macuto con algunos harapos dentro. Llegamos a ese pueblo al cabo de media hora y fuimos concentrados en el campo de fútbol, a la salida del pueblo, en la carretera de Baccarat. Allí estábamos, entre 15.000 ó 20.000 prisioneros hacinados, sin otro refugio que nuestras mantas, lo cual me recordaba nuestra llegada a Francia, meses antes. Pero en esta ocasión los franceses estaban «dentro» de los campos, junto con nosotros. En aquellas condiciones y circunstancias era imposible descansar o dormir. Los españoles estábamos paralizados por el miedo y nos sentíamos como los condenados a muerte. Aquella primera noche estuvo llena de pesadillas y de terror, la primera de las muchas que iba a vivir más tarde, mucho más horribles todavía. Y al lado nuestro teníamos a los franceses, desmoralizados, agotados y atontados, deambulando de un lado para otro como fantasmas.

Con el nuevo día, un poco de esperanza renació entre noso-

tros. Teníamos cierta tranquilidad, quizá porque recordábamos que ya habíamos visto la muerte cara a cara, muchas veces, sin pestañear. Marcelino, comisario en España, fue el primero en dirigirse a nuestro grupo, animándonos:

—¡Ánimo muchachos! No hay que desmoralizarse ni dejarse abatir, hemos perdido otra batalla, pero los hombres no deben lamentarse. Los alemanes nos reservan probablemente un mal fin, pero si quieren hacerlo hay que procurar que encuentren frente a ellos a hombres y no a cobardes.

Debido a su rápido avance hacia el sur, los alemanes disponían de pocas fuerzas para vigilarnos, lo que nos permitió salir fácilmente del campo de deportes, donde nos habían concentrado. Estas salidas se hacían para visitar los campos vecinos al nuestro, donde había material del ejército francés. No se trataba de salidas para evadirse, ya que en las condiciones en que se encontraba Francia, hubiera sido un suicidio. Además, ¿para ir a dónde? Los alemanes nos hubieran cogido de nuevo un poco más lejos, y corríamos el riesgo de dejar el «pellejo» en la huida. Encerrado, la «inactividad» siempre me pareció una de las peores actitudes, por ello pensaba que era nuestro deber arriesgarlo todo en la lucha para sobrevivir. Fue así como, con mi amigo Marcelino y tres compatriotas más, nos arrastramos entre los centinelas alemanes hasta un gran prado vecino, donde habíamos visto varias tiendas de campaña que servían de almacén a la intendencia francesa. La presencia de numerosos carros y camiones alrededor de aquellos almacenes nos hacía presumir que se trataba de un botín de guerra fuera de serie, ya que muchos de ellos estaban cargados hasta los topes. Al llegar junto al primer almacén entoldado tuvimos la sorpresa de descubrir, por debajo del toldo, a nuestro compatriota Juan «El Malagueño», con la camisa repleta de latas de sardinas. Nos había tomado la delantera aventurándose solo. Una carcajada general celebró aquel hecho, que mostraba que a los «Quijotes españoles», pasado el primer momento difícil, nada nos frenaba. Hicimos una importante recuperación de víveres y, aunque los alemanes nos descubrieron y tiraron con sus fusiles en nuestra dirección, logramos volver al campo sin bajas. ¡Aquello fue un verdadero festín! Pero la realidad de nuestra situación nos

hacía caer, de vez en cuando, en una profunda tristeza y desmoralización, que teníamos que combatir resueltamente para mantenernos «a flote». Y esto no era nada comparado con los franceses, que actuaban como hormigas espantadas. Parecían autómatas, y habían perdido la noción del tiempo, de la lucha por la vida, de la dignidad; eran verdaderas piltrafas humanas, en una palabra.

Al cer la noche, decidimos «escurrirnos» de nuevo entre los centinelas para ir a recuperar más víveres. Acordamos llevar al campo varios sacos de galletas «militares» y conservas, y luego, según nos sugirió Marcelino, prenderíamos fuego a los vehículos y a los almacenes. Éramos diez o doce: los más jóvenes, como de costumbre, pero sobre todo los más inconscientes y los más imprudentes. Llegamos hasta los almacenes con suma facilidad y, pese a la vigilancia que ya habían organizado los alemanes, pasamos bajo los toldos, cargamos con varios sacos de conservas y las galletas saladas para los ranchos en frío, y lo pusimos todo a buen recaudo. Luego volvimos a las tiendas de campaña y vertimos unos bidones de gasolina cerca de los carros y camiones, haciendo un reguero hasta las cercanías de la carretera, para pegarle fuego desde allí. Las cosas se desarrollaron según nuestras previsiones: los del grupo nos retiramos hacia las cercanías del campo de fútbol y sólo quedó Marcelino para encender la gasolina. Pegados al suelo, pronto vimos arder el primer carro, seguido de un camión, y después una hoguera inmensa se declaró en los toldos. Los alemanes gritaban como locos, disparando hacia los camiones, y nosotros mientras tanto, aprovechábamos aquellos momentos de pánico para regresar tranquilamente al campo. Sin saberlo, acabábamos de dar el primer golpe de mano, lo que más tarde se llamaría «una acción de Resistencia».

El campo entero vio con regocijo incontenible como los depósitos de intendencia de aquel sector eran pasto de las llamas. Distribuimos las conservas entre los españoles y algunos franceses que se habían agregado a nuestro grupo. Los alemanes estaban convencidos de que el fuego lo habían provocado los prisioneros, pero, ¿quién de entre los quince o veinte mil? Los primeros castigos serían para los franceses. Nosotros nos mante-

níamos prudentemente en nuestro «rincón», para recibir nuestra parte de «la distribución», mientras que los franceses, con curiosidad, se acercaban a las cercanías del lugar del incendio, haciendo así que sus traseros sirvieran de blanco a las patadas y a los culatazos de los alemanes. (Les quedaba mucho que aprender a los franceses. En cuanto a los alemanes, en aquella ocasión tampoco fueron muy despabilados. Hubiera bastado que registraran los macutos de los españoles para encontrar el cuerpo del delito, ya que el que de nosotros llevaba menos, tenía un saco de cuatro o cinco kilos de comida.)

Encerrados en la cristalería de Baccarat

Aquella misma tarde, los alemanes nos hicieron formar y nos llevaron a Baccarat.

Al formar me entretuve un poco y un soberbio patadón en el trasero me devolvió a la realidad, por si lo había olvidado, recordándome que estábamos en manos de los nazis. Fue el primero, pero no sería el último. Quince kilómetros, que hicimos a pie, separaban las dos ciudades. Baccarat es una pequeña ciudad de Meurthe-et-Moselle donde hay una cristalería famosa, en la cual se fabricaban objetos de un valor inestimable. Fuimos encerrados precisamente dentro del recinto de esta fábrica, que en aquellos tiempos ya no funcionaba. Las instalaciones cubrían una superficie importante, con almacenes, oficinas, talleres, graneros, cuadras y otras dependencias. Los alemanes, que estaban al tanto de nuestra presencia, hicieron formar a todos los españoles y nos encerraron en el recinto donde estaban los establos y los graneros. No fue difícil reunirnos, puesto que íbamos siempre en grupo compacto. Creíamos, cándidamente, que lo hacían para separarnos de los combatientes franceses, pensando interiormente que iban a dar una solución a nuestro caso. (Respecto a soluciones, ya tenían un buen proyecto preparado, ¡desde luego!)

Habíamos conseguido guardar bastantes conservas de la «requisa»; felizmente, porque aquello nos salvó de morir de hambre. Estábamos encerrados, sin poder salir a reunirnos con los fran-

ceses. Durante una semana los alemanes no nos dieron ni una miga de pan. Agotamos nuestras reservas, y el hambre nos atezó al punto que no podíamos levantarnos del suelo, donde estábamos acostados. En otras condiciones hubiéramos podido resistir más fácilmente, pero hay que tener en cuenta que llevábamos más de dos meses privados casi de todo. Por fin empezaron a distribuirnos un poco de café por las mañanas —hecho con bellotas—, y un cazo de sopa —hecha con coles y zanahorias— al mediodía, sin pan. A mediados de julio teníamos aspecto de fantasmas a causa de nuestro adelgazamiento. Una mañana, un compañero apodado «El Ruso» consiguió romper la cerraja de una de las ventanas del granero y vio con sorpresa que allí estaban varios sacos de avena, destinados seguramente a los caballos que, tiempo atrás, había en la cristalería.

—¡Muchachos, aquí hay trigo! ¡Al fin vamos a comer algo! —proclamó «El Ruso», alborotando de lo lindo.

Nos lanzamos al asalto de los sacos de avena —pues no era trigo— y con dos piedras empezamos a molerla. Hicimos fuego con unas maderas, que había por allí, y en las cazoletas de aluminio que nos servían de plato hicimos una sémola. Sólo que, atosigados por el hambre, no nos dimos cuenta de que la paja aún estaba mezclada con la harina y esto nos produjo fuertes dolores de estómago. Aquella avena había servido para alimentar a los caballos, y posiblemente a los cerdos, y sirvió también para que comiéramos los españoles. Seguramente algunos compañeros le deberían la vida. Empezamos a levantarnos y afeitarnos, ya que algunos no lo habían hecho desde hacía tiempo. (Para mí el afeitado no era problema, pues casi no tenía barba.) Fue preciso organizar a fondo el aseo, ya que estábamos, como en los «buenos» tiempos de Septfonds, invadidos por los piojos.

Tan pronto recuperé un poco las fuerzas me propuse efectuar un «reconocimiento» fuera de nuestro *ghetto*. Salté por encima de una pared, de unos tres metros de altura, que rodeaba las cuadras, y pasé a donde estaban los franceses. (La puerta que daba a nuestro recinto estaba vigilada por un alemán y la habían reforzado con alambradas.) Por primera vez, allí veía a los excombatientes franceses con su miseria a cuestas: sucios, barbudos, los uniformes hechos harapos, arrastrando sus polainas

por el suelo, con el gorro hundido hasta las orejas, y aún más flacos que nosotros. Al lado de ellos, los españoles parecíamos unos príncipes. Sentí una pena inmensa al verles humillados, pese a saberlos culpables de muchas desgracias nuestras. Mi pena era aún mayor al ver como se burlaban de ellos los alemanes, llamándoles «cobardes y degenerados franceses». A partir de aquellos momentos olvidé que había sido maltratado por ellos y consideré a Francia como algo mío, y a los franceses como compañeros, como hermanos. No era suya la culpa si unos políticos cobardes habían arrastrado a Francia a la situación en que se encontraba. Andaba en estas reflexiones cuando llegué a una cocina de campaña de las que teníamos en el ejército, y que ahora servía para hacer la sopa de los prisioneros. Habían hecho café, y el poso, todavía humeante, estaba depositado en una lata para tirarlo a la basura. Cogí un puñado y lo probé. No lo encontré malo, y estaba azucarado.

—¡Madre mía! ¿Qué haces con el poso? ¡Estás loco si comes eso!

El que me decía aquello era el cocinero, con el acento inconfundible de los marseilleses.

—Oye, pero tú no eres militar. ¿Qué haces aquí? —me preguntó el francés.

—Sí, hombre, sí; soy militar. Soy español —le contesté—. Y me como el poso porque tengo hambre.

—¡Pobre chaval! ¿Y tú has hecho la guerra de España? Pero, si eres muy joven...

Emocionado, el marsellés me hizo entrar al «cuchitril» donde tenía sus reservas. Me dio de comer, sin parar de hacerme preguntas. En pocos minutos me hice amigo suyo. Supe que era el cocinero de los oficiales franceses detenidos allí y que ocupaban las oficinas de la cristalería. Regresé a nuestro doble encierro, no solamente con una lata de poso de café, sino con unas zanahorias, unos trozos de pan y un pedazo de tocino. ¡Organizamos un verdadero festín! Hervimos aquel poso, que si no era café de calidad excelente, por lo menos era más dulce que el nuestro. Al día siguiente salté de nuevo la alta pared, y mi amigo Blazy —el cocinero— me dio un cubo de patatas guisadas con un poco de carne, cuyo gusto habíamos casi olvidado por com-

pleto. Al darme aquella comida me dijo que expondría nuestro caso —estar encerrados y aislados entre alambradas— a la oficialidad francesa. Me presentó a un capitán que hablaba perfectamente el español (luego supe que era un antiguo agregado militar de la embajada francesa en Madrid). Con una amabilidad extrema, nos prometió que tratarían de obtener de los alemanes que pudiésemos circular por el campo, como los franceses. Y así fue: aquel mismo día por la tarde nos abrieron la puerta y retiraron las alambradas. El capitán vino a vernos, demostrándonos su gran simpatía, y charló con nosotros, pero no como un oficial, sino como un compañero más. Este hombre era uno de aquellos raros oficiales cargados de humanidad con que tropezamos y que nos sorprendieron, teniendo en cuenta los pésimos precedentes conocidos. Nos parecía mentira que los hubiera tan diferentes a los esbirros que habíamos soportado. Lo cierto es que aquello borraba algo de las vejaciones sufridas. Con un tono de franca amistad, nos dijo:

—Muchachos, no hay que perder la esperanza. Como en otros lugares, hemos perdido una batalla, pero la guerra continúa y continuará mientras exista el fascismo hitleriano. Ahí están Inglaterra, América, la URSS y muchos otros países, que pronto o tarde, entrarán en guerra contra los nazis. La humanidad no puede dejar perpetrar este crimen monstruoso contra los pueblos libres. Yo estoy convencido de que vosotros, los primeros, no os doblegaréis nunca. No tenemos las mismas ideas políticas, pero eso no importa, porque nuestra lucha es común. Un jefe francés, el general De Gaulle, se ha puesto a la cabeza de los franceses que no quieren capitular, y desde Londres ha hecho un llamamiento a todos para continuar la lucha. Esto lo he oído yo mismo en la radio que tenemos escondida en nuestro dormitorio.

Nos quedamos perplejos. ¡De Gaulle! Este nombre yo lo oía por primera vez. Y, como todos, no sabía quién era. Seguramente hubiera tenido la misma opinión sobre él y semejante desdén hacia los otros jefes, pero el capitán nos hablaba de un hombre que había lanzado un llamamiento al pueblo francés para seguir luchando. Casi me parecía imposible que hubiera hombres de tal temple, conociendo la actuación de muchos de ellos. Aquello nos

dió un ánimo formidable. Entonces, era cierto que había jefes del ejército que no renunciaban a la lucha. Yo no era francés y, sin embargo, sentí una gran alegría al saber que Francia no claudicaba.

Nuestra situación mejoró mucho gracias a la intervención de nuestro amigo. Teníamos algo más de comida y la vida en el interior de la cristalería, donde estábamos varios miles de hombres, se iba organizando poco a poco.

Los alemanes sacaban grupos de prisioneros, soldados y oficiales, para trabajos de recuperación de material del ejército francés; los nazis se incautaban de todo lo que podía servirles, enviándolo a su país, en especial los alimentos y artículos de primera necesidad, fuera cual fuese su procedencia.

Gracias a nuestra organización política los hombres de nuestra compañía se mantenían unidos. A la nueva situación correspondían nuevos métodos y la unidad nos era ahora más necesaria que nunca. Ante todo teníamos que conservar la esperanza y levantar la moral, recordando a los pusilánimes nuestro deber de combatientes. Hacía falta mantener nuestra unidad nacional para hacer fracasar todas las maniobras de los alemanes, tratando de que nos fuera reconocida la calidad de prisioneros de guerra y que cesara el «trato especial» que se nos dispensaba. Había que organizarnos para sabotear a los nazis tantas veces como fuera posible. Toda manifestación de hostilidad tenía su significación. Esto puede tomarse con incredulidad y hacer sonreír ahora, pero nosotros estábamos convencidos de que el más pequeño acto contra los invasores era un punto positivo de nuestra lucha. Cuando hablé de ello con el capitán francés, éste se alegró muchísimo al ver que había prevalecido, por encima de todo, nuestro espíritu de lucha. Al igual que antes de ser apresados, mis compañeros me habían elegido para formar parte de la dirección de nuestra organización clandestina.

Unos días más tarde, un primer grupo de españoles fue requerido para trabajar en la carga de vagones con destino a Alemania. Habíamos decidido el sabotaje y destrucción de todo cuanto cayese en nuestras manos, y debía ser hecho. Teniendo mucho cuidado para no ser descubiertos por los centinelas de la Wehrmacht. Reventábamos los sacos de legumbres al cargarlos en

los vagones, echábamos gas-oil en las cajas de mantequilla, mojábamos con agua los sacos de harina, a fin de que se pudrieran antes de ser descargados en Alemania (y cuando no teníamos agua, orinábamos en los sacos ante las narices de los centinelas. Éstos, embebidos por sus victorias, no podían pensar en que hubiera prisioneros capaces de hacer tales cosas. ¡Era conocer mal a los españoles!) Cuando se trataba de material de guerra o maquinarias diversas, procurábamos hacerlas caer al suelo. Dentro de la cristalería había objetos de mucho valor que los oficiales y soldados hitlerianos sustraían, día tras día. Eran verdaderos actos de rapiña. De acuerdo con los amigos franceses, y entre ellos el capitán, decidimos destruir todos los objetos de valor para que no se apoderaran de ellos. No dejamos títere con cabeza; se destruyó casi todo. Los alemanes se vengaron conduciendo a un grupo de oficiales franceses a un destino desconocido.

Se puede pensar que esos actos eran de poca envergadura comparados con la potente máquina de guerra alemana, y que el daño que los 300 o 400 españoles podían hacer era intrascendente. Pero, ¿qué fue la resistencia más tarde? Una, diez, cien acciones pequeñas formaban un todo, que iba dificultando la buena marcha de la guerra de los hitlerianos. Los ejemplos no escasearían luego, en torno a la eficacia de las pequeñas acciones. Yo mismo llegué a pensar, alguna vez, si realmente eran «positivos» aquellos actos, y entonces encontraba la respuesta recordando una lectura de mi niñez: «... Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura se perdió un caballo, por un caballo se perdió un general, por un general se perdió una batalla y por una batalla se perdió un reino.» Sí, eran pequeñas acciones, pero perdiendo un tornillo, descarrilló un tren...

Otros españoles, a cientos de kilómetros, y en la misma época, cometían sabotajes aún más importantes que los nuestros.

Yo salía todos los días con uno de los grupos, ya que al ser uno de los «cabecillas» tenía que dar ejemplo; además, hacerles «perrerras» a los alemanes me apasionaba, de verdad. Un día, al regresar a la cristalería y pasar ante la guardia de la puerta, un oficial alemán se adelantó hacia mí y cogiéndome por la manga me gritó:

—Sal de ahí, ¿qué haces entre los presos? ¡Tú no eres militar, lárgate de aquí o te meteré en la cárcel

Le respondí que era español y que los otros eran mis camaradas y compatriotas, pero no me hizo caso y, de un empujón, me separó de los demás. Durante dos horas deambulé por las calles de Baccarat. Nadie podía ayudarme. La gente tenía demasiado miedo para acogerme en su casa. Al final, cansado, me senté en el parapeto que había junto al portal principal de la cristalería y me puse a reflexionar sobre mi situación. Podía marcharme, puesto que estaba libre, pero, ¿adónde ir? Caminar hasta el departamento de Deux-Sèvres, donde estaban mis padres, era impensable; además, no tenía ropa civil, ni documentación, y corría el peligro de ser detenido por los alemanes y «liquidado». A esto se añadía lo que yo consideraba como un deber ineludible, es decir: al ser un responsable elegido por mis compañeros, no podía abandonarlos. Decidí entrar a toda costa en la cristalería aquella misma noche o al día siguiente. Con mis compañeros había compartido nuestra odisea, y con ellos debía continuar sin desfallecer. Me dije que si un oficial alemán me había tomado fácilmente por un civil, a causa de mi juventud, otros quizá me reconocerían. Y así fue, ya que, al poco rato, acertó a pasar por allí un sargento alemán que nos había conducido al trabajo varias veces y me conocía por haberme visto entre los españoles. Por gestos, una palabra en francés y otra en español, le expliqué lo que me ocurría y se puso a reír. Fue al puesto de guardia y habló con el oficial, el cual me hizo entrar en la cristalería, no sin antes burlarse y reírse de mí, diciéndome que con mi cara imberbe parecía un mocoso de dieciséis años. (No sabía que yo llevaba ya cuatro años guerreando.) Cuando me presenté en nuestro recinto la consternación fue general. Mis compañeros creían que había sido detenido al intentar marcharme. Pero, cuando les dije que era yo el que había solicitado que me reintegraran al campo, oí la bronca más gorda que jamás escuché.

—¡Estás loco de remate! Eres un cobarde de marca mayor. Tú, el especialista de la evasión a los dieciséis años, chaqueteas a los veinte.

Solamente Julio y don Enrique, los compañeros que dirigían

nuestras actividades, no se metieron conmigo. Ellos me habían comprendido bien, aunque también me dijeron que, en semejante situación, tratar de salvarse uno no significaba forzosamente traicionar a los demás camaradas.

Dos días más tarde, gracias a mi amigo Blazy, conseguí que me tomaran como cocinero de los oficiales prisioneros. Durante algún tiempo pude llevar mejor vida, sin el hambre y la miseria de los primeros tiempos de nuestro cautiverio. Allí no sólo comía bastante bien, sino que podía ayudar a mis compatriotas.

A principios de agosto, nuestro amigo el capitán francés se escapó junto con varios oficiales más. Los alemanes la tomaron entonces con nosotros, redoblaron los castigos, y la guardia fue reforzada para evitar nuevas evasiones. Desgraciadamente, varios de los evadidos fueron capturados de nuevo y enviados inmediatamente a un campo de castigo alemán. En el campo empezaron a correr rumores de una próxima evacuación de los prisioneros hacia Alemania. Nosotros volvimos a preguntarnos qué harían, en tal caso, con nosotros. ¿Nos enviarían a España? Pregunta sin respuesta. Confieso que fueron días muy penosos y tristes. Entonces que teníamos comida perdíamos el apetito y el sueño. Ni las reuniones, ni las consignas, ni los ánimos prodigados a unos y otros lograban atenuar el malestar. En otras circunstancias hubiéramos podido intentar la evasión, pero en nuestra situación: ¿adónde podíamos ir? ¿A dar con los huesos en un campo peor aún? Era impensable, además, el intentar la evasión de 350 a 400 hombres. En Francia no teníamos ni hogar, ni pueblo, ni familia —por lo menos la mayoría—. Por otra parte, el país estaba invadido, desmembrado, por los alemanes, y éstos lo controlaban todo; ¿quién podía venir en ayuda nuestra? Un día ingresaron en la cristalería varios españoles que venían como «recuperados»; ellos nos hicieron comprender que la evasión era cosa insensata, ya que todos habían sido descubiertos después de varios días de marcha y, enviados, bajo buena escolta, a Baccarat. A mí, en cambio, aquel fue el momento en que me dieron ganas de escapar, sobre todo sabiendo que mis compañeros no criticarían mi actitud. Sabía que Blazy y tres amigos suyos estaban proyectando fugarse. Le hablé de evadirme con ellos, y, de ser posible, hacerlo con mi amigo Marcelino.

Blazy consiguió ropa civil, que un soldado alemán le cambió por unas alhajas. Me quedé asombrado al ver que nuestros carceleros eran capaces de vender prendas civiles conociendo su destino. Aquel comercio, aquel «estraperlo», lo encontraría luego en los otros campos.

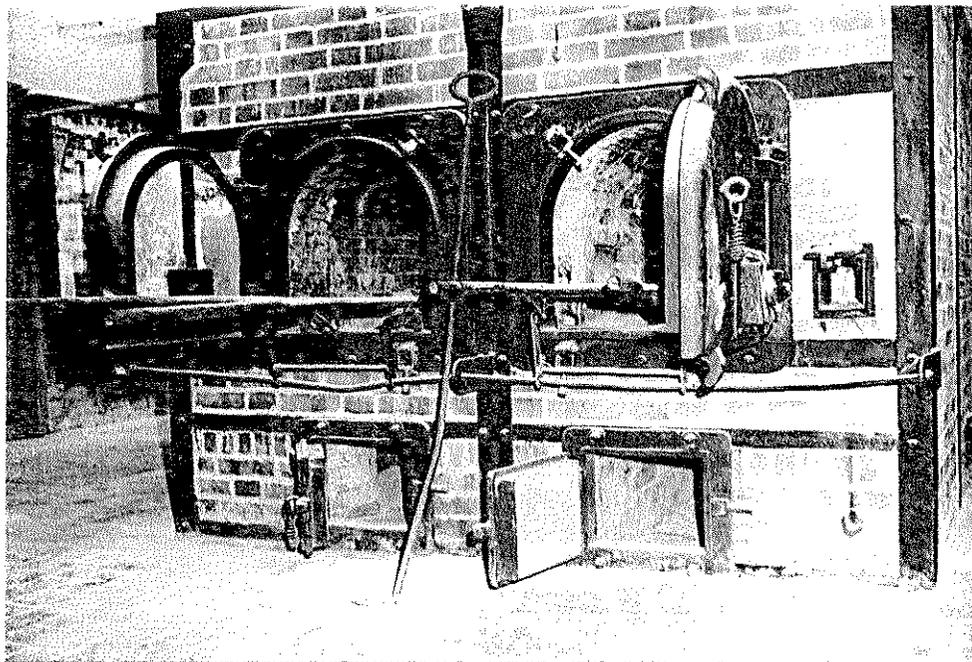
Confíabamos evadirnos a fines de agosto, preparando muy bien la huida. Yo ya me veía con mi amigo Blazy en Marsella, o con mis padres en el departamento de Deux-Sèvres. Pero, una vez más, el destino no se armonizó con mis deseos.

El 17 de agosto de 1940, a las dos de la madrugada, un destacamento impresionante de alemanes hizo irrupción en el campo, armados de fusiles con bayoneta calada. Se nos hizo formar y, bajo las amenazas, las patadas y los gritos, nos condujeron a la estación del ferrocarril. Los españoles fuimos llamados en último lugar, separados —una vez más— de los franceses, y metidos en los vagones «40 hombres, 8 caballos» que cerraban la marcha del convoy. Este rótulo lo conocíamos bien, pues estábamos acostumbrados a viajar de aquella forma. Pero esta vez no éramos 40 o 50 hombres por vagón, sino muchos más: 70 u 80, y a veces hasta un centenar. (Más tarde, cuando enviaban los detenidos a los campos de exterminio, llegaron a embarcar hasta 120 personas en cada vagón). A duras penas logramos instalarnos en el interior y los centinelas atrancaron las puertas por fuera. Las puertas fueron cerradas con unos candados especialmente adaptados al cierre de los vagones. Era un invento de los nazis, sin duda en previsión de los millones de seres humanos que transportarían a lo largo de cinco años de guerra.

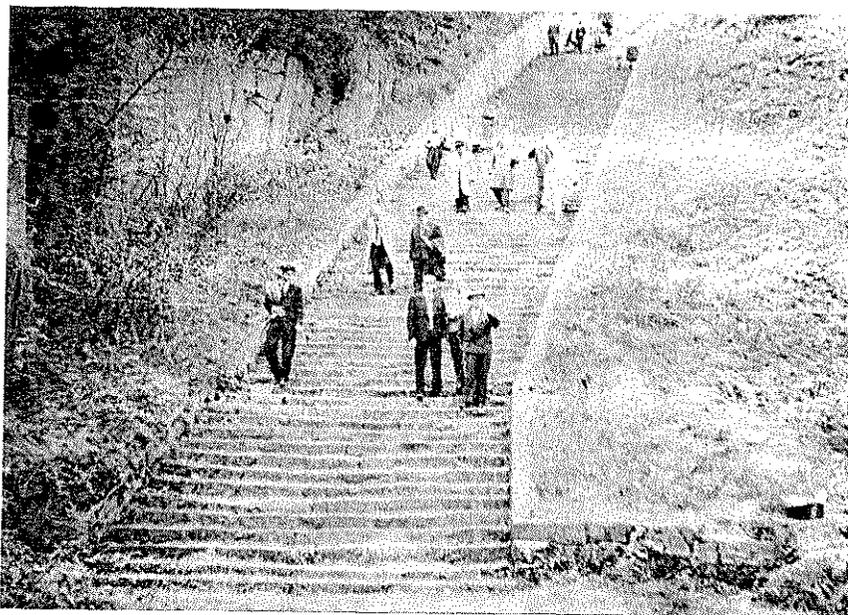
Las operaciones de formación y embarque habían sido tan inesperadas que nadie tuvo tiempo para nada, ni siquiera para pensar en lo que nos estaba sucediendo. Emplearon muy poco tiempo para meternos en los vagones, como ganado destinado al matadero. Nadie hablaba, nos habíamos quedado mudos, una vez más estábamos paralizados por el miedo. Cuando el tren se puso en marcha tuve que hacer esfuerzos para contener mis lágrimas; tenía la impresión que nos llevaban a otro mundo. Pensé en los míos, y sobre todo en mis padres, de los que seguía sin tener la menor noticia.



Excombatiente rumano de las Brigadas Internacionales arrojado a las alambradas de alta tensión por los S. S.



Hornos crematorios de Mauthausen.



Escalera de la cantera de Wiener-Graven (Mauthausen) construida por los españoles.

Mis padres, perseguidos por los nazis

Pensaba en mis padres, como he dicho, pero estaba lejos de suponer que, casi a la misma hora, ellos también eran objeto de monstruosas medidas represivas por parte de los nazis y de los esbirros de Pétain, que ya se habían puesto al servicio del invasor.

Después del armisticio de junio de 1940, Francia fue partida en dos: la zona norte, ocupada por los alemanes; y la zona sur, donde ejercía su influencia el régimen capitulador de Pétain. Mis padres, que se hallaban todavía en el departamento de Deux-Sèvres y que no habían podido ser evacuados hacia el sur, se encontraban en la zona alemana. Denunciados a los nazis por ciertos elementos franceses prohitlerianos, serían detenidos en compañía de otras familias españolas allí refugiadas. Fueron interrogados por los alemanes y permanecieron en sus manos hasta que, un día de agosto, decidieron conducirlos a la frontera española y entregarlos, prisioneros, a las autoridades españolas.

Aquel acto, y otros muchos contra los republicanos españoles, era, ni más ni menos, un raptó y una acción propia de bandoleros. Las leyes, las convenciones y los derechos humanos fueron pisoteados. Siendo civil, ¿qué derecho tenían los nazis para detenerlos? ¿Por qué las autoridades «colaboradoras» francesas permitieron su detención? Sabemos que más tarde el crimen, el terror y la injusticia serían los «argumentos» esenciales de los hitlerianos, pero no cabe duda de que los republicanos españoles fuimos los primeros en sufrirlos, y en gran parte por la irresponsabilidad de Francia.

El crimen hacia nuestros familiares era incalificable, puesto que eran civiles y disfrutaban de un estatuto de refugiados políticos, habiendo obtenido el derecho de asilo en Francia, y todo esto con arreglo a los tratados internacionales y los acuerdos de Ginebra de 1933. Para completar la ignominia, allí estaban los «colaboradores» franceses prestándose a que fueran cometidos tales actos sin alzar la menor protesta. Al contrario, ayudando a los invasores.

Así empezó la «caza» de los españoles en Francia. Por una

parte los militarizados, hechos prisioneros; por otra los civiles, detenidos en las cárceles francesas y enviados a España. O, como se verá más adelante, deportados a los campos de concentración nazis.

Ningún organismo internacional, ni siquiera la Cruz Roja, nadie en absoluto, levantó la voz para impedir aquellos desafueros.

Casi al mismo tiempo, mis padres y mi hermano por un lado, y yo por el otro, tomábamos rumbos muy diferentes. Ellos para ir a parar con sus huesos a la cárcel de Huesca y yo para dar con los míos en los campos de exterminio del III Reich.

4

En el III Reich alemán

Internado en el Stalag XVII A

Al término de un viaje espantoso, de cuatro días de duración, que nos llevó hasta Prusia Oriental, y más tarde a Austria rehaciendo el camino hacia el sur, el 21 de agosto de 1940 llegamos a la estación de Kaisersteimbruck, desde la cual fuimos conducidos hasta el campo Stalag XVII A. Los *stalag* estaban reservados para los prisioneros de guerra. En alemán, *stalag* quiere decir «campo de origen», y el número correspondía al de la región militar. Es decir, fuimos encerrados en el Campo de origen número 17 A. Algunos ya habían sido utilizados durante la primera guerra mundial. Exactamente dos meses después de habernos capturado, hacíamos nuestra entrada en un campo de prisioneros de guerra, donde debíamos permanecer «hasta el final de las hostilidades», por decirlo con las mismas palabras que el comandante alemán pronunció cuando llegamos. Allí encontramos unos quince o veinte mil hombres, franceses en su mayoría. También había algunos belgas y holandeses. La vida en el campo era bastante dura. Por mediación de compañeros franceses pronto se nos dio un resumen de lo que era la vida de

los cautivos y de las reglas a las cuales había que someterse: disciplina, trabajo e instrucción militar.

Durante los primeros días el rancho fue regular, pero al cabo de quince días la ración menguó de forma notable, y otra vez empezamos a pasar hambre. Los alemanes hicieron una selección en el campo: los belgas y los holandeses fueron instalados en una barraca especial, con literas individuales y recibían un rancho extraordinario. Al parecer, el hecho de haberse rendido rápidamente, y la capitulación de su gobierno, les daba este privilegio; aunque ignoro si fue realmente ese el motivo de tratarlos así. Los franceses fueron instalados en las otras barracas.

Nosotros fuimos encerrados en una barraca aislada de las demás por una alta alambrada; es decir, estábamos otra vez entre alambradas dobles: las exteriores del campo y las que cercaban nuestra barraca. Como de costumbre, protestamos y elevamos peticiones, hasta conseguir que los alemanes nos trataran como a los franceses. Éramos sus prisioneros, pero los españoles no nos conformábamos fácilmente. Pese a todas las peripecias y represalias, tuvimos siempre el valor de no ceder, intentando obtener, cuando se podía, ser tratados como los otros prisioneros, y eso conscientes de que con los nazis las protestas podían tener consecuencias más graves que en Francia.

Se nos autorizó a circular por el campo, pero los españoles seguíamos separados del resto de los cautivos. Tampoco se nos autorizaba salir al exterior a realizar trabajos, y nuestra barraca era vigilada por los alemanes de día y de noche. Estaba claro que se nos consideraba peligrosos.

Un mes más tarde se nos mandó formar y se nos comunicó que teníamos que trabajar, «yendo a cargar y descargar vagones». Habíamos decidido negarnos a trabajar si no se nos daba más comida; ni que decir tiene que esta decisión había sido tomada por nuestra organización clandestina. Desgraciadamente, por primera vez desde que habíamos salido en las compañías de trabajo, un grupito de compatriotas aceptó —por desacuerdos políticos— «colaborar» con los alemanes, saliendo a trabajar, convencidos de que realizaban una «buena acción». Hay que decir que, desde nuestra llegada, un elemento llamado «Málaga» se había puesto al servicio de los alemanes y les servía de agente en nuestras

filas. Bajo la amenaza de las bayonetas de los soldados, tuvimos que salir a trabajar. La primera jornada fue penosa, pero interesante, ya que nos permitió afianzar nuestra confianza en nosotros mismos y en las consignas dadas por la organización clandestina. La mejor prueba fue que, a la mañana siguiente, los alemanes se presentaron en nuestra barraca y no hubo un solo «voluntario» para el trabajo. Ni las amenazas ni los culatazos distribuidos nos hicieron modificar nuestra actitud, y al final los guardianes nos dejaron en el campo. Los franceses se habían acercado a nuestra barraca y veían, asombrados, que no cedíamos ni ante los gritos ni ante las amenazas de aquella jauría. Hay que reconocer que en nuestra acción había bastante inconsciencia, quizá porque todavía no conocíamos los «métodos persuasivos» de los nazis. Cuando años más tarde analicé nuestra actitud de entonces, me di cuenta de la realidad: cometíamos actos dictados tan sólo por nuestro carácter quijotesco. Ante aquella situación sin salida, era algo como un desafío a todos y a nosotros mismos: el desafío de los desesperados. Por un sargento francés que trabajaba en las oficinas supimos que la Whermacht nos preparaba un castigo para el día siguiente. De madrugada todos los españoles nos escabullimos fuera de la barraca, refugiándonos en las de los franceses. Una compañía de alemanes entró en nuestra barraca y, al no ver a nadie, despanzurraron las colchonetas de paja a bayonetazo limpio, creyendo seguramente que estábamos escondidos debajo de ellas. Después, al recordarlo, el «Ruso» diría:

—Menos mal que no se quedó nadie, sino hubierais aparecido con más ojales que los que llevábamos en la guerrera.

Nuestra actitud era temeraria, pero habíamos demostrado que éramos los de siempre.

El castigo colectivo no se hizo esperar, y, por culpa nuestra, todo el campo estuvo formado al aire libre durante horas y horas. Los amigos franceses, sin embargo, lo soportaron sin quejarse. Es más: hicieron lo imposible por escondernos, pero, tras el registro general, poco podían hacer. Nos tuvieron dos días sin comer, encerrados en nuestra barraca. Después nos castigaron a realizar ejercicios militares: marchar, correr, echarse al suelo, escalar, etc., etc. Cada uno marcaba el paso como le parecía, y el paso de marcha nadie lo hacía bien; aquello incluso

resultaba cómico. Los franceses se partían de risa asistiendo a nuestra «representación». Aquella conducta puso a los alemanes fuera de quicio, y la emprendieron con ellos, obligándoles a realizar los ejercicios que «los españoles eran incapaces de hacer». Luego, el comandante alemán llamó a mi compañero Julio, que hacía de intérprete, para prodigarnos una nueva serie de amenazas. Julio le contestó que nosotros éramos civiles y desconocíamos la instrucción militar, y que, además, estábamos hambrientos y muy débiles, sobre todo tras el castigo que nos había privado de comida durante dos días.

Nos dejaron tranquilos un tiempo, que nosotros aprovechamos para ir a pedir comida a los más privilegiados: los belgas, los holandeses y los franceses. Algunos nos daban sus «restos» de buena gana, otros nos insultaban, rozando la provocación, para que así nos castigaran. Teníamos que hacer frente a todos: a los alemanes porque éramos sus enemigos encarnizados; a los belgas, porque algunos nos insultaban y nos llamaban «rojos españoles del ejército francés»; los holandeses no podían vernos porque éramos españoles, los «rojos», extranjeros y responsables de todos los castigos del campo. Ni yo, ni mis compatriotas, nunca nos tuvimos por héroes, pero hay que reconocer que lograr mantener nuestra moral en aquellas condiciones era un auténtico acto de heroísmo.

Éramos los parias por excelencia: atropellados y avasallados por unos y otros. ¿Qué derecho tenían los alemanes a infligirnos un tratamiento especial? Si nos consideraban como prisioneros de guerra del ejército francés, debían respetar las convenciones intencionales. Si éramos trabajadores civiles, entonces no tenían derecho a retenernos en un campo de prisioneros y deberían habernos entregado al gobierno francés. ¿Y de los franceses, qué diremos? ¿Qué hacían el gobierno Pétain y sus representantes para hacer respetar las cláusulas del armisticio? No solamente los «petainistas» no hacían nada por nosotros, sino que ejercían como delatores y cómplices. La prueba la tuvimos cuando llegó al campo una remesa de galletas saladas y de confitura, de parte del gobierno de Vichy: los españoles fuimos excluidos del reparto y esto creó un abismo aún mayor entre nosotros y algunos franceses, sobre todo los oficiales, que eran los encar-

gados de hacer la distribución dentro del campo. Es cierto que de la mayoría de ellos nada bueno podíamos esperar. Sin embargo, logramos tener una entrevista con los que hacían de «jefes» y, apoyados por muchos soldados indignados por su conducta indecente para con nosotros, obtuvimos nuestra parte. Algunos oficiales no comprendían que los alemanes aprovechaban estos enfrentamientos para sembrar la discordia entre los prisioneros. Con perseverancia, logramos hacer comprender a muchos de ellos que era necesario proseguir el combate, en cualquier lugar, en todas las circunstancias y por todos los medios. El ejemplo lo dimos cuando los alemanes y «colaboradores» sacaron el periódico «Le Trait d'Union» «El Guión» destinado a los prisioneros de guerra: nuestra organización se fijó como objetivo destruir aquel periódico de propaganda nazi que preconizaba la colaboración entre los ex combatientes franceses y los hitlerianos. Paquetes enteros fueron destruidos antes de que pudieran ser distribuidos.

Varios meses después de nuestra llegada se dio la autorización para escribir a las familias. Una vez más, los alemanes nos negaron el derecho que otorgaban a los franceses. Nuestra decepción fue tremenda, ya que estábamos sin noticias de nuestras familias desde hacía mucho tiempo. Hicimos gestiones para obtener este derecho por mediación de la Cruz Roja Internacional, y, pese a que los alemanes le hacían poco caso a este organismo, logramos el mismo trato que los demás prisioneros, pero con una sola limitación: la de escribir únicamente a Francia. Se nos facilitó un pliego especial, donde sólo podíamos escribir unas veinte líneas. Yo estaba contentísimo de poder enviar una pequeña misiva a mis padres para que supieran por lo menos que seguía en vida. Envié la carta a Thouars, en Deux-Sèvres, creyendo que mis padres aún estaban en aquella ciudad e ignorando que desde hacía varias semanas se encontraban en Huesca. Un mes después me devolvieron la carta con esta nota: «Marcharon con rumbo desconocido sin dejar dirección.» Aquello me causó un disgusto increíble. Me preguntaba si los alemanes habían fusilado a mis padres y hermano, o si habían logrado alcanzar la zona sur de Francia. Por fin, en el invierno 1940-41, pudimos enviar unas líneas a España. Mi primera carta la cursé

a casa de mis abuelos, pues no sabía dónde vivía mi hermana. Recibí una respuesta al poco tiempo. Me notificaban que mis padres estaban bien de salud, pero ni una palabra del lugar donde se hallaban. Tuve el presentimiento que algo grave había ocurrido, máxime cuando en otras cartas no me daban el menor detalle de su paradero.

Actividades de resistencia en el Stalag

Los alemanes volvieron a sacarnos del campo para cargar la remolacha en la estación, pero aquel empleo no duró mucho. En dos días estropeamos el cargador mecánico, un tractor y la máquina de lavar las remolachas. Eso nos valió nuevos castigos, que soportábamos bien porque todo eso significaba el arranque de nuestra actividad antinazi. A los pocos días destruíamos un bosquecillo de abedules. En efecto, un día de diciembre nos llevaron a cortar árboles; se tenían que talar los que estaban señalados con una cruz. Aprovechando que los centinelas que nos vigilaban estaban admirando los ejercicios de una compañía de tanques de su ejército, nos pusimos a cortar árboles con tal ahínco que en tres o cuatro horas no quedó un solo árbol en pie. ¡Nunca habíamos trabajado con tanto ardor! Cuando los alemanes vieron aquel panorama se pusieron tan furiosos que, por una vez, llegamos a temer que nos pasaran por las armas. Nos encerraron en una barraca con trato especial, como en un calabozo, y no volvimos a trabajar fuera del campo nunca más mientras estuvimos en el «Stalag XVII A».

Por aquellas fechas llegó al campo un joven teniente de la Whermacht, que, sin tener ningún cargo fijo, era obedecido por todos los militares alemanes, incluso por superiores suyos, y hasta parecía que le temían. Su llegada coincidió con el endurecimiento de la disciplina con respecto a nosotros, y la vigilancia fue reforzada en todo el campo. Algunos amigos franceses nos dijeron que estaban intrigados ante aquel hecho. De pronto, nuestra situación mejoró bastante (jamás pensamos entonces que la Gestapo nos estaba tendiendo una trampa). El teniente Hedrich —este era su nombre— se presentó un día en nuestra barraca

buscando un español capaz de enseñarle nuestra lengua, pues él ya hablaba perfectamente el francés. Su cortesía, su amabilidad, su manera de hablarnos, era tan diferente a la de los demás alemanes, que quedamos fascinados. Julio «El Banquero» (había sido dirigente del Sindicato de Banca y Bolsa de Madrid y también del partido comunista español) se ofreció para darle lecciones durante varias horas al día. Cuando el teniente no estudiaba el español, hablaba y discutía con Julio. Éste, que tenía responsabilidades en la organización clandestina, cuidaba mucho su conversación, desconfiando de todo lo que el teniente hacía o decía, pero sus conversaciones revestían un carácter tan anodino que nunca le pareció un tipo sospechoso. En menos de dos meses el teniente «Chulo» —así le habíamos apodado— hablaba el español casi como nosotros (eso sí que nos llamó la atención). El puro azar nos hizo descubrir quién era nuestro «amigo»...

Un fotógrafo de Viena (señor Kemitzki, Wichtelweg 43, Wien 17) obtuvo autorización para hacer fotos a los prisioneros de guerra de nuestro campo, que pagábamos con los *shillings* que sólo tenían curso en los campos de prisioneros. Este fotógrafo traía un ayudante que, al saber que éramos españoles, nos mostró gran simpatía. Se debía eso a que un hermano suyo había estado en España durante la guerra civil, en las Brigadas Internacionales. Pronto supimos que aquel austríaco era miembro del partido comunista clandestino de su país. Había sido detenido por los hitlerianos varias veces. Él fue quien nos trajo noticias al campo y nos dio detalles sobre la administración alemana responsable de nuestra vigilancia, y en particular sobre los oficiales. Él fue también quien nos indicó que «El Chulo» Hedrich era una incógnita en el campo, aunque se tenía casi certeza de que se trataba de un agente de la Gestapo. Entonces empezamos a comprender lo que motivaba el temor que los otros alemanes le tenían. ¡Había sido enviado de Berlín para dedicarse especialmente a los españoles! No cabe duda de que, pese a nuestra experiencia, habíamos caído en la trampa. De todas maneras, poco hubieran cambiado las cosas. Nuestra situación no podía ya empeorar. Éramos «rojos españoles», y como tales nada bueno podíamos esperar de los nazis.

Los franceses salían cada día destinados a trabajos en el

campo, fábricas, construcción, etc., y de Francia seguían llegando más prisioneros. Nosotros continuábamos encerrados y bajo régimen especial, pero, a medida que pasaba el tiempo, la inquietud tendía a desaparecer, sobre todo porque los alemanes hacían todo lo posible para darnos la impresión de «seguridad». El comandante incluso llegó a llamarnos «los valerosos combatientes españoles». Hasta que un día nos dijo:

—Prisioneros españoles, tenéis que desplegar una actividad en el campo. Con el fin de que os mantengáis en buena forma física y moral, he creído conveniente que hagáis algo de instrucción militar todos los días. Esto eleva y ennoblece el espíritu del hombre...

La realidad era que mientras hacíamos ejercicios militares no podíamos dedicarnos a otras actividades; por ejemplo: a las políticas. Ni tampoco proyectar evasiones. Ya que algunos se reían al vernos hacer mal los ejercicios, decidimos demostrarles de lo que éramos capaces, tal como los hacíamos en el ejército español. Un comandante de carabineros, Pascual, tomó la dirección de los ejercicios y realizamos nuestros movimientos de tal forma que los alemanes se quedaron pasmados de nuestro «saber». El comandante alemán reconoció nuestro mérito y aquello provocó la mejoría de la pitanza. Entonces formamos un equipo de fútbol y ganamos el torneo internacional, pegándoles a los franceses, a los belgas y a los holandeses; aprovechamos aquellas «victorias» para pedir al jefe del campo ser incluidos en los repartos de confitura llegada de Francia. No sólo nos dio satisfacción, sino que se incautó de los barriles de confitura de los franceses, dándonos una parte a nosotros y guardando el resto para sí. Fue un nuevo error nuestro. Los alemanes ridiculizaban a los franceses en el fútbol, en la instrucción, y en la distribución de la confitura. Aquel terco desprecio hacia ellos determinó un nuevo enfrentamiento entre los franceses y nosotros. A ello, se añadió la conducta deshonrosa de cuatro o cinco compatriotas nuestros que, con la complicidad de los alemanes, saqueaban a los compañeros franceses. Un capitán de carabineros, Juan, había instalado una mesa de juego en nuestra barra-ca, y en pocos días se hizo con una verdadera fortuna de *schillings* del campo. Al ver prosperar su negocio se había rodeado de esos

cuatro o cinco españoles, que le ayudaban y le defendían si era necesario, ya que sabía que la organización clandestina estaba en desacuerdo con su conducta. Pronto se jugaron marcos alemanes, francos y alhajas (hay que aclarar que, como en todos los campos de prisioneros, allí existía también un verdadero tráfico clandestino de dinero, de joyas, etc., todo ello tolerado y apoyado por los alemanes, cuando no propiciado por ellos mismos). Ni que decir tiene que esto nos perjudicó muchísimo, y echaba por tierra todo el trabajo de unidad, amistad y buena convivencia que preconizábamos respecto a los franceses. Decidimos poner fin a estos hechos y yo fui uno de los designados para imponer orden. Como las buenas palabras y consejos no bastaron, se acordó emplear las medidas enérgicas: una buena paliza y la confiscación, para devolverlos a sus dueños, de todos los bienes acaparados por ellos. Otro hecho nos llamó la atención: salieron en defensa de los «estraperlistas» españoles siete legionarios que el mando alemán había enviado a nuestra barra-ca: dos argentinos, un portugués, dos polacos y dos italianos. Al haber servido en la Legión Extranjera en Francia los habían enviado allí como «no franceses». Curiosamente, todos hablaban el alemán. Los dos argentinos hablaban también, como es natural, el español, pero los dos eran rubios; claro que en la Argentina también podía haber rubios. Pero se daba el caso de que ningún español de los que habían estado en la Legión había visto nunca argentinos en ella. Más tarde pudimos comprobar que se trataba de agentes al servicio de la Gestapo, ya que sólo ellos podían conocer algunos de nuestros «secretos», y luego nos percatamos de que la Gestapo tampoco los ignoraba.

Aquel invierno caí enfermo y me hospitalizaron en la barra-ca que servía de enfermería. Luego me hice el enfermo para ver si por casualidad podía ser evacuado a Francia, como hacían con algunos enfermos graves, pero el médico alemán no cayó en la trampa. Un día me llamó y me preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años, contesté.

Tenía ya veinte, pero pensé que rejuveneciéndome un poco podría lograr la evacuación. (De los prisioneros venidos de Francia yo era el más joven de todos.)

—¿Eres francés?

—No, español. Pero he servido en el ejército francés.

—¡Qué vergüenza! ¡Vaya puercos esos franceses, alistándote tan joven en su ejército! Bueno, voy a dar órdenes para que sigas aquí, en la enfermería, con los otros jóvenes, y así tendrás doble ración de comida.

Y así fue como, por haber intentado hacerme repatriar a Francia, me encontré separado de mis compañeros. Fui conducido a una habitación donde se encontraban otros cuatro jóvenes: dos belgas y dos holandeses. Teníamos cada uno nuestra cama individual, con el máximo de comodidades que se podía tener en un campo de prisioneros de guerra. Había libros a nuestra disposición, en francés claro, y disponíamos de un método con discos para estudiar el alemán. Había intentado escaparme de la boca del lobo y el resultado era que me encontraba más cogido que antes. A pesar de mi voluntad no pude hacerme amigo de los belgas y de los holandeses, que me miraban siempre de reojo. ¿Acaso no era un «republicano español»? Esto, que para nosotros era un título de honor, en el criterio de los demás correspondía a una infamia, o poco menos. En muchas ocasiones no era al hombre político al que insultaban unos y otros, me consta que era pura y simplemente al español; y en esto todos parecían coincidir: los alemanes, los belgas, los franceses, los holandeses, sin olvidar a los súbditos de su Graciosa Majestad Británica; recuérdese Dunkerque. ¡No desperdiciaban ocasión para insultar en nosotros a España!

Pedí a los alemanes que me dejaran visitar a mis amigos y me lo negaron. Solo y aburrido, me dediqué a leer y a estudiar el alemán; era vital para mí ejercer una actividad si no quería volverme loco, pues la nostalgia de mis padres y de mi tierra se apoderó otra vez de mí. Acostado en la cama, durante horas y horas con la mirada fija en el techo, recordaba mi infancia feliz y libre, mi tierra de Aragón, nuestro folklore: la jota, el flamenco, que tanto me gustaba cantar; la guerra, con sus sufrimientos y sus sacrificios, pero también la amistad y fraternidad en el combate. Y mis padres. ¿Dónde estarían en aquellos momentos? A ratos, el desánimo me ganaba y me paralizaba. En algunos momentos, no obstante, me parecía oír la voz de mis

padres: «Ánimo, tienes que ser uno de los que no se doblegan.» Nunca se me había aparecido tan pura la imagen de mi España: su tierra, su sol, sus montañas, sus flores. ¡Era todo tan diferente en ese país triste y frío! Observaba la energía, la resignación y la tristeza de mis compatriotas, frente a la oprimente existencia que llevábamos. Pero, por encima de todo, despuntaba siempre el orgullo de ser español.

Me animé y decidí pedir al médico alemán que me diese de alta para volver a la barraca de los españoles. Por segunda vez, en varios meses, me disponía a seguir voluntariamente la suerte de mis camaradas. Quizá si hubiera seguido en la enfermería me hubiera librado de las «aventuras» que me esperaban. ¿Quién podía saberlo? Cuando volví al lado de mis amigos desapareció la pesadumbre y la nostalgia. Sentí que resucitaba de nuevo.

Al poco tiempo, un importante grupo de tenientes y lugartenientes llegó al campo. Todos venían de un «Oflag» (campo para oficiales) del norte de Francia. Cuando supieron quiénes éramos, la hostilidad hacia nosotros recomenzó otra vez, dando lugar a enfrentamientos bastante duros, con gran satisfacción por parte de los alemanes. Nuestro contacto con ellos fue muy difícil, ya que los oficiales «colaboradores» al servicio de Vichy dificultaban nuestros intentos de establecer buenas relaciones. Estos «oficiales colaboradores» del régimen de Pétain, y de los alemanes, no podían admitir nuestras actividades clandestinas. Conocían nuestra lucha contra la propaganda nazi, y todo lo que hacíamos para destruir y contrarrestar sus octavillas y periódicos. También los legionarios de nuestra barraca nos dieron en aquella ocasión una prueba de lo que valían: se pusieron a la cabeza de un grupito de los nuestros —los que eran indóciles— para «dar una lección a los franceses, especialmente a los lugartenientes»; les trataron de puercos y cobardes que no habían sabido defender a su país, y les echaron en cara su condición de hijos de familias nobles francesas. Para mí, aquello fue la prueba indiscutible de que eran agentes nazis. Con paciencia conseguimos hacer comprender a nuestros «matamoros» lo absurdo que era enfrentarnos con oficiales prisioneros. Se decidió no ir más por las barracas de los lugartenientes, y así impedir las riñas. La prueba de que nuestro cálculo era justo nos la dieron los

propios lugartenientes. Efectivamente, unos cuantos de sus dirigentes —pues ellos también tenían su organización clandestina— vinieron a vernos y allí empezó una buena amistad cesando las querellas. Tan sólo un grupito de ellos, de la alta nobleza francesa, se negó siempre a «mezclarse con los rojos españoles...».

Un hecho inesperado nos permitiría darles una lección de dignidad. Un grupo de soldados franceses estaba encargado de ir al campo número 1, donde se encontraba la central de correos, a buscar las cartas para los prisioneros. Los campos número 1 y número 2 estaban separados por varias líneas de alambradas, y la distancia entre ellos era de un kilómetro y medio aproximadamente. Para ir del uno al otro era necesario salir a la carretera paralela al campo, siempre escoltados por varios alemanes, naturalmente. El «equipo de correos», como lo llamábamos, consiguió, entre los dos campos, abrir los sacos sin que se dieran cuenta los guardias, y a veces con su complicidad, robando los paquetes de comida que las familias de los franceses les enviaban, sobre todo los destinados a los oficiales. El hecho fue denunciado y los culpables castigados. Fue entonces, y seguramente con segunda intención, cuando el comandante del campo, por mediación del granuja «Málaga», nombró a un grupo de españoles para transportar los sacos de correos. Calcúlese nuestra sorpresa: se pedía a los españoles, a los que estaba terminantemente prohibido salir del campo, que fueran a buscar el correo al campo número 1, y era al «Málaga» a quien los alemanes encargaban para escoger los «voluntarios». Como es lógico, éste escogió a sus amigos, que eran los mismos que habíamos tenido que corregir nosotros en el asunto de las mesas de juego. Al día siguiente los alemanes distribuyeron conservas y chocolate de los paquetes a aquellos desaprensivos compatriotas nuestros, que los aceptaron sin sospechar la doble intención de los alemanes. Inmediatamente les advertimos de que intentaban enemistarnos con los oficiales franceses y en seguida se hicieron cargo de la situación. Teníamos por lo menos eso bueno; el que, pese a nuestras diferencias de opiniones políticas, en los momentos críticos siempre prevalecía el pundonor español. No sólo no aceptaron nada más de los alemanes, sino que pidieron a varios responsables de la organización clandestina que se su-

maran a ellos. Yo fui uno de los designados pero, al salir por la puerta al día siguiente, me sacaron de las filas y me devolvieron al campo, sin ninguna explicación (la explicación la obtendría más tarde). Ni una conserva, ni una onza de chocolate fueron aceptadas cuando los guardianes se las ofrecieron. Como el control de los sacos se efectuaba delante de los prisioneros a quienes iban destinados los paquetes, con nuestra actitud dimos una lección a los oficiales franceses, que supieron calibrar aquel gesto de los «rojos españoles». Habíamos hecho fracasar los intentos de los alemanes de enfrentarnos, una vez más, con los franceses.

Nuestro espíritu de lucha contra los hitlerianos, nuestra moral, seguían intactos; sin embargo, de vez en cuando reflexionábamos sobre nuestra situación. ¿Qué podíamos hacer más? ¿Qué perspectivas existían en el exterior? Sabíamos por nuestro amigo, el fotógrafo vienés, que Inglaterra continuaba en guerra, así como la organización de la lucha por los franceses replegados en las islas británicas (pero también sabíamos la traición de otros franceses, que se habían puesto al servicio de los nazis). A nuestro encierro se añadía la incertidumbre de nuestro destino. ¿Nos encerrarían para siempre en Alemania? ¿Nos enviarían a España? Nosotros nos aferrábamos a una esperanza: ser considerados como prisioneros de guerra, que era nuestra real condición, y poder ser repatriados a Francia. Personalmente, esta esperanza no había arraigado mucho en mí, la verdad. Nos quedaba el recurso de la evasión: ¿Cómo evadirnos? ¿Hacerlo solos o en grupo? ¿Para ir adónde? La mayoría de los que intentaban evadirse eran apresados en seguida y enviados a los campos de castigo para prisioneros de guerra. Un día fui invitado por cinco amigos libertarios a sumarme a ellos para evadirnos. Aunque era un poco escéptico, quise ver las posibilidades de realización de aquel proyecto, antes de notificarlo a mis compañeros responsables del grupo español. Mi escepticismo se confirmó; fue un fracaso en toda la línea. Primeramente, mis compañeros no sabían adónde dirigirse y, además, no tenían ni una brújula. Me procuré una y les propuse que fuéramos en dirección a Hungría. Durante varios días hicimos repetidos intentos para comprobar si era posible pasar por debajo de las alambradas, una vez

cortadas, por una zanja que creíamos invisible para el centinela de la torreta de vigilancia. Una noche se hizo un ensayo y fue nuestro amigo Ángel el encargado de intentarlo, pero fracasó. El pobre Ángel no fue acribillado por puro milagro, ya que el centinela le vio, pese a las precauciones tomadas, y las ametralladoras tiraron sobre él. Al día siguiente los alemanes pusieron un centinela en aquel lugar y nuestro plan, totalmente insensato, quedó en puro proyecto.

Cuando expliqué nuestra tentativa al amigo fotógrafo, me hizo comprender que nuestro proyecto era irrealizable, ya que Hungría tenía un régimen aliado de los nazis, y nos hubieran encerrado inmediatamente, en el caso de que hubiéramos podido alcanzar dicho país. Según él, cualquier evasión era prácticamente imposible, especialmente para los españoles. Sólo si se podía llegar a la URSS o a Inglaterra, pues toda Europa estaba sometida, directa o indirectamente, a los alemanes. Debíamos esperar, pero ¿esperar qué? Ya que no podíamos intentar evasiones, ayudamos a algunos oficiales franceses, suministrándoles brújulas y ropas de paisano, que el fotógrafo nos traía. Otras veces se compraba a los militares alemanes, mediante el estraperlo. Para los oficiales también era muy difícil la evasión, dado que no salían jamás del campo para realizar trabajos. La evasión sólo era posible cuando se salía en pequeños grupos de trabajo y con escasa vigilancia. Aconsejábamos a los oficiales que se arrancasen los galones y que se pusieran en las filas de los soldados para salir al trabajo. Una vez fuera podía intentar evadirse. Otras veces nosotros organizábamos la diversión, simulando riñas junto a las alambradas para distraer a los centinelas, mientras algunos prisioneros intentaban arrastrarse por debajo de ellas. Pero ya he mencionado lo difícil que era salir de Alemania incluso siendo francés y teniendo una cierta posibilidad de pasar a Suiza, cosa que a nosotros nos estaba vedada. La mayoría de los evadidos eran capturados de nuevo y enviados a un campo disciplinario.

Esperaba noticias de mis padres y sólo recibí tres cartas de mis abuelos, en las que me decían que ellos estaban bien, y nada más. Decidí escribir al alcalde de Thouars, en Francia, para preguntarle cuál era el paradero de mis padres. Tuve que hacer un

gran derroche de imaginación hasta que encontré la forma de poder escribir (no hay que olvidar que cada prisionero sólo disponía de una tarjeta, cuyo texto era censurado). Me había fijado en que un argelino, alistado voluntario del ejército francés, y que estaba en nuestra barraca, no escribía a nadie. Le pedí que me prestase su tarjeta y así pude enviar una carta a dicho alcalde. Ignoro si la censura la interceptó o no, pero no obtuve ninguna respuesta.

Encerrados, pero sin perder el buen humor

Mi amigo Julio pidió al teniente «Chulo» que me autorizase a formar parte del grupo de correos. Y el alemán dio su visto bueno. Para mí era un pasatiempo agradable ir todos los días a retirar los sacos de correo. Un día sucedió un hecho curioso: al hacer el trayecto de un campo a otro observamos que una chica joven, muy guapa, se aproximaba a nuestro grupo andando al mismo paso y a la distancia reglamentaria impuesta por los guardias. Ni que decir que, como buenos españoles, todavía teníamos el humor de lanzarle piropos, en español claro. Los piropos y las bromas eran cada vez más atrevidos, ya que estábamos convencidos de que nadie comprendía nuestra lengua. Una mañana, al acercarse a nosotros, le dije:

—Por ti, guapa, y por esos ojazos, sería capaz de ir hasta el fin del mundo.

—¿Sí? Pues ya puede empezar a andar y cuando llegue me espera —replicó ella.

Esa respuesta, hecha en un español casi perfecto, fue seguida de una sonora carcajada. Todos nos miramos asombrados.

Entonces yo le pregunté:

—Usted habla nuestra lengua. ¿Ha estado escuchando todos estos días sin decir nada?

—Sí, señor. Y me divertía mucho, ya que si ustedes hubieran sabido que les comprendía no hubiesen hablado tanto.

—¿Es usted española?

—No, soy alemana, pero he estudiado en España...

Se alejó y no la volvimos a ver nunca más. ¿Era la mujer

de algún oficial? ¿Una empleada de la Gestapo? ¿O quizás un familiar del «Chulo»? Preguntas que quedaron sin respuesta.

La Gestapo se interesa por los españoles

A finales de febrero de 1941 las visitas de nuestro amigo, el fotógrafo austríaco, cesaron bruscamente, pese a que estábamos esperando que nos trajera unas pruebas. ¿Habían descubierto los alemanes sus actividades? ¿Había sido detenido?

El mes de marzo vio la llegada de un importante grupo de «paisanos con abrigo de cuero». Pronto supimos que éste era el «uniforme» de los agentes de la Gestapo. Una febril actividad empezó a notarse en la *Kommandantur*, bajo las órdenes del teniente Hedrich, nuestro «amigo», el «Chulo». El 18 de marzo, a las cuatro de la mañana, fuimos despertados y se nos ordenó que nos presentásemos con nuestros bártulos. Un numeroso destacamento de soldados y algunos de los «paisanos» nos escoltaron hasta el campo número 1. Salimos de aquel lugar en medio de un gran silencio. Los españoles éramos unos 350. En el campo número 1, nos concentraron en un recinto rodeado de alambradas y de centinelas con el casco de acero. Era la primera vez que veíamos a los guardianes con aquel casco hundido hasta los ojos (cuando la Wehrmacht llevaba el casco era señal de que se preparaba algo grave). Se nos dijo que íbamos a ser censados, pero nos llamó la atención el hecho de que todos los «controladores» eran oficiales de la Wehrmacht y agentes de la Gestapo. A partir de aquel momento todo fue diferente: el tono de las órdenes, los insultos, los golpes, las vociferaciones, la comida..., el trato, en suma.

Empezaron a ficharnos. A la llegada al «Stalag» nos habían dado un número (recuerdo que yo tenía el 79863), tomándonos la filiación. Ahora era distinto, cada español era introducido individualmente en las oficinas de la Gestapo y se le inspeccionaba de pies a cabeza. Yo fui metido en la ducha y me cortaron el pelo al rape. Cuando digo cortado debería decir arrancado, pues aquello fue un verdadero «escalpe». Hicieron un inventario completo de mi cuerpo. Hasta las partes genitales nos fueron «con-

troladas». Aquella operación duraba varias horas. De vez en cuando, al no comprender con rapidez las órdenes, los guardias nos daban un puntapié o una bofetada. Las brutalidades llovían sobre nosotros, ya que dichas órdenes nos eran dadas en alemán. Nos hicieron fotos de frente, de perfil, de todo el cuerpo, de la mitad del cuerpo, de los pies, de las manos... La foto de identidad estaba tomada de tal manera que parecíamos «gangsters» o asesinos. (En 1945 conseguí hacerme con dicha foto y nadie me reconoció en ella, la verdad es que me la hicieron tras haberme dado una soberana paliza.) En la sala de interrogatorios había cuatro oficiales, tres policías, y dos secretarias de la Gestapo que escribían a máquina nuestras declaraciones. Todos hablaban el español más o menos bien, y dos de los oficiales lo pronunciaban perfectamente, mejor que muchos de nosotros. Fui colocado frente a uno de ellos, que tenía un cierto acento andaluz:

—Tu nombre, dirección en España, edad, y grado en el ejército.

—Me llamo Ramón Constante, de Huesca, diez y nueve años, y era cabo del ejército republicano.

Iba a continuar, cuando «El Andaluz» (así lo había apodado ya para mis adentros) saltó por encima de la mesa, me pegó un puñetazo y me agarró por la garganta con las dos manos, cortándome la palabra.

—¡Bandido! ¡Canalla rojo! Tú no te llamas Ramón, sino Mariano. Tienes veinte años, y has nacido en Capdesaso.

Un policía de la Gestapo vino hacia mí y me hizo una llave en el brazo, mientras el oficial me daba puñetazos en el vientre y en la cara. No sé cómo logré contenerme; aquel día hubiera dado la mitad de mi vida para poder enfrentarme con ellos mano a mano, de hombre a hombre. Bajo la avalancha de golpes me contuve, mirándoles con desprecio, sin exhalar una sola queja. Sabía que aquella actitud sólo me acarrearía disgustos, pero, como aragonés, no pensaba dar el brazo a torcer, desde luego. «El Andaluz» agregó:

—¿Dices que eras cabo? ¡Embustero!

Y cayó sobre mí una nueva ración de golpes.

—Eras teniente de la 43 División, mandada por «El Esquinazado».

Al entrar en el «Stalag», al igual que muchos de los nuestros, me había cambiado el nombre y otras señas con las que pudieran identificarme. Rápidamente me di cuenta de que tenían toda clase de datos sobre nosotros. Siguieron preguntándome:

—En julio de 1936: ¿dónde estabas?

—En Barcelona.

De nuevo la emprendieron conmigo tirándome al suelo y dándome patadas y pisotones. Estaba tan molido por los palos recibidos, que no me podía tener en pie. Viéndome en aquel estado aplazaron el interrogatorio hasta el día siguiente.

De regreso a la barraca, junto a Julio, que también había sido «acariciado», así como los demás españoles, nos dijimos que era inútil negar los hechos de nuestra guerra. A la mañana siguiente me contaron mi vida con más detalles de los que yo era capaz de recordar. ¡Y pensar que había destruido toda mi documentación al final de la guerra civil!

Prosiguieron las «revelaciones»:

—Tú te evadiste del territorio nacional, pasando al bando republicano en la primavera de 1937, y fuiste voluntario en el ejército de los rojos.

De vez en cuando intentaba negar alguna cosa incierta, lo que me valía nuevos golpes. Después me interrogaron sobre mis actividades en Francia, pero nada pudieron achacarme puesto que de ese período lo ignoraban todo. Sin embargo, cuando empezaron a interrogarme sobre el tiempo que estuvimos prisioneros en Baccarat y en los otros campos comprendí muchas cosas.

—Tú eres uno de los responsables de la organización clandestina del campo —afirmó «El Andaluz».

—Yo no me ocupo de política, no pertenezco a ningún partido y no conozco nada de estos asuntos —le contesté.

Después de haber recibido otra paliza, prosiguió el interrogatorio:

—¿Quién ha organizado el grupo clandestino del campo? ¡Hernández, García, Leiva, Donato y tú! ¿Quién da las órdenes a los españoles para oponerse al mando alemán? ¡Hernán-

dez, García, Leiva, Donato y tú! ¿Quién ha dirigido los sabotajes, como el de la estación? ¡Hernández, García, Leiva, Donato y tú!

Negué con todas mis fuerzas, pues no quería confesar nada. Me derribaron al suelo de nuevo y me golpearon encarnizadamente. Mis compañeros de cautiverio no acababan de creer lo que veían: era terrible el estado en que me habían dejado (más tarde ellos también conocerían semejante interrogatorio). Decidí no contestar nada más. ¿Para qué, si conocían mi vida mejor que yo? Y siguieron las acusaciones:

—Tú y tus amigos habéis tenido relaciones con un agente del Komintern, que entraba en el campo como fotógrafo. Tú y tus amigos habéis facilitado la evasión de oficiales franceses, aunque ninguno de ellos ha ido muy lejos.

Pese a mi decisión de no responder, continué negándolo todo:

—Eso es falso, y si alguien se lo ha dicho ha mentado —les dije, esperando el consabido palizón.

—¿Ah sí? Pues bien: el teniente Hedrich, los «legionarios» de la barraca 29, el delegado de Vichy en el campo, y algunos más, podrían confirmar todo lo dicho. ¿Creéis que la policía nacionalsocialista es una policía de opereta?

Por última vez, en aquel campo, me apalearon. Hasta tal punto que perdí la noción de lo que ocurría a mi alrededor. Me habían pegado tanto que les pedí que me enviaran a mi país, pues prefería ir a morir a mi tierra. Ser «liquidado» y no sufrir más torturas era ya casi una obsesión en mí (y, al igual que para mí, para todos los compatriotas). Los nazis se burlaron cuando les dije que me dejaran regresar a España. Me contestaron que no me preocupara, que pronto estaría en un lugar tranquilo.

Don Enrique, Julio, Donato, Leiva..., y la mayoría de nuestros compañeros, recibieron el mismo trato, unos por sus actividades en España, y otros por las del «Stalag». Mi amigo Marcelino —que era comisario en España— fue torturado salvajemente y durante varios días no pudo tenerse en pie.

Los interrogatorios terminaron a finales de marzo, pero continuamos encerrados en el recinto especial.

Pese a estar medio destrozados por las palizas y las torturas, aún teníamos ánimos para continuar nuestras actividades clandestinas. Los alemanes, y la Gestapo, con sus barbaridades, habían conseguido unir y soldar aún más nuestro grupo de españoles. Poco podíamos hacer materialmente, pero era necesario infundir moral a nuestros compatriotas. Esa ayuda era de una importancia capital en tales circunstancias. La mejor prueba era que dos días después de haber sido torturados ya bromeábamos parodiando incluso los interrogatorios y las palizas recibidas. ¿Inconsciencia? No lo sé. Lo que sí es cierto es que ese talante tan ibérico nos permitiría salvar situaciones aún más difíciles. Analizamos nuestra situación y reconocimos que, inconscientemente, habíamos caído en la trampa de la Gestapo diversas veces, al no saber calibrar, en su justo valor, a la policía y a sus chivatos. Así era como el teniente Hedrich, que resultó ser el jefe de la Gestapo del campo, había conseguido «encandilarnos», y algo más grave: había logrado introducir sus agentes entre nosotros, haciéndolos pasar por legionarios franceses. Él conocía todas nuestras actividades, nuestras consignas y nuestros responsables. Pero de otra cosa estábamos también seguros y orgullosos: de la lealtad de todos los españoles, que no habían caído ni en la delación ni en la traición, con la excepción del «Málaga». Teníamos desacuerdos, desde luego, pero, frente al enemigo común, nuestra unidad era mucho más fuerte que en España.

Estábamos seguros de que íbamos a salir muy pronto de aquel campo. Algunos guardias nos decían que nos enviarían a España, según otros a Francia, y según otros seríamos encerrados en cárceles alemanas. Posiblemente la alternativa que más nos seducía era la idea de ser entregados a Pétain. Yo estaba convencido de que, tras los interrogatorios, seríamos entregados a las autoridades españolas.

El 2 de abril de 1941, al anochecer, bajo una escolta impresionante, de cerca de 200 soldados y policías, fuimos conducidos a la estación del ferrocarril en Kaisersteimbruck, la misma donde habíamos desembarcado ocho meses antes. Nos metieron en un tren especial y, después de varias horas de espera, salimos en dirección a Viena, capital de Austria y en poder de los nazis.

Así abandonábamos el campo «Stalag XVII A».

Nos llamó la atención el hecho de que nos transportaran en coches de tercera clase y no en vagones de carga. Esto hizo pensar a unos que íbamos a España y a otros que volvíamos a Francia. La Gestapo hizo correr el rumor de que nos llevaban a Francia. Como escolta llevábamos a un «hombre con abrigo de cuero» en cada departamento, y en la cabeza y en la cola del tren, vagones cargados de soldados armados. El 3 de abril por la tarde llegábamos a Viena. Nos subieron en varios camiones, bien vigilados por la policía motorizada, y nos condujeron a la prisión central de la ciudad, donde nos colocaron en dos grandes naves. Allí empezó un nuevo interrogatorio, sin ser tratados o torturados tan brutalmente como en el «Stalag», desde luego. Estábamos estrechamente vigilados y no podíamos comunicar con los otros presos. Nunca pude saber por qué paramos en Viena. Pedí permiso para ir al retrete y, al pasar junto a la puerta, vi a un preso de rodillas, limpiando el suelo. Al pasar me hizo señas para que me acercara. Sin inclinarme hacia él me puse a su lado, como si esperara mi turno para ir a orinar. Cual no fue mi sorpresa al oír en español:

—Camarada, soy un combatiente de las Brigadas Internacionales y sé que vosotros sois republicanos españoles. Di a tus camaradas que os llevan a un campo especial. ¡Ánimo! Procuraré venir más tarde para hablar con vosotros.

Un policía se acercó y gritó:

—*Was machst du hier? Heraus!* (¿Qué haces aquí? ¡Lárgate!)

Y de un patadón tremendo hizo alejar al amigo austríaco, o alemán, que me había hablado. Ya no volví a verle.

El 6 de abril fuimos embarcados de nuevo en el mismo tren que nos había traído, y que esperaba en el andén de una estación de mercancías, sin duda en la periferia de la capital austríaca. Antes de salir de Viena, aprovechando que estábamos todos juntos, decidimos intentar evadirnos colectivamente al atravesar Francia, pues no teníamos la menor duda de que nos llevaban a España.

Antes de subir al tren miré todas aquellas caras tan conocidas. En aquel momento no podía imaginar que de aquellos hombres llenos de salud, de juventud y de entusiasmo, pese a las vicisi-

tudes sufridas, pocos meses después se contarían los supervivientes, casi con los dedos de una mano.

En la madrugada del día 7 de abril de 1941, el tren se inmovilizó en una pequeña estación muy cerca del Danubio. Nuestro viaje había durado sólo unas horas desde la salida de Viena. Luego supe que nuestra expedición era la única que había llegado a aquel lugar en coches de viajeros.

Se ordenó que nos apeáramos. Al descender del vagón por la portezuela, pude leer el nombre de la estación: MAUTHAUSEN.

5

K. L. Mauthausen

*Algunos detalles sobre organización
de un campo de exterminio*

¡Mauthausen, fatídico nombre! ¡Mauthausen, campo de la muerte! ¡Mauthausen, cuyo nombre da escalofríos sólo con pronunciarlo!

Mauthausen fue, con Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Neuengamme, Sachsenhausen y Rawensbrück —este último de mujeres—, el término final de la odisea trágica de miles de españoles republicanos, hechos prisioneros por los nazis en Francia desde 1940 a 1944.

En Auschwitz —cerca de Cracovia, en Polonia—, en Sachsenhausen —junto a Berlín—, en Flossenbürg —entre Nuremberg y Pilsen, en la frontera alemano-checa—, en Neuengamme —cerca de Hamburg—, fueron encerrados un número reducido de españoles. En cambio, en Dachau —cerca de Munich— y Buchenwald —cerca de Leipzig—, hubo bastantes más, procedentes casi todos de las cárceles francesas, por haber participado en acciones armadas de la Resistencia Francesa contra los invasores alemanes. Otros habían sido fusilados en Francia pues,

generalmente, cuando los nazis descubrían un republicano español, lo fusilaban inmediatamente. Muchas estelas hay diseminadas por el territorio francés, con las inscripciones: «Aquí fue asesinado un republicano español anónimo.»

El campo de Rawensbruck «albergó» a varias compatriotas nuestras, todas ellas miembros también de la Resistencia Francesa. Algunas de ellas fueron trasladadas a Mauthausen, en 1945, al evacuar aquel campo los nazis. Hubo españoles aislados que fueron encerrados en otros campos, donde perecieron. Este fue el caso en Terezin, en Checoslovaquia, donde estuvo, y murió, un solo español (oficialmente inscrito; no se sabe si los hubo «extraoficiales»). Pero el núcleo más importante de españoles fue deportado a Mauthausen.

Los campos de concentración fueron clasificados por los SS en tres categorías: la I, la II y la III.

Por ejemplo: Dachau y Sachsenhausen eran de la categoría I; es decir, la de los «recuperables».

Buchenwald, Flossenburg, Neuengamme, Auschwitz I, eran de la categoría II.

Mauthausen fue clasificado en la categoría III; es decir, la de los «irrecuperables». La más terrible de todas.

La clasificación en estas tres categorías fue hecha por Reinhard Heydrich, uno de los principales jefes de las SS. Y dio el visto bueno Himmler, jefe supremo de las SS.

Los presos de Mauthausen eran considerados enemigos peligrosísimos del III Reich. De ahí su etiqueta de «irrecuperables», sin ninguna posibilidad de liberación. Ningún preso entrado allí debía salir con vida, tal era el designio de las SS. Además de la clasificación mencionada, dada por los altos dignatarios nazis, Mauthausen fue considerado como *Vernichtungslager* (campo de exterminio), en el lenguaje que los SS empleaban entre sí.

Esto no quiere decir que en los otros campos no se emplearan los mismos métodos que en Mauthausen. La clasificación de Heydrich sólo fue respetada en los primeros tiempos de su promulgación (enero de 1941). Más tarde, las mismas consignas fueron dadas para Auschwitz y Buchenwald, quedado sin efecto las primeras catalogaciones, puesto que la exterminación se practicaba metódicamente en la mayoría de los campos.

Que se sepa, Mauthausen fue el único campo donde nunca pudo penetrar la Cruz Roja Internacional, ni delegación internacional alguna.

El campo de Mauthausen, situado en la cima de una colina que domina el valle del Danubio, hubiera podido ser un paraje idílico, dado su situación geográfica, si no hubiera tenido el triste privilegio de ser construido para el exterminio de miles de personas. En una de las vertientes de la colina está situada la cantera de Wienergraben. Esta cantera pertenecía al ayuntamiento de Viena antes de la anexión de Austria de 1938. Los SS la adquirieron para explotarla con la mano de obra del campo, en el verano de 1938. Un grupo de prisioneros traídos de Dachau empezó la construcción de dicho campo. La mayoría de esos detenidos eran delincuentes comunes a los que, más tarde, se agregaron detenidos políticos austríacos y alemanes, destinados a trabajar en la cantera. La empresa de explotación de la cantera de Mauthausen era de los SS, y todo el producto de la extracción de la piedra iba a la «caja particular» de los SS. Es decir, el beneficio de su producción no servía al Reich alemán, sino integralmente a los SS, sin que éstos dieran cuenta a nadie de aquel «negocio». Para comprender eso es necesario explicar, brevemente, qué eran los SS y su organización.

SS era la abreviación de «Schutz-Stafel» (Secciones de Seguridad). El cuerpo de los SS fue constituido, en 1933, con los grupos de choque del partido nazi. No estaban subordinados a ningún organismo existente en Alemania. La fidelidad a su propio partido y al Estado tenía menos importancia que la «lealtad incondicional» al Führer. Habían sido creados para defender e imponer las ideas de su jefe, Adolf Hitler, y eran la emanación de su dictadura personal, dependiendo de la voluntad absoluta del Führer. De ahí el que se considerasen como hombres superiores, como una élite, como prototipos de una raza escogida, y que, por eso, sus poderes fueran ilimitados.

Estas, y muchas otras, eran las razones que hacían posible que sus actividades fuesen ultrasecretas. Poseían un estatuto privilegiado que hacía de ellos los instrumentos de la aplicación del estado de excepción, con la supresión total de las garantías del derecho individual y colectivo.

Hitler nombró a su hombre de confianza, Himmler, jefe supremo de esta organización (Reichsführer SS).

Todos los campos de exterminio nazis en Alemania, y en los territorios ocupados, fueron administrados y vigilados por los SS.

Mauthausen se contó entre los más terribles de aquellos campos.

Primeras impresiones del «campo de la muerte»

Al bajar del tren, mi primera visión a través de la penumbra y de neblina matinal fue una fila de soldados, con el casco de acero, y en la mano el fusil con la bayoneta calada.

Al ver aquella estación, parduzca, desierta, me invadió en seguida un sentimiento de miedo y tristeza. Los SS nos estaban esperando. Aquellos SS de los cuales habíamos oído hablar tanto, con la insignia tan conocida: la calavera en el casco y también en el cuello de la guerrera. Todos eran jóvenes de 18 a 24 años. Algunos llevaban una cinta negra en la parte inferior de la manga, sobre la cual había escrito, en letras blancas, *Toten-kopf* (cabeza de muerto, o calavera).

De repente, tras una orden gritada en alemán, la jauría se desencadenó. Gritos, empujones, palos, culatazos, para formarnos de tres en tres. ¡Y desgraciados los que no obedecían en seguida! Escortados por unos 150 SS, atravesamos el pueblo de Mauthausen. Ni un sólo ser viviente en la calle principal. Las casas estaban cerradas. Ni siquiera se oía el ladrido de un perro al pasar nosotros, como si al paso de las hordas hitlerianas llevando su rebaño al matadero, todo ser viviente, hombres y animales, hubieran quedado petrificados. Una vez cruzado el pueblo, comenzó la subida hacia el campo, por un camino estrecho, resbaladizo, donde era difícil avanzar en filas de tres. Había que marchar rápidamente bajo la lluvia de golpes. Antes de llegar al campo varios compatriotas cayeron al suelo, extenuados, siendo pisoteados por sus verdugos. Pudimos recogerlos y arrastrar a varios hasta el campo, al que llegamos después de media hora de marcha, siempre cuesta arriba.

Mi primera impresión fue la de encontrarme ante una inmen-

sa obra de construcción, ya que había muchos hombres empleados en trabajos de excavación. Pasamos el primer control y entramos en el recinto o perímetro exterior, donde me apercibí de las torretas de vigilancia, en las cuales montaba guardia un centinela con ametralladora. Sobre un muro en construcción, un águila inmensa, en cobre verde, dominaba la entrada de la plaza donde estaban los garajes de los SS. No tuve la menor duda: estábamos en uno de aquellos campos de los cuales tanto habíamos oído hablar. Aún tuvimos que subir por unas escaleras de granito y nos encontramos ante las dos torres que debían sostener, más tarde, la puerta de entrada. Digo más tarde, porque en aquella época la fortaleza no estaba terminada. Había veinte barracas, y las alambradas estaban colocadas apenas a dos metros de las puertas de las barracas 1, 6, 11 y 16. Las alambradas estaban sostenidas con postes de madera y enganchadas en aisladores de porcelana. En el primer poste, una placa metálica con esta inscripción: *Vorsicht! Lebensgefär* (atención, peligro de muerte). Yo no conocía todavía el alemán, pero un relámpago rojo, dibujado junto a la inscripción, me hizo comprender que se trataba de alambradas con corriente eléctrica de alta tensión.

¡Una verdadera visión de pesadilla!

Miré en torno nuestro y vi a los SS con los látigos de nervios de buey, rodeados de varios colosos (*kapos*), vestidos con trajes de presidiarios, que vociferaban y amenazaban a otros presos que trabajaban. Las alambradas de alta tensión, el humo negro y el olor a carne quemada que venía de una gran chimenea situada al fondo de la plazoleta donde nos encontrábamos, el aspecto siniestro de las barracas, todo ello parecía un cuadro dantesco. Sentí una opresión inmensa, atenzadora, que me hacía un nudo en la garganta, de donde no podía salir una sola palabra. Aquella imagen era la que yo me hacía del infierno. Pero, franqueado el umbral de las dos torres, no quedaba ya lugar ni para comparaciones, ni para recuerdos de ninguna clase.

Esperando nuestro turno para entrar en las duchas y desinfección, vi pasar cuatro presidiarios cargados con piedras, y me quedé estupefacto al oírles hablar español. Les pregunté:

—¿Sois españoles?

—Sí, pero no nos hables, porque los SS y los kapos te mole-
rían a palos si ven que lo haces. Espera, vendremos a vuestro
lado a cargar piedras. Si tenéis cigarrillos y comida tiradlos al
suelo, pues os lo quitarán todo.

Unos minutos más tarde vinieron a cargar algunas piedras
cerca de nosotros. Quedé sorprendido de la delgadez de sus
cuerpos. Eran auténticos esqueletos.

—¿Qué es este campo? ¿Hace tiempo que estáis aquí?

Uno de ellos se acercó un poco y me dijo:

—Sí, amigo. Yo llegué aquí el 10 de agosto de 1940. Me tra-
jeron directamente de Francia. Este es un campo de exterminio,
y los alemanes nos han dicho que nadie saldrá vivo de aquí.
Tened cuidado. Obedeced en seguida sus órdenes para evitar que
os «liquiden» a golpes.

Cargó una piedra sobre sus hombros y se alejó. La forma de
sus huesos se marcaba sobre su uniforme. ¡En aquel infierno
había españoles desde ocho meses antes!

Me llamó la atención una insignia y un número que llevaban
en la chaqueta y en el pantalón. La insignia era un triángulo
azul de unos seis centímetros de anchura, en el centro del cual
había una S mayúscula de color blanco. Debajo llevaban un
número escrito en negro, sobre una banda de tela blanca. ¡El
triángulo azul! Este sería el distintivo de los españoles republi-
canos; el que nos diferenciaba de los otros detenidos. Este
triángulo estaba destinado, en principio, a los «apátridas», pero
lo cierto es que sólo lo llevamos nosotros. En Francia fueron
detenidos «apátridas» de Italia, de Hungría, de Alemania, pero
a ninguno de ellos le dieron el triángulo azul. Ello prueba que
había sido creado especialmente para nosotros con el fin de
que fuésemos «controlados» y distinguidos en todos los campos.
(Los diferentes triángulos que llevaban los deportados eran:
verde para los criminales; negro, para los asociales; marrón,
para los gitanos-zíngaros; violeta para los creyentes y los curas
alemanes; dos triángulos invertidos y amarillos —estrella de
David— para el distintivo de los judíos; rojo, el de los políticos
alemanes y austríacos; rojo —con la inicial de cada país, escrita
en negro— era el distintivo de todos los deportados políticos.
Y azul, con la S blanca, el de los españoles.)

Por grupos de cuarenta o cincuenta nos hicieron bajar a unos
sótanos donde se encontraban las duchas. En la antesala había
varios presos encargados de afeitarnos, mientras otros nos quita-
ban nuestro equipaje y la ropa, bajo la vigilancia de los SS.
Desfilamos ante una mesa, donde cuatro presos establecían una
ficha de entrada al campo. La ficha fue hecha rápidamente; no
hay que olvidar que un expediente con la ficha de la Gestapo,
hecha en el «Stalag», nos había precedido. Aquello era sólo un
requisito para el control interno del campo. Me dieron un nú-
mero. Mariano Constante había dejado de existir. Allí, en Maut-
hausen, me llamaría: «Spanier 4584.»

Mi maleta de cuero, que arrastraba desde España; mi macu-
to italiano, recuperado en la batalla de Fanlo; mi reloj; las sor-
tijas, y, sobre todo, mi cartera con las fotos de mi familia, que
consideraba como el tesoro más importante del mundo; todo me
fue arrebatado y metido en un saco de papel. Pero antes los SS
hacían su selección, separando los objetos de valor, o los que a
ellos les gustaban. Después empujados por los SS armados de
látigos, nos condujeron hasta donde estaban los barberos, que nos
afeitaron de la cabeza hasta los pies. Ni un centímetro de nuestro
cuerpo fue olvidado. Los velludos del pecho o de las piernas,
como era mi caso, éramos los más difíciles de «pelar» con aque-
llas navajas, que no tenían de navajas de afeitar más que el
nombre, y que nos arrancaban la piel. Al terminar nos metieron
bajo una ducha de agua helada, que nos dejaba paralizados.
Luego, completamente desnudos, nos hicieron formar otra vez,
junto a la puerta de entrada, donde se encontraba la barraca del
lavadero. Tenía la impresión de estar más desnudo de lo que
estaba en realidad. Sin la ropa y sin pelo, me parecía que me
habían despojado de una parte de mí mismo.

Al formar me fijé en que un grupo de 40 o 50 de los nuestros,
enfermos y agotados, habían sido separados, entrando los últi-
mos en las duchas. Entre ellos se hallaba mi amigo Paco, que
se había lesionado levemente en un encuentro de fútbol en el
«Stalag XVII A». Paco era uno de mis mejores camaradas,
teniente de mi promoción en España. Cuando los hombres váli-
dos fuimos conducidos a la barraca, ellos entraron en los sótanos
de las duchas y no los volvimos a ver nunca más. ¿Inyección de

gasolina? ¿Pelotón de ejecución? ¿Cámara de gas? Lo ignoro, lo cierto es que no quedó ninguna huella de aquellos compatriotas nuestros. (Se calcula que unos 30.000 a 32.000 españoles estaban en primera línea en Francia. Admitiendo que sólo la mitad fueran hechos prisioneros y deportados a Mauthausen, donde fueron conducidos la mayoría de ellos, no cabe duda de que estaríamos muy lejos de la cifra oficial de muertos facilitada en 1945, después de la Liberación. No hay duda de que desaparecidos como éstos debió haber muchos, y una prueba es el gran número de familias que en España aún esperan en vano noticias de un ser querido, desaparecido en aquellos años, al caer en manos de los alemanes.)

Una enorme puerta hecha con tablones, sobre los cuales se enrollaban alambradas puntiagudas, se abrió ante nosotros. Dos SS y un oficial estaban de guardia. Empujados como ganado, bajo los golpes y los gritos de los SS, nos condujeron corriendo al *block* (barraca) número 13. Allí, tres energúmenos, que medían por lo menos un metro noventa y que eran de constitución hercúlea, nos hicieron formar en columnas de diez delante del *block*, bajo la vigilancia de los SS que controlaban las operaciones. Después de habernos preguntado si comprendíamos el alemán, llamaron al intérprete del *block* 17 —un alemán que había vivido en España y que comprendía nuestra lengua—. Aquel intérprete llevaba el triángulo rojo, el de los políticos, pero de tal no tenía nada. Era un sádico criminal y a los españoles nos tenía un odio mortal. Se llamaba Henri, pero los españoles le habían apodado «El Enriquito» (era, además, algo homosexual). Empezó a traducirnos el discurso del jefe de *block*, añadiendo palabrotas de su cosecha, para insultarnos:

—Aquí estáis en Mauthausen. De este campo no saldrá con vida ni uno solo de vosotros, pasaréis todos en humo por la chimenea del crematorio. Habéis combatido contra el Führer, y contra Alemania, y ahora veréis lo que hacemos de vosotros. Quiero disciplina en el *block*, mucha disciplina. El que salga del *block* será castigado. Está prohibido ir del *stube* A (sala) al *stube* B. No quiero oír hablar en el interior del *block*. No toleraré un sólo gramo de polvo en él...

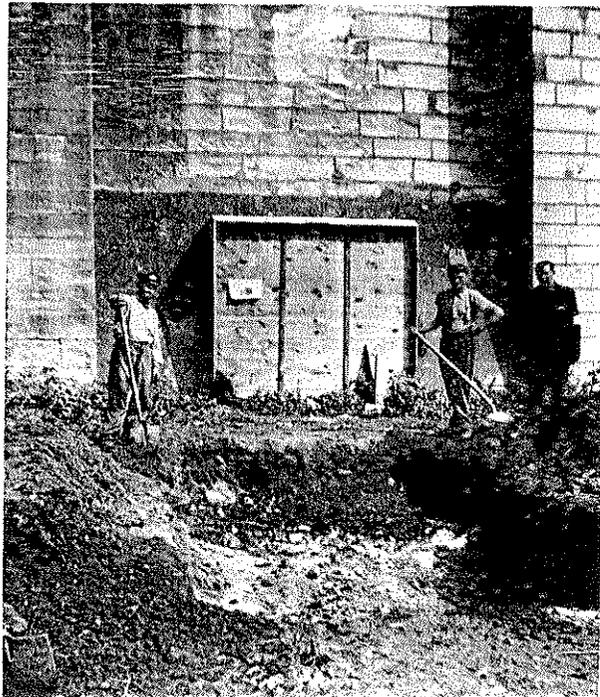
Y así durante un buen cuarto de hora. Lo único que podíamos



Fotografía del autor realizada a su entrada en el campo de Mauthausen.



Judío holandés ahorcado en los retretes por el jefe de barraca, un delincuente común alemán.



hacer era respirar, pero había que hacerlo sin ruido. Los blocks estaban divididos en dos partes: stube A y stube B. Entre los dos se encontraban los retretes y los lavabos. El stube se componía de una gran sala dormitorio y de otra sala más pequeña llamada comedor. (Ironías de la vida: llamar comedor a un lugar donde se moría de hambre...) En el comedor había varios armarios, y en dos rincones había cuatro literas dobles, donde dormían: el jefe de block, el jefe de stube y varios kapos (cabos de vara), todos ellos presos de «delito común». Un tapiz de lona separaba el comedor de la puerta de entrada al dormitorio. Para entrar al dormitorio nos hicieron sacar las chancletas de madera, y desgraciado del que ponía un pie fuera de la lona. Las literas eran de dos pisos y tenían un colchón de paja de unos 60 centímetros de ancho. (Las literas fueron suprimidas pocas semanas después, y tuvimos que acostarnos en el suelo. Así podían «pensar» más presos en cada stube.) Teníamos que dormir dos hombres en cada colchoneta.

El uniforme de presidiario que me habían «regalado» era demasiado pequeño para mí; el pantalón me llegaba solamente a la pantorrilla, y las mangas de chaqueta apenas cubrían los codos, lo que me daba una facha de auténtico payaso. A mi amigo Carlos —que no medía más de un metro cincuenta y cinco— le habían dado un uniforme donde cabían dos como él. Hicimos el cambio y aquello nos costó la primera gran paliza recibida en Mauthausen. El jefe de block lo vio y nos denunció, pues aquello estaba prohibido.

Por la tarde, después de la formación para contarnos (lo cual hacían cuatro veces por día), un amigo de Septfonds, al que había visto al pasar por la barraca 6, consiguió venir a verme, burlando la vigilancia del jefe de block. Mi amigo había llegado a Mauthausen en diciembre de 1940. Nos explicó lo que era la vida en el campo, dándonos consejos para evitar castigos. Y nos dijo lo que nos esperaba a todos, la poca esperanza que tenía de que pudiéramos aguantar aquella vida, el hambre que se pasaba, y toda clase de torturas físicas y morales. Cientos de compatriotas nuestros habían sido ya exterminados y quedamos en el crematorio. Antes de marcharse se dirigió a mí y me dijo:

—Mariano, ten cuidado, porque hay bandidos depravados

que persiguen a los muchachos, de la misma manera que un hombre normal va detrás de una mujer. Son todos homosexuales y buscan a la gente joven...

A pesar del cansancio, dormí muy poco aquella primera noche, buscando una solución para hacer frente a tal situación. ¿Existía una posibilidad de sobrevivir en aquel infierno? No veía forma de que nuestra organización fuese de utilidad en aquel campo como lo había sido en los demás. Una cosa era cierta: habíamos entrado en el mismísimo infierno, en un mundo inhumano y espantoso, donde todo era distinto a lo que ocurría al otro lado de la doble línea de alambradas electrificadas que enclaustraban aquel reducto de la muerte. Allí nuestro cerebro no tenía tiempo para otra cosa que pensar en los medios para poder resistir. Pasada la primera noche en Mauthausen, dos cambios se produjeron en mí: el miedo que siempre me atenazaba había desaparecido, y en un día y una noche yo había envejecido unos diez años.

Nos levantábamos al despuntar el alba y hacíamos nuestras camas alineando las colchonetas a la misma altura: no se permitía que hubiese una sola jiba de deformación en ella. ¡Pobre de aquel que no supiera «mantener la alineación»! Luego íbamos a los lavabos, con el torso desnudo, para asearnos. Allí disponíamos solamente de una docena de lienzos ásperos para secarnos todos. Después nos daban un cacito de sopa —hecha con cierta clase de producto sintético—, que era un «caldo» que debíamos tomar en el exterior del block, delante de la puerta. Cuando terminó la primera alineación del día, y los otros deportados salieron del campo en grupos para trabajar, se nos entregó el triángulo y el número de matrícula, que cada uno debía coser sobre su uniforme. Como ya he dicho, se trataba de un triángulo azul con la S blanca —abreviación de *Spanier* (español)— y las cifras pintadas en negro sobre fondo blanco. Era obligatorio saber decir el número en alemán, no saberlo equivalía a un castigo. Al tiempo transcurrido entre la llegada y el momento de ser enviados al trabajo se le llamaba período de «cuarentena».

El 9 de abril de 1941, dos días después de nuestra llegada, cayó una gran nevada y sufrimos el primer castigo colectivo. El pretexto fue que un compañero había salido del block des-

pués de las nueve de la noche. Una campana situada a la entrada del campo señalaba a las nueve de la noche el toque de queda y nadie podía salir del block, bajo pena de ser tiroteado por los SS de guardia. Nos hicieron levantar y, vestidos tan sólo con el calzoncillo transparente, descalzos, por medio de golpes de porra, los alemanes nos obligaron a correr y a echarnos al suelo, sobre la nieve, en medio de la calle. Al cabo de dos horas, cuando la nieve estuvo completamente apisonada, se nos dio permiso para volver a las barracas. Pocos pudimos dormir aquella noche. Para algunos de los nuestros aquello fue el comienzo y el fin del calvario: al día siguiente morían de congestión pulmonar.

La «cuarentena», para nosotros, sólo duró dos días. Los SS, que habían decidido acelerar la construcción de la fortaleza con los deportados españoles, tenían que hacernos trabajar mientras aún tuviéramos fuerzas para ello.

Como deseaba saber y conocer bien cuál era la vida en el campo, no dejé un momento de observar las idas y venidas de los SS a nuestro block. Y, en particular, la actividad de los alemanes de «delito común» que eran jefes de block, jefes de stube, kapos, barberos, etc. Es decir, los que tenían en sus manos toda la dirección interior del campo. Pronto pude deducir que aquella «mafia», el hampa del campo, era tan terrible como los propios SS, con un poder sin límites acordado por éstos. Me di cuenta, desde el primer día, de que los deportados encargados de la limpieza de los blocks tenían por lo menos una ventaja sobre los demás: permanecer en el interior del block mientras los otros eran sacados al exterior, una vez levantados, fuera cual fuera el tiempo. Por eso, al tercer día, cuando el jefe pidió voluntarios para limpiar antes de salir al trabajo, me presenté a él. Me ordenó limpiar el polvo de las vigas de madera que sostenían el techo de la barraca y que en algunos sitios se encontraban a cuatro metros del suelo. Para alcanzar aquellas alturas tuve que realizar verdaderas acrobacias. También aquello formaba parte de la tortura cotidiana. Los SS subían encima de una mesa, sobre la cual ponían una silla, y pasaban el dedo sobre las vigas de madera para ver si había polvo. ¡Pobres presos si encontraban un gramo de suciedad!

De los cinco alemanes que dirigían el block, cuatro llevaban

el triángulo negro (asociales) y sólo uno el verde (criminales). Este último era el secretario de la barraca, encargado del control administrativo. Un mocetón de casi dos metros, con gestos y ademanes que denotaban mucha viveza, de mirada inteligente. Había notado que era el único que no pegaba a los españoles, limitándose a gritar y amenazar. También noté que los SS no le miraban como a los otros «bandidos». (Los españoles dimos este nombre de «bandidos» a todos los deportados alemanes —salvo algunos curas y hombres políticos— puesto que, aunque de triángulo diferente, su comportamiento fue siempre el de auténticos bandidos.)

Cuando acabé de limpiar el polvo la primera vez, el secretario me llamó a su mesa y, «chapurriendo» el español, me dijo:

—Tú ser muy joven. ¿Cuánta edad?

—Veinte años, secretario.

—Tú limpiar mi mesa y hacer mi cama todos los días.

No contesté en seguida, desconfiando de él, sobre todo cuando pensé en lo que me había dicho mi compañero de Septfonds sobre los homosexuales.

—Si el jefe de block me lo ordena, lo haré —le respondí.

—Jefe de block estar de acuerdo, tú comerás un poco más de sopa por la mañana.

Después llegó la formación y la salida al trabajo. Fuimos destinados a un grupo llamado *Baukomando* (grupo de construcción), es decir, los encargados de construir la fortaleza. Estábamos en el exterior del recinto electrificado, en plenos trabajos forzados. Quinientos o seiscientos presos, en su mayoría españoles, iban y venían por el tajo, en todas las direcciones, con piedras y materiales diversos. Al mismo tiempo que las murallas del campo, se construían también las barracas destinadas a los SS que nos vigilaban.

Como el campo de Mauthausen se encuentra en la cima de una colina, era necesario allanar los terrenos para poder construir. Se precisaba realizar duros trabajos: excavar la montaña y transportar la tierra para rellenar los barrancos y nivelar el terreno. Todos aquellos trabajos se hacían bajo la vigilancia de una jauría de SS y de kapos, y a veces en presencia del propio

Ziereis (comandante en jefe), y del capitán Bachmayer. Se nos destinó a la carga y al transporte de vagonetas de tierra; había que cavar, cargar las vagonetas y llevar su contenido a los lugares más quebrados del terreno, allí donde más tarde sería construido el «campo sanitario». Millones y millones de metros cúbicos de tierra serían transportados con las vagonetas y sobre parihuelas de madera, llevadas por dos presos. Uncidos dos a dos, teníamos que arrastrar las vagonetas. Se debían subir vacías desde el fondo del tajo hasta la cúspide y, una vez llenas, se bajaban frenándolas para impedir que se despeñaran. Sin embargo, la pendiente era tal que ni la barra de madera con que se intentaba frenar las ruedas, ni el tiro de presos, podía retenerlas, y a veces, a velocidad loca, iban a estrellarse al fondo del terraplén, arrastrando con ellas toda la tira de presos. Para los SS y los kapos, nuestros heridos —o nuestros muertos— motivados por los descarrilamientos de las vagonetas eran un espectáculo regocijante, al mismo tiempo que el pretexto para apalearnos con sus látigos, sus nervios de buey o sus porras de goma, como a bestias. La primera jornada fue espantosa para algunos de los nuestros, sobre todo para los más viejos. La edad fue un factor importante para sobrevivir en Mauthausen: pocos compañeros de los que tenían entonces más de 45 años pudieron soportar aquella vida, y la mayoría desaparecieron en poco tiempo.

El primer domingo recibimos la visita de numerosos bandidos de «delito común», que venían a ver a «los nuevos». Sobre todo cuando se nos hizo el control de piojos (los controles de piojos consistían en hacernos desnudar a todos, dentro o fuera de la barraca, para ver si teníamos parásitos). En realidad aquella era una de las torturas que nos infligían, ya que nos «desinfectaban» con un producto químico que nos quemaba la piel de nuestras partes genitales. Para los bandidos aquello era un espectáculo, una distracción..., que les permitía gastar bromas obscenas, en particular con los jóvenes.

Unos días después tuve ocasión de saber, plantándole cara, lo que era la tentativa de «amistad» de un homosexual. Yo seguía haciendo la limpieza de las vigas y de la mesa del secretario. Hans, ese era su nombre, pidió al jefe de block que me diera una litera individual de las que había en el comedor, es decir,

las de los «privilegiados». Yo temía que aquello fuera hecho con mala intención y pregunté a mi amigo Ángel —que llevaba allí ocho meses ya— qué pensaba del secretario. Me contestó que de éste no debía tener miedo, ya que era un enemigo encarnizado de los «lilas» (los españoles, que, como se verá dábamos apodos a todos, señalábamos así a los homosexuales); pero había un kapo «verde», encargado de limpiar las cenizas del crematorio, que dormía en el stube B y se mostraba muy amable conmigo. Continuamente me ofrecía pan, que yo rechazaba. Una noche fui despertado por alguien que intentaba manosearme por debajo de mi manta. Yo tuve siempre una aversión tremenda a los homosexuales, pero sólo de pensar que allí, en un lugar de exterminio, podía haberlos, me escandalizaba aún más. Así fue como, sin pensarlo dos veces, salté de la litera, agarré al intruso —que al principio creí era el secretario— y le propiné varios puñetazos. Eso ocurría en la más completa oscuridad, porque teníamos prohibido encender la luz. Oí una voz que se quejaba y me decía:

—No me pegues, español, no me pegues..., que no quiero hacerte nada. Sólo quiero ser tu amigo.

Por la voz, aunque hablaba bajito, comprendí que no era el secretario. Seguí golpeándole y le grité:

—¡Canalla, asqueroso, te voy a hacer polvo, aunque me cueste el que me metan en el crematorio!

Al oírme gritar, el secretario se levantó.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Al mismo tiempo que el jefe de block encendía la luz, mi «agresor» desapareció por el pasillo que conducía al stube B. Me preguntaron qué ocurría, pese a que ya sabían de qué iba la cosa... El secretario y el jefe de block, se miraron y sonrieron maliciosamente. Hans me dijo:

—Bravo, español, has hecho bien. ¡Duro con ellos!

No fue difícil saber quién había sido el intruso de la noche. A la mañana siguiente apareció el kapo con un ojo negro y la cara hinchada. Ya sabía lo que le esperaba si volvía a meterse conmigo. Una sola cosa me preocupaba: la posible represalia de los bandidos, puesto que atacar a uno de ellos era correr el

peligro de ver caer sobre mí a la «mafia» de los homosexuales en peso.

Confidencias de un «verbrecher» (criminal)

Después de aquel incidente, Hans me hizo sentar junto a su mesa y me dijo:

—Escúchame, español. Has demostrado que tienes valor y que no te dejas avasallar. Pero, cuidado, no olvides que estás en Alemania y que los de «delito común» están protegidos por los SS. Aún te queda mucho que aprender aquí. Así que abre bien los ojos y observa a la gente.

Y empezó a contarme su vida:

—Yo soy austríaco, nacido en la frontera italiana. A los diecisiete años marché a los Estados Unidos, donde no trabajé nunca. Soy un «gangster». Durante mucho tiempo formé parte de la banda de Al Capone, con el que tenía muy buenas relaciones. Participé en varios golpes importantes en los Estados Unidos. Tuve suerte y jamás fui detenido hasta que, un día, la banda me escogió para venir a Viena, con el fin de crear una «sucursal» de la banda. Desgraciadamente, lo que conseguí en Chicago no pude conseguirlo en Viena. Atacamos un banco y «liquidé» a dos policías. Me «pescaron», pero me evadí de la prisión. Luego me volvieron a encerrar en la cárcel de Viena, donde me encontraba cuando los hitlerianos invadieron Austria, y éstos me trajeron aquí. La política me importa muy poco, pero detesto a los hitlerianos que me han traído a Mauthausen. En lo que afecta a estos miserables del triángulo negro, y algunos verdes, no son más que vulgares asesinos que han «liquidado» a su familia, su prostituta, o alguna vieja ramera. Yo soy un truhán de honor: he «liquidado» policías en reyertas con ellos, pero siempre en combate regular, con la divisa: la ley para el más fuerte.

Tras aquellas confidencias de Hans ya sabía a qué atenerme respecto a la moralidad de la «aristocracia» del campo. Hans añadió:

—No olvides que aquí cada uno trabaja para él. Posibilidades de escapar no hay ninguna. Preocúpate de ti mismo, no de los

otros. Nada de sentimentalismos; hay que ser hombres sin piedad. Si es necesario aplastar a otro detenido no titubees, si no serás tú el aplastado. Frente a un bandido hay que procurar ser doblemente bandido.

Agradecí sus consejos y le dije:

—Mira Hans, nosotros hemos luchado en España. Luego en Francia, contra los hitlerianos, siempre por la libertad, por la dignidad de los hombres. Yo no tengo los mismos puntos de vista que tú, soy un político, y no tengo nada de bandido.

—Vuestra política es un cuento —me contestó—. Me asquean vuestras ideas, pero a los españoles os admiro, porque combatís valerosamente. Te diré más: os respeto, pues te habrás dado cuenta de que no pego nunca, o casi nunca, a un español. Sin embargo, cuando puedo «pescar» un alemán, procuro marcarlo a mi manera.

Para mí una cosa estaba clara: Hans no era mi enemigo, era otro preso como yo, pero, en cuanto a la moralidad, nada teníamos de común. En seguida vi el provecho que podía sacar de aquella prueba de confianza que me había dado Hans al contarme su vida. Unos días después me mostró su amistad. Agotados por los trabajos forzados, por la falta de comida, heridos por los palos recibidos de los jefes de block y los kapos, la mitad de los compatriotas de nuestra expedición se encontraban imposibilitados y no podían seguir el ritmo de trabajo impuesto por los SS. Los monstruosos métodos de exterminación, organizados concienzudamente, y la destrucción total de los agotados y de los enfermos, eran calculados teniendo en cuenta la entrada de nuevos presos, e incluso el buen o mal humor de los SS, los cuales, a la menor falta, desencadenaban lo que nosotros llamábamos una «ofensiva». Por ejemplo: si un día decidían que del grupo de la cantera —unos 300— no debían regresar al campo más que 150 hombres válidos, entonces apaleaban, torturaban, imponían duros trabajos sin tregua alguna, y asesinaban hasta que no quedara más que el cupo previsto: los 150. Los demás, los heridos o muertos, representaban la «escoria para el crematorio». Las heridas producidas por los palos y los afilados cantos de los bloques de granito eran los recursos más usados para el exterminio. Las heridas, faltos de medicamentos, se iban infec-

tando bajo los trapos con que las vendábamos y, poco a poco, la infección se iba extendiendo, gangrenando los brazos o las piernas. Y al cabo de ocho o diez días, pedazos de carne humana putrefactos se desprendían de los miembros heridos de nuestros compatriotas, que morían tras atroces sufrimientos.

Cada ocho días los SS hacían una selección de los más agotados y enfermos, para enviarlos a Gusen. Aquel día fueron designados unos cincuenta o sesenta compañeros, entre ellos mis amigos y camaradas Julio Hernández y don Enrique García. Desde Septfonds habíamos estado siempre juntos, y habíamos dirigido la organización clandestina trabajando codo a codo. Yo consideraba lógico que prosiguiéramos nuestro calvario juntos también. Me puse en la fila, junto a ellos, en el grupo designado; pero, al verme, Hans vino hacia mí gritándome:

—¡Estás loco! ¡Sal de ahí!, tú no has sido escogido para marchar a Gusen.

—Oye Hans, se van mis mejores amigos y quiero marcharme con ellos —le respondí.

—¡Idiota! Vete al block. ¡Tú te quedas en Mauthausen!

Y, al mismo tiempo que me cogía por la manga, haciéndome salir de la fila, me pegó un soberbio patadón en el culo. No podía saber, entonces, que aquella patada era una prueba de amistad. Hans sabía muy bien lo que significaba Gusen. Algo más tarde me lo explicaría.

Gusen era un campo anexo a Mauthausen. Se encontraba a cuatro kilómetros al oeste, junto al Danubio, por la carretera de Linz. En él había también una cantera explotada por la organización SS, pero nosotros ignorábamos lo que allí ocurría, ya que ningún prisionero de los destinados allí volvía al campo central. Nuestra ignorancia era tal en aquella época, que durante algún tiempo creímos que se trataba de un campo para enfermos. Algunos compatriotas llegaron, incluso, a ir voluntarios a él. Gusen era la última etapa de la exterminación, el «matadero», como lo bautizaríamos más tarde los españoles, donde iban a parar todos los que no servían ya para nada en Mauthausen. Este anexo se componía de 32 barracas (12 más que el campo central), de un aspecto cien veces más siniestro que Mauthausen. Todo el que en el campo central era considerado como «inepto para la pro-

ducción», era enviado a Gusen, donde, con un régimen de vida más draconiano aún que el nuestro, eran exterminados los deportados. Ya que en los primeros tiempos sólo había los alemanes de «delito común», y algunos polacos detenidos por hechos «no políticos», fue contra nosotros sobre quienes se desencadenaron las más sádicas torturas. Fue en Gusen, durante los años 1941 y 1942, donde fueron «rematados» la mayoría de los españoles, muertos después de haber sido aplastados físicamente en los trabajos forzados de Mauthausen. Sólo un pequeño puñado de compatriotas nuestros pudo salir con vida de aquel campo. Más tarde, al llegar prisioneros políticos de otros países, con ellos se emplearon los mismos métodos. Los SS construyeron un segundo Gusen, junto al primero —había así Gusen I y Gusen II—, cuando llegaron nuevos deportados; especialmente los soviéticos.

Me dolió mucho no poder seguir a mis compañeros. Al marcharse y decirnos adiós, sentí en la mirada que me lanzaron cuán grande era su dolor; jamás he podido olvidar la imagen de aquellos rostros. Hoy, treinta y dos años después, aún veo ante mí sus tristes ojos. Los desgraciados sólo vivieron diez días en Gusen, según supe años más tarde. De la dirección de la organización clandestina del campo de prisioneros de guerra sólo quedábamos Donato, Leiva y yo. Donato y Leiva fueron enviados unas semanas más tarde a un «comando exterior» (grupo de trabajo fuera de Mauthausen, pero dirigido desde allí y viviendo en las mismas condiciones). En él había unos trescientos españoles.

En el campo encontré algunos compañeros de Septfonds: Manuel, Pepe, Juan y otros. Con ellos pudimos cambiar impresiones y ver qué posibilidades había de reavivar la organización clandestina, con el fin de hacer frente a la situación de una forma coherente y eficaz. Estábamos convencidos de que, para intentar cambiar las actividades de la «mafia» de los «delitos comunes», era necesario introducirse en sus filas. Naturalmente, si conseguimos infiltrarnos entre ellos, no quería decir que la vida cambiaría radicalmente en el campo. Pero el reparto de la sopa, el recibimiento en el block, al regreso del trabajo, el esconder a un compañero o animarle, podían ser una ayuda vital para sobrevivir.

Había, sin embargo, un peligro al intentar meterse entre aquellos rufianes del hampa: que fuéramos «contagiados» por ellos, haciéndonos cómplices de sus viles actos. Teníamos el ejemplo de los cuatro o cinco españoles que se habían corrompido hasta tal punto que se habían convertido en vulgares verdugos. Se trataba, es cierto, de elementos sin escrúpulos ni dignidad, que habían combatido en España y en Francia como aventureros, ignorando que los demás luchábamos por la justicia. Yo estaba convencido y, como la mayoría de mis compañeros, quería combatir aquella gentuza como en el frente, ni más ni menos. Era necesario introducirse en su «fortaleza» y luchar dentro de ella. Y si uno de nosotros era descubierto, otro debería sustituirle. La tarea era difícil, las posibilidades de éxito escasas, pero si uno, dos, diez compatriotas podían ser salvados, esto sería una victoria sobre los SS. Varios compañeros españoles habían conseguido hacerse emplear en los talleres de ebanistería, sastrería, electricidad y mecánica, lo cual les permitía «mantenerse en vida» y no ser exterminados en poco tiempo, en los duros trabajos de la cantera. Al mismo tiempo podían ayudar algunas veces a los más débiles, dándoles tres o cuatro cucharadas de sopa, que podían suponer vivir una jornada más. Allí la lucha por la vida era al día, a la hora, y casi podría decirse al minuto...

Un encuentro emocionante

Una mañana, mientras estaba trabajando en el comando de las vagonetas, se acercó un kapo y me ordenó que fuera a buscar un saco de cemento a la barraca almacén, situada en lo alto del tajo. Llovía a cántaros y estábamos calados hasta los huesos. Cuando llegué junto a la barraca del cemento miré a un lado y a otro y, no viendo ningún SS en el sector, me deslicé debajo de un montón de tablones para abrigarme unos minutos. Quedé sorprendido al encontrar allí a cuatro compatriotas, tan flacos como yo, con el gorro de presidiario hundido hasta las orejas. Uno de ellos empezó a regañarme por haberme metido allí, lugar «ocupado» ya por ellos, y nos pusimos a discutir. De pronto, por encima de nuestras voces, se alzó otra más fuerte pidiéndonos

que cesara la riña. Aquella voz la conocía yo, la reconocí en seguida: era la voz de Isidoro Escartín, mi compañero de evasión de Riglos a la zona republicana, en 1937. Estaba tan flaco que no había quien lo reconociera.

—¡Cómo, pero si es mi compañero Isidoro! —grité.

—Y tú eres Mariano. Chico, no te había reconocido...

Caímos el uno en los brazos del otro, con lágrimas en los ojos, como dos niños. Nos volvíamos a encontrar, después de cuatro años de aventuras, en Mauthausen...

Antes de cargar con el saco de cemento, Isidoro me colocó un pedazo de papel debajo de la chaqueta para protegerme un poco del frío y de la lluvia. Yo ignoraba que aquello —como todo— estaba prohibido y que se castigaba duramente al que lo hacía. Al regresar al campo, al mediodía, fuimos controlados por los SS. Cuatro éramos los que llevábamos papel en la espalda: Beguería, Segovia, Trillo y yo. A patadas, a puñetazos y con las porras, nos administraron a los cuatro una tremenda paliza. Cuando recibía un porrazo tenía costumbre de permanecer impasible, sin la menor queja, apretaba los dientes y miraba con odio al que me pegaba. Aquel día, cuando el SS empezó a pegarme, permanecí de pie, pese a que sus golpes eran de alivio, apreté los dientes y no solamente le miraba con rabia, sino con desprecio. Mi mirada debía ser muy elocuente, ya que, redoblando los golpes, gritó:

—Este perro español, aún se burla y me desafía...

Llamó a los otros y la paliza se me dio colectivamente.

—Vas a ver lo que cuesta el desafiar y mirar mal a un SS. Palabra que no tendrás ganas de repetirlo.

Hasta el intérprete recibió palos por no hacer la traducción con suficiente rapidez.

De la cabeza a los pies no quedó nada sano en mi cuerpo. Había sido pisoteado, aporreado, y estaba tendido en el suelo, inánime. Así fui arrastrado hasta el block por dos compañeros. Para redondear la fechoría, allí recibimos un nuevo castigo, por parte del jefe de block, que no quería ser menos que los SS. Sin comida, y chorreando sangre, el jefe del block nos dejó en la calle... Cuando expliqué el motivo del castigo a Hans, el secretario me dijo:

—¿Ves? Te queda aún mucho por aprender, ya te lo dije. Así que olvídate ese orgullo en el bolsillo y no lo saques más.

Mi amigo y compañero Isidoro Escartín salió, días después, en un «comando exterior», con lo cual quedamos separados de nuevo.

Al día siguiente casi no podía moverme. Sin embargo, era necesario hacer la limpieza y tenía que ir al trabajo. Hans me envió con un pequeño grupo que estaba encargado de sacar las cenizas del crematorio, las cuales esparcíamos por un terraplén, donde trabajaba un amigo suyo de Viena. Estoy seguro de que fue gracias al cambio de trabajo que pude salvar aquel trance. Durante varios días permanecí en aquel grupo, cargando las cenizas de nuestros muertos —la mayoría eran españoles en aquellos tiempos— y sacándolas fuera del campo con un carretón tirado por ocho hombres. El trabajo no era muy duro, pero bastante penoso, ya que al remover las cenizas y huesos calcinados se levantaba un polvillo que se nos metía por la nariz y la boca, y nos impedía respirar, e incluso nos tapaba la boca. A veces también teníamos que bajar los muertos —que traían de los tajos y de la cantera— a la cámara mortuoria, anexa al horno crematorio donde eran incinerados. En aquella cámara había un pequeño recinto con una mesa embaldosada (destruida por los SS en 1942) sobre la cual pudimos ver en varias ocasiones cadáveres abiertos en canal, mientras que otros ya estaban cosidos con hilo grueso. Estos cuerpos eran destinados también al horno crematorio. Yo deduje más tarde que se trataba de cuerpos de deportados sobre los que habían realizado las llamadas «experiencias médicas», o habían sacado la grasa de sus cuerpos, ya que, cosa rara, todos eran hombres gordos. No supimos si eran presos españoles, ya que no procedían de Mauthausen. Habían sido traídos en el «camión fantasma». La historia de aquel «camión fantasma», bautizado así por nosotros, no la conocimos hasta mucho más tarde. En 1941 se trataba de un vehículo, medio camión medio autocar, de color azul marino, donde se podían cargar de 30 a 40 prisioneros. Era empleado para llevar a los «inválidos» (es decir, algunos de los agotados que no servían para el trabajo), al campo de Gusen, y, en ciertas ocasiones, al campo de Dachau. Algunos españoles transportados por el «camión

fantasma» —como mis amigos Cabezalí y Aguilá, de mi compañía— fueron llevados al campo de Dachau junto con otros. Sólo Aguilá llegó a Dachau, donde fue encerrado en condiciones especiales hasta 1945, los otros «desaparecieron» (Aguilá fue considerado muerto por nosotros y solamente varios meses después de nuestra liberación supimos que había escapado milagrosamente a la muerte). Sin conocer siquiera el terrible misterio que encerraba aquel vehículo, sólo verlo nos aterrorizaba. Algo raro nos hizo presentir su criminal empleo, por eso se le llamaba el «camión fantasma». La realidad es que servía no sólo para el transporte, sino también de cámara de gas ambulante para la exterminación de nuestros compañeros. Además de los viajes a Gusen y Dachau, también iba al castillo de Hartheim, distante unos 30 kilómetros de Mauthausen, que era un centro en el que se realizaban toda suerte de experiencias con los deportados. Allí caían en manos de los monstruos del bisturí —médicos SS— que realizaron, entre otras, muchas experiencias de vivisección. Seguramente algunos de los muertos que habíamos visto en la cámara mortuoria venían de Hartheim. Luego, al sobrevenir la liberación, supimos cuál había sido el empleado del «camión fantasma». Ahora el misterio planea sobre el número, los lugares y la forma en que fueron exterminados sus pasajeros, ya que sólo se han podido comprobar algunos de sus viajes a Dachau, a Gusen y a Hartheim.

Nuestro trabajo consistía también en descargar los camiones que transportaban las cápsulas de gas. Eran botes redondos, de unos veinte centímetros de altura y un poco más anchos que una lata de conservas. Una inscripción quedó grabada en mi mente, la marca: «Gasfarben Industrie». El gas era empleado no sólo para la destrucción de los hombres —«camión fantasma» y cámara de gas—, sino también como medio de desinfección. En aquel grupo (comando), la fatiga era menor que en el tajo de las obras de la construcción del campo. Pero para resistir aquel atroz espectáculo tuve que poner en juego una voluntad increíble. Hasta los presos más inhumanos y criminales del «delito común» perdían allí su facha de irreductibles. ¡Tendría que acostumbrarme, porque me esperaban aún tragos peores!

Destinados a la construcción de chalets para los SS

El personal del block 13 fue requerido para trabajar en la construcción de un grupo de chalets destinados a los oficiales SS. Dieron el nombre de *siedlungs-bau* (construcción de villa-jardín) al terreno y al «comando» encargado de construirlos. El terreno estaba situado en un lugar admirable que dominaba la ribera del Danubio, frente al cruce de la carretera que conducía a Gusen. Éramos unos 400 españoles, entre ellos muchos especialistas de la construcción: albañiles, carpinteros, etc. Ya que no existía ningún camino desde la carretera hasta la cima de la loma donde debían construirse los chalets, se tuvo que empezar por hacer una calzada que permitiera el transporte de los materiales hasta las obras, que distaban unos setecientos metros de la carretera y tenían un desnivel de cerca de un centenar de metros. Los SS ordenaron la construcción de las casas inmediatamente, al mismo tiempo que la carretera. Para ello debíamos subir las piedras, el cemento, la arena y los demás materiales, sobre nuestras espaldas; a menudo con barro hasta las rodillas. Nos hundíamos y perdíamos los zapatones de madera, obligándonos a trabajar y a regresar al campo descalzos. Durante catorce o quince horas al día había que bajar la pendiente corriendo, bajo los golpes y latigazos, y volver a subirla cargados con los materiales. El «comando» estaba bajo el mando de suboficiales SS, escogidos entre los más rabiosos carniceros; para ayudarles en su tarea de esbirros trajeron un grupo de kapos, escogidos entre los más asesinos, capitaneado por el alemán Matucher, famoso en el campo por su crueldad sin par.

A las torturas organizadas por los SS se añadían las causadas por los elementos naturales, por ejemplo: los cambios de temperatura, la lluvia, la nieve, y el sol. Era insoportable. Del frío de la noche —muy duro en aquella región— pasábamos al sol abrasador durante el día, que nos hinchaba la cabeza afeitada, haciendo de nosotros verdaderos monstruos que daban miedo incluso a nuestros propios compañeros. Cuando llovía y caíamos sobre el barro, mojados, ateridos, los SS se arrojaban sobre nosotros y nos hundían la cara en el fango. Aquellas escenas se sucedían durante todo el día. Por la tarde arrastrábamos a nuestros

mueritos y a nuestros agotados hasta el campo. Nos prohibían ir a las letrinas y beber agua, bajo pretexto que no era potable, y cuando alguien era sorprendido bebiendo, los kapos le zambullían en el arroyo que corría junto al tajo; este era un pasatiempo muy apreciado por los SS. Los primeros días fui destinado al grupo de los más fuertes, encargados de tirar el cilindro apisonador para allanar la tierra de la calzada en construcción. Éramos unos veinte arrastrándolo cuesta arriba y para retenerlo cuesta abajo —como hacíamos con las vagonetas—, impidiendo que fuera a estrellarse en la carretera. Aquel cilindro apisonador pesaba varias toneladas. A veces los compañeros más viejos estaban extenuados y teníamos que hacer doble esfuerzo: tirar del cilindro y ayudarles a ellos, porque, si alguien se retiraba del tiro por agotamiento, los kapos lo remataban en el acto.

A esto hay que añadir el agua contaminada, la comida — nabos amarillos— insuficiente y mala, las hierbas que recogíamos al borde de los campos junto a las obras, que nos daban cólicos y disenterías increíbles, hasta el punto de convertirse en nuestra obsesión, ya que —al no poder ir a las letrinas— corríamos el riesgo de ensuciarnos. Los estragos de la disentería fueron terribles. Por las tardes, cuando regresábamos al campo, el jefe de block inspeccionaba los pantalones y calzoncillos. ¡Desgraciado de aquellos que los tenían sucios! En tal caso, el jefe los metía bajo la ducha glacial y después les hacía acostar sobre el cemento, completamente desnudos, junto a los muertos que habíamos traído del trabajo y que estaban amontonados en el lavabo, en espera de ser quemados al día siguiente. Los que no expiraban durante la noche, tras aquellas torturas, eran enviados de nuevo al trabajo a la mañana siguiente. A pesar del horror que nos producían estos hechos, me sorprendía ver la dignidad con que nuestros compatriotas hacían frente a la adversidad. Nuestras consignas de pasividad y sabotaje eran observadas, pese a los castigos. Y la solidaridad era admirable. Éramos sostenidos hasta el final por los que aún se podían sostener. Incluso nuestros muertos tenían derecho a nuestra solicitud, a nuestro respeto; no sólo les traíamos al campo sobre nuestros hombros, sino que guardábamos un minuto de silencio por las tardes, como homenaje a nuestros compatriotas exterminados durante el día.

arte



15 Pf

Domingo Campo

Polevino

Geprüft
K. L. M.

Empfangsort: _____
Lieu de destination

Absender: Expéditeur

Vor- und Zuname: Nom et prénom
Constante Mariano

Gefangenennummer: No du prisonnier
4584 / Bl. 13

Lager-Bezeichnung: Nom du camp
**LAGER MAUTHAUSEN (OBERDONAU)
DEUTSCHLAND**

Straße: *Casa Campo*
Rue

Land: *Ungarn (Espering)*
Landesteil (Provinz usw.)

Tarjeta en la que el prisionero quedaba autorizado a escribir, cada seis semanas, un máximo de veinticinco palabras.



El autor manejando un aparato de radio a los pocos días de la liberación.

fianza de mis compatriotas. No ignoraba las dificultades que nos esperaban, además de las cotidianas, pero el ejemplo de voluntad y de tenacidad de mis compañeros me espoleaba el ánimo. En el transcurso de aquel día, y por los altavoces que los SS habían colgado en la muralla para que escucháramos su propaganda, nos enteramos de que la Alemania nazi había atacado a la URSS. A media noche regresamos al campo, que según los SS estaba desinfectado. Sin embargo, al entrar en las barracas, muchos de nuestros compañeros cayeron al suelo víctimas de las emanaciones de los gases mal evacuados. Así que pasamos todo el resto de la noche sin dormir.

Comenzamos nuestro trabajo clandestino cerca de todos los españoles, tanto en los lugares de trabajo como en los blocks. Perseguíamos varios objetivos: mantener nuestros principios y nuestra moral. Se trataba de hacer comprender a unos y a otros que, para luchar en el interior del campo, era necesario tener una voluntad inquebrantable de combate y de esperanza, sin la cual nada era posible; tener confianza en la victoria final; luchar contra la depravación y la corrupción, evitando hacer el juego de los SS, para perjudicar a otros presos políticos; solidaridad total en cualquier momento y circunstancia; hacer lo posible para impedir que los de «delito común» nos robasen nuestra escasa comida; intentar introducir españoles de confianza en los lugares de trabajo donde hubiera posibilidades de ayudar a los demás y, en lo posible, también en las barracas; conseguir informaciones y vigilar la conducta de los SS, con el fin de hacer frente y prever sus reacciones; establecer contacto con los deportados políticos de otras nacionalidades. En aquella época había muy pocos «políticos» verdaderos: tan sólo varios austríacos, unos cuantos alemanes y unos pocos polacos. En fin, había que aconsejar a todos el sabotaje, la pasividad, y todo cuanto pudiera representar una forma de lucha contra los SS y sus métodos, convencidos de que así ayudaríamos a los demás a sobrevivir hasta la victoria. Aunque sólo se salvaran un puñado...

Estos pueden parecer objetivos casi quiméricos, incluso, cuajados de infantilismo, pero ninguno de ellos carecía de importancia y eran el resultado de un verdadero estudio por nuestra parte. Eran el producto de «nuestra experiencia». En una jornada

de trabajo, estar «inactivo» durante media hora podía representar salvar la vida de un hombre «aquel día» y, con ello, dar lugar a que al día siguiente su situación mejorara. Conocer y observar la actuación de un SS era poder burlar su castigo, evitando una de sus «ofensivas» durante la cual algún hombre podía sucumbir. Esconder a uno de nuestros compañeros durante unos minutos, en el transcurso de un control SS, era impedir quizá que le inyectaran el contenido de la jeringa de bencina. La pasividad metódica en el trabajo —muchas veces con el riesgo de represalias— era la certeza de un menor desgaste de nuestro debilitado organismo. La ruptura de un pico, de una pala, de una vagoneta, o de una pieza de las máquinas de la cantera, era entorpecer su producción destruyendo parte —una ínfima parte, es cierto— del potencial de guerra del III Reich. Más tarde, cuando se fabricó material de guerra, los sabotajes serían más importantes. En cuanto al cacito de sopa o a los miligramos de pan que se entregaban al compañero exangüe, podían representar una fuerza suplementaria que podía permitirle unos días, unas semanas más de vida. En Mauthausen era necesario calcular todo meticulosamente, hasta el más mínimo detalle, para poder conservar la esperanza de sobrevivir.

En junio llegaron también a Mauthausen los primeros grupos importantes de judíos. El grupo más numeroso venía de Holanda. Trescientos cincuenta o cuatrocientos judíos fueron enviados a la *Straffkompanie* (compañía de castigo). Es decir, dentro de Mauthausen, pese al régimen horroroso que soportábamos, todavía había un lugar más terrible, reservado a los castigados, a los judíos y, más tarde, a los soviéticos. Esta compañía tenía que acarrear las piedras sobre las espaldas, subiéndolas de la cantera, y soportar un trato atroz, hasta su total exterminación. El grupo de holandeses, y más tarde otros de diferentes países, tenía que transportar los bloques de granito no solamente al campo para construir sus murallas, sino también al mortífero «comando Siedlungsbau», distante unos tres kilómetros de la cantera. Los bloques de granito pesaban un mínimo de 70 kilos. También a nosotros nos obligaban a veces, cuando éramos castigados, a transportar dichos bloques, y más de un español murió aplastado bajo uno de ellos. La diferencia de los judíos con respecto a nosotros

era que la exterminación nuestra se hacía de manera lenta, metódica, aprovechando nuestro trabajo, la de ellos era total y rápida. Al final de cada jornada, los supervivientes debían llevar sus muertos al crematorio. Raros fueron los judíos que sobrevivieron 15 días.

Gracias al cacito de sopa de «reenganche», que recibía en el block, pude resistir mejor algún tiempo, pero aquella sopa fue suprimida y sustituida por café. Cuando digo café —así lo llamaban ellos— podría decir un compuesto de mezclas que no tenían nada que ver con el café. En septiembre de 1941 yo pesaría unos cuarenta kilos. Estaba como la mayoría de nuestros compatriotas; éramos verdaderos esqueletos ambulantes. Hasta tal punto que cuando estábamos formados y pegaban a uno, éste, al caer al suelo, hacía caer toda la fila como en un juego de bolos. Sin embargo, aún tenía fuerza para ir a reuniones con mis compatriotas, para discutir y organizar cosas. Es cierto que aquello era una fatiga suplementaria, pero era bueno poder hablar de nuestras luchas, de nuestras esperanzas, de la forma de burlar los SS, del final de la guerra, y de la victoria, en la que creíamos firmemente. Eran cosas tan importantes, y casi más, que recibir un plato de sopa. Los incrédulos quizá sonrían, pero, sin aquella actividad, sin la voluntad que nos animaba, no creo que nos hubiera sido posible resistir. Había que esforzarse en pensar en otras cosas, porque caer en el desaliento y la desmoralización era correr de cabeza a una muerte irremediable. Con todo, un día creí llegada mi última hora. Fui atenazado por un cólico y una maligna disentería provocados por unas hierbas que había comido y por el agua. Tenía mucha sed y me puse a beber en el sifón que habíamos construido para la evacuación del agua. Yo había mirado a un lado y a otro sin percibir la presencia de ningún SS, pero uno de ellos estaba escondido detrás de la barraca almacén y me vio:

—¡Español, ven aquí!

Me quedé paralizado por el miedo. Lanzó de nuevo la orden:

—Ven aquí, y salta dentro del pozo.

—Pero, si estoy vestido...

—Eso es lo que quiero: que saltes vestido dentro del pozo.

Y, al mismo tiempo que me hablaba, me empujaba con un

mango de pico hasta que caí en el agua. El pozo medía unos dos metros y medio de profundidad. Me agarré al borde con las manos, manteniendo la cabeza fuera del agua. El SS se acercó al borde y me pisoteó las manos con sus botas de talón herrado. Riendo y gritando como un energúmeno, me repetía:

—¡Perro español! ¡Cerdo «bolchevique!» Hínchate de agua y bebe por última vez.

Pese al dolor, yo no me soltaba. Entonces el SS comenzó a golpearme y, apoyando su bota sobre mi cabeza, intentó sumergirme enteramente. Durante más de un cuarto de hora «jugó» conmigo, a su antojo, empujando mi cabeza dentro del agua. En lo alto del terraplén, la jauría de kapos estaba reunida riéndose de las «proezas» del SS. Cuando se cansó de torturarme, algo sorprendido quizás al no verme ahogado, llamó a dos españoles para que me sacaran del pozo. Los dos amigos que me auparon eran del grupo de adoquinadores. Me llevaron junto a ellos y me ayudaron en mi trabajo, puesto que con mis manos heridas yo no podía hacer prácticamente nada. ¡Esta era la solidaridad de los españoles! Al regresar al campo los camaradas me sostenían ayudándome a andar, ya que estaba medio muerto. Por el camino me entraron unos fuertes dolores de vientre y la disentería empezó a hacer de las suyas. En la barraca, cuando el jefe supo lo ocurrido con el SS en el trabajo, me hizo entrar en el lavabo —cosa rara: sin pegarme— y me ordenó que me limpiara, sin meterme bajo la ducha de agua helada. Luego me encerró con los muertos y moribundos y, sobre las diez de la noche, vino a buscarme, dándome una camisa y un calzoncillo limpios. ¿Por qué había hecho conmigo lo que no hacía con los otros? ¿Era posible que fuera capaz de tener lástima de alguien, cuando todos los días mataba a nuestros compatriotas bajo la ducha y a porrazos? Dos años más tarde me hizo sus confidencias, diciéndome que le había impresionado mucho el estado en que me había dejado el SS. ¡Ironías del hampa de Mauthausen!

Durante varios días fui al trabajo casi arrastrándome, y mis manos quedaron deformes para siempre debido a los golpes recibidos.

Mi primer empleo de «enchufado»

Por aquel entonces el primer grupo de deportados políticos yugoslavos llegó al campo. Algunos de ellos vinieron a trabajar al *Siedlungsbau* y pronto me hice amigo de unos jóvenes que tenían mi edad. Supe que eran «partisanos» de Tito y que habían luchado clandestinamente contra los nazis. Les puse al corriente de la necesidad de continuar también allí la lucha, y en seguida se unieron a nosotros en los sabotajes. Les prodigamos los consejos que nos parecían más importantes para intentar sobrevivir.

Casi todos mis compañeros de expedición habían desaparecido, la mayoría de ellos muertos. Sólo unos pocos habían sido enviados a 100 kilómetros de Mauthausen, donde los SS habían creado un «comando exterior» compuesto de trescientos españoles. El block 13 quedó casi vacío. Así que, de los 330 ó 350, no quedábamos en vida más que unos treinta, y, de ellos, solamente una docena en el campo central. El grupo de yugoslavos llenó el vacío dejado por los nuestros, pero todos los que habían sido capturados en los grupos de «partisanos» fueron torturados y ejecutados rápidamente. Igualmente fueron exterminados, en pocos días, varios centenares de prisioneros de guerra soviéticos, en su mayoría oficiales, que trajeron allí para ser «liquidados», y con los cuales nos fue imposible relacionarnos, ya que los encerraron en las barracas 16, 17, 18 y 19, rodeándolas de alambradas. Las torturas y el hambre acabaron con ellos en pocos días.

Estábamos a principios de 1942 y, a partir de aquella época, la llegada de prisioneros políticos de todos los países no se interrumpía una sola semana; se podría decir que ni un solo día. El block 13 fue vaciado totalmente y los albergados en él fueron enviados a otras barracas. El jefe de block me nombró *stube-dienst* (hombre de limpieza), con otro español de funesto recuerdo: Ripollés, un canalla sometido y vendido al jefe de block y a los SS. Para mí aquel nombramiento equivalía a un «enchufe», pues ser el encargado de la limpieza del block significaba no salir en los grupos de trabajo de la cantera, ni de la construcción del campo.

Una expedición importante, con los primeros checos, llegó en

febrero. Estaba compuesta de unos 600 hombres, que fueron amontonados en nuestro block donde apenas cabían 300. Entre ellos descubrí varios deportados que habían hecho la guerra de España, como Leopold Hofman y Emmanuel Blahot, quienes jugaron un papel importante más tarde en la organización del grupo clandestino checoslovaco. Días después llegó un nuevo grupo de jóvenes checos, y conseguí evitar las primeras torturas a algunos de ellos, entre los cuales había un joven de 21 años, Dejl Zdenek, que fue luego uno de mis mejores amigos. Éste era uno de los organizadores en Praga de la lucha clandestina contra los alemanes, y secretario de la juventud comunista checa. Como era técnico electricista, los SS lo requirieron para trabajar en el *Elektrikerkomando* (grupo de los electricistas), salvando así su vida. En aquel grupo de trabajo pudo entrar en contacto también con el húngaro Esteban Bhalog, ex combatiente de España y llegado a Mauthausen con nosotros. En poco tiempo, centenares de checos fueron traídos al campo. Un grupo de intelectuales de aquel país fue alojado en el block 13, donde eran sometidos noche y día a vejaciones increíbles por parte de los SS y sus secuaces. Además del trabajo, les hacían limpiar la calle, los lavabos, los retretes, humillándolos sin cesar de mil maneras. Un cura y un célebre cirujano de Praga fueron sometidos a este régimen y a toda clase de mofas. Los españoles hicimos cuanto pudimos por evitarles aquellas afrentas, escondiéndolos en el reducto del carbón, donde pude preservarlos en varias ocasiones de los palos e insultos. Desgraciadamente, los SS y el jefe de block les descubrieron y entonces el castigado fui yo. Aquella misma noche me cambiaron de block, enviándome al 15, donde se encontraba la *Straffkompanie*. Gracias a la solidaridad de mis compañeros y a la intervención de Hans, el secretario del 13, fui destinado al grupo de la compañía de castigo que trabajaba en la cantera, salvándome así de tener que subir las piedras sobre mis espaldas durante diez o doce horas al día. Sin embargo, el trabajo era agotador y en ocho días volví a transformarme en una verdadera «piltrafa» humana.

Dentro del espantoso régimen de Mauthausen, al que todos estábamos sometidos, todavía existía la fatídica *Straffkompa-*

nie, a la que enviaban, como ya se ha dicho, a los judíos, a los soviéticos y a los castigados por indisciplina. Durante los ocho días que permanecí en dicha compañía, estuve preparando y arrastrando bloques de granito de 60 y 70 kilos, que cargábamos sobre las espaldas de los presos que tenían que subirlos al campo, escalando los siniestros 186 peldaños de la escalera que habíamos construido nosotros y que estaba regada de sangre española del primer al último peldaño. Cada piedra de aquella escalera había costado, por lo menos, la vida de un español. A veces teníamos que saltar sobre el cuerpo de uno de nuestros compañeros o evitar que uno de ellos, con su correspondiente piedra, nos cayese encima, al ser empujado por los SS desde lo alto de la cantera y rodar por los 90 o 100 metros de aquel abismo cortado como un acantilado. Allí los palos no cesaban un solo momento, con la prohibición absoluta de prestar ayuda al compañero que se encontraba en difícil situación. Un día, por haber dado de beber a un moribundo, las SS me rompieron a puñetazos las primeras cuatro muelas de las muchas que allí perdí.

Me levantaron el castigo y el jefe del block 15 me nombró *Stubedients* de nuevo. Pero esta vez destinado a un block que albergaba la compañía de castigo, aislado con alambrada y una doble puerta, que no me permitía comunicar con mis compañeros. En el 15 hice amistad con otro compatriota, Piñol, que ocupaba el puesto de barbero, y así pudimos lograr que nuestro «aislamiento» fuera más llevadero. Así pasamos algo más de un mes.

Lo horrible de aquel block era tener que presenciar el exterminio de los «castigados», muchos de ellos judíos. Por las noches venían los SS y ordenaban a los prisioneros que salieran a tocar las alambradas (cerca del block 15 pasaban las alambradas de alta tensión). Cuando los desgraciados no lo hacían, los SS los empujaban para que, al caer, no tuvieran más remedio que agarrarse a los hilos eléctricos recibiendo la descarga mortal, y haciendo chispear las alambradas como si fueran fuegos artificiales. A la mañana siguiente un SS venía a fotografiarles, todavía agarrados a los hilos, para poner en su parte: «Tentativa de evasión». Era «la ley de fugas» en versión germana. Se necesi-

ta tener los nervios de acero para poder soportar aquellas escenas.

Un grupo de unos veinte judíos comunistas llegó al block 15. Eran todos jóvenes estudiantes. La mayoría habían sido detenidos en Grecia y algunos de ellos en una universidad francesa. ¡Cuál no fue mi estupor al ver que casi todos hablaban un castellano, antiguo, el castellano de Cervantes! Me explicaron su origen: eran sefarditas, es decir, descendientes de judíos de origen español que habían sido expulsados de España por los Reyes Católicos, refugiándose en algunas islas griegas y turcas. Habían conservado la lengua y las costumbres de la vieja España, a la cual profesaban una admiración sin límites. Cuando se dieron cuenta del carácter del campo donde habían caído nos preguntaron qué porvenir les esperaba a ellos, por ser judíos. ¿Qué podíamos responderles? Exigieron que les dijésemos la verdad, fuera cual fuera. Con pena inmensa les informamos de su destino. Al día siguiente fueron ejecutados todos. Afrontaron su final con una valentía admirable: fueron al encuentro de la muerte cantando la *Internacional* y dándose la mano. Las ametralladoras de las torretas los segaron como espigas. Por primera vez, quizá la única, perdí toda esperanza al presenciar ese espectáculo. Los nervios, que hasta entonces habían resistido, cedieron, y desmoralizado totalmente me pasó por la mente la idea del suicidio. Ir a colgarme en la alambrada eléctrica y acabar de una vez. Una mañana, antes de que los presos salieran al trabajo exterior, logré pasar al block 12, donde estaban entonces varios de mis amigos. Andaba como un autómatas, obsesionado por aquella idea.

—Mariano, ¿qué te ocurre?, ¿no estás bien?

El que me hacía preguntas era Ángel, un joven libertario que trabajaba en la cantera y que era intérprete. Éramos muy amigos. No pude callarme y le confié mis propósitos:

—Sí, amigo, no puedo más, he alcanzado el límite de mis fuerzas y antes de que me liquiden los SS prefiero hacerlo yo. No hay ninguna esperanza de que salgamos vivos de aquí, Ángel.

Mi amigo me cogió por el brazo y zarandeándome, me dijo:

—Tú estás loco. No debes decir eso, tienes 20 años y a los

20 años se lucha, no se claudica; además, es tu deber. Tú no estás en la situación de los judíos. Para ellos sí que no hay esperanza. Venga, ánimo viejo..., nosotros saldremos de aquí. Si te mataras —me advirtió finalmente— lo único que demostrarías es tu cobardía, y los que han puesto en ti su confianza pensarían que eras indigno de ella.

Aquellas palabras fueron para mí como un latigazo. Me sentí avergonzado de haber pensado en suicidarme. Yo, el que había hablado más de una vez a nuestros compatriotas como lo hacía ahora Ángel. Mis compañeros de la organización clandestina nunca llegaron a saberlo. Hablo de ello por primera vez, y cuando recuerdo lo que estuve a punto de hacer, me siento avergonzado.

Nuestra solidaridad

Al terrible y sanguinario Otto Schmit, jefe del 13, lo enviaron a otro campo y Hans, el secretario, fue cambiado de barraca. Ackel, el jefe de la 15, ocupó aquel puesto y me cambiaron con él de nuevo a la 13. ¡Tenía destinado el número 13 en Mauthausen! Allí sólo había entonces prisioneros soviéticos que los nazis traían en grupos importantes para ser exterminados. Con un barbero español, Manolo, procurábamos esconder a los soviéticos más débiles —como habíamos hecho anteriormente con los checos—, pero era difícil sustraerlos al control de los SS. Los soviéticos recibían casi el mismo trato que los judíos, siendo exterminados con un ensañamiento feroz. No obstante, conseguimos salvar a algunos, entre ellos a Iván Ivanovich, apodado «Kopiekin», comandante del ejército ruso, y al ingeniero Zacharoff. Pero a Manolo y a mí aquello nos iba a costar caro. Un día, el *Rapportführer* (el SS responsable de las barracas) entró de improviso, saltando por una ventana del block, cuando estábamos curando a varios compañeros soviéticos. Nos pusimos firmes, guardando silencio. A aquel SS lo habíamos apodado «El Boxe», por los tremendos puñetazos que daba. Se acercó a nosotros y, de un directo en la barbilla, levantó en vilo a Manolo. Después vino hacia mí, pero antes de que me llegara el puño a

la cara me dejé caer al suelo y aquello aumentó su rabia, administrándome una paliza de órdago.

Fui castigado, una vez más, y enviado al *Rusenlager* (campo ruso). Los SS habían dado aquel nombre al emplazamiento de un nuevo grupo de barracas construidas para tener en ellas a los inválidos hasta que se murieran de inanición, abandonados allí como perros sarnosos. Había sido construido por los rusos; de ahí su nombre. Como a mí los kapos me consideraban como «prominente» (enchufado, que era el nombre que daban a los que hacían trabajos en talleres, oficinas, cocinas, etc.), no fui tratado de la misma forma que los pobres soviéticos. Éstos construían el «campo ruso» como nosotros habíamos construido las barracas de los SS y las murallas del campo, con barro, palos y muertos a cada paso. Sólo el método cambiaba: para nosotros la exterminación había sido lenta y agotadora. Para ellos fue rápida y atroz.

Las evasiones de Mauthausen eran prácticamente imposibles. Sólo hubo dos tentativas en el campo central en aquellos tiempos. La primera fue intentada por cuatro austríacos de «delito común», entre ellos el kapo de los albañiles, Fritz, amigo de los españoles. Aprovechando que unos trabajos de construcción se hacían por la noche, se deslizaron por el pasaje subterráneo de los tubos de la calefacción de las barracas SS, y salieron a la cocina de éstos, que durante la noche se encontraba menos vigilada. De allí, por la noche, era fácil bajar a la cantera y escalar la segunda línea de alambradas, ya que la guardia, una vez que los presos estaban encerrados, la concentraban especialmente ante las alambradas eléctricas. Durante cuatro días anduvieron por los montes austríacos, pero los SS se lanzaron tras ellos con sus perros y les persiguieron sin descanso hasta capturarlos. El deseo de los SS era que nadie pudiera salir de Mauthausen y poder contar lo que allí sucedía. Los fugados fueron denunciados por la población civil. Este era otro de los obstáculos para alcanzar la evasión: cuando un civil veía un sospechoso lo denunciaba inmediatamente a la policía, ya que estaban aterrorizados por la Gestapo y con la amenaza de ser exterminados si daban cobijo a un evadido. En el campo los fugitivos eran torturados y ahorcados en la plaza, donde nos hacían formar.

Una vez eran ahorcados, teníamos que pasar, uno por uno, frente a sus cuerpos colgados y mirarlos. ¡Y pobre del que no obedecía! Los SS le atizaban con sus nervios de buey hasta dejarle sin vida.

La segunda tentativa de evasión fue hecha por un «triángulo verde» alemán, que trabajaba como mecánico en los garajes SS. Acondicionó el interior de una gran caja de madera, de manera que pudiera introducirse en ella. La caja fue cargada en un camión, llevada a la estación por los propios SS y metida en un tren. Aquel fue un golpe de audacia y preparado inteligentemente. Sin embargo, tampoco tuvo resultado. Tres días después fue devuelto de nuevo al campo, denunciado también por la población civil. En el campo fue atado junto a la caja de madera y paseado sobre un carretón ante los prisioneros, que permanecimos firmes y alineados. Abrían la marcha los músicos del campo, tocando la canción francesa: *J'attendrais (Yo esperaré)*. Al igual que los otros, fue ahorcado delante de todos con el «ceremonial» acostumbrado.

Estos hechos nos confirmaron algo que ya sabíamos: que toda tentativa era vana. Ni siquiera los alemanes podían conseguirlo, porque los SS y la Gestapo habían tendido una red a través de la cual nadie podía escurrirse.

Aquellas evasiones y algunas ejecuciones de varios «verdes» hicieron vacilar el poder que tenían los bandidos en el interior del campo. La organización clandestina no dejó pasar la ocasión, procurando colocar compañeros en lugares de trabajo menos penosos, al mismo tiempo que se hacía frente a los kapos y jefes de block, mostrándoles como los SS se deshacían también de ellos, liquidándolos sin miramientos en cuanto consideraban que ya no podían prestarles servicios en el campo.

Habían llegado a Mauthausen hombres de varias nacionalidades, procedentes casi todos de las organizaciones de resistencia de sus respectivos países. Durante mucho tiempo los españoles fuimos los guías de todos los nuevos llegados. Era natural, pues teníamos una experiencia de casi dos años. Nuestra influencia moral en el campo era inmensa; además, éramos los únicos que disponíamos de una organización clandestina, que servía ya de ejemplo a las demás nacionalidades y que, más tarde, sería el

«motor» del Comité Internacional. En Mauthausen fuimos nosotros los que inculcamos lo que allí era primordial para intentar sobrellevar aquella terrible existencia y que era la base de todo: la fe, la confianza y la esperanza. El que creía en Dios tenía su fe cristiana, el no creyente la tenía en los hombres; pero luchábamos juntos, con la misma esperanza, con la misma humanidad, con el mismo tesón, para ayudar al prójimo. ¡Desgraciado del que no tenía fe!

¡Cuán difícil e inhumana fue nuestra vida durante aquellos meses de victorias nazis! En 1941, como en 1942, tras los avances alemanes en la URSS, los SS, embriagados de victorias, redoblaban la crueldad, a la que se añadían los golpes morales para nosotros viendo el ejército soviético derrotado por doquier. Era necesario explicar a los nuestros lo inexplicable, y contestar a sus preguntas: ¿cómo es posible que el ejército rojo, tan potente, retroceda de tal forma ante los ataques alemanes? Tuvimos que buscar explicaciones a todo, y avanzar hipótesis que pudieran parecer lógicas, para, ante todo, tratar de lograr un objetivo esencial: que nadie perdiera la moral y la confianza en la victoria final. No fue tarea fácil, como se puede imaginar.

En el otoño de 1942 caí enfermo. En Mauthausen caer enfermo significaba la muerte rápida. No había más que una pequeña enfermería, y las únicas medicinas eran las tabletas de aspirina. Además, teníamos miedo de ser llevados a ella, pues un SS vigilaba a los enfermos y cuando notaba que uno de ellos tenía síntomas de tuberculosis —que eran la mayoría, debido a la falta de comida— le daba en seguida una inyección de bencina en el pecho. Unos minutos más tarde el enfermo era ya un cadáver... Temía tener aquella enfermedad y no me equivoqué. Gracias al médico español, Pedro, que trabajaba en la enfermería de los SS, pude hacerme una radiografía con el aparato de éstos sin que se dieran cuenta, y se confirmó el temor: tenía enfermos los pulmones. Sin embargo, continué mis actividades, puesto que de nada servía entretenerse en conjeturas de ninguna especie. Mi voluntad y la solidaridad de mis compañeros hicieron que me repusiera y pudiese continuar mis actividades, sin pensar en el mal que llevaba dentro de mí. En aquella ocasión, uno de los que más esfuerzos hizo para ayudarme fue

mi amigo Paco Boix, un joven de mi edad, de Barcelona. Su oficio de fotógrafo en un periódico de Barcelona le sirvió allí para obtener un puesto de confianza en el laboratorio fotográfico de los SS. Su espíritu combativo y su atrevimiento, hicieron que consiguiera de los propios SS algunos medicamentos a cambio de trabajos fotográficos hechos «bajo mano». Aquellos medicamentos sirvieron para muchos camaradas, aunque se obtuvieron en pequeñas cantidades. La conducta de Boix es digna de relatar en todos los conceptos, pues no limitó su actividad a conseguir algún medicamento. En una ocasión —a principios de 1942— informó a la dirección de la organización clandestina que en el *Erkennungsdienst* (laboratorio fotográfico) había una serie importante de clisés de los fusilados, ahorcados, electrocutados, muertos al «intentar evadirse», destrozados por los perros; en fin, de los muertos exterminados por los SS con sus diferentes métodos. Se le dio orden de sustraerlos, o copiarlos, para guardarlos, con el fin de que sirvieran de testimonio al final de la guerra. (La mayoría de las fotos que sirvieron en el proceso de Nuremberg y otros procesos, así como las publicadas en el mundo entero años después, provienen de Mauthausen, y fueron «recuperadas» por Boix, ayudado por Antonio García, y guardadas por los miembros de la organización española, que tuvo el mérito —uno más— de contribuir a explicar lo que fue la exterminación de allí.)

Llegada de nuevos prisioneros y de los franceses

Junto a centenares de prisioneros de otros países, llegaron a aquel centro de exterminio los primeros resistentes apresados en la Resistencia de Francia y de Bélgica. Como yo tenía la posibilidad de penetrar fácilmente en los blocks de cuarentena, era el encargado de ir a ver a los recién llegados para ponerles al corriente de las características del campo y averiguar si entre ellos venían compatriotas nuestros. Con la llegada de los franceses pudimos comprobar que el pueblo francés no había claudicado y que su reacción contra los nazis era cada día más importante. Nos sentíamos orgullosos de saber que el pueblo de Fran-

cia hacía honor a su historia, continuando e incrementando su lucha clandestina contra los invasores; pero al mismo tiempo nos entristecía verlos llegar a Mauthausen donde, como los nuestros, serían exterminados casi todos.

Pronto hice amigos entre los llegados de Francia. Un día que hacía el «control» de los recién ingresados, encontré a un grupo de unos 200 franceses y belgas. Todos me miraban con desconfianza, pues los SS me habían cambiado el traje de presidiario por un traje de paisano. (Los alemanes, faltos ya de uniformes de presidiarios, debido a los cientos de miles de deportados que llegaban, tuvieron que vestirnos con trajes civiles, sobre los cuales pintaban unas rayas rojas verticales.) «Los nuevos» no comprendían que yo tuviera la posibilidad de entrar y salir en la barraca, y esto motivaba su desconfianza. Me acerqué a ellos y les dije:

—No temáis, soy un deportado como vosotros. Soy republicano español, vengo para ayudaros y aconsejaros en lo que pueda. ¿Hay españoles entre vosotros?

Se adelantó un prisionero de cierta edad, flaco, un poco jorobado —sin duda por las palizas—. Hablaba despacio y noté que era parisiense. Sonreía.

—Yo no soy español, pero lo comprendo bien —me dijo en castellano.

—¿Dónde lo has aprendido?

—He trabajado mucho tiempo en España... —me contestó.

Empecé a interrogarle, pero con tacto, porque todos los prisioneros que habían trabajado y combatido clandestinamente contra los nazis desconfiaban de todo y de todos. Un buen resistente debía ser así. Era necesaria mucha habilidad para lograr su «confesión».

—Bueno. Te pregunto esto porque tengo aquí amigos franceses que han hecho la guerra con nosotros en España —le dije.

Me miró y noté en su mirada un rasgo de alegría y satisfacción:

—¿Es verdad que eres republicano español? Pues sí, también yo hice la guerra con vosotros.

Otro francés salió de las filas y me dijo en un perfecto castellano:

—Soy coronel del ejército francés y profesor de matemáticas.

He vivido muchos años en Madrid, donde tenía un negocio antes de la guerra.

El primero, Rabaté, era un comunista; el segundo, *monsieur* Garaud, era «gaulliste», católico, que se había enrolado en la Resistencia de la región de Burdeos, donde fue descubierto y torturado antes de ser enviado a Mauthausen. Protegí al coronel bastante tiempo, dada su edad avanzada, guardándole en el block 16; pero un día fue descubierto por los SS en la barraca y lo enviaron a Gusen. Jamás volví a oír hablar de él.

Llegaron nuevos grupos de franceses compuestos todos de hombres de la Resistencia: comunistas, socialistas, católicos, curas... (El reverendo padre Jacques halló la muerte en Gusen; el reverendo padre Riquet —el célebre predicador jesuita de Notre Dame de París— y algunos otros sacerdotes, fueron liquidados con el mismo ensañamiento que los demás presos). Conocí franceses como Lampe y, sobre todo, a Fredo Ricol, hijo de españoles de la provincia de Teruel, con los cuales se formó el grupo clandestino francés del campo.

A la llegada de los franceses se despertó cierta hostilidad hacia ellos entre los checos, los polacos, los alemanes, y también en algunos españoles. Unos reprochaban a los franceses no haber cumplido los tratados internacionales, otros su falta de combatividad. Y los españoles les hacían responsables de los malos tratos recibidos en Francia. Ninguno de ellos comprendía que aquellos franceses nada tenían que ver con los políticos corrompidos y traidores que habían conducido a Francia al abismo. La mejor prueba de ello es que estaban allí por haber combatido el nazismo como nosotros. La organización española tuvo que desplegar una importante actividad, para hacer comprender a los nuestros su error de enfoque. Sin embargo, un grupito de provocadores españoles continuó insultándoles y molestándolos, hasta que logramos hacerles comprender que aquellos hombres merecían nuestro respeto y nuestra admiración. Con los amigos checos conseguimos hacer frente a la campaña antifrancesa, y cuando los irreductibles empezaban a ceder terreno, tuvimos una sorpresa.

Antonio, el *stubedients* del block 12, donde había franceses y españoles, me llamó una mañana para enseñarme una hoja de

papel clavada en la puerta del lavabo, sobre la cual había escrito en español: «Conocemos las actividades del COMITÉ. Cuando llegue el momento les meteremos mano denunciándolos a los SS. He aquí la lista de los bandidos del COMITÉ: Razola, M.; Perlado, P.; Bonaque, S.; Constante, M.; Bonet, J.; Tarra-gó, J.; Raga, S.; Pagés, J. etc...» Cuando vi aquello sentí una indignación y una preocupación tremendas. Aquello era la prueba de que entre nosotros, pese a los esfuerzos desplegados, había gente capaz de delatarnos. Menos mal que no había pasado ningún SS por la barraca aquella noche, ya que de lo contrario nunca se sabe lo que hubiera podido suceder. (Las delaciones por cuestiones políticas no preocupaban demasiado a los SS. El día en que un español —el siniestro César— denunció a los comunistas al comandante Ziweis, éste le contestó: «Los españoles sois todos bolcheviques, así que no me vengas con cuentos...»)

Aquel hecho sirvió para consolidar nuestra amistad entre españoles, condenando todos a los cinco o seis indeseables autores del vergonzoso papel. Frente al bloque compacto que formábamos, pocas cosas podían hacer aquellos desgraciados.

Stalingrado y sus consecuencias

Un cúmulo de circunstancias hicieron que el campo cambiara de fisonomía, en lo que respecta a la vida interior.

Hacía ya tiempo que los americanos combatían junto a los soviéticos e ingleses. Habíamos tenido noticias, por los recién llegados, del fracaso alemán ante Moscú y de las primeras victorias aliadas en África. Y, sobre todo, lo que fue para nosotros el rayo de luz que iluminó nuestra noche concentracionaria: el descalabro alemán en Stalingrado. Era la prueba de que nuestra fe y nuestras esperanzas no eran vanas. La raza de los señores iba perdiendo su orgullo. Muchos de los jóvenes SS eran enviados al frente ruso y sustituidos por otros que habían sido heridos en el frente. Pero, ni el talante de los oficiales, ni el de los responsables del funcionamiento del campo de exterminio cambiaron en absoluto. Antes eran temidos porque querían exterminar a todos los que no fueran de la raza de los «superhombres».

Después de Stalingrado, al percatarse de que las cosas andaban mal para los nazis, su venganza se ejercía sobre los deportados. Pero ya no tenían su espíritu concentrado sólo en hacer mal, como en tiempo de las victorias. Las derrotas resultaban difíciles de digerir, mientras que para nosotros eran lo contrario: cada victoria aliada, cada golpe duro asestado a los hitlerianos, representaban un paso adelante en nuestra organización, y crecía la voluntad de luchar.

A esto se añadió la progresión lenta, pero segura, de nuestros hombres hacia los puestos importantes que podían dar pie a modificar el ambiente del campo. En poco tiempo numerosos bandidos alemanes, del triángulo verde y negro, fueron exterminados por los SS. Al ser sus hombres de confianza, muchos de ellos se había otorgado tal poder que los SS llegaron a considerarlos como un estorbo. Los crímenes cometidos por aquellos bandidos, cómplices y ejecutores de muchas órdenes dadas por los SS, eran incontables. Por otra parte, cuando llegaban nuevos deportados al campo les robaban objetos y joyas, que luego se repartían con los propios SS, o hacían comercio de alcohol con ellos. Además, los SS no querían «testigos» que un día pudieran explicar todas las barbaridades cometidas allí.

Matucher, el kapo jefe del *Siedlungsbau*, y varios kapos más, fueron colgados de las manos en las argollas de la muralla, y achucharon a los perros contra ellos, hasta que les destrozaron. Fueron rematados a golpes por los SS. Lo mismo hicieron con el *Lagerschreiber* número 1 (secretario del campo número 1). Este empleo era, con el de jefe de campo, el más importante de la administración interior. Como secretario número 1, conseguimos colocar un deportado político, miembro de la organización internacional que ya estaba en vías de formación. Otros puestos importantes en la cocina y en el almacén de los SS, también fueron ocupados por amigos nuestros.

El reino de los bandidos y de los asesinos de Mauthausen empezaba a declinar, pero no así la exterminación, ya que cada día aumentaba el número de los llegados al campo procedentes de todos los países de Europa. Y a los pocos días la mayoría iban a parar al crematorio. Los españoles empezábamos a recoger los frutos de nuestras actividades. Muchos de los nuestros

habían caído en la lucha y unos pocos, los que quedábamos aún con vida, debíamos administrar bien «la cosecha». Duro, muy duro había sido nuestro «aprendizaje», pero, si cada nacionalidad tenía en 1943 su organización clandestina, ello lo debían a los españoles que habíamos sido los primeros, y los tercios instigadores de todo aquel tinglado. No es necesario presentar ninguna factura, puesto que ese era nuestro deber, y por eso lo hicimos. Si Mauthausen cambió de aspecto y tuvo una organización modelo, fue obra de los españoles. El exterminio no podíamos impedirlo, pero sí tratar de salvar el mayor número posible de hombres, contrarrestando en parte las atrocidades de los SS y sus lacayos.

Me nombran ordenanza de los oficiales SS

La «purga» de bandidos prosiguió varias semanas. Tras pasar por la cocina, los almacenes y las oficinas, la «limpieza» alcanzó el grupo de la *Kommandanturereiniger* (ordenanzas de los SS). Bachmayer, el capitán SS jefe del campo, decidió castigar a todos los «verdes y negros» que formaban aquel grupo, y a su propio ordenanza, enviándolos a la *Straffkompanie*. Para ello se les acusó —como a los otros bandidos— de robo, de borrachos, etc., y los SS decidieron exterminarlos. Una tarde, al terminar la formación, Bachmayer pidió que se presentaran ante él todos los españoles que hablaran alemán, para ocupar los puestos vacantes. (Yo lo comprendía bastante bien, pero no quería presentarme, puesto que tenía una responsabilidad en el grupo clandestino, y mi trabajo de limpieza en el block me permitía dedicarme más fácilmente a esta actividad.) Con sorpresa oí pronunciar mi número por el *Rapportführer*, ordenándome que me presentara ante Bachmayer, junto a la puerta de control del campo. Tuve que presentarme corriendo:

—¿Tú eres el 4584 del block 13? —me preguntó el jefe SS.

—Sí. *Obersturmführer* (capitán); prisionero político rojo español número 4584 —contesté sacándome el gorro y poniéndome firme.

—¿Comprendes el alemán?

—Muy poco, es por eso que no he salido voluntario...

—¡Embustero! El secretario de tu block ha dicho que lo comprendes muy bien. Quiero jóvenes rojos españoles en la Kommandantur, pero cuidado, a la menor negligencia de vuestra parte, seréis colgados y devorados por los perros.

Al mismo tiempo que me decía aquellas palabras se acercó a mí. Nunca le había visto tan «cara a cara». Me miró fijamente, con sus ojos duros, fríos, al tiempo que me daba golpecitos en la cara con su látigo. Parecía como si hubiera adivinado que era uno de los «peligrosos».

El motivo de haber sido llamado lo supe más tarde. El secretario del block, Willy, había dado mi número cuando supo que los SS querían españoles como ordenanzas. Aquel bandido lo hizo porque sospechaba que yo era uno de los «dirigentes políticos», y al enviarme con los SS me sacaba del campo interior y me metía en la boca del lobo, con el propósito de que algún día me «liquidaran», como lo habían hecho con sus amigos.

Aquella misma noche los cuatro españoles escogidos fuimos enviados al block 2, donde estaban alojados todos los «prominentes» (los «enchufados», como denominaban a los empleados en puestos de trabajo más fácil y menos expuesto que en el exterior). Por primera vez un grupo de españoles ocupaba puestos hasta entonces reservados a los bandidos alemanes. Al día siguiente nos dieron un traje nuevo, camisa, zapatos, etc. Aunque éramos presidiarios, los SS exigían que sus ordenanzas fueran muy aseados y bien vestidos. De los antiguos ordenanzas no quedó más que el cabo. Cuatro políticos austríacos entraron el mismo día que nosotros. El trabajo consistía en hacer la limpieza de las habitaciones de los oficiales y de su cuarto de aseo. Las habitaciones estaban situadas en las barracas junto a la *Kommandantur*. A mí me confiaron cuatro habitaciones ocupadas por doce SS: cuatro del almacén de la ropa, tres responsables directos de los prisioneros (*blocksführers*), tres del secretariado del comandante Ziweis, y dos responsables de la emisora de radio. Aquella siniestra existencia nos había hecho perder la noción del miedo; mejor dicho, hizo que le diéramos su verdadera importancia. Sin embargo, el verme enfrentado directamente con los SS, cuya vigilancia debía soportar durante

17 horas al día, me dio casi pánico. Los SS ya no estaban a dos metros, sino allí, junto a mí. Además de la habilidad propia de las actividades clandestinas, ahora era necesario desplegar una gran vigilancia y... tener mucha suerte. Suerte, sobre todo, ya que cuando quisieran y cómo quisieran, podrían aniquilarnos.

Nuestro grupo de ordenanzas aumentó en cuatro españoles más. Éramos ocho los que, además de tener «una buena colocación», podíamos robar azúcar y otros comestibles a los SS para nuestros enfermos. También teníamos facilidad para circular por todo el terreno del área exterior, incluso por los talleres de trabajo y por las barracas del recinto interior. Es decir, por toda la superficie rodeada por la gran alambrada y vigilada por los centinelas, y sus ametralladoras, desde las torretas.

Teníamos también a dos compatriotas trabajando en las oficinas especiales de la Gestapo, llamadas *Politischerabteilung*, Casimiro y José; otro, De Diego, en la oficina del campo, como secretario número 3; Pedro estaba como médico en la enfermería de los SS; y Ángel en la enfermería de los prisioneros. Otros estaban en puestos no menos importantes. Nuestra tela de araña se hallaba bastante extendida y los españoles habíamos penetrado en todos los puestos administrativos interiores y en algunos de los propios SS. Aquello era el fruto de nuestra labor clandestina.

Por los dos amigos que trabajaban en la oficina de la Gestapo sabíamos, a los pocos minutos de haber llegado una expedición de nuevos deportados, quiénes eran, de dónde venían, y las órdenes de exterminación —más o menos rápidas— que habían dado los SS. Éstos se cebaban sobre todo con los jefes del ejército rojo, los partisanos de Tito, los dirigentes de la resistencia, o los franceses NN («Noche y Niebla», los más peligrosos para los nazis, que debían ser exterminados inmediatamente). Al saber quién había llegado, podíamos tratar de salvar alguno. Había veces en que escapar a las primeras torturas permitía salvar un hombre.

Yo seguía visitando a los recién llegados, como hacía anteriormente. Pasaba el control de la puerta de entrada del campo interior con el pretexto de llevar ropa al lavadero. Luego, saltando de barraca en barraca por las ventanas, llegaba hasta la

«cuarentena», donde estaban los *zugengers* (los nuevos). Fue así como descubrí a bastantes españoles traídos de Francia como NN por su participación en la Resistencia francesa. Rara era la expedición donde no había algún compatriota: Montero, Cagancho, Felipe, Miret, Tomás Martín, y más tarde mi amigo de la 43 División: Miguel Malle. La llegada de estos camaradas nos sirvió para ampliar y consolidar nuestro grupo clandestino. Traían, además de un gran caudal de noticias, la experiencia de su lucha en Francia. Esto nos permitió, en el otoño de 1943, crear el primer grupo del «aparato militar español», en cuya formación tomó una parte muy activa nuestro amigo Montero. Al principio, sus componentes fueron casi todos comunistas, y la mayoría ex oficiales del ejército de la República. Fernández Lavín fue designado para mandar el grupo, y más tarde fue mi compañero Miguel Malle quien lo mandó, así como también dirigió el aparato militar internacional desde su creación. El objetivo principal de nuestro grupo militar era estar preparados para hacer frente a cualquier eventualidad. Los alemanes retrocedían ya por todos los frentes, y en los países ocupados de Europa, la resistencia se enfrentaba contra los invasores. Estábamos convencidos de que llegaría un momento en que tendríamos que combatir para impedir que los nazis nos exterminaran.

Por aquella época nos dieron permiso para escribir una tarjeta con 25 palabras a nuestras familias de España. ¡Tres años de silencio! Los españoles éramos los únicos a los que no se había permitido escribir, junto con algunos franceses NN. Yo no sabía nada de mi familia. Estaba enterrado vivo allí desde hacía más de treinta meses. Un mes más tarde recibí una tarjeta escrita por mi padre: «Estamos bien, vivimos en Loarre.» Y mi madre añadía: «Ánimo, pronto nos veremos; san Antonio te protege y todos los días le pido que te salve...» ¡Mis padres seguían con vida en España! La alegría fue indescriptible, pues era el primer contacto que teníamos con el mundo de los humanos, lejos de aquel infierno. La emoción era doblemente sentida al saber noticias de los nuestros y recibir una tarjeta que venía de España: la España que tanto añorábamos, la España que todos llevábamos en el corazón; nuestra razón de vivir —junto a nuestro ideal de libertad—; nuestro país. Los que han pasado

por tales trances podrán comprender lo que representa el amor y el recuerdo de la «tierruca» de uno.

La red de nuestra organización clandestina

Las nuevas normas de los SS les habían llevado a crear «comandos exteriores» (pequeños campos de trabajo) para aumentar la producción bélica del Reich: Melk, Ebensee, Steyr, Wiener-Neudorf, Linz y muchos otros campos se agregaban a Gusen. A cada uno de aquellos pequeños campos se enviaban también responsables de la organización clandestina, a fin de organizar la Resistencia. Mauthausen seguía siendo el campo central, el campo «madre», de donde salían los deportados destinados a cada «comando exterior». Allí estaba la administración y el mando central y donde venían a parar cientos y cientos de inválidos y enfermos, agotados en los trabajos forzados de los «comandos» que construían túneles para la instalación de las fábricas de guerra subterráneas. Todos eran traídos al campo central para serles aplicada «la solución final...».

Mauthausen no era ya el «pequeño campo», donde centenas de deportados desaparecían todos los días. Era el centro de la red extendida por los SS, el hormiguero, el circuito cerrado, donde millares de hombres entraban todas las semanas, pasaban tres días de cuarentena, eran enviados a los «comandos exteriores» y regresaban, un mes o dos después, enfermos, inválidos, agotados, o cadáveres para ser quemados.

Mauthausen era una empresa de exterminio. Los SS habían construido un nuevo crematorio, ya que el antiguo no daba abasto. El nuevo horno funcionaba con aceite pesado a presión y «consumía» una cantidad de cadáveres diez veces superior al antiguo. ¡Y los dos funcionaban de día y de noche!

Si, físicamente, como ordenanza, no sufría las mismas torturas que los deportados de la cantera, ya que no teníamos que aguantar como ellos toda clase de intemperies —aunque las palizas que nos daban a nosotros eran de órdago—, moralmente nuestra situación no era nada envidiable. Más que en ningún otro lugar, allí debíamos tener una paciencia a toda prueba y

unos nervios de acero. Cualquier pretexto servía a los SS para despreciarnos, rebajarnos. Ellos, los de la raza superior, nos llamaban a nosotros los *untermenschens* (subhombres). Y cuando se emborrachaban —cosa que hacían a menudo y en condiciones bochornosas—, desataban sobre nosotros sus criminales instintos. El oficial de la emisora, borracho empedernido, me dijo un día:

—Confiesa que eres un bolchevique. Eres un «matador de monjas» (*nonerschlechter*) y si pudieras me liquidarías.

—Soy un español; nada más —le contesté.

Y, tambaleándose, con la gorra de medio lado, añadió:

—Sí, pero has hecho la guerra contra los alemanes. De aquí no saldrás vivo. A partir de ahora te llamaré «mata monjas».

—Yo no he matado a nadie, tengo mis principios. Fui soldado y nada más.

Pero, desde aquel día, no me dieron otro nombre que el de *nonerschlechter*.

Y como este ejemplo, cientos de otros similares se sucedían. Por tanto, los españoles les preocupábamos. Uno de los oficiales, secretario del comandante Zierys, me declaró:

—Los españoles sois los más obstinados. La prueba es que aún quedáis algunos con vida. Sois los que mejor se entienden, los más solidarios y, seguramente, los más peligrosos políticamente. Al comandante Zierys no se le han escapado estos detalles.

Mi amigo Zdenek, el checo, fue también designado ordenanza por los oficiales SS del grupo electricista. Eran ocho SS que tenían una barraca separada de las de los demás. Un día Zdenek descubrió que tenían un aparato de radio debajo de la cama, aparato que podía captar las emisiones de todos los países. Es decir: tenían un aparato «clandestino», prohibido. (Los aparatos de radio de los SS de Mauthausen estaban «bloqueados» en Radio Berlín, siendo imposible captar otra emisora.) Aunque eran nazis puros, la curiosidad les movía a querer enterarse de lo que decían los aliados. Si el comandante Zierys hubiera descubierto tal hecho, les hubiera castigado duramente. Zdenek encontró la forma de poner en marcha dicho aparato sin sacarlo de la maleta donde estaba, debajo de la cama. Había

un solo inconveniente: era necesario echarse al suelo para llegar hasta él. Entre las tres y las cinco de la tarde, Moscú y Londres hablaban en español y daban noticias de la guerra. Nos pusimos de acuerdo y, mientras él vigilaba la entrada de los apartamentos SS, yo me deslizaba debajo de la cama para escuchar Londres. Hasta el día en que nos sorprendió un SS. Tuve el tiempo justo de cerrar la maleta y ponerme de pie.

—¿Qué haces aquí, bandido español? —me dijo.

—Ha venido a devolverme una escoba que le había prestado —le contestó al SS mi amigo Zdenek.

Nos miró como diciendo: «No me toméis por un imbécil, porque no lo soy...» Es posible que adivinara lo que estábamos haciendo, pero como tampoco ellos tenían autorización para poseer un aparato, la cosa no tuvo mayores consecuencias. Lo bueno es que no miró debajo de la cama, ya que, con la precipitación, yo había olvidado desenchufar los hilos. ¡Por pura suerte nos salvamos de un castigo sonado!

Fue en la primavera de 1944 cuando llegaron los grupos más importantes de franceses con gran experiencia de la lucha antinazi. Cuatrocientos de ellos —llegados de la prisión de Blois, en Francia— tenían ya su propia organización clandestina, que ya funcionaba en aquella prisión. Fui a la barraca de cuarentena, como de costumbre, para enterarme de quiénes eran y de dónde venían. Como siempre, me dispuse a «confesarlos» y a darles los consejos que acostumbrábamos a prodigar a los nuevos. Me fue muy difícil, al principio, obtener ninguna respuesta de ellos. Allí nadie se daba por aludido cuando hablaba de resistencia o de lucha antinazi. Sin embargo, de pronto me fijé en uno que tenía aspecto de español —moreno, de pelo muy negro— y que escuchaba atentamente lo que yo decía. Me acerqué y le hablé:

—Oye, tú eres español. Me he dado cuenta de que comprendes lo que digo cuando hablo en castellano.

No me había equivocado; vi que sonreía. Era la mejor prueba de que me había comprendido.

—No, no soy español, pero comprendo vuestra lengua —me respondió al final, con un fuerte acento eslavo.

Para ver qué reacción tenía, le hablé de alemanes, checos y

franceses que había en el campo, conocidos por su actividad resistente. Con gran sorpresa, supe que conocía a Gabler, Hofman, Dahlen y a otros. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando supe que era el cuñado de mi amigo Fredo Ricol. Se trataba de Arthur London, un checo casado con Lise Ricol, y que había ido a luchar en España. Así conocí a uno de mis mejores amigos.

Gracias a London y a sus compañeros, pudimos establecer relaciones con nuevos prisioneros políticos que él conocía —algunos desde la guerra de España— de la Resistencia, y también con otros conocidos en las prisiones de Francia.

A partir de aquella época se creó oficialmente el Comité Internacional, aunque los contactos y la actuación ya existían desde meses atrás; y siempre habíamos tomado las decisiones en común. La primera dirección del CI estuvo compuesta de cuatro miembros: tres austríacos —Gabler, Kohl y Marsalek— y un checo —London.

El grupo militar español sirvió de plataforma a la organización del aparato militar internacional (AMI), en el que se integraron oficiales de la Resistencia de todos los países que estaban bajo el yugo nazi. Al ser nuestro grupo el mejor organizado, nos fue confiada la responsabilidad del AMI. Sus jefes serían: primero, nuestro compatriota Fernández, y más tarde mi amigo y compañero de la 43, Miguel. El hecho de ser su compañero en España, y conocer el ruso y el alemán, me valieron ser designado como oficial de enlace del EM del AMI. Eso sin abandonar mi actividad en la organización política y de solidaridad española, claro. La capacidad militar de Miguel y nuestra buena disciplina hicieron posible la rápida formación de un grupo militar capaz de hacer frente a toda eventualidad. Me fueron encargados planos y croquis de todos los puntos estratégicos del campo, que durante algún tiempo tuve escondidos en un armario de los oficiales SS, donde hacía la limpieza (era el lugar soñado para esconderlos, donde nunca se les hubiese ocurrido buscarlos). Cuando algunos meses más tarde el coronel soviético Pirogoff entró en nuestro EM —escogido para ser el comandante en jefe, debido a su gran experiencia en la Resistencia soviética—, Miguel le comunicó nuestras actividades. Yo les servía de intérprete, explicándole todos los detalles.

—Amigos —dijo al final—, no tengo nada que añadir. Vuestros planes y vuestra organización son perfectos. No hay que retocar un sólo detalle. Pese a mi experiencia yo no hubiera podido hacerlo mejor. Al contrario, vosotros me habéis enseñado cosas que sólo con vuestra tenacidad era posible alcanzar. Formaré parte del EM del AMI, pero no seré su jefe, porque considero que es Miguel quien debe asumir esta responsabilidad hasta el final.

En 1944 los fusilamientos en el campo fueron numerosos, sobre todo de austríacos. Anteriormente sólo de vez en cuando un político era fusilado. En 1944, raro fue el día en que no hubo ejecuciones, no sólo por fusilamiento, sino también ahorcados. Lo cual no quiere decir que la exterminación «programada» menguara, sino todo lo contrario: en todos los campos anexos los exterminados se contaban por miles, y los camiones no paraban de traer su carga macabra. (Y eso que Gusen, Melk, etc., tenían su propio crematorio.) Las pilas de muertos eran tan importantes que llegaban hasta la plaza central. El nuevo crematorio había sido «perfeccionado», doblándose el número de incineraciones, que se podían hacer sin la menor interrupción. Funcionaba tan intensamente, que el calor llegó a resquebrajar el zócalo de cemento de dos metros cincuenta de espesor que lo sostenía. Algunas noches nos era difícil dormir debido al olor de los cuerpos quemados que se esparcía por el campo. Las llamas salían por la chimenea alcanzando varios metros de altura por encima del *bunker* (calabozo), donde estaban instalados los hornos crematorios. Era un espectáculo lúgubre, siniestro, horripilante...

El desembarco aliado en Francia

El 6 de junio de 1944, encontrándome en mi trabajo de limpieza, por los altavoces colocados en las habitaciones de los SS oí que las noticias de Berlín informaban de que los aliados habían desembarcado en Francia. Los hitlerianos daban un parte lacónico, sin comentarios: «Los angloamericanos han intentado un desembarco en Francia, nuestras tropas resisten en todas partes.» Tras los ataques y avances soviéticos, se había realizado el

desembarco tan esperado. Ahora sí que teníamos la certeza del aplastamiento total y próximo del hitlerismo en Europa. Dejé las escobas en el pasillo y me dirigí, loco de alegría, a las habitaciones donde trabajaban mis compañeros. En pocos minutos la noticia se extendió como un reguero de pólvora hasta los más apartados rincones del campo. Los SS, que conocían la noticia desde las primeras horas de la mañana, estaban furiosos. Mi alegría, por ello, duró poco tiempo. Durante el resto del día fui apaleado y castigado como nunca lo había sido hasta entonces. Aquella noche entré en el campo con un ojo tapado, a causa de un puñetazo, y la cabeza abierta por un calzador metálico que me había arrojado un SS. ¡El 6 de junio de 1944 no se borrará jamás de mi memoria!

Aquella fecha tuvo para nuestra moral un alcance inédito. Ahora los alemanes eran atacados por todos lados. Muchos SS que no sabían todavía lo que era la guerra en primera línea fueron enviados al frente ruso, como ocurrió con los pertenecientes a la División *Toten-kopf* (calaveras); los de la División *Das Reich* ya habían sido trasladados a Francia, a Metz, en la Moselle. Para sustituirlos en el campo habían llegado ex heridos y SS extranjeros, voluntarios de ciertos países ocupados. Entre los extranjeros, Ziweis había traído algunos futbolistas rumanos, eslovacos y húngaros, con el fin de reforzar el equipo de fútbol SS que participaba en el campeonato militar alemán. Fue así como tres rumanos y un austríaco vinieron a ocupar los puestos dejados vacantes por cuatro oficiales SS, de los cuales era yo ordenanza. De los tres rumanos sólo uno era nazi de verdad. En cuanto al austríaco, Bruckner, joven fanático hitleriano, había sido herido en el frente ruso, perdiendo sus partes genitales. Pronto fue «bautizado» por los españoles con el apodo «El Capado». De todos los SS de Mauthausen fue uno de los más feroces, sanguinarios y crueles. Hasta los propios SS le temían, sobre todo porque era amigo de Bachmayer, el capitán de campo, y uno de sus esbirros de confianza. Un verdugo que mataba a los hombres como moscas. Fue alojado en la misma habitación que los tres rumanos futbolistas, a los cuales odiaba y despreciaba. En mi presencia les trataba de enchufados, de SS de «segunda mano», de cobardes, y de cochinos extranjeros, que des-

honraban al Tercer Reich. Pasaba su tiempo martirizando a los presos, ya sea en el trabajo o en los blocks, y cuando estaba de oficial de guardia —en el control de la entrada— iba a los blocks de cuarentena a torturar y asesinar a los recién llegados. Raro era el día en que no me hacía lavar sus guantes de cuero manchados con sangre de los prisioneros. «El Capado» era la auténtica pesadilla del campo.

Cierto día fui a la habitación de los rumanos, para traducir un artículo del «*Volkischer Beobachter*», periódico de los SS, y así practicar el alemán. Tenía siempre a mano una gramática y un diccionario español-alemán. Escogí en el periódico un artículo sobre la batalla de Smolensk —un comentario nazi en torno al parte de guerra de los soviéticos—, en el que trataban de demostrar que el comunicado ruso era falso. En el artículo se incluían extractos del parte ruso, como por ejemplo: «En el sector de Smolensk nuestras tropas han dado batalla —una de las más duras de la guerra— a las fuerzas invasoras. En una semana hemos destruido 600 tanques, abatido 800 aviones, cogido 2.000 cañones, miles de ametralladoras y hemos hecho prisioneros a más de 20.000 hombres.» El comentario nazi se dedicaba a desmentir el parte ruso, diciendo que aquellas noticias eran imaginarias, fabricadas por los servicios de propaganda de los bolcheviques, ya que en dicha ciudad no había habido combates y los soviéticos estaban muy lejos de la misma. Estaba traduciendo tranquilamente el artículo, cuando «El Capado» entró por la ventana como una exhalación. Con una mano me agarró por el cuello de la chaqueta y con la otra me quitó los papeles. Ni siquiera tuve tiempo de darme cuenta de lo que ocurría. Me había estado espiando desde fuera, saltando por la ventana para cogerme «con las manos en la masa».

—¿Qué es lo que escribes? Te la vas a cargar. Tú no tienes derecho a leer libros, y menos aún nuestros periódicos —me gritó, al tiempo que me aplastaba los pies con sus botas.

Inmediatamente tuve el presentimiento de que algo grave me iba a suceder. Le contesté:

—Tengo permiso del *Obersturmführer* Bachmayer para leer el periódico y tener estos libros, con el fin de aprender mejor el alemán.

—¡Mientes! Te aseguro que vas a pasar un mal rato...

Tomó el periódico y mis escritos. Había copiado el artículo en español y en alemán. Las palabras que no comprendía bien las traducía por partida doble, colocándolas entre paréntesis. Cuando leyó el comunicado soviético se levantó y empezó a golpearme como un desalmado con el atizador de la estufa. (Una muela más —de las pocas que me quedaban— me la rompió «El Capado» aquel día.) Caí al suelo y aquel malvado se dedicó a pisotearme. Al levantarme recuerdo que fijé la mirada en la chapa de su cinturón, sobre la cual estaba escrito: *Got ist mit uns* (Dios está con nosotros).

—Asqueroso bolchevique, tú escuchas radio Moscú y copias los partes de guerra rusos para comunicarlos después a los otros *untermenschs*. Voy a dar parte a Bachmayer y mañana saldrás hecho humo por la chimenea del crematorio.

Con los papeles en la mano, se fue por la ventana —como había entrado— y desapareció en dirección a la *Kommandantur*. Había dejado el periódico sobre la mesa. Lo plegué y lo escondí detrás de un armario. Un cuarto de hora después se presentó de nuevo en su habitación, ordenándome que andara delante de él hasta el control del campo. Cuando llegamos a las torres me hizo pasar delante del oficial de guardia, colocándome frente a la muralla. Entonces me vi perdido y me dije que, salvo un milagro, esta vez no me salvaba. Me colocó los brazos detrás en la espalda, me ató con la cadena y me izó varios palmos. Me encontraba colgado por los brazos tal como los desgraciados que habían sido presa de los SS y sus perros. Sentía tanto dolor que me parecía que estaba ya fuera del mundo. No sufrí en Mauthausen todas las torturas —como la bañera, la electricidad, y otras—, pero creo que la de ser colgado era de las más horribles: los brazos eran atados en la espalda, a la altura de las caderas; luego pasaban una cadena entre las dos manos y con un gancho iban subiendo los eslabones uno a uno. Al mismo tiempo subían los brazos, retorcidos, descuartizados, con dolores tremendos, hasta que, colgado de aquella forma, el cuerpo se encontraba a unos treinta centímetros del suelo, balanceándose como un pelele.

El oficial de guardia se acercó, y se entabló una discusión entre él y «El Capado». El oficial en cuestión era el *Oberschar-*

führer rumano Heller, al cual yo servía también de ordenanza, que compartía su habitación con «El Capado». Heller le dijo:

—Hay que descolgarlo. Mientras no lo ordene Bachmayer, no tenemos derecho a colgar a un preso.

«El Capado» le replicó:

—Yo no necesito autorización, rumano de mierda.

Sin hacerle caso, Heller me descolgó, me sacó las cadenas y me puso de cara a la muralla, en espera de que llegase Bachmayer. No había permanecido colgado más que doce o quince minutos, y sin embargo tenía ya los brazos paralizados. El dolor era insoportable, hasta el punto de que casi no me daba cuenta de lo que ocurría en torno mío. Me rehice un poco y, viéndome perdido, por mi mente pasó en pocos instantes la aventura de mi vida: España..., Francia... mi familia... Mi familia, por la que tanto había luchado, no sabría jamás cómo había muerto. Mi madre —que tanto había rezado por mí a san Antonio, y que estaba convencida de la protección con que el gran santo me cubría—, vería que san Antonio no había podido hacer nada por mí. La guerra de España, tan lejana ya; la guerra de Francia; mi actividad de combatiente de la libertad; todo desfiló por mi mente en escasos segundos. Después de tantos sacrificios, de tanto trabajo, de tantos días y noches pasadas en estudiar y preparar nuestra lucha clandestina, yo me dejaba condenar estúpidamente. ¿Y si los SS antes de exterminarme decidían torturarme para intentar saber algo sobre nuestra actividad en el campo? Me acordé de pronto de las torturas sufridas por nuestros compañeros en las prisiones de Francia, de Bélgica, de Checoslovaquia, y allí mismo, en Mauthausen. ¿Tendría la fuerza suficiente para callarme y morir sin decir una palabra? Seguía teniendo un gran dolor en los brazos, y aquello no era nada al lado de lo que me esperaba si me hacían un interrogatorio de los suyos. (De todas las torturas, una me daba escalofríos: la de los perros. Verme despedazado por los perros, como había visto hacer con otros presos, me horrorizaba.) Estaba pensando eso cuando nuestro compatriota, De Diego, que era el secretario número 3, se acercó a mí preguntándome qué había ocurrido. (Debo subrayar su valentía: ningún prisionero tenía derecho a acercarse a un «castigado cara a la pared», so pena de recibir

el mismo castigo.) En pocas palabras le expliqué lo ocurrido. Una vez más, la suerte que había tenido tantas veces, volvería a sonreír para mí. Pero sería una suerte propiciada por nuestros camaradas de la organización clandestina: De Diego y Marsalek.

Cuando Bachmayer llegó al control del campo, Marsalek, y sobre todo De Diego, le dieron la versión real de los hechos. Bachmayer había sido avisado y llevaba en la mano mi papel, pero recortado por «El Capado», que había dejado solamente las líneas donde estaba escrito el parte ruso. Bachmayer se acercó y me preguntó:

—¿Esto lo has escrito tú? ¿Dónde escuchas radio Moscú?

De Diego le contestó por mí:

—No, mi capitán, él no escucha radio Moscú. Esto es la traducción de un periódico alemán; el «Völkischer Beobachter».

De Diego le habló con tanta energía y firmeza que Bachmayer —el implacable— pareció desconcertado, alejándose hacia el control. Aproveché para explicar a De Diego que tenía el periódico escondido detrás de un armario de un oficial SS. De Diego alcanzó al *Oberstumsführer*, explicándoselo todo y diciéndole donde había escondido yo el periódico.

—¡Que vaya a buscar el diario ese! Veremos si dice la verdad. Porque si ha mentado va a ver cómo las gasto yo... —gritó Bachmayer.

Corriendo, me dirigí a la barraca de los oficiales. No tenía más que esa idea en la cabeza: encontrar el periódico donde lo había dejado. Si no daba con él estaba perdido. La noticia de mi «detención» se había propagado y todos los oficiales de la barraca me preguntaban qué había pasado. Entré en la habitación, puse la mano detrás del armario sintiendo el roce del papel. Lo saqué y lo apreté contra mi pecho. ¡Aquel periódico nazi valía una vida! Los SS allí presentes me miraban como a quien ha perdido la razón; no comprendían nada. De regreso al campo entregué el periódico a De Diego, que lo llevó a Bachmayer, explicándole que mi traducción había sido recortada. El rostro del jefe del campo se contrajo y su mirada se endureció, según era costumbre en él.

—Que venga el oficial Bruckner.



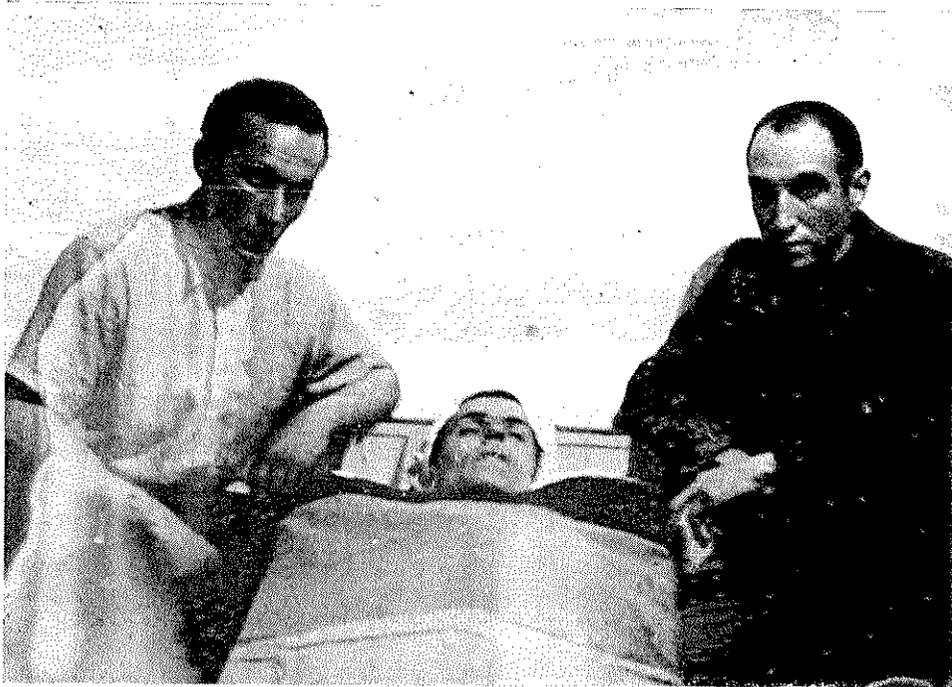
Grupo de españoles tras la liberación de Mauthausen.



Soldado soviético durante las luchas de liberación de Mauthausen.



Grau, Alcubierre y Pedro ante armamento capturado a



Montero y Perlado velando a José Bisbal, muerto en los combates por la liberación del campo.



Dos SS fueron a llamarle y en seguida se presentó allí. Se puso firme, extendiendo el brazo, y gritó:

—*Heil Hitler*. A sus órdenes mi capitán.

Bachmayer, furioso, empezó a insultarle:

—Idiota, eres un estúpido. No haces más que burradas...

Bruckner se vio obligado a reconocer que había recortado mi papel. Aquel hecho parecía mentira: por haber colgado a un preso insultaban a un oficial SS. Bachmayer se acercó a mí y, dándome un soberbio puntapié, me ordenó que me fuera a mi trabajo. Volví a la barraca de los oficiales algo más tranquilo, pero preocupado, pues sabía que «El Capado» procuraría exterminarme de una forma o de otra. La prueba fue que pocos minutos más tarde vino a su habitación y, loco de rabia, me gritó delante de los otros SS:

—Antes de dos días te enviaré al crematorio. Créeme, esta vez ni Bachmayer ni nadie te salvará...

No hacía falta que me lo dijera, sabía por experiencia que cuando un SS decidía suprimir a un prisionero podía hacerlo sin dar cuenta a nadie de sus actos. Sólo mi «desaparición» podía sacarme de aquel apuro. Para ello hacía falta que la organización clandestina me pudiera «camuflar» en la enfermería o en el «campo ruso», donde había cientos de inválidos y enfermos. Aquella tarde, al entrar en el campo, todos mis amigos estaban enterados del incidente y de su gravedad. Se decidió enviarme a la enfermería a la mañana siguiente y que los médicos me evacuaran al «campo ruso».

Marsalek tomó el asunto en sus manos, y con su compatriota Khol —también del Comité Internacional— avisaron a los médicos prisioneros para que me admitieran en la enfermería y pudiera ser trasladado al campo de los inválidos. No era cosa fácil, pese a nuestro poder en el campo. En primer lugar hacía falta que el secretario de barraca accediera a apuntarme como enfermo. Luego hacía falta que el kapo de mi «comando» diera su visto bueno, y por último, que el secretario de la enfermería y los médicos pudieran admitirme en su departamento. Después de los médicos estaba el oficial médico SS, al que también era necesario convencer de la conveniencia de mi hospitalización. Pues bien: se consiguió reunir todos los permisos necesarios.

Llegué a la enfermería a las nueve menos cuarto. Como jefe de ella estaba un checo, el profesor Podlaha, que colaboraba en el CI. El profesor había prometido sustraerme al control de los SS (no hay que olvidar que tenía los pulmones enfermos y mi temor era que los SS se dieran cuenta de ello). Mi amigo Zdenek me acompañó. Todo iba bien, hasta que Podlaha se lanzó sobre mí insultándome en alemán. Yo no comprendía qué le ocurría, ni tampoco los otros médicos y enfermeros.

—¡Te conozco bandido! ¡Tú eres Ackel!

Su reacción me había dejado anonadado; parecía haberse vuelto loco. Fue Zdenek quien captó rápidamente el sentido de sus palabras y lo que significaban: me había confundido con el antiguo jefe de block 13 —el delincuente común Ackel—, que tanto le había hecho sufrir. No se daba cuenta de que, por el contrario, si estaba con vida era gracias a mis esfuerzos. Cuando Zdenek le hizo comprender su equivocación, y que yo era el español que le había «camuflado», me pidió perdón, apenado por haberme tratado mal. Lo cierto es que, debido seguramente a aquel incidente, cuando me tomaron la temperatura yo tenía 40° de fiebre... Cuando pasé ante el médico SS le dijeron que estaba muy enfermo —40° de fiebre, contagioso— y que era necesario enviarme al «campo ruso». Y allí me condujeron, junto con otros compañeros, yendo a parar a una barraca cuyo jefe era un deportado político austríaco. Permanecí ocho días en aquella antecámara de la muerte. Era el mismo decorado que había conocido en el campo central en los primeros tiempos, pero con una diferencia: que allí todos los habitantes eran enfermos e inválidos, agotados por los trabajos en los «comandos exteriores», amontonados y abandonados en aquel infierno, en condiciones tan atroces que es imposible describir. Hay que destacar la gran abnegación y el sacrificio de nuestros compañeros médicos, practicantes y enfermeros, miembros del CI, luchando cada minuto para arrebatar hombres a la muerte, desafiando a cada paso a los SS.

Al cuarto día de estar allí me enteré de una noticia extraordinaria: Bruckner, «El Capado», había sido ascendido y le habían dado el mando de un «comando exterior» cerca de Viena. Por fin podía respirar tranquilo y regresar pronto al campo central.

Con un pequeño grupo de deportados ya restablecidos, fui devuelto al campo, donde debíamos ser incorporados al grupo de la cantera o al de la construcción del campo. A mí me destinaron a este último. Varios días después se me nombró ayudante de secretario del block 12, cargo que desempeñaba un joven checo: Sebesta. El jefe de block era un preso político alemán, Hans (comunista detenido en 1933 y que había recorrido casi todos los campos alemanes). La actividad del secretariado era poco importante, lo que me permitía consagrar mucho tiempo al grupo clandestino, el cual, de día en día, se afianzaba más en el campo, cubriendo ya la mayoría de los puestos de dirección interiores.

El verano de 1944 fue muy duro para nuestro Comité Internacional. De los cuatro miembros de la dirección, dos tuvieron que ser sustituidos: London, muy enfermo de los pulmones, tuvo que dimitir debido a su gravedad, ya que teníamos que esconderlo para que los SS no descubrieran su verdadero estado. En cuanto al amigo Gabler, su caso fue más grave. Trasladado a Viena por la Gestapo, y tras un simulacro de proceso por sus actividades comunistas, fue torturado salvajemente y luego decapitado en la cárcel de Viena. (Esta noticia la supimos algún tiempo después. Igualmente supimos que, en el curso de los interrogatorios, nunca se le escapó la menor palabra sobre la organización clandestina de Mauthausen.) El checo Hofman sustituyó a London y nuestros compatriota Manuel fue elegido responsable del CI en sustitución de Gabler.

Con sorpresa aquellos días vimos llegar a los primeros deportados políticos italianos. Personalmente, tenía tanto odio a los italianos como a los alemanes, y fue con ese estado de ánimo que me fui a visitar los recién llegados, a los «antifascistas» de la última hornada... Entre ellos se encontraban algunos oficiales superiores del ejército italiano que se habían negado a combatir contra los aliados, así como un grupo importante —la mayoría— de «partisanos». Pronto me di cuenta de mi error: todos tenían un auténtico pasado de luchadores antifascistas. Algunos de ellos eran incluso militantes del PCI. Otros muchos eran católicos. Sin embargo, unos y otros habían combatido juntos en las guerrillas italianas. Me entretuve con ellos, para saber de dónde venían, y descubrí un ex combatiente de España:

Pajeta, miembro del Comité Central del PCI. Por mediación suya pudimos integrar también al grupo italiano en la organización clandestina. Fue la última nacionalidad que «ingresó» en el CI de Mauthausen, pero no la menos castigada. Con un ensañamiento y una crueldad horribles, les fueron aplicadas las torturas que nosotros habíamos sufrido antes —y que seguían en vigor como el primer día—, con la particularidad de que a los italianos, que habían sido sus «aliados», les hicieron pagar más duramente aún lo que los SS llamaban «la traición de Badoglio...»

Me nombran intérprete por orden de los SS

En el campo había un grupo de trabajo llamado *Aufnahmekommando* (intérpretes encargados de establecer las fichas). Estaba compuesto de prisioneros de varias nacionalidades que hablaban dos o más idiomas, y, naturalmente, el alemán. Su trabajo consistía en hacer las fichas de los recién llegados. Estas fichas eran después controladas con las fichas de transporte establecidas por la Gestapo. Un ejemplar de aquellas fichas iba a la *Kommandantur*, otro al *Schreiberstube* (oficina interior). A medida que los miles y miles de prisioneros políticos llegaban al campo, era necesaria la ampliación de dicho grupo a causa del mucho trabajo que se les acumulaba. En 1944-45 casi todos los hombres de aquel «comando» formaban parte de la organización clandestina. El oficial SS responsable de aquel grupo me encontró un día en un block de cuarentena, donde había ido a «confesar» a los italianos. Al ser sorprendido pensé que un nuevo castigo me iba a caer sobre las costillas, máxime cuando el oficial era uno de aquellos a los que yo había servido como ordenanza. Me preguntó:

—¿Dónde trabajas desde tu enfermedad?

—Soy secretario adjunto del block 12.

—Hablas el español, el francés y el alemán. ¿No?

—El francés bastante bien, el alemán lo hablo, pero no sé escribirlo bien... —le contesté, silenciando que hablaba también el ruso.

—Bueno, esto da lo mismo. Mañana entrarás en mi «comando» para ayudar a hacer las fichas.

Era una orden dada por un SS, y no daba lugar a discusión. De todas formas no me desagradó el nombramiento, ya que en aquel puesto tendría más libertad aún para entrar en los blocks de cuarentena, y sobre todo más facilidad para pasar de una barraca a la otra por la noche, para transmitir las instrucciones a los miembros del aparato militar. Efectivamente, la organización militar, cada día más importante, reclamaba contactos muy estrechos entre sus responsables. Teníamos hombres que vigilaban por la noche, mientras los otros dormían, a fin de no ser sorprendidos de una forma u otra por los SS.

Al día siguiente me presenté en el *Aufnahmekommando*. Yo era allí el único español. La víspera, Rabaté me había hablado de dos o tres franceses que trabajaban allí, con los cuales se podía tener confianza, y me facilitó el nombre de uno de ellos para poder establecer el contacto.

—¿Eres tú Pierre Daix?

—Sí, soy yo. ¿Qué quieres?

—Soy un amigo de Rabaté. Me llamo Mariano y soy español. Espero que seremos buenos amigos...

Quedé asombrado al ver que era muy joven: tenía tres o cuatro años menos que yo. Llevaba aún en la cara la marca de las torturas infligidas por la Gestapo en las prisiones de Francia. (Supe más tarde que había sido detenido a principios de 1941.) Estaba muy flaco, parecía un esqueleto ambulante, sólo destacaban los ojos, como si fueran a salir de sus órbitas. No era el único joven francés recién llegado. Había varios que apenas tenían 18 años, entre ellos mi amigo Théo Morales, y otro que después sería una personalidad destacada en el mundo sindical: el actual secretario general de la CGT francesa, Georges Seguy... Daix me sonrió y me dijo en español:

—Salud, camarada español. Bienvenido entre nosotros; espero que juntos hagamos buena labor.

Cada día resultaba más difícil poder ayudar a los que llegaban, debido a la importante afluencia, sobre todo rusos, que ingresaban en el campo en grupos impresionantes. Entre ellos llegaron jefes superiores soviéticos, que fueron enviados a la

Straffkompanie: había generales, coroneles y comandantes. Los SS se ensañaron con ellos y en pocos días exterminaron a los más débiles. Con nuestra ayuda se logró salvar a varios, pese a las 16 horas de trabajo transportando piedras y a las torturas incesantes a que eran sometidos.

A principios de 1945, la afluencia de prisioneros se había duplicado. No sólo llegaban miles de resistentes antinazis de Europa entera, sino también deportados procedentes de los campos situados en Polonia, evacuados por los alemanes ante el avance del ejército rojo. También llegaron varias expediciones de hombres, mujeres y niños de origen desconocido, que fueron introducidos directamente en la cámara de gas, sin que se hiciera ninguna ficha. Estos grupos eran transportados por la noche, rodeados del secreto más absoluto, y eran gaseados y quemados sin que pudiéramos saber nunca su procedencia.

La situación cambiaba día a día, y la esperanza iba enraizando más profundamente. Nuestra actividad seguía el ritmo de los acontecimientos. Es decir, ante la derrota de los nazis —segura ya—, era necesario tomar la delantera para que los SS no nos sorprendieran. Nuestros grupos militares realizaban ejercicios cumpliendo los planes que habíamos establecido. No hay que negar que tuvimos discrepancias en la fijación de algunos objetivos, sobre todo en el grupo español, que, como ya se ha dicho, tenía el mando supremo tanto político como militar. Nosotros teníamos la experiencia de la lucha en el frente y también la veteranía en el campo. Conocíamos el campo —por haberlo examinado— hasta el menor detalle que pudiera servir para apoderarnos de él. Esto quedaba supeditado a un posible intento de exterminación en masa por parte de los SS, o de una evacuación, que hubiera servido para los mismos fines. Nuestro amigo Manuel expuso nuestros puntos de vista al CI, pero hubo reticencias en el seno del mismo, por parte de algunos pusilánimes, y no fueron aceptados. Fui, con mis compañeros, uno de los organizadores de aquel plan, y estoy convencido de que podíamos haber liberado el campo con nuestros propios medios, evitando quizá la muerte de muchos prisioneros y contribuyendo así a acelerar la batalla final.

Dos hechos vinieron a confirmar, algo más tarde, que el

plan del grupo español no era un disparate. El primer hecho fue la llegada de un grupo numeroso de resistentes austríacos, entre ellos varios responsables del movimiento católico y algunos dirigentes del PC austríaco. Por la actividad que habían tenido en la resistencia debían ser exterminados inmediatamente. El CI, puesto al corriente por nuestros compañeros españoles que trabajaban en el *Politischerabteilung*, decidió convocar inmediatamente una reunión para examinar cómo podíamos salvar a algunos de ellos. Ciertos grupos nacionales, y particularmente el nuestro, sostuvieron la opinión de que se podía intervenir militarmente para salvarlos a todos; sobre todo cuando poseíamos ya numerosas armas y los medios de apoderarnos del campo. A causa de las divergencias existentes, la única medida que se decidió fue darles algunas armas para que intentaran evadirse. Nosotros sabíamos que aquello era una insensatez. Era algo imposible de realizar, porque para poder escapar era necesario que asaltasen con sus armas las torretas de la guardia, franquear la muralla sobre la cual había la alambrada eléctrica, atravesar la segunda línea de alambradas del perímetro exterior, y luego salir al monte. En aquellas circunstancias, un grupo como el austríaco tenía que ir forzosamente al fracaso. Sólo un ataque general hubiera podido tener éxito. Tan pronto se acercaron a las torretas —construidas con bloques de granito de seis metros de altura— las ametralladoras empezaron a tirar hiriendo a varios de ellos. Viendo su empresa en trance de fracasar, nuestros amigos austríacos se replegaron hacia las barracas, abandonando junto a las alambradas las armas que les habíamos dado. Tuvi- mos que enviar varios camaradas nuestros a recuperar las pisto- las abandonadas. Como era aún de noche, tuvimos la suerte de que la «operación» se efectuara sin contratiempo, y sobre todo sin que los SS se dieran cuenta de que los austríacos habían abandonado varias armas de fuego. (Cuatro años antes aquello hubiera costado la exterminación completa del campo.) Hay que aclarar que por aquel entonces los centinelas eran, en su mayoría, viejos SS de 50 años, movilizados poco tiempo antes y que no tenían la misma «experiencia» para el exterminio que los jóvenes. Además, los que montaban guardia entonces no entraban al campo, ni dirigían la administración del mismo.

Todos nuestros compañeros austríacos, sin excepción, fueron fusilados, ahorcados o decapitados apenas amaneció.

Un segundo hecho sembró la estupefacción por todo el campo y constituyó un ejemplo del valor de aquellos hombres. Una noche, el campo fue despertado por el traqueteo de las ametralladoras. De madrugada todo el personal permaneció formado durante muchas horas, en posición de firmes, delante de nuestros blocks. ¿Qué había ocurrido? Un grupo de prisioneros considerado muy peligroso había sido encerrado en el block 20. (El block 20 estaba rodeado por otra muralla, además de la del campo, con hilos de alta tensión. Es decir, su situación era ultrasecreta.) Sus habitantes, que eran ejecutados a un ritmo acelerado en las mazmorras del calabozo interior del campo, no estaban controlados por el *schreiberstube*, debido a lo cual no podíamos saber ni cuántos entraban, ni cuántos eran ejecutados. Por el compatriota y amigo Bargueño supimos que se trataba de un grupo de oficiales y eminentes técnicos soviéticos que eran sometidos a torturas espantosas: los SS pasaban noches enteras en dicho block, exterminándolos. Conscientes de que iban a morir todos, intentaron su evasión. La habían preparado minuciosamente: mientras algunos se sacrificaban lanzando los zuecos de madera sobre los centinelas y les enfocaban los extintores de incendio para cegarlos, otros lanzaban las colchonetas de paja sobre las alambradas eléctricas y, ayudándose los unos a los otros, escalaban la muralla. Las ametralladoras tiraban en todas direcciones y muchos fueron asesinados allí mismo, pero un grupo importante logró evadirse y pudo ir hacia Hungría, donde estaba el frente más cercano. Debido a su estado de debilidad, sin ropa —los encerrados en el block 20 no tenían ni chaqueta ni pantalón—, descalzos sobre la nieve, muchos no tardaron en ser cogidos y exterminados por los SS y sus perros. Sin embargo, un grupo de supervivientes de aquella gesta, heroica entre todas, logró alcanzar las líneas soviéticas y hoy día viven en la URSS. Fue la hazaña más espectacular y más valiente realizada en Mauthausen.

Llegada de las mujeres

En el mes de marzo de 1945 tuvimos una nueva sorpresa. Los intérpretes fuimos llamados para hacer las fichas a los recién llegados. ¿Cuál no fue mi sorpresa, y la de mis compañeros, al ver que se trataba de mujeres! Dos mil quinientas mujeres, evacuadas del campo de Rawensbruck, llegaban para ser encerradas en los blocks 16, 17, 18 y 19. Las había de diferentes países, en su mayoría francesas y belgas; pero entre ellas había varias españolas. Hicimos cuanto fue posible para evitar que fuesen maltratadas, y atenuar el sufrimiento moral y físico que solía caracterizar la «recepción» de Mauthausen. Habían conocido y vivido el terror de Rawensbruck, y, al ser evacuadas a causa del avance soviético, habían sido apiñadas en vagones de carga —algunos de ellos descubiertos— en condiciones increíbles, sin agua y sin comida. Muchas de ellas habían perecido durante el transporte. Siempre me pregunté cómo pudo llegar viva a Mauthausen una sola siquiera, después de tantos días de transporte en ferrocarril. En Mauthausen eran recibidas en las mismas condiciones que los hombres, teniendo que pasar los mismos controles que ellos. Fueron despojadas de su uniforme de presidiarias, afeitadas de la cabeza a los pies, duchadas y desinfectadas. A los cinco barberos españoles les dimos orden de atenuar al máximo la tortura del afeitado, al mismo tiempo que vigilábamos a los bandidos de delito común para impedir algún gesto obsceno. Los miembros del CI velaron para que aquellas operaciones de control a las cuales tenían que someterse —bajo la vigilancia de los SS, hombres y mujeres— fueran lo menos duras posible. Los bandidos, sorprendidos por la valentía de aquellas mujeres, no reaccionaron, y su conducta, aquel día, fue intachable. Tan pronto fueron conducidas a las barracas ya citadas —rodeadas de una muralla las cuatro—, tuvimos que hacer las fichas, lo que nos permitió ponerlas al corriente de la vida del campo, animarlas, aconsejarlas y reconfortarlas con pruebas de nuestra solidaridad. Pude ponerme en contacto con nuestras compatriotas y supe que todas ellas habían sido detenidas en la Resistencia francesa, de la cual algunas habían sido dirigentes. Allí estaba Carlota Olazo, «Charlie», la responsable del pequeño

grupo español, que encontró a su marido en el campo de Mauthausen. Carlota era una mujer resuelta, muy animosa, de una voluntad increíble. Había sido dirigente en la resistencia y lo continuó siendo en el campo, ayudando y apoyando al grupo franco-español. Estaba también la joven Angelines, detenida en París en 1941, que llegó muy enferma y que pudo ser salvada gracias a la ayuda colectiva. Otra era la esposa de Ester —un resistente español que también estaba en Mauthausen—, que había sido detenida en Toulouse. Había una «medio española», Estucha (digo medio española, porque era una judía polaca, estudiante de medicina y venida a España en 1936 como enfermera). Y varias compatriotas más.

En la puerta de entrada del grupo de barracas pusieron un SS de guardia permanente —a veces se trataba de un *blockführer* al que yo había servido de ordenanza— que impedía el acceso al «campo de las mujeres». Conocer a algunos de ellos me permitió entrar fácilmente en el recinto reservado, pudiendo aportarles ayuda y noticias. Varias zíngaras y prostitutas alemanas que llegaron con ellas, fueron nombradas «jefe de block». Éstas, que por lo regular se encontraban en buen estado físico —algunas estaban protegidas por los SS—, no despreciaban la visita de algún secretario del triángulo verde o negro. Más de uno intentó penetrar en su campo varias veces. Para evitar todo abuso y las incorrecciones de aquellos degenerados, los españoles tuvimos que montar una guardia discreta en el block 11, impidiendo que entrara alguno de ellos a molestar a nuestras infortunadas compañeras. Los amigos del CI me destinaron a dicho block, desde donde podía vigilar toda tentativa de incursión y, al mismo tiempo, entrar más fácilmente cuando era necesario, sobre todo cuando estaba de guardia un SS conocido mío; aunque a veces para llevar un pedazo de pan a las mujeres teníamos que regalar un paquete de cigarrillos conseguido de estraperlo en la cantina de los SS...

Días después las mujeres fueron enviadas al trabajo, siendo destinadas a limpiar los escombros de la estación de Amstetten, que los bombarderos americanos habían destruido totalmente. Fue algo monstruoso, ya que aquel trabajo era muy duro, incluso para un hombre, y trabajaban bajo la amenaza de nuevos bom-

bardeos. Amenaza que se hizo realidad, ya que los aliados volvieron a bombardear y muchas sucumbieron bajo sus bombas. (De la misma forma habían muerto, meses antes, varios españoles, entre ellos dos miembros de la dirección de la organización española: Juncosa y Miret, este último dirigente del PSUC en España. Los dos fueron heridos por la metralla de una bomba americana y los SS, en vez de curarlos, los remataron a tiros.) Después de un segundo bombardeo las mujeres se negaron a trabajar en aquellas condiciones y los SS no las sacaron más al trabajo exterior. Nadie había osado hacer tal cosa en Mauthausen.

La situación era cada día más difícil para los alemanes, lo cual nos obligaba a estar siempre en estado de alerta. No sólo la organización internacional, y su aparato militar, poseían el control del campo, sino que se había logrado enviar compañeros y consignas a los «comandos exteriores», sobre todo españoles. Las instrucciones se enviaban con los grupos de «hombres frescos» que cada semana salían del campo central para sustituir a los enfermos y a los muertos. El objetivo era el mismo para todos: vigilar y no dejarse matar, ya sea por las armas o por el gas; negarse a ser evacuados hacia otros campos, puesto que muchos habían sido ya liberados, y sabíamos que el traslado era un pretexto para exterminar a los presos conducidos en los últimos meses de la guerra. Para mí aquellos tiempos fueron moralmente tan terribles como los primeros. El estado nervioso era insoportable porque sentía que el final estaba próximo y que una gran amenaza pesaba sobre todos nosotros. Conocíamos al dedillo la situación en los frentes y los bombardeos de los americanos sobre Linz y en otros lugares cercanos al campo. Y siempre surgía el mismo interrogante: ¿qué pensaban hacer con nosotros? Por las indiscreciones y confidencias de los SS sabíamos que Ziereis tenía órdenes de liquidarnos a todos; órdenes transmitidas por Himmler. ¿Cómo? ¿Cuándo? Nada sabíamos; por eso era necesario extremar la vigilancia día y noche. Estábamos preparados y resueltos a todo, pero aquella batalla no era como las de la guerra en el frente, era una batalla de desgaste que sería ganada por el más astuto. Con el secreto más absoluto hacíamos nuestras guardias, permaneciendo de pie en todo momento; los

últimos tiempos no dormí ni dos horas por noche, y, al igual que yo, mis otros compañeros de organización.

A primeros de abril recibí una carta de mis padres —la última—; y fue un auténtico bálsamo moral: parecía como si mi madre —adivinando lo que estaba sucediendo —quisiera darme fuerzas para aguantar hasta el fin. Recuerdo que me decía: «Hijo mío, esperamos que estés bien de salud. Ánimo, que pronto estarás entre nosotros. San Antonio te protegerá...» Separados por cientos de kilómetros mis padres vivían nuestro drama.

Incremento de la actividad de resistencia

Por orden del CI, a partir del 10 de abril cesé en el trabajo de intérprete, para consagrarme plenamente a las tareas clandestinas. Eran necesarias la coordinación y la organización de todo y de todos: controlar todas las noticias para evitar los «bulos»; obtener el máximo de información de los hechos y gestos de los SS, especialmente de Ziereis y Bachmayer. Los españoles empleados en correos, oficinas, *kommandantur*, etc., eran quienes nos procuraban el mayor número de noticias. Especialmente Manolo, el barbero de la 13, que limpiaba todas las mañanas la oficina de Ziereis. Todo lo que Manolo veía era copiado y anotado: escritos oficiales, conversaciones, mensajes por radio, y lo que escuchaba detrás de las puertas... Actividades como la de Manolo merecen ser explicadas con detalle. Era necesario tener mucha sangre fría para realizar tales acciones, pues los SS guardaban sus órdenes y decisiones en el más absoluto secreto. Una mañana Manolo se presentó en el campo y nos informó:

—Desde hace 15 días tengo un aparato receptor de radio de campaña, con su batería, escondido bajo un montón de papeles en el desván de la *kommandantur*. Como hasta hoy nadie lo ha echado de menos, me parece que podríamos apoderarnos de él y entrarlo en el campo...

Era algo peligroso, pero lo comuniqué a mis compañeros de la dirección clandestina española.

El golpe fue preparado con el máximo de precauciones: Julio Casabona, que hacía el transporte de patatas peladas del

campo a la cocina de los SS, había entrado ya en el campo varias armas que habíamos robado a los SS. Éstas se metían en las calderas donde los cocineros SS echaban los despojos, que se destinaban a los cerdos que Ziereis hacía engordar en una porqueriza situada en el interior del campo. El aparato de radio era más voluminoso que una pistola, sin embargo, Manolo lo envolvió muy bien en una tela impermeable y lo colocamos dentro de una caldera, recubriéndola con despojos. Pasamos ante el control SS sin que éstos sospecharan que llevábamos un aparato de radio en la comida para los cerdos. El aparato fue llevado al block 3, donde nuestro amigo Joan Pagés ejercía de barbero y era responsable del stube B. Levantamos varias maderas del suelo de la barraca y lo colocamos allí, donde los SS no pudieran descubrirlo. Por la noche escuchábamos los partes aliados y pudimos conocer así las últimas noticias de todos los países. Logramos tener una idea concreta de la situación en los frentes, tanto al este como al oeste. También por la radio nos enteramos de la liberación de varios campos: Buchenwald, Dachau, etc.

¡La liberación para otros compañeros!

Mientras tanto nosotros vivíamos aún bajo la incertidumbre total. A todos los peligros que pesaban sobre nosotros se añadió el de los bombardeos americanos en las cercanías de Mauthausen. Los SS nos obligaban a permanecer encerrados en las barracas, bajo la amenaza de sus ametralladoras, mientras duraba la alarma aérea. Temíamos que aquellas circunstancias fueran aprovechadas por ellos como pretexto para una «liquidación» total, acusando luego a los bombarderos americanos. Los pilotos aliados lanzaban periódicos escritos en alemán, que caían a veces en el interior del campo, en los que invitaban a los austríacos a rebelarse contra los invasores nazis. Casi todos los días los SS traían a pilotos americanos e ingleses derribados por los anti-aéreos en aquellas regiones. Los pilotos eran encerrados en Mauthausen, pese a ser prisioneros de guerra; muchos de ellos fueron fusilados.

Al tiempo que nos preparábamos para la resistencia interior, ordenábamos también los documentos y las fotos que habíamos sustraído a los SS, y que llegado el momento podían dar fe de

lo que había sido Mauthausen. Si no escapábamos de allí con vida, por lo menos el mundo tendría pruebas de los crímenes SS. El problema era poder sacar todo eso del campo. Sólo había una posibilidad: la que podían ofrecer los jóvenes españoles deportados —unos cuarenta—, algunos de ellos llegados al campo cuando tenían trece años. Estos muchachos fueron sacados del campo y estaban empleados en la cantera de «Poschacher» —empresa civil cercana al pueblo de Mauthausen—, donde dormían y comían vigilados por varios SS. Se aprovisionaban en el campo, lo cual nos permitía tener un contacto casi cotidiano con ellos. Gozaban de cierta «libertad» alrededor de su cantera que les sirvió para entablar relación con una señora austríaca, llamada Poitner, que pronto se convirtió en «informadora» y refugio de todo cuanto pudimos sacar: fotos, documentos, etcétera.

El 22 de abril de 1945 una increíble noticia estalló en el campo: Ziweis y Bachmayer ordenaban la formación inmediata de todos los franceses válidos, para ser evacuados a Francia por Suiza. Esta evacuación sería controlada por la Cruz Roja Internacional. La sorpresa que nos llevamos en el campo fue inmensa. Para la organización clandestina aquello fue el toque de alerta y provocó la movilización general del aparato militar. ¿Se trataría de la puesta en marcha del plan de exterminación, cuya existencia conocíamos? ¿Sería una artimaña para que nos confiáramos? Lo cierto era que la selección empezó por los franceses NN (*Nach und Nebel*), considerados como los más peligrosos. Todo era posible. En pocos minutos, todas las secciones internacionales estuvieron dispuestas a intervenir. Los compañeros del *Schreiberstube* trataron de recoger más información sobre los designios de los SS. Con Miguel, el responsable militar superior, nos dirigimos hasta el control del campo para ordenar, si lo juzgábamos necesario, el ataque a la fortaleza. Al llegar junto a la gran puerta, que estaba abierta de par en par, pudimos entrever una fila de camiones blancos, con la cruz roja, aparcados junto a la muralla exterior. Lo que nos tranquilizó un poco fue el comprobar que no se trataba de camiones alemanes. Es verdad que aquello también podía ser una estratagema. Un delegado de la Cruz Roja, responsable del convoy, se puso rápidamente en contacto con los franceses, asegurando que les venían

a buscar para evacuarlos a Francia. Mientras los franceses se congregaban en la puerta del control, hicimos indagaciones que confirmaron que se trataba de una evacuación oficial hecha por la CRI. Sin embargo, yo no estaba muy convencido. Reconozco que no tenía confianza en nadie del exterior, y muy poca en la CRI. ¿Qué confianza podíamos tener en un organismo internacional que no había dado señales de vida durante los cinco años de nuestro encierro? Es cierto que los nazis no habían permitido el menor control en el campo de Mauthausen, pero aquella «razón» no me satisfacía en absoluto... Cuando dije adiós a mis amigos Rabaté, Ricol, Daix, Daniel, el doctor Fichez y otros, tuve que hacer un esfuerzo para no llorar; sólo estaba medio convencido de la autenticidad de aquella evacuación. Los SS sólo aceptaron la evacuación de los válidos, es decir: los que podían andar. Los enfermos y heridos del «campo ruso» quedaron allí. En aquel grupo de repatriados fue posible agregar a nuestro compatriota Ester, responsable de la CNT, detenido en Francia en las filas de la Resistencia (como se ha dicho, encontró allí a su compañera, que vino desde Rawensbruck). Las mujeres francesas formaban parte del convoy, junto con las españolas. También logramos incluir entre los franceses a Arthur London; éste, aunque de origen checo, hacía sido detenido en Francia como resistente francés. Los SS, que seguramente ignoraban su actividad real, le dejaron marchar. (¡Qué lejos estaba yo entonces de imaginar lo que a mi entrañable amigo le esperaba, en 1951, en Praga!)

Pero nosotros, detenidos en Francia, y por haber defendido a Francia, nos quedábamos allí...

También se quedaban otros franceses. La alegría de su evacuación no dejaba indiferentes a la mayoría de ellos, conscientes de que dejaban en el campo a centenares, a miles de sus compatriotas enfermos e inválidos. Era necesario que alguien, entre los válidos, pudiera permanecer en el campo para seguir dirigiendo la solidaridad del grupo francés. Además, en los «comandos exteriores» había franceses que era necesario controlar y organizar a medida que eran traídos al campo central. De entre ellos salió uno que voluntariamente se quedó en el campo como responsable: Émile Valley, quien años después sería secretario

general de la Amical de Mauthausen. Yo no le conocía personalmente —ya que esa era una condición clave de nuestra actividad clandestina, nadie conocía a nadie—, y me quedé perplejo por su actitud. Sabiendo los peligros que corría y la incertidumbre de salir vivo, Valley permaneció allí para ayudar a sus camaradas y desplegó una actividad fabulosa, preocupándose de los problemas de sus compatriotas enfermos. Además, a las pocas horas de la salida de los «liberados», ya había reorganizado el grupo clandestino francés con los llegados del exterior. Otro francés, el padre Jacques, se quedó en Gusen como responsable de los suyos; desgraciadamente, murió pocos días después de haber sido liberados.

La salida de los franceses provocó la alegría de todo el campo. Gracias a su liberación podíamos confiar en que habría testigos de lo ocurrido allí. Para todos nosotros aquello significaba una nueva esperanza; era una prueba de que el final estaba próximo, muy próximo.

Sin embargo, el hecho de vivir bajo una amenaza terrible y continua como la que pesaba sobre nosotros, al tiempo que se podía creer en la posibilidad de ser liberados, hacía que una angustia increíble nos atenazara con mayor terquedad que nunca.

Esta angustia aumentó cuando supimos que existía gran cantidad de gas en manos de los SS, y al ver llegar a Mauthausen numerosas tropas SS procedentes del frente del Este. Según los bulos que empezaron a circular sobre las intenciones de los hitlerianos, éstos pretendían —convencidos de que podían hacerlo— asfixiarnos a todos. Fueron jornadas indescriptibles de temor y de zozobra, y aunque estábamos preparados, no podíamos olvidar que nuestra situación era como la de un ratón frente a un gato.

Un grupo de españoles fue requerido para ir al castillo de Hartheim. A su regreso supimos que habían sido llevados a dicho castillo con el fin de destruir todos los vestigios de lo hecho allí por los SS y sus «médicos»: experiencias de vivisección, castraciones, inyecciones de virus (tifus) y otras monstruosidades. Durante varios días destruyeron todo lo que podía ser un testimonio de lo perpetrado allí, e incluso emparedaron



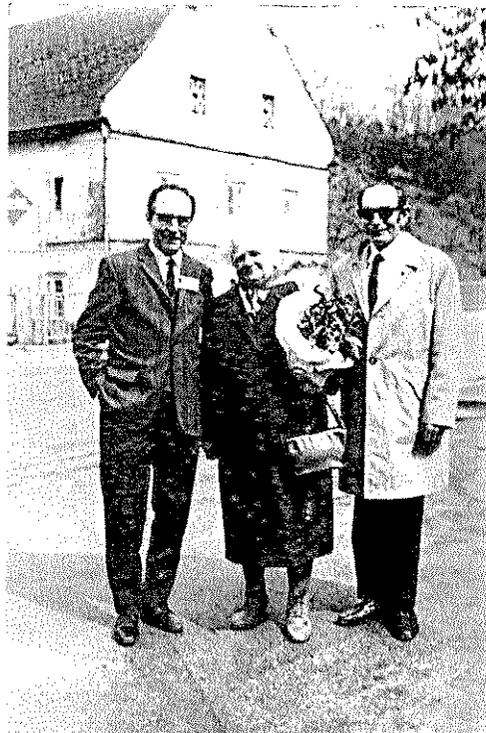
Primera asamblea española celebrada, el 13 de mayo de 1945, tras la liberación de Mauthausen. En primer plano, a la izquierda, aparece el autor.



El coronel Seibl, de la División blindada Patton, con los dirigentes



Paco Boix. La mayoría de los documentos que más tarde se utilizarían en Nuremberg fueron recuperados por él.



Mayo de 1970. Constante y Grau con la señora Poitner, enlace del A.M.I.



ciertas habitaciones, a fin de dar un aspecto normal al escenario de las más monstruosas experiencias que los hombres hayan conocido nunca. Aquel hecho probaba que los SS no renunciarían a exterminarnos a todos, para que no hubiesen pruebas ni testigos.

El comandante Ziereis y nosotros, cara a cara

Como si todos aquellos sucesos no bastaran, una noticia aumentó nuestros temores: Ziereis proyectaba enrolar a los españoles en las filas de los SS, para ir a combatir contra los soviéticos que se acercaban a Mauthausen. Al principio lo tomamos por un bulo o una broma pesada, pero muy pronto tuvimos que reconocer que la cosa iba en serio: Manolo, De Diego y otros amigos nos confirmaron que tal era la intención del comandante. La idea era demencial. ¿Acaso había olvidado quiénes éramos? Seguíamos siendo los «irrecuperables», los peligrosísimos que habían sido llevados a Mauthausen para ser exterminados. ¿Se nos iba a «invitar» ahora a defender a los nazis? ¿Había olvidado a los miles de españoles asesinados por él y sus SS? ¿O acaso quería sondear nuestra opinión, para ver la reacción y saber a qué atenerse? La movilización de los españoles fue inmediata, y la decisión unánime: ni un solo español debía responder a la llamada.

Al día siguiente se nos dio orden de formar delante del *schreiberstube*. Ziereis se dirigió a nosotros pidiendo que los voluntarios para combatir a los rusos dieran un paso al frente. En lo alto de las torretas, cuatro ametralladoras apuntaban el morro hacia nosotros.

Nadie se movió... Aquel fue uno de los momentos más memorables de mi vida. Nos quedamos como estatuas de piedra. Un silencio de muerte planeaba sobre el campo. Se adelantó hacia nosotros, preguntando a los de la primera fila si eran voluntarios para defender Alemania. La respuesta de unos y de otros fue la misma:

—*Nicht Vörstehen...* (no comprendo).

Así permanecimos durante varios minutos: cara a cara; el

infame verdugo en un lado, y al otro los «restos» de la nacionalidad que más caro había pagado su tributo por la libertad. Viendo que no doblegaría nuestra actitud, ordenó romper filas. Estoy seguro de que tuvo miedo. Fue un momento en que todo podía ocurrir, y, totalmente conscientes de ello, estábamos dispuestos a jugarlo todo: las pistolas y las botellas de bencina estaban a punto. Sin embargo, no ocurrió nada de lo que esperábamos. Tengo la convicción de que nuestra osadía y unión hicieron inclinar el platillo en nuestro favor, y que los SS se dieran cuenta de que no podrían exterminarnos a todos impunemente. Percibieron que, en caso de lucha abierta, tenían pocas posibilidades de salir ilesos...

Aquella tarde fatídica apenas hacía calor en Mauthausen; sin embargo, cuando regresé al block tenía la camisa empapada en sudor.

Vivíamos los últimos días de la Alemania hitleriana. Por el aparato receptor que habíamos «requisado» a los SS nos enteramos de la desbandada de los alemanes en todos los frentes. Los aviones americanos y soviéticos pasaban una y otra vez sobre nuestras cabezas, reafirmando el avance aliado. En realidad, a fines de abril nos encontrábamos entre los ejércitos americanos y soviéticos: los unos habían rebasado Passau, y los otros la capital austríaca. Nosotros aún seguíamos en una desesperante espera, pero teníamos una moral de hierro y una gran esperanza. Sabíamos que los SS allí reorganizados proyectaban resistir a los soviéticos. Hacían construir a toda prisa fortines y trincheras, empleando en dichos trabajos a cientos de deportados. Aquellas fortificaciones fueron edificadas a orillas del Danubio, frente a las carreteras y el ferrocarril de Viena. Nada, absolutamente nada, fue construido cara al sector por el que podían llegar los americanos. Aquello era una prueba de que Ziereis y sus huestes no pensaban combatir contra éstos.

Los enfermos de Mauthausen y los evacuados de otros campos, faltos de comida y medicamentos, morían por centenares, a lo cual se añadían las ejecuciones y los asesinatos en la cámara de gas. Los hornos crematorios no podían absorber todos los cuerpos humanos y surgieron verdaderas pirámides de cadáveres que se amontonaban junto a la nueva enfermería. Un nuevo grupo

de trabajo fue designado para abrir zanjas enormes en un prado cercano al campo, donde eran arrojados los cuerpos que el crematorio no podía incinerar.

En aquella espera angustiada un hecho nuevo vino a confirmar que nuestro calvario tocaba a su fin. Un día, al amanecer, uno de nuestros compañeros encargados de la guardia de noche vino a nuestro EM para comunicarnos una noticia asombrosa:

—¡Compañeros, la guardia del campo ha sido cambiada! ¡Ya no son los SS quienes están en las torretas!

Nos resultaba difícil creerlo. Miguel y yo salimos en el acto a la *Apelplatz* y nos dirigimos al sector de la nueva enfermería, donde un centinela acostumbraba a montar guardia en la entrada del campo de cuarentena. Lo dicho por nuestro vigía era cierto; el militar que estaba de guardia llevaba un uniforme gris-azul muy claro, completamente diferente al de los SS. En pocos minutos, de todos los rincones del campo llegó información confirmando el hecho. Antes de tomar ninguna decisión era necesario cerciorarse de si todos los centinelas habían sido cambiados, y saber cómo había podido realizarse el relevo durante la noche sin que ninguno de nuestros hombres de guardia se diera cuenta de ello. Pronto supimos que Ziereis y Bachmayer habían hecho el relevo de todos los puestos de guardia exactamente en las mismas condiciones que las otras noches. Naturalmente, en la oscuridad y a varios metros de distancia, era imposible distinguir si los soldados llevaban el uniforme del mismo color. Algunos SS capturados después de la liberación del campo nos confirmaron que Ziereis temía una sublevación general y había preferido retirarse de Mauthausen con sus SS.

Supimos que los hombres encargados de nuestra vigilancia eran agentes de la policía urbana de Viena, replegados de dicha capital al haber sido ocupada por los rusos el día 9 de abril. El comandante jefe de aquellos policías entró en el campo y llamó al jefe interior del mismo —que era el amigo Durmayer, antiguo compañero de lucha en España— para pedirle que fuésemos disciplinados, y comunicarnos que le habían ordenado nuestra vigilancia mientras los SS instalaban una línea de resistencia frente a los soviéticos. Durmayer, que era también oriundo de Viena, mantuvo una larga conversación con el comandante.

El jefe de los policías declaró que conocía el pueblo de Mauthausen y su cantera, pero que ignoraba lo que allí ocurría. Dijo que les habían traído por la noche y que, en el momento del relevo, se habían dado cuenta del lugar en que estaban. Hizo saber a Durrmayer que no debíamos temer nada de ellos, pues no harían nada contra nosotros. Sobre todo no querían tener ninguna responsabilidad de las exterminaciones allí cometidas y nos pedían que lo tuviésemos en cuenta. Más tarde nos explicó todos los pormenores de la salida de los SS del campo. Había tenido fuertes discusiones con ellos, ya que él no quería asumir la responsabilidad de la guardia del campo. No obstante, ante la fuerza que representaban aún los SS, tuvo que inclinarse, advirtiéndole los nazis que, en caso de una sublevación del campo, volverían para exterminarnos a todos con sus tanques. Nos prometió que no intentarían nada contra los deportados, y que incluso nos protegerían ante un posible regreso de los SS. Sin embargo, a pesar de sus afirmaciones, nosotros no nos fiábamos. Así que una delegación del CI entabló conversaciones con el comandante para pedirle que nos entregaran sus armas, dándole a entender que, de todas formas, si no aceptaba nuestras condiciones, nos apoderaríamos de ellas por la fuerza. Nuestras precauciones estaban plenamente justificadas, ya que los SS habían reagrupado un gran número de tropas al otro lado del Danubio, a menos de cinco kilómetros del campo. Nosotros no queríamos, ni podíamos, seguir en aquel incierto compás de espera. Los SS podían regresar al campo en cualquier momento y, en pocos minutos, ejecutar sus amenazas.

Insurrección armada y liberación del campo

El 5 de mayo de 1945, tras dos noches pasadas en vela, preparando y coordinando nuestra acción, me trasladé con mis compañeros Montero y Miguel al block 3, donde teníamos instalado todo el mando político y militar español. Habíamos convocado una reunión importante del aparato militar con el coronel Pirogoff. Nuestra decisión era concretamente ésta: obligar a los policías urbanos a entregarnos sus armas aquel mismo día, y asegu-

rar nosotros mismos nuestra defensa. Todos nuestros hombres estaban concentrados en los lugares que se les había señalado, esperando la orden de insurrección.

Cuando al fin conseguimos las armas, no fue, desde luego, en las condiciones que habíamos previsto...

Pocos minutos antes de las dos de la tarde, dos vehículos blindados y un «jeep» del ejército americano se presentaron ante el control establecido en la carretera de Mauthausen, frente a la puerta del área exterior del campo. Los ocupantes del «jeep» levantaron la barrera y penetraron en la plazoleta situada a la entrada del patio de los garajes SS, sobre la cual extendía sus alas una inmensa águila nazi.

Como un reguero de pólvora se extendió la noticia de la llegada de los americanos al campo. Los policías urbanos, atemorizados por el miedo, desaparecieron en pocos segundos, abandonando sus armas en las torretas. Tenían tal pánico, que varios de ellos fueron «recuperados» a 20 kilómetros de Mauthausen. Varios presos abrieron el gran portalón de entrada y se lanzaron al encuentro de los americanos...

¡Por fin la libertad...!

Cuando estalló la noticia me encontraba en el block 12, donde había llegado unos minutos antes. Tres días antes, la organización española de resistencia había decidido confeccionar una gran pancarta para saludar la llegada de las tropas liberadoras. Santiago Bonaque había sido encargado de procurarse varias sábanas de los SS y coserlas para hacer una banda de un metro cincuenta de ancho y veinte metros de largo. En castellano habíamos escrito arriba, en letras enormes: LOS ESPAÑOLES ANTI-FASCISTAS SALUDAN A LAS FUERZAS LIBERADORAS. En medio estaban las banderas aliadas; y, a cada lado, la bienvenida en inglés y en ruso. Una guardia había sido montada día y noche para impedir que nos sorprendiese la policía o los SS. En tal caso teníamos orden de «liquidar» —si era necesario— al que nos descubriese... Cuando la noticia llegó me disponía a inscribir en la tela la traducción en ruso, lo cual nos obligó a terminar apresuradamente nuestro saludo. Es por ello que en la foto histórica de nuestra pancarta se ve la inscripción en ruso muy mal trazada y con las letras desiguales. Unos minu-

tos más tarde la pancarta era izada y colocada entre las torretas de la entrada del campo, ante la sorpresa y estupefacción de los deportados de otras nacionalidades.

Entre tanto, en el campo se habían extendido la alegría y el desorden. Con Miguel y otros jefes del aparato militar nos dirigimos hacia los vehículos americanos, para conocer sus proyectos y explicarles nuestra situación, poniéndonos a su disposición. El grupo americano estaba compuesto de una decena de hombres, y entre ellos tuvimos la satisfacción de encontrar a un cabo de origen cubano, enrolado voluntario en el ejército americano; se llamaba José, y más tarde nos prestó una ayuda importante. Por mediación suya pudimos conversar con el oficial americano que les mandaba. Nos sorprendió descubrir que aquel grupo no era más que una patrulla de «exploradores» que se habían extraviado. Habían sido enviados hacia Linz, tomando carreteras y caminos de segundo orden. Al no encontrar un solo alemán frente a ellos, habían avanzado hasta cerca de Gusen, para desembocar finalmente en el campo de Mauthausen.

En realidad, el grueso de las tropas americanas se encontraba... ¡a cuarenta kilómetros de allí!

El oficial americano no salía de su asombro al ver como estábamos organizados, y se apresuró a dar órdenes a sus hombres para replegarse hacia sus líneas. Se le veía preocupado al saber que los SS estaban allí cerca. Aunque le pusimos al corriente de nuestra situación en el interior del campo, así como del peligro SS, no pareció darse por enterado: poco rato después los norteamericanos se marchaban sin entrar en el interior del recinto, prometiéndonos un regreso rápido con medios bélicos suficientes para defendernos. Así que quedábamos solos para hacer frente a lo que surgiera...

En el campo la confusión era total. Algunos prisioneros habían asaltado la armería, otros desvalijaban los almacenes SS, donde estaban almacenados los escasos víveres que quedaban. Afortunadamente, teníamos una organización a punto y un aparato militar disciplinado. Los miembros del AMI habían permanecido en sus puestos, esperando las órdenes de nuestro EM. Los jefes militares fueron convocados para recibir órdenes y en pocos minutos todas las disposiciones necesarias fueron toma-

das y ejecutadas. Se enviaron destacamentos a la armería, a los almacenes de los SS, a la cantina, a la cantera donde estaba el principal depósito de armas y municiones, a los puestos de guardia alrededor del campo, y a las casas de campo vecinas, para «recuperar» los evadidos e impedir la desbandada. Al mismo tiempo se evitó que se cometieran desmanes contra los «civiles» austríacos...

Nuestro mando fue instalado en el puesto de control de la entrada del campo, donde permaneció reunido día y noche. Allí donde días antes mandaban los SS, dando consignas para la exterminación de los deportados, se encontraba ahora nuestro EM internacional. En pocas horas habíamos conseguido restablecer el orden, controlando la situación del campo. Sin nuestra organización aquello hubiera sido un caos. Luego se tuvo que desarmar y «sujetar» a los incontrolados, para evitar los «ajustes de cuentas», y tomar las medidas necesarias para ayudar urgentemente a los miles de enfermos y moribundos del «campo ruso». Esto último era lo más importante ya que numerosos compañeros, que apenas podían tenerse en pie y andar, se habían marchado en busca de algo para comer, sin darse cuenta de que, para ellos, hacer una comida normal podía significar la muerte. Por desgracia fui testigo personal de muchos fallecimientos por imprudencia. Al bajar a la cantera con un destacamento de hombres, para incautarnos de las ametralladoras allí almacenadas, encontramos un grupo de enfermos e inválidos comiéndose la harina de un saco que habían encontrado. Les condujimos de nuevo al campo, haciéndoles comprender su estado; pero de nada sirvió nuestra advertencia: habíamos llegado demasiado tarde. Al día siguiente todos ellos pasaron a mejor vida.

En cuanto a nosotros, no íbamos a tardar mucho en darnos cuenta de que aquella libertad que acabábamos de conquistar sería necesario defenderla a toda costa y sin contar con los americanos...

Los últimos combates

Por mediación de nuestros enlaces nos llegaron dos noticias graves que probaban que la vuelta a la normalidad no sería cosa fácil. La primera fue la situación en el campo de Gusen. Allí, donde la organización clandestina era casi inexistente, no se había tomado ninguna disposición para hacer frente a una liberación anticipada como la que estábamos viviendo. Los policías urbanos —que, como en Mauthausen, guardaban el campo— se enteraron de que teníamos el campo central bajo nuestro control y, temiendo represalias, lo abandonaron huyendo a la desbandada. Aquello dio lugar al más increíble desorden, donde cada cual tomaba sus decisiones sin orden ni control y los «ajustes de cuentas» estaban al orden del día. Fue necesario enviar un destacamento del AMI de Mauthausen para imponer el orden y la disciplina a toda costa. Debo señalar que esto no resultó fácil, ni mucho menos...

La segunda noticia era mucho más grave todavía: estaban llegando unidades SS, que se replegaban de Checoslovaquia, y algunas de ellas se habían acercado al pueblo de Mauthausen, tirando con la metrallera sobre todo lo que se movía. Un importante grupo de combatientes españoles y soviéticos, que se encontraba en la línea de defensa instalada delante del pueblo, se había enfrentado con ellos, logrando hacerles huir tras un duro tiroteo. Atravesaron el Danubio por el puente de la vía y se reunieron con las tropas de Ziereis y de Bachmayer, que, como se ha dicho, estaban ocupando una línea de frente cara a los rusos. Al saber que el campo se había liberado y que atacábamos a los SS en nuestro sector, Bachmayer preparó un batallón con sus tropas con el fin de aplastar nuestra resistencia.

Como se puede comprender, la segunda noticia era sumamente grave. Era necesario tomar la delantera a los SS e impedir, por todos los medios, que alcanzaran el campo. Para ello teníamos que rechazar todo intento de atravesar el Danubio por el único puente intacto: el del ferrocarril. Y prever que también podían hacerlo sobre las barcazas. Sabíamos que los SS disponían de un grupo importante de tanques «Tiger». Los grupos soviéticos, españoles y checos, habían tomado posición en las orillas del

Danubio, mientras otros efectuaban operaciones de limpieza de los focos SS que quedaban en la orilla izquierda. Bachmayer, que ignoraba la potencia de nuestro dispositivo de defensa al otro lado del río, hizo pasar a uno de sus hombres, a fin de que le informara de la situación exacta. El SS fue capturado por nuestros hombres e interrogado, lo que nos permitió conocer los planes e intenciones de Ziereis y Bachmayer. Con el acuerdo de nuestro EM, Miguel y yo nos trasladamos al pueblo de Mauthausen, para dirigir los combates y tomar todas las precauciones necesarias. Disponíamos de varios centenares de combatientes, con sus oficiales bien armados y resueltos a todo.

Durante los meses que fui *shwung* (ordenanza) de los oficiales SS tuve ocasión de hojear algunas cartas topográficas de Mauthausen y sus alrededores, e hice varios croquis para nuestro aparato militar. Por tanto, conocía bien la estación, el pueblo, las calles, el embarcadero del Danubio, las carreteras, y los caminos que daban acceso a él. Con rapidez hice un pequeño croquis de memoria para mi amigo Miguel, a fin de que pudiera fijar el emplazamiento de cada grupo de combate. Frente al puente, en el flanco izquierdo, estaban los combatientes españoles, en el flanco derecho los rusos y en el embarcadero del Danubio los checos. Miguel había reservado el sector más peligroso a los españoles, no sólo por veteranía, sino por la facilidad de transmitir órdenes y directrices sin necesidad de intérprete. Y, sobre todo, por la homogeneidad de nuestros grupos militares, con oficiales acostumbrados a combatir juntos en la guerra de España. (Se puede tener una idea de ello si señalamos que entre los hombres con mando nos encontrábamos, el 5 de mayo de 1945, cinco oficiales de la 43 División republicana española: Miguel, Angelillo, Poli García, Santiago Raga y yo.)

Al ver que no regresaba su explorador, Ziereis, Bachmayer y sus huestes intentaron pasar el puente con sus «Tigers», pero el primer tanque fue víctima de nuestros combatientes, siendo incendiado a la entrada del puente. Había sido alcanzado por los proyectiles de los *panzerfaust* (tubos antitanques), arma que por primera vez teníamos en las manos... Entonces los SS pusieron en batería sus cañones ligeros, que empezaron a disparar junto con los tanques y los morteros. Alrededor nuestro

todo ardía: los almacenes junto al Danubio, un hangar de la estación y los depósitos de gasolina de los SS, situados cerca del gran río... Pronto se organizó el espectáculo al que estábamos acostumbrados desde hacía varios años.

Tras los primeros combates, los tanques no lograron pasar. Los SS se replegaron, sin duda para reorganizarse, pero se lanzaron al ataque de nuevo en la madrugada del 6 de mayo. Sus intentos para atravesar el Danubio se repitieron durante varias horas con un nutrido fuego de tanques, cañones y ametralladoras. Nosotros sólo disponíamos de ametralladoras y *panzerfaust*. Tampoco obtuvieron ningún resultado, ya que nuestros hombres resistían magníficamente. No obstante, sabíamos que nuestra resistencia no podía durar muchas horas por culpa de nuestra pequeña reserva de municiones, especialmente las de los *panzerfaust*, que eran las armas que contenían a los tanques al otro lado del puente. Teníamos bastantes compañeros heridos; la mayoría de ellos españoles: Montero, Pagés y Pepe, que eran miembros de la dirección de la organización española. Y un compañero nuestro había caído frente al puente de Mauthausen, bajo las balas SS: Juan Bisbal, de Barcelona.

Si militarmente la situación era crítica, la del interior del campo no lo era menos, motivada por el problema terrible que se nos había planteado con los miles de compañeros enfermos y casi moribundos, por los cuales no podíamos hacer gran cosa.

Enfrentados con esta situación, decidimos enviar dos oficiales austríacos, en compañía de nuestro compañero el comandante Lavin, en misión al EM americano más próximo, para informarles de la amenaza que pesaba sobre nosotros y que sólo podría ser resuelta con la rápida llegada de sus fuerzas. La misión no sirvió para nada. (Después de haber conseguido atravesar las líneas de lo que quedaba de ejército nazi, se presentaron al EM americano, donde se les respondió textualmente: «Nosotros debemos avanzar según el orden programado.»)

La situación militar llegó a ser tan crítica que decidimos la voladura del puente del ferrocarril de Mauthausen, único puente intacto entre Linz y Krems. Los SS lo habían minado antes de marcharse del campo, pero nosotros habíamos descubierto las

cargas explosivas, así como el dispositivo para prenderles fuego, que precisamente estaba en nuestra orilla. Nuestro jefe, Miguel, no quería tomar aquella medida hasta el último momento; es decir, en el caso de que, faltos de municiones, tuviéramos que abandonar nuestras posiciones. Afortunadamente para nosotros, el 6 de mayo por la tarde los ejércitos soviéticos atacaron a los SS en la llanura de Ens, y éstos se vieron obligados a llevar allí una parte de las tropas que estaban en posición frente a nosotros.

Se realizó una reorganización de nuestro mando supremo, a tenor del cariz que tomaban las cosas. Las nacionalidades de mayor importancia numérica en el campo estarían representadas en el EM. Fue nombrado jefe supremo el coronel soviético Pirogoff, y como agregado se nombró a un comandante austríaco. Miguel siguió dirigiendo las operaciones como jefe del EM, con el comandante Muñoz («Lalo») a su lado. Conmigo, éramos tres los españoles en el EM internacional, mientras que las otras nacionalidades sólo tenían un representante.

No hace falta decir que nos era casi imposible acudir a todos los lugares donde se nos solicitaba. Aquello era una Torre de Babel, donde debíamos traducir todas las órdenes dadas. Además, yo tenía que atender a mi cargo en la organización española. Sin embargo, aún encontraba tiempo para escuchar, de vez en cuando, las informaciones en nuestro aparato de radio. En todas partes la guerra estaba casi terminada. Tan sólo pequeños núcleos de fanáticos nazis resistían en algunos sitios, como en Mauthausen. Por todos lados, las órdenes de rendirse habían sido dadas a las tropas alemanas, y Berlín había caído ya en manos del ejército soviético.

Con todo, para nosotros la lucha continuaba... Era nuestro destino. Habíamos sido los primeros en combatir contra las hordas hitlerianas y estaba escrito que seríamos los últimos en soltar las armas.

Los rusos habían ocupado San Valentín, al otro lado del Danubio, y los americanos estaban ya en Linz. Nosotros, a pocos kilómetros de unos y otros, aún teníamos que combatir a los SS. Cada minuto que pasaba nos parecía un siglo. Por fin, una columna de tanques americanos hizo su aparición por la carre-

tera de Linz, y un batallón americano, bajo las órdenes del coronel Seibl, hizo su entrada en el campo.

¡Esta vez nos sentíamos libres de verdad!

Con la llegada de las fuerzas americanas, esta vez definitivamente, nuestra liberación era una realidad; la terrible pesadilla había terminado. Los «muertos en vida» entrábamos de nuevo en la vida; éramos los resucitados del más dantesco e increíble infierno. Mis nervios, que habían aguantado bien hasta entonces, cedieron de golpe y, en un rincón del block 3, lloré durante largo rato, como un niño. Lágrimas de alegría al sentirme revivir; pero lágrimas de pena, también, pensando en los compañeros y amigos que no podían saborear aquellos momentos felices... En unos minutos todo había cambiado. La piltrafa humana de unas horas antes, se transformaba de pronto en un hombre como los demás: me reintegraba al mundo de los humanos. No acababa de creérmelo. Al fin el mundo iba a poder gozar de nuevo de la vida, y la libertad y la justicia reinarían en un mundo más justo.

No podría explicar nuestra primera sensación al sentirnos libres, no hay palabras que puedan describirla. Por lo menos yo no me siento capaz de hacerlo. Posiblemente la idea de que «nacíamos de nuevo» traduzca el sentido que experimentábamos todos.

Tras los momentos de euforia, y los abrazos a nuestros liberadores, se inició el período «después del campo». La primera medida tomada por nuestros liberadores fue la de desarmarnos sin haberse tomado siquiera la molestia de relevar a nuestros compañeros, que todavía combatían a orillas del Danubio. Nuestro EM fue desalojado de las oficinas de la *Kommandantur*, así como los servicios que habíamos organizado en las barracas, metiéndonos en el campo a todos. Centinelas americanos se instalaron allí donde, días atrás, montaban la guardia los centinelas SS.

Así terminaba la aventura de nuestra liberación. Naturalmente, el Aparato Militar Internacional dejó de existir...

Una nueva columna de fuerzas americanas alcanzó el pueblo de Mauthausen y la resistencia de los SS cesó rápidamente. Nuestros compañeros fueron desarmados y conducidos al campo.

Detrás del grupo militar nuestro iba el de los prisioneros SS que habíamos capturado. Los americanos no tuvieron la delicadeza de separar la columna de las víctimas de la de los verdugos. Así, unos quinientos SS fueron hechos prisioneros y entregados a los americanos. Algunos lograron «escurrirse» entre sus manos y otros se suicidaron, como Bachmayer, que hizo absorber un potente veneno a sus niños y a su mujer, suicidándose él a continuación. Ziweis había desaparecido, así como Schultz, Streiswiser y otros. (Estos dos últimos viven tranquilamente hoy día en Alemania Federal.)

Equívoca actitud americana hacia los españoles

La guerra había terminado, pero no nuestros problemas. Teníamos prohibido por los americanos el salir del campo sin un salvoconducto. Afortunadamente, en el interior teníamos a nuestro Comité Internacional —que seguía funcionando contra viento y marea—, al que habíamos confiado la administración interior, ya que las tropas americanas no tenían ningún medio —y no hicieron nada por tenerlo—, para ayudarnos. No había ni comida, ni medicamentos, que tan urgentemente necesitábamos; además, estaba terminantemente prohibido salir del campo. Pese a la buena voluntad de nuestros médicos y enfermeros, a la solidaridad de todos los compañeros deportados, a la abnegación increíble con que se cuidaba a los inválidos y enfermos, en los días que siguieron la liberación no se pudo impedir la muerte de varios miles de deportados.

Paralelamente al trabajo del Comité Internacional, nosotros continuábamos actuando en la organización interior española. Ahora que estábamos libres, ¡cuántos problemas nos estaba planteando la libertad! Y uno de los arduos a resolver era el de nuestro regreso a Francia.

El Comité Internacional necesitó, en primer lugar, varios salvoconductos para salir del campo con el fin de obtener víveres y medicamentos en el exterior. Una ayuda importantísima fue aportada por los jóvenes españoles del grupo «Poschacher», que estaban cerca del pueblo de Mauthausen. Entre los militares ame-

ricanos estaba el cabo cubano José, llegado con el segundo grupo de tropas, y con el que tomamos contacto en seguida, explicándole nuestras necesidades. José (nunca supimos su apellido) nos facilitó salvoconductos para poder entrar y salir del campo a cualquier hora. Debo decir que la mayoría de los suboficiales americanos del puesto de control no pusieron nunca el menor obstáculo a nuestras idas y venidas: eran muy distintos a sus oficiales. Los había que se volvían de espaldas cuando nos veían salir por la puerta; y, al poco tiempo, aquel control era casi inexistente.

Nuestro buen amigo José nos prestó a los españoles favores incalculables. Gracias a él pudimos obtener dos coches alemanes «requisados», que tuvimos siempre a nuestra disposición. Nos ayudó mucho, también, en la captura del verdugo Ziereis. Habíamos sido avisados, por un deportado polaco, de la presencia de Ziereis en una casa aislada, a 10 o 12 kilómetros de Mauthausen. Se decidió capturarlo para juzgarle inmediatamente. Estábamos desarmados y éramos incapaces de hacerle frente si se resistía. Confiamos a José nuestro temor de que el coronel americano, si se enteraba, intentara proteger a Ziereis, salvándole de nuestra justicia. Con un grupo de los nuestros, «El Cubano» salió en busca de Ziereis. Al llegar cerca de la casa de campo donde se había refugiado, nuestros amigos vieron como corría hacia un bosque vecino. José le dio el alto, y al ver que no hacía caso, le tiró una ráfaga con su metralleta, apuntando a las piernas, pues queríamos cogerle vivo. Lo trajimos herido al campo, donde le interrogó Marsalek, un austríaco responsable del CI. Durante varias horas, aquel asesino, uno de los jefes SS más abyectos, confesó la mayor parte de los crímenes, en los que había participado personalmente. Murió a consecuencia de las heridas recibidas al intentar escaparse. Obramos cuerdamente pidiendo a José su ayuda, ya que el coronel Seibl preguntó inmediatamente quién había tirado sobre Ziereis. José, sin inmutarse, le explicó que había visto a un hombre y que, al intentar detenerle, había querido huir, por lo que tuvo que hacer uso de su arma.

Cada día nos aportaba nuevas preocupaciones. Y la más acuciante de ellas seguía siendo la de la evacuación. Estábamos

hermanados al grupo de los franceses, pues para nosotros —y ellos compartían plenamente este sentimiento— no podía haber la menor duda: nosotros debíamos ser repatriados a Francia. Sin embargo, pese a la buena voluntad de los franceses, ni salíamos de apuros, ni de Mauthausen. Se hacían peticiones y más peticiones a las autoridades francesas, pero dificultades de todo orden impedían a los responsables franceses llegar a Mauthausen. (No hay que olvidar que todas las vías de comunicación estaban destruidas y millones de prisioneros esperaban también que los repatriaran. Los deportados franceses se encontraban en las mismas condiciones que nosotros.)

Mientras tanto, los enfermos del «campo ruso» morían uno tras otro, sin que pudiéramos hacer nada por ellos.

Pero aún nos esperaba una nueva sorpresa. Llegaron los primeros grupos de la Cruz Roja Francesa con orden de evacuar a los deportados hacia Francia. ¡Triste sorpresa! Las autoridades americanas no autorizaban la evacuación de los republicanos españoles. El mando americano pretendía tener órdenes en aquel sentido e impedía nuestra salida. Cuando preguntamos al coronel qué iban a hacer de nosotros, puesto que éramos «exiliados», nos contestó:

—Los republicanos españoles serán conducidos a un campo de personas desplazadas de Alemania, en espera de saber qué se decide respecto a ellos.

Estas fueron textualmente las palabras del coronel americano. La verdad es que para todos éramos una «mercancía» poco cómoda. La mala suerte nos perseguía. Habíamos cumplido con nuestro deber en cualquier circunstancia, y ahora, al lograrse la liberación de los pueblos, pretendían encerrarnos de nuevo. ¡Absurdo e increíble! Nosotros estábamos persuadidos de que el gobierno francés no nos olvidaría. De todas formas decidimos por unanimidad que en forma alguna nos someteríamos a arbitrariedades de ninguna especie. Pero, con todo, no estábamos tan seguros como nuestros amigos franceses de que acabaríamos reuniéndonos con ellos en Francia.

Nuestra organización política preparó una asamblea extraordinaria para dar cuenta de cuáles habían sido nuestras actividades durante cerca de cinco años de encierro en Mauthausen.

Labor que fue aprobada sin la menor reserva por todos nuestros camaradas.

Ante aquella situación que parecía sin salida, y las trabas puestas por los americanos, se decidió enviar dos emisarios a Francia, para interceder por nosotros ante el gobierno del general De Gaulle. Por mediación de Valley, y nuestros amigos franceses, conseguimos que Montero y Miguel —ambos deportados de la Resistencia— fueran evacuados a Francia por avión, con un grupo de enfermos. En París debían informar al gobierno francés sobre nuestra situación.

Los días pasaron y seguíamos igual.

Por fin, el 18 de mayo, un primer grupo de españoles fue autorizado a salir en avión y fueron conducidos a un aeropuerto militar. Al cabo de varias horas, un compatriota se presentó en el campo diciéndonos que los aviones habían salido con los franceses, pero sin un solo español a bordo. Los americanos, una vez más, habían obligado a nuestros compañeros a bajar de los aparatos cuando ya estaban a punto de despegar. La mayoría de ellos regresó al campo. Unos cuantos se quedaron en el aeródromo, esperando una evacuación hipotética.

La dirección política del grupo español se reunió para examinar la situación y se decidió que al día siguiente, de madrugada, una delegación se trasladaría a Krems, a ver al alto mando del ejército soviético, y pedirles que nos ayudaran a resolver el problema de nuestra evacuación.

Misión a la zona soviética

La delegación estaba compuesta por Manuel —secretario general—, Pepe —responsable de la dirección—, Sánchez «El Juaco» —del Comité Nacional—, y por mí, que además de delegado haría de intérprete. El día anterior, Colego, nuestro chófer, se había quedado con su coche en la cantera, con la orden de esperarnos, salvando así el que los americanos nos impidieran salir. Como ya se ha dicho, desde la llegada de sus tropas disponíamos de varios coches, capturados a los SS, que escondíamos en diferentes sitios para impedir que nos los requisaran. En la

carrocería habíamos pintado la estrella blanca, que era la insignia de las tropas americanas. Esto nos permitía desplazarnos fácilmente de un lugar a otro sin que la *Military Police* del ejército americano nos molestase. La gasolina nos la facilitaban los militares americanos y José «El Cubano».

Antes de partir en dirección a Krems, fuimos a visitar a los compatriotas de Linz y San Florián. Tanto en la primera ciudad, como en la segunda, encontramos a nuestros compañeros desconcertados e inquietos. Todo seguía igual. Aquello nos incitó a apresurar nuestra salida. Con el fin de no ser interceptados por las patrullas americanas, tomamos las carreteras y caminos secundarios de la orilla izquierda del Danubio. Antes de llegar a Perg encontramos la primera patrulla soviética. En los alrededores de Mauthausen tuvo lugar el primer encuentro entre soldados americanos y soldados soviéticos de aquel sector: de ahí que las tropas avanzadas soviéticas se encontraban tan sólo a unos kilómetros del campo. Los americanos vigilaban y ejercían un control estricto, para que nadie se acercara a la línea de contacto de ambos ejércitos. El suboficial ruso que mandaba la patrulla nos preguntó adónde íbamos y quiénes éramos. Imperturbable, tomé la palabra y le dije en ruso:

—Somos una delegación nacional de los españoles del campo de Mauthausen, que deseamos ir a Krems para entrevistarnos con el general en jefe de los ejércitos del sur.

El suboficial se puso firme, me saludó y me dio todos los detalles necesarios para que fuéramos primero al PC de Perg, donde debían extendernos los documentos necesarios para proseguir nuestro viaje hasta Krems. Al llegar a Perg se repitió la escena; enseñé el documento extendido por el comité nacional español de Mauthausen, y el oficial, que no sabía de qué se trataba, para librarse de nosotros nos hizo un salvoconducto válido para circular por su zona. Un pequeño detalle nos hizo mucha gracia: el oficial llevaba su cuño de jefe de la policía militar en un bolsillo de la guerrera, y lo sacaba cada vez que debía sellar un papel, lo cual imposibilitaba que se establecieran documentos sin su autorización. En seguida notamos que había mucha vigilancia, cosa normal en aquellas circunstancias. Ahora estábamos seguros de alcanzar Krems.

Ibamos muy despacio con el coche, ya que por todas partes había tanques, vehículos blindados, coches y cañones nazis abandonados o quemados; y también había vehículos blindados y camiones soviéticos destruidos, que atestiguaban que la lucha había sido encarnizada hasta el último momento. De vez en cuando veíamos en las cunetas un montículo de tierra coronado con una inscripción indicando que allí yacía un soldado soviético, en espera de ser trasladado a la URSS. Era un espectáculo impresionante. Hacia el mediodía llegamos a Spitz y buscamos comida por las casas de la ciudad. Cada uno fue por su cuenta, pues no era fácil obtener de la gente alguna cosa para comer. Nos dimos cita en el lugar donde aparcamos el coche, es decir: en la plaza mayor de la pequeña villa. Al reunirnos los cinco apareció otra patrulla soviética, mandada por un teniente. Nos preguntaron quiénes éramos. Le respondí lo mismo que a la primera patrulla, enseñándole el salvoconducto extendido por la policía militar soviética, y le expliqué el objeto de nuestro viaje. El teniente se echó a reír y me dijo:

—Pues iréis a Krems a pie, porque yo tengo orden de recuperar todos los coches alemanes y me quedo con el vuestro.

Le conté nuestra situación y le supliqué que no nos quitara el auto. Todo fue en vano. Tenía órdenes estrictas y ni ruegos ni súplicas pudieron hacerle cambiar de actitud. Entonces fue cuando me di cuenta de que nos habíamos metido en una aventura bastante descabellada. No habíamos caído en la cuenta de que un ejército en un país hostil se veía obligado a tomar medidas energéticas. Fue nuestro amigo Pepe quien nos sacó del atolladero. Él había visto un coche alemán escondido en una de las casas donde estuvo pidiendo comida, y le parecía que estaba en buen estado. Fue así como, tras un verdadero regateo, como si estuviésemos en una feria, pudimos llegar a un acuerdo con el teniente soviético.

—Si nos dejas este coche, te daremos otro parecido, pero en mejor estado —le dije yo.

En seguida hicimos el trato (como si se tratara de la venta de un mulo) y, siguiendo a Pepe, fuimos hacia la casa donde estaba el otro coche. Los soviéticos lo inspeccionaron y, con cara de satisfacción, nos dieron un apretón de manos, dejándonos mar-

char. No es preciso decir que salimos inmediatamente de aquel lugar, antes de que a los rusos se les ocurriera cambiar de opinión.

Llegamos a la ciudad de Krems hacia las tres de la tarde. Allí encontramos un grupo de militares soviéticos, a los cuales pedí que me indicaran la dirección del PC del ejército del sur. Habían empezado a darme detalles cuando junto a nosotros se detuvo un coche descubierto, con un oficial sentado en la parte trasera del mismo. Era el comandante militar soviético de la plaza de Krems.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis...? —nos preguntó.

Bajé del coche, me adelanté hacia él y le expliqué de qué se trataba. Mientras le hablaba me di cuenta en seguida de que no creía nada de cuanto le decía. Hay que reconocer que toparse por allí con un grupo de españoles «incontrolados» no era algo que movía a confianza, desde luego. Con un vozarrón autoritario nos ordenó que nos presentásemos en seguida en la Comandancia de la plaza. Nuestro salvoconducto soviético, debidamente plegado, había pasado al interior de su bolsillo.

—Pero, mi comandante. Nosotros no podemos circular sin el salvoconducto —exclamé.

—Para ir a la Comandancia no os hace ninguna falta.

Y, sin más preámbulos, ordenó a su chófer que arrancara.

¡Nos habíamos metido en un buen lío! Ahora no teníamos ningún documento soviético y estábamos a merced de cualquier patrulla militar. Siguiendo el consejo de «Juaco», escondimos el coche en la entrada de una fábrica vecina y, a pie, nos dirigimos a la Comandancia militar. Nuestro viaje, que tan bien había empezado, iba camino de terminar muy mal. El único «documento» que nos quedaba era la credencial del Comité Nacional Español, escrito en nuestra lengua. En zona soviética aquel papel, huelga decirlo, no servía para nada. En la Comandancia, como nadie hablaba español, y pese a que yo me explicaba en ruso, nos enviaban de una oficina a otra, sin que nadie supiera darnos detalles concretos de cuándo podríamos entrevistarnos con el general en jefe, que era el objeto de nuestra visita. En cada nueva oficina encontrábamos un oficial de grado superior al que acabábamos de dejar, lo cual significaba que íbamos

progresando. Pero, del general en jefe, ni huella. «Juaco», que no perdía su buen humor, les preguntaba en español si, pasando de una oficina a otra, no acabaríamos llegando a Moscú... Por fin un teniente nos aseguró que seríamos recibidos por el general. Escortados por soldados armados con metralletas, fuimos conducidos al PC del ejército del sur. Allí nos acogió otro teniente, el cual nos dijo que el general estaba conferenciando con su Estado Mayor y que había que esperar un par de horas. Nos sentamos en el suelo, en un pasillo, con dos centinelas en cada punta. Viendo a uno de los soldados con los pantalones llenos de barro y la cara sucia, «Juaco» me dijo que le preguntara cuánto tiempo hacía que no se había lavado. El soldado, con cara de pocos amigos, replicó:

—Si vosotros viniérais como yo desde Stalingrado persiguiendo a los nazis, comprenderíais por qué no hemos tenido tiempo de lavarnos.

A las cinco de la tarde, dos oficiales vinieron a buscarnos y nos introdujeron en la sala de reuniones del Estado Mayor, ante el propio general en jefe. Alrededor de él había un grupo impresionante de altos jefes de todas las armas y cuerpos. La primera impresión que tuve fue notar lo inoportuno de nuestra visita. En pocas palabras le puse al corriente de nuestra situación, y le dije que esperábamos que intervinieran para obtener nuestra evacuación.

—En la URSS vosotros no tenéis nada que hacer. La revolución ya la hicimos nosotros hace muchos años. Vuestro deber es regresar a España.

Palabra que nunca esperamos ser acogidos con tanta frialdad. Yo insistí:

—Pero, camarada general, nosotros no pretendemos hacer la revolución en vuestro país. Pedimos sencillamente que la URSS nos ayude a salir de Mauthausen, y que podamos regresar a Francia, donde combatimos antes de ser deportados. Nosotros conocemos muy bien cuál es nuestro deber, camarada general. De momento queremos ir a Francia, pero nos es imposible a causa del veto de las autoridades americanas.

Se veía claramente que ellos tampoco querían cargar con nuestro problema. Aquel tira y afloja prosiguió durante casi una

hora, hasta que uno de aquellos generales, por lo visto muy al corriente de nuestra vida y de nuestra lucha, se puso a favor nuestro, apoyado en seguida por otros oficiales superiores, que incitaron al general en jefe, tras viva discusión, a darnos una respuesta concreta. Una a una iba traduciendo yo las intervenciones de Manuel, de Pepe y de «Juaco», dirigidas al general. ¿No éramos combatientes antinazis? ¿No teníamos derecho, como republicanos españoles, a pedir la ayuda de la URSS para nuestra evacuación? ¿No teníamos en la URSS compatriotas que habían luchado codo a codo con los soviéticos, desde el primer día de la invasión alemana? ¿No había en la URSS dirigentes republicanos españoles? Nosotros sólo pedíamos una cosa: que comunicaran a nuestros compatriotas en Moscú cuál era nuestra situación; con toda urgencia. Estábamos convencidos de que ellos nos ayudarían. Al final, viendo que nosotros no cedíamos, se vio obligado a darnos una respuesta satisfactoria.

—Bien, esta misma noche informaré al gobierno soviético del problema que se les plantea a los españoles de Mauthausen. Volved al campo, y si dentro de cuarenta y ocho horas no habéis sido evacuados a Francia, os enviaremos camiones para que os lleven a Odesa. También me pondré en contacto con el Alto Mando americano de Mauthausen para que os dejen salir hacia Odesa...

Teníamos confianza en nuestros interlocutores y amigos soviéticos, pero ¡qué desilusión la nuestra al abandonar Krems! Estaba claro que existía cierta desconfianza y animosidad hacia los deportados. Una prueba de ello la tuvimos a pocos kilómetros de Krems, cuando regresábamos hacia Mauthausen. Nos cruzamos con una columna importante de compañeros rusos ex deportados del campo, que se dirigían a pie hacia su país: iban escoltados como si fueran prisioneros. (Fue años más tarde cuando comprendí que aquella hostilidad había sido propagada por Stalin y su camarilla. Muchos deportados, liberados de los campos nazis, fueron perseguidos luego en la URSS. Nuestro amigo Iván, de Mauthausen, comandante del ejército rojo, fue excluido de los cuadros del ejército soviético sin la menor consideración.)

Aquella noche la pasamos en una casa de campo bastante alejada de la carretera. La verdad es que no nos sentíamos muy

seguros aún. Temíamos que apareciera por allí una patrulla soviética y que se incautara del coche. Aunque nos atemorizaba mucho más el posible encuentro con alguna banda de SS, de las que se escondían todavía en los bosques cercanos a los pueblos que atravesábamos. Pasé la noche en vela sentado en un sillón y con la pistola de Colego, el chófer, en la mano. Como siempre en tales trances, un sinnúmero de ideas se atropellaban en mi mente. Me sentía amargado y decepcionado. ¿Por qué no me había marchado con mis amigos checos, cuando éstos me invitaron a ir con ellos a Praga? No había aceptado porque no consideraba digno solucionar mi caso personal cuando aún quedaban tantos compatriotas en Mauthausen. Reflexionaba sobre la libertad. ¿Estaría aquella palabra despojada de todo sentido? ¿Acaso ser un combatiente antifascista español era un crimen? Me preguntaba de qué había servido el sacrificio de tantos millones de hombres. Nosotros, que desconocíamos el racismo, la xenofobia, el «chauvinismo»; nosotros, a quienes todos los hombres nos parecían hermanos, no encontrábamos más que el desprecio o la indiferencia... como siempre.

Por la mañana, muy temprano, reemprendimos la marcha hacia Mauthausen. En Grein pinchamos una rueda. Colego sacó la de recambio, haciéndola rebotar al lanzarla al suelo. Pero la rueda, como empujada por un resorte, dio varios saltos y salió rodando por un prado hasta caer en el Danubio. Los cinco nos miramos a un tiempo y rompimos a reír estrepitosamente. Aquello parecía una escena de un film de Charlot. Tuvimos que hinchar nuestra rueda pinchada, montarla de nuevo, y cada dos o tres kilómetros bajar del coche para volverla a hinchar. Así, cuando llegamos a Mauthausen ya atardecía.

El regreso a Francia

Se nos acogió con grandes muestras de alegría. No sólo por el éxito de nuestra misión, sino también porque las autoridades francesas habían enviado varios camiones, con la autorización de evacuarlos a Francia. Los americanos tuvieron que acceder. Nuestros amigos franceses estaban tan contentos como

nosotros. Hay que subrayar la abnegación de muchos de ellos, y particularmente de Émile Valley. Éste, que había permanecido en el campo cuando evacuaron a los franceses, regresó a su país con los últimos enfermos, y no paró hasta conseguir, junto con otros compañeros, que Francia acogiera a los españoles liberados. Regresó a Mauthausen con la autorización de su gobierno y no abandonó el campo mientras quedó en él un solo español. Hay que dejar constancia aquí de nuestra inextinguible gratitud.

En seguida nos pusieron al corriente de las últimas noticias. No sólo disponíamos de algunos camiones, sino que en San Florián también teníamos varios aviones a nuestra disposición. Se esperaba que llegasen camiones de la Cruz Roja internacional, para evacuar a los españoles enfermos e inválidos que transitarían por Suiza. El Comité Nacional español designó al grupo que debía pasar por Suiza, y la dirección política recayó sobre mí.

¡Por fin había llegado el momento tan esperado! Con la alegría de mi salida se mezclaba siempre la tristeza del recuerdo de mis compañeros exterminados en aquel infierno. Prometí que no los olvidaría nunca y que su ejemplo me serviría de guía mientras viviera. Al abandonar el campo, pensé también en lo que había sido nuestra vida allí, en la experiencia humana que habíamos vivido en Mauthausen. Allí había conocido la verdadera fraternidad, sin tapujos ni hipocresía, la amistad, la camaradería, la auténtica solidaridad humana. Aquellos sentimientos, que en una existencia normal son más o menos puros, en Mauthausen tuvieron un sentido y una dimensión diferentes. Allí había conocido a los hombres desnudos, despojados de todo prejuicio, libres de la ambición, del egoísmo, del odio... y de ideologías, de religiones y de filosofías opuestas. Nada había podido impedir comprendernos, ayudarnos, querernos. Nuestro amor por la libertad y el respeto del hombre habían prevalecido por encima de todo.

Los años pasarán y quizá la historia «olvide» aquel puñado de españoles, o quizá no. Puede que, un día, las nuevas generaciones lleguen a saber que, cumpliendo como hombres, conseguimos que nuestros hermanos siguieran sintiéndose personas humanas y, como tales, hermanos de todos los hombres; que

las ansias de aniquilación de los nazis SS no pudieron alcanzar y matar nuestro espíritu.

Salimos en los camiones blancos, especialmente equipados para el transporte de enfermos. Dos días después llegamos a Sainte-Margretten, pueblo fronterizo entre Austria y Suiza, a orillas del lago Constanza. En aquel pueblo se encontraba un campo de la Cruz Roja francesa, la cual se hizo cargo de nosotros inmediatamente. Junto al campo, un puentecillo construido sobre el Rin nos separaba de Suiza. La estación del ferrocarril suizo, donde debíamos tomar el tren, se encontraba a unos 400 metros. Unas horas más tarde, después de haber sido examinados por varios médicos militares franceses, fuimos invitados a prepararnos para cruzar la frontera, con objeto de salir hacia Francia.

Atravesamos la frontera, pero, apenas habíamos penetrado en territorio helvético, cuando un grupo de militares se acercó a nosotros gritando y vociferando como locos. Fuimos detenidos y se nos ordenó dar media vuelta y regresar a territorio austríaco de nuevo. Es decir: al campo de Sainte-Margretten. ¿La razón? Suiza no autorizaba el paso por su territorio a los «rojos españoles». Al principio creímos que aquella expulsión de Suiza sólo era el resultado de una orden mal interpretada. Pero nos equivocábamos, porque ni aquel día ni en los días siguientes nos dieron la autorización para transitar por el territorio suizo.

Sin tomar las cosas a lo trágico, aquel día me pregunté si el destino no me reservaba siempre las papeletas más «sabrosas»... Pero, ¿qué demonios habíamos hecho nosotros para que en todas partes nos reservaran un trato tan desagradable? Aquello parecía increíble después de haber aplastado al nazismo.

Un coronel, comandante en jefe del sector francés de Bregenz, vino a vernos y a explicarnos cuán grande era su contrariedad por aquel incidente. Nos explicó que, a causa de las destrucciones de todas las vías de comunicación, era imposible evacuarlos por Alemania. Nos informó que seríamos llevados a un aeródromo tan pronto como el EM diera su conformidad. Pero la «conformidad» se hizo esperar varios días. Con mi amigo Tomás, que había sido comandante de la Resistencia antes de caer prisionero y ser deportado, lo cual le daba cierta autoridad

ante los franceses, empezamos a realizar una serie de trámites para lograr regresar a Francia. No dejamos en paz a un solo oficial o jefe superior francés en todo aquel sector, hasta conseguir que tomaran las medidas necesarias. Al fin obtuvimos que una columna de camiones militares viniera de Estrasburgo a buscartos. Por otra parte, las «negociaciones» del EM francés con las autoridades suizas seguían su curso.

Esperábamos desde hacía varios días a los camiones, cuando una mañana se presentaron en nuestro acantonamiento los oficiales franceses acompañando a Tomás, que saltaba de alegría. Al fin los suizos habían autorizado a cruzar el país a los «rojos españoles».

Dos horas más tarde estábamos ya instalados en un tren de viajeros que salió en dirección a Basilea. ¿Éramos peligrosos o contagiosos? El caso es que habían cerrado con llave la puerta de los vagones y dos centinelas montaban guardia en cada extremo del coche. En las estaciones que atravesábamos se había prohibido a la población civil acercarse a nuestro tren. Naturalmente, aquello era obra de la administración suiza y no del pueblo suizo, ya que en Basilea en grupo importante de personas había entrado en la estación dispensándonos un caluroso y fraternal recibimiento. Varios cientos de personas se acercaron a nuestro tren, cubriéndonos de regalos —desde relojes hasta tabaco y chocolate—. Aquel simpático detalle borró el mal recuerdo de otros tiempos...

Por la tarde llegamos a Mulhouse, donde se nos hizo un reconocimiento médico. Nos fue entregada la «carta de repatriados», primer documento de hombres libres en una Francia libre.

Por fin estábamos en Francia, y... ¡libres!

Nuestro agradecimiento a Francia era incalculable. El pasado había sido olvidado. Además, para mí aquel trance tenía mayor significación que para otros, ya que los franceses me acogían en su país por tercera vez. Y en esta ocasión de manera totalmente diferente: Francia me recibía como a uno de sus hijos.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, el tren llegaba a París, donde nos esperaban Rabaté, Ricol, Valley y varios amigos

franceses que fueron compañeros de infortunio en Mauthausen.

Era el 18 de junio de 1945. ¡Habíamos pasado veinticuatro días «bloqueados» en la frontera suiza!

En París encontré a mis compatriotas Manuel, Pepe, Santiago, Montero, etc., que habían compartido conmigo la responsabilidad de la organización clandestina de Mauthausen. Con ellos debía dirigirme a Toulouse, donde daríamos cuenta a nuestro partido de las actividades llevadas a cabo en cinco años. Con sorpresa, y pena, en Toulouse comprobamos que nuestros amigos también desconfiaban de nosotros. Sin duda, aquello se debía a la actitud adoptada por Stalin y los suyos, que veían en cada ex deportado a un traidor o a un agente de los nazis.

Este fue un golpe muy duro para mí, ya que lo único que habíamos hecho era tratar de poner en práctica nuestras ideas de fraternidad y de pleno respeto del derecho humano, permaneciendo siempre dignos de nuestro origen, tanto político como nacional.

Moralmente me sentí herido, pero la vida continuaba. Tras nuestra liberación, era necesario enfrentarnos con la nueva existencia que teníamos ante nosotros. ¿Qué me esperaba? Estaba solo en Francia; sin oficio ni beneficio. Tenía que empezar de nuevo, partiendo de cero: una nueva vida nos esperaba. Era paradójico, pero ahora tenía más temor que durante los años de la guerra. Temor al que se añadía la preocupación por mi estado de salud, ya que tenía los pulmones enfermos, aunque no de gravedad. ¿Lograría encontrar con qué ganarme el pan nuestro de cada día? Tras la deportación y sus secuelas, ¿sería capaz de integrarme de nuevo en la vida normal?

Unos días más tarde, acompañado de mi amigo Tomás Martín, nos trasladamos a Agen para ser licenciados definitivamente. Al examinar mis documentos, y cuando se disponía a firmarlos, el comandante francés me miró fijamente y me dijo:

—Estamos a 15 de julio de 1945. Si no me equivoco, hace nueve años que empezó para usted la brega. Desde entonces no ha conocido más que combates, cárceles, campos y deportación. Y en 1936 sólo tenía dieciséis años...

En pocas palabras le conté lo que había sido mi vida. El comandante, muy ceremonioso, se levantó, se puso firmes, me hizo

el saludo militar y alargándome su mano cogió la mía, diciéndome:

—Permítame que le estreche la mano, mi teniente.

Salí de la Comandancia de Agen con mi ya inseparable amigo y hermano Tomás, y juntos fuimos a la estación a tomar el tren. ¿Para ir adónde? Nos daba lo mismo. De todas formas sería un tren que nos conduciría a nuestra vida de emigrantes, de exiliados...

Antes de subir al vagón vinieron a mi mente las últimas palabras del comandante. ¡Hacía nueve años que iba de combate en combate! De ser un muchacho imberbe había pasado a ser un hombre maduro. ¡Nunca sabría lo que es ser joven, y menos aún en un mundo en paz! Me alegraba pensar que otras generaciones sí conocerían esa felicidad.

Luego me dije que, si tuviera que rehacer mi vida, con sus fracasos y sus miserias, las guerras, la deportación, los combates desesperados..., volvería a empezar por el mismo lugar y seguiría el mismo camino, aunque sólo fuera por fidelidad a mis ideas y para honrar la memoria de mis camaradas caídos en la lucha...